

"Josie and Matthew are Elena Armas's
swooniest couple yet."
—HANNAH GRACE, #1 *New York Times*
bestselling author of *Icebreaker*



A
NOVEL

THE *Fiancé* DILEMMA

ELENA ARMAS

New York Times bestselling author of

**THE SPANISH LOVE
DECEPTION**



**Thank you for downloading this Simon & Schuster
ebook.**

Join our mailing list to get updates on new releases, deals, recommended reads, and more from Simon & Schuster.

[CLICK HERE TO SIGN UP](#)

Already a subscriber? Provide your email again so we can register this ebook and send you more of what you like to read.
You will continue to receive exclusive offers in your inbox.

ELENA
ARMAS

THE
Fiancé
DILEMMA



SIMON &
SCHUSTER

London · New York · Sydney · Toronto · New Delhi

*To my readers (yes, you. Hi, babe),
Your expectations are not impossibly high.
Never let anyone make you believe you're asking for too much.*



A mis lectoras (sí, vosotras. Hola, nena),
Tus expectativas no son imposiblemente altas.
Nunca dejes que nadie te haga creer que pides demasiado.

PRÓLOGO

Poco más de un año antes...

Josie

El día que coges el teléfono y un completo desconocido te dice: "Soy *tu padre*", sabes que tu vida está a punto de cambiar.

Quiero decir, mira a Luke Skywalker. Su existencia dio un vuelco al oír esas cuatro palabras. Y aunque yo no era un guardián de la justicia a punto de ser empujado al borde mismo del mal y el hombre del teléfono no era un villano galáctico de respiración pesada enmascarado, mi mundo se desquició un poco.

En el lapso de una llamada, pasé de tener un padre del que no sabía nada -excepto que se llamaba Andy- a entrar en la vida de un hombre que casualmente compartió *una de esas noches* con mi madre veintinueve años atrás. Y con eso, obviamente, me refiero al tipo de noche en la que nos *revolvamos en el heno y nunca miramos atrás*. Lo cual está bien, en realidad. Mamá nunca habló demasiado de eso, ni del hombre con el que se puso en plan *bam-bam en el jamón*, pero siempre me contó lo suficiente como para que no le guardara rencor a él ni a cómo fui concebido. Eso no significa que una parte de mí, , nunca se lo preguntara. Lo hacía. Pero en general, siempre me había conformado con lo que sabía. ¿Y qué si sólo éramos mamá y yo? ¿Y qué si era diferente de las familias de los otros niños? ¿Y qué si tenía que llenar un lado de mi árbol genealógico con mi colección de pegatinas de animales marinos, lo que me llevó a que me llamaran *medusa* durante todo quinto curso? Son criaturas asombrosas, enormemente infravaloradas, y yo era la dueña. Ser criado por un padre soltero no era tan raro o extraño. Y como mamá siempre decía, lo *normal es lo que haces con las cartas que te da el destino*.

Resultó que el destino se había guardado un par de comodines en la manga.

Porque después de casi tres décadas de silencio de radio, mi padre estaba al teléfono. Y tenía un nombre (Andrew, *no Andy*, insistió), un apellido (Underwood), un código postal (Miami) y, al parecer, la misión de presentarme a una nueva familia. Un mundo nuevo. Un reino de la vida al que nunca esperé pertenecer.

También tenía una hermana. *Una hermana*. ¿Y Andrew Underwood? Él era importante.

Y no estamos hablando de *que lo haya hecho bien por sí mismo*. Estamos hablando de *un magnate de los negocios, una corporación multimillonaria, su nombre en los titulares, sin duda tiene un chofer, probablemente también un helicóptero*. Era dueño de un club de fútbol de la MLS, por el amor de Dios. A Andrew Underwood le había ido más que bien. Estaba prosperando. Y yo lo sabía, no porque lo hubiera dicho como introducción, sino porque había oído hablar de él antes de la llamada. Al igual que todo Green Oak, el condado, y últimamente, la mayor parte del país.

Por eso me reí. Tras un larguísimo silencio, me eché a reír. Era eso o colgar, francamente. Porque este hombre *me estaba diciendo* -Josie Moore, alcaldesa de mi ciudad natal, orgullosa propietaria de una cafetería, coleccionista de todas las cosas brillantes y entusiasta arregladora de cerámicas rotas- que el hombre cuyo espacio había llenado con una manta raya en mi árbol genealógico era Andrew Underwood? Y no sólo eso, sino que, además, en me enteré de que, de algún modo, yo también formaba parte de un mundo complicado y adinerado sacado de una serie de HBO centrada en el legado. Yo no pertenecía a ese mundo. Yo era una chica de pueblo. *Orgullosamente*. Y claro, había estado brevemente comprometida con un político y técnicamente casi me convertí en una WAG, pero eso fueron fallos por poco. Eso fue lo más cerca que había estado. No podía ser parte del legado de alguien. Por eso me reía.

Yo no bromeo, Josefina, replicó Andrew con la misma voz severa que había utilizado para dar la noticia. Pero sin inmutarme, me reí un poco más. Fue entonces cuando mencionó a mamá. No recuerdo lo que dijo exactamente, sólo las palabras *Eloise*, y siento *tu pérdida*, o alguna otra cortesía.

Más tarde, me di cuenta de que había dejado de escuchar justo en ese momento. Había algo sobre el asistente de alguien concertando una llamada. Otra cosa sobre cómo Andrew apreciaría que mantuviera esta conversación en secreto. Y algo sobre la prensa. Pero durante el resto de la llamada, todo se ralentizó y yo me quedé en *blanco*, asintiendo con la cabeza y soltando monosílabos cuando la línea se quedaba en silencio.

Aquella noche no pegué ojo. El hecho me molestaba. Tanto que -suavemente- dejé que uno de mis jarrones de flores se me escapara de las manos para poder pasarme horas recomponiéndolo y... dejar de pensar. O tener la excusa para hacerlo. No estaba segura. Siempre me había considerado alguien a quien le gustaban los cambios. En su mayor parte, el cambio me había llegado de la mano, pero podía señalar un puñado de ocasiones en las que lo había perseguido. Me gusta que me desafíen. Y el cambio te hace eso. No tuve más remedio que seguir adelante, y durante un tiempo, todo se desvaneció en los bordes y toda mi energía se dirigió hacia una cosa. Llegar a la cima. Superar.

En mi opinión, el cambio anima la vida. Te mantiene alerta.

Pero por primera vez, ante este nuevo acontecimiento, esta nueva búsqueda en la que embarcarme, esta nueva mano de cartas que el destino me había estado reservando, no me sentí entusiasmado. Me aterrorizaba.

Porque después de perder a mamá, había perdido toda esperanza de descubrir quién era *Andy*. De encontrar esas piezas faltantes del rompecabezas que me hicieron la mujer que era hoy. O simplemente tener la opción de decidir si quería seguir esa búsqueda.

Ahora no tenía muchas opciones. Andrew acababa de aterrizar justo en medio de mi sencilla vida, abriendo una puerta justo delante de mí.

El millón de preguntas que había mantenido reprimidas bullían en mi interior. Me sentía como una Josie diferente.

Normal es lo que haces con las cartas que te da el destino.

Creo que entonces supe que empezaba el cambio.

CAPÍTULO 1

Actualidad

Metí la mano en el tarro de mermelada.

"Vamos, vamos, vamos", murmuré, viendo cómo se derramaba parte de la mermelada mientras empujaba más adentro, una sustancia viscosa de color rojo fresa que me cubría la piel hasta la muñeca. "No me hagas esto. *No me hagas esto*. Sal. Con cuidado".

"¿*Moshie*?" La voz del abuelo Moe me llegó desde el salón.

Me paralicé y el movimiento de mis dedos se detuvo de repente. Maldita sea. Si el abuelo viera lo que tenía pegado al dedo, no me lo perdonaría. Además, si me viera usando toda la mermelada después de haberle prometido que le haría una tarta de queso, me...

"*Moshie*", vino de nuevo.

"¿Sí?"

"*Hay un moomaan en el yarhd.*"

Puse los ojos en blanco. "¿Qué?" pregunté, aunque había pillado algo de eso. Hablé sin dientes-abuelo Moe.

"Hay una mujer en el patio", repitió, su habla ahora más clara, indicando que se había vuelto a colocar la dentadura postiza.

Suspiré mientras miraba mi desesperado intento de quitarme esa cosa del dedo. Debería haber usado mantequilla. O aceite. Y lo necesitaba distraído y lejos de la cocina. "¿Cómo puedes estar seguro de que no está de paso?"

"Está subiendo las escaleras del porche. No me gusta."

Bueno, mierda. ¿Venía alguien? "¿Qué te dije acerca de ser un jeeper-creeper, ¿eh?" dije, sacando la mano y tirando del dedo con la otra. "Pueden ver que les vigilas como un" -ejercí un poco más de fuerza- "bicho raro con tirantes". La cosa no se movió ni un milímetro. Volví a insistir. "Sé que crees que estás en la vigilancia del vecindario o algo así, pero..."

Mis dedos resbalaron, mis manos se separaron y golpeé con el codo la jarra, haciéndola caer al suelo con una sonora salpicadura de color rojo fresa.

"¿Pero qué?" Preguntó el abuelo Moe. "¿Y qué fue eso?"

Maldije en silencio el desastre total y absoluto que había hecho con la encimera, el suelo y, bueno, conmigo. Manos, bata, pies, todo cubierto de mermelada mientras yo estaba rodeada de fragmentos de cristal. "Se me acaba de caer algo. Está todo bajo control".

Sonó el timbre.

Tal vez no todos. "¿Abuelo Moe?"

Oí el crujido de su silla cuando se dejó caer.

"¿Moe Poe?" Llamé con mi voz más dulce, limpiándome las manos en... ¿Dónde estaban mis paños de cocina? Usé mi bata. "¿Serías tan amable de abrirme la puerta?"

"Ella no está aquí por mí", dijo. "Y no me gustan los extraños. Ni su aspecto. Y", añadió con una pausa, "soy viejo".

"Ser viejo no es una excusa para todo, ¿sabes?". Recogí varios trozos de cristal antes de acercarme con cuidado al fregadero y depositarlos allí. "No puedes usarlo para coger la última magdalena de chocolate y no la puerta".

Un reguero de palabras murmuradas de enfado salía de la sala de estar mientras yo recogía más fragmentos de cristal y esperaba una señal de que el hombre se movía. No se produjo ninguna, lo que me acercó cada vez más al borde de... perder la cabeza.

"Moe Poe, ¿estás...?" El timbre volvió a sonar, sobresaltándome. Una aguda punzada de dolor en medio de la palma de la mano me hizo estremecer. "Mierda", jadeé. "Estúpido cristal tonto y estúpido tonto..."

El timbre sonó por tercera vez. Y una cuarta. Y una quinta.

Cerré los ojos y solté una bocanada de aire frustrada. "*Maurice Antonne Brown*", rechiné entre dientes. "Si no abres esa puerta, te juro que te voy a dar una paliza en tu testarudo y apestoso trasero..."

"Está bien, está bien", graznó. Su silla crujió. Siguieron pasos lentos y pesados. Luego el sonido de la puerta de entrada abriéndose, seguido de un, "*¿En qué puedo ayudarle?*"

Hijo de un mono. A veces me daba ganas de gritar.

Una voz femenina respondió: "¿Perdón?"

"*¿En qué puedo ayudarle?*" repitió el abuelo Moe como el hombre absolutamente insufrible que podía ser. Una parte de mí no podía creer que le hubieran vuelto a salir los dientes, pero ¿por qué me sorprendía? El abuelo era un gruñón empedernido, y desde que sufrió un leve derrame cerebral que me obligó a recoger sus cosas y traerlo conmigo, su malhumor había sido máximo, incluso ahora que se había recuperado casi a los cien años.

"Yo..." la mujer comenzó de nuevo. "Estoy buscando a Josephine Moore. Estoy segura de que esta es la dirección correcta. Todos en la ciudad con los que hablé lo confirmaron".

"¿Y?", se atrevió a decir el viejo.

Hubo un momento de silencio y luego la mujer dijo: "Y nunca me equivoco. Y odiaría perder más tiempo, así que si no le importa traerme a la señorita Moore, se lo agradecería. Llevo mucho tiempo aquí de pie, viéndole mirarme desde la ventana. No sé si pretendía intimidarme, pero no ha funcionado". Una nueva pausa. "He tratado con cosas mucho más aterradoras que un viejo desdentado en tirantes".

me quejé. La última vez que alguien le había llamado "viejo", el abuelo Moe nos sacó en la portada de la gaceta del condado. La foto en blanco y negro de él peleándose con Otto Higgings por un par de tijeras de gran tamaño -conmigo de pie en medio, con los brazos extendidos y una expresión de pánico en la cara- todavía me perseguía en sueños algunas noches. Siempre había querido aparecer en la portada de la gaceta, sólo deseaba que no fuera bajo el titular: *Poda de guerra en Green Oak. El alcalde lucha por mantener la paz.*

Como si fuera el momento, la risita del abuelo llegó desde el pasillo. No era un sonido bonito. Era su risita de "*no me apetece nada bueno*", y maldita la mermelada, el desorden, la bata y, sí, la mascarilla con extracto de algas, esa risita me puso en acción. Me froté las manos lo más limpio que pude en mi bata ya estropeada y corrí hacia la puerta.

Dos pares de ojos parpadearon mirándome. Los labios del abuelo empezaron a moverse en torno a una pregunta que yo no quería responder, así que sonreí y -suavemente- aparté al

anciano. Sólo para darme cuenta de que había un tono más oscuro de rojo cubriendo mi mano. Sangre, definitivamente no mermelada.

Me metí las manos en los bolsillos de la bata y me giré hacia la mujer. "Hola", la saludé, ampliando mi sonrisa. "Soy Josie. Josephine Moore. Soy yo. Te daría la mano, pero... gérmenes. ¿Qué tal un codazo en su lugar?". Saqué el codo. "He oído que está de moda estos días. Con los niños y... adultos jóvenes. De internet. En todas partes".

La mujer parpadeó, sus ojos recorrieron mi cuerpo de arriba abajo unas cuantas veces hasta que se formó una extraña mueca. "Por supuesto que no. De ninguna manera". Su expresión se tornó consternada. "¿Qué...?" Pareció buscar la forma adecuada de formular la pregunta. "¿Por qué parece haber saltado de un Pop-Tart?"

"Oh. Yo, ah, sólo estaba... horneando", expliqué riendo. No quería reír. Quería que esta noche terminara y que comenzara un nuevo día en el que no tuviera un anillo pegado a mi dedo. "Soy desordenada. Los panaderos desordenados son comunes. Aunque no he pillado tu nombre. Soy Josie, pero eso ya lo hemos establecido".

La mueca de la mujer se disipó. Ligeramente. "Soy Bobbi", dijo con un movimiento de cabeza, su melena rubia apenas se movía alrededor de su cara. "Bobbi con *i*. Bobbi Shark".

Siguió un incómodo silencio. "Bonito nombre", le ofrecí. "¿Te gustaría entrar, Bobbi?"

Levantó una ceja. "Actúas como si fuera la primera vez que oyes hablar de mí. Se suponía que me esperabas".

Menos mal que mi mascarilla ocultaba mi ceño fruncido, porque me acordaría si estuviera esperando a alguien con un apellido como Shark. Pero, de nuevo, no sería la primera vez que alguien aparece en mi puerta a una hora extraña exigiendo algo.

"Como le digo a todo el mundo", dije, haciéndome a un lado y abriendo más la puerta con el hombro. Mi sonrisa nunca había sido tan grande. "Entra y podemos hablar todo el tiempo que necesites sobre lo que necesites". Dirigí una mirada penetrante al hombre que estaba a mi izquierda. "El abuelo Moe se dirigirá a la cocina y empezará a arreglar el pequeño desastre que dejé. Luego nos preparará una taza de té. *¿Verdad, abuelo?*"

Refunfuñó algo, pero a su favor, se dio la vuelta y se dirigió a la cocina.

Volví mi atención a Bobbi, encontrando a una mujer sin intención de entrar.

"Alternativamente", ofrecí, reprimiendo un suspiro. "Podemos charlar aquí en la puerta. Pero en ese caso, podemos olvidarnos del té. No creo que esté de humor para el reparto".

Mi broma no cayó. Creo que ni siquiera se dio cuenta, por la forma en que fruncía el ceño. "No sabes quién soy", dijo Bobbi. "¿Y me estás invitando a entrar?"

Consideré mi respuesta. "Bueno, supongo que no eres un vampiro así que..."

"Nuh-uh", interrumpió. "Déjate de cursilerías". Mi boca se cerró. "¿Vale, uno? Tienes que dejar de invitar a extraños a tu casa a partir de ahora", me dijo con voz sorprendentemente seria. "Y dos", continuó, extendiendo una mano y agitándola sobre mi cara y mi pecho. "Sea lo que sea *esto*. No va a funcionar. No abrirás la puerta con este aspecto. Ni siquiera mirarás por la ventana con este aspecto". Soltó un resoplido. "¿No estás en la política?"

"I-" Estaba perdido. Y no tenía ni idea de lo que estaba pasando. "No me gusta pensar en mí mismo como un político. Claro, soy el alcalde de la ciudad, pero es sólo un papel voluntario en un lugar tan pequeño. La mayoría de los días no necesito hacer nada". Otros días, apagar un fuego metafórico me quitaba años de vida. Entonces se me ocurrió algo. "Espera. ¿Esto es por Carmen?"

Bobbi levantó las cejas. "Lo siento, ¿quién?"

Observé a la mujer que tenía delante: su abrigo de lana gris plateado y las botas de cuero que asomaban por debajo del dobladillo. El maquillaje impecable, el corte recto perfecto, el derecho apenas disimulado con el que hablaba.

¿Habían llevado los Clarkson el asunto de la valla tan lejos que habían contratado a un abogado municipal de los grandes?

"Estás perdiendo el tiempo", le dije. "Sólo ha sido un incidente. Los Clarkson están malgastando un buen dinero en algo que puede resolverse con una conversación civilizada. No es culpa de nadie que Carmen se haya escapado. Las vacas no son los animales perezosos que todos pintan. Pueden ser sigilosas. Y Robbie Vasquez no tenía forma de saber lo que estaba haciendo hasta que instaló las cámaras de seguridad alrededor del establo. No esperaba que Carmen saliera a hurtadillas. Mucho menos que entrara sin autorización y se pusiera un poco juguetona con el ganado de los Clarkson. Es la llamada de la madre naturaleza, si me preguntas".

Bobbi *con i* me parpadeó como si me acabara de salir una segunda cabeza. O como si estuviera pensando en cómo cortármela y deshacerse de ella.

Oh Dios, ¿estaba a punto de ser demandado? ¿Estaba Robbie a punto de ser demandado? Un nudo se formó en mi estómago. "Por favor, no nos demandes. Te juro que la valla se arreglará".

Los ojos de Bobbi se cerraron y murmuró. "Esta es mi peor pesadilla."

"¿Eso es un sí o un no? Porque le prometo, Srta. Shark, que no hay necesidad de..."

"Tú", intervino ella. "Esto. Ganado. Vacas llamadas Carmen. Cercas. Graneros. Este... clima. El aire fresco. El hecho de que no he visto un Starbucks desde que salí del aeropuerto. Todo eso". Mis labios se abrieron, pero ella me detuvo con un dedo. "No tienes ni idea de lo que está pasando ni de por qué estoy aquí, y me aseguraron que te habían informado y que estabas de acuerdo con todo. Tengo confirmación escrita de ello. Puedo mostrarte los correos electrónicos, podría jurar que estás cc-d en todos ellos".

¿Los correos electrónicos?

El-

Una imagen se disparó, parpadeando detrás de mis párpados. Un recuerdo.

Bobbi continuó: "Pensaba que mi última relación era tóxica, pero los clientes son peores que una pareja ególatra que cree que te está haciendo un favor haciéndote luz de gas". Sacó el teléfono del bolsillo de su abrigo y empezó a darle golpecitos a la pantalla. "Se va a enterar de esto. Esto nos va a retrasar un día entero, si no dos. Qué pérdida de tiempo".

Se va a enterar de esto.

Él.

Tragué un bulto de espanto. Casi se me escaparon las palabras. "¿Quién eres exactamente?"

El *repiqueteo* de sus uñas se detuvo. Me miró impresionada. "Soy estratega de relaciones públicas. Y muy cara. Lo sabrías si leyeras los correos". Pareció pensar en algo. "Ustedes tienen internet aquí, ¿verdad? Ya sé que es un lugar remoto y que hay -miró a su alrededor- árboles y montañas y naturaleza y, ya sabes, *cabañas* o lo que sea. Pero ustedes tienen internet aquí. ¿Verdad?"

Deseaba que no lo hiciéramos, si fuera completamente honesto.

Así tendría una excusa para alimentar a este estratega de relaciones públicas que sólo podría haber sido enviado por un hombre. *Él.*

Andrew Underwood.

Me disculparía por ignorar descaradamente los últimos intentos de comunicación de Andrew. Algo que no sea que *esperaba reunir el valor para leerlos en algún momento*. O algo que no sea

que lo siento, no puedo aguantar otra llamada de Zoom contigo y tu ayudante mientras él finge tomar notas porque nos estamos mirando incómodamente. O...

"... tu padre." Las palabras de Bobbi me devolvieron a la conversación.

Porque me había despedido. Y ella había estado hablando. Probablemente sobre por qué estaba aquí y quién la había enviado y por qué. Una posibilidad cruzó mi mente. "Espera. ¿Andrew está aquí?"

Bobbi agitó una mano despreocupadamente. "No. Está demasiado ocupado para ocuparse de cosas así".

Cosas como esta.

¿Qué cosas?

Mi cabeza daba vueltas con todas las posibles respuestas a esa pregunta y yo...

"Creo que no me estás escuchando, Josephine", declaró Bobbi.

No se equivocaba.

"Así que supongo que te estoy informando, entonces", dijo con un suspiro. "Otra vez". Se tocó la sien un instante. "Hay un problema. Bueno, en realidad, tú eres el problema".

Me estremecí.

"Tienes un pasado colorido", continuó. "No te estoy avergonzando por todos esos compromisos, créeme. No importaría si tú no fueras la hija de Andrew. O si no hubieras aparecido en el peor momento posible".

"Me llamó", grazné. "No me presenté. Si algo..."

"Adalyn no le dio elección", replicó Bobbi. Se me revolvió el estómago al recordar el ultimátum que Adalyn le dio a Andrew cuando se enteró de que éramos hermanas. Nadie sabía, y mucho menos esperaba, que la mujer que había enviado a Green Oak en una misión filantrópica resultaría ser mi hermana. Ni Adalyn ni, desde luego, yo, por muy feliz que me sintiera de llamar amiga a Adalyn cuando me enteré. "Lo manejó todo mal, en mi opinión profesional. Y ahora, un año después, en un intento de redención o lo que sea que pretenda, lo ha empeorado todo hablando de ti y de este lugar a la revista Time."

El artículo había salido la semana pasada. No estaba segura de cómo había empeorado las cosas, pero sí sabía que mi nombre aparecía en un artículo de cuatro páginas dedicado a la vida y los logros empresariales de Andrew Underwood. También sabía cómo se había referido a mí el periodista que lo había escrito.

Un paso en falso.

Bobbi continuó. "Y tal como dije que ocurriría, alguien tuvo la curiosidad suficiente para indagar sobre ti y convertir todo este asunto en el culebrón que nadie necesitaba. No es una buena imagen para Andrew. Es una amenaza para su imagen, su negocio y todo lo que está en juego con su jubilación a la vuelta de la esquina." Hizo una pausa. "Tú eres la amenaza, por cierto".

Las palabras me dejaron sin aliento. "¿Yo soy?"

"Eres el paso en falso de Andrew", explicó Bobbi, repitiendo el término que había utilizado el periodista.

Palidecí bajo mi máscara de algas al oír esas palabras en voz alta.

"Te escondió bajo la alfombra durante décadas, lo cual no es inaudito. Te sorprendería conocer a los niños que las grandes personalidades ocultan. Pero él..."

"Yo...", negué con la cabeza. "No soy nada de nadie. Sólo soy su hija".

"Y ahora todo el mundo sabe que te abandonó, Josephine", respondió Bobbi con una seguridad que me hizo retroceder un paso. "Esta dulce chica de pueblo que perdió a su madre a los diecisiete años y tuvo que valerse por sí misma mientras su padre ganaba millones en Miami". Su mano volvió a alzarse en el aire, dibujando ahora una ola frente a mí. "Esta dulce chica de pueblo cuya ausencia del padre la dañó tan profundamente que ha estado buscando sin descanso y sin fruto ese amor en otra parte. Esta dulce chica de pueblo, que ha encantado no a uno, ni a dos, ni a tres, sino a cuatro hombres muy distintos, a los que dejó caer como patatas tristes, cojas y tibias. *El día de su boda*". Su tono se volvió seco. "Es como si te hubieran escrito en una habitación, de verdad. Me horroriza cómo un hombre tan inteligente no pudo ver cómo esto dañaría su imagen y amenazaría su legado".

Amenazar su legado.

Ahora me ardían las mejillas. Todo mi cuerpo se encendió, la piel bajo la bata se calentaba por momentos. "Eso no podría estar más lejos de la verdad".

"¿No puede ser?" preguntó Bobbi encogiéndose de hombros. "Tal vez deberías escuchar un podcast llamado *Filthy Reali-Tea*. Tercera temporada, episodio doce, minuto dieciocho. Disecionan todo el asunto en detalle. Es sorprendentemente perspicaz. También es la razón por la que estoy aquí".

Parpadeé. "¿Qué...?" La ráfaga de aire que salió de mí me cortó las palabras. "¿Qué podcast?"

"Una con dos millones de oyentes semanales", dijo. "Si cuentas todas las plataformas, incluido el vídeo". Me quedé con la boca abierta y me lanzó una mirada que no entendí. "¿Te mudarías a Miami?". Me balanceé sobre mis pies, empezando a sentirme mareada. "Viendo cómo está yendo esta noche, realmente creo que deberías. Me necesitas más de lo que pensaba. Aunque no te ayudaré a hacer las maletas. A menos que eso nos meta en el primer vuelo que salga de este lugar. Sería temporal, y el viejo podría venir, aunque preferiría que no. Te pondremos en un bonito condominio y tendrás que asistir a eventos y salidas públicas con Andrew. Capear la tormenta. Muestra un frente unido".

La voz de Bobbi se convirtió en un zumbido agudo que taladraba mis oídos. Me llevé las manos a la cabeza. Las sienes. Me palpé las mejillas, intentando sentir si me ardía la piel. Pero no sentí nada. ¿Me estaba quemando? ¿Era un sueño febril? Me sentía tan... abrumada. Tan... a punto de hacer algo extremadamente estúpido. Como... tirar de mi bata con un grito y salir corriendo en dirección al bosque. Lejos de esta conversación. Incluso si eso significaba que estaría corriendo desnuda en medio de la noche. I-

"¿*Qué es eso?*" Bobbi soltó un grito ahogado. "¿Por qué nadie me habló de eso?"

Parpadeé y volví a centrarme en la estrategia de relaciones públicas, siguiendo la dirección de su mirada directamente hacia mis manos. *Dios mío*. "Sólo es mermelada. Tal vez algo de sangre de un corte, pero..."

"No", resopló Bobbi. "Eso no". Me señaló el dedo anular. "*Ese*."

"Oh", susurré. "Es sólo mi anillo de compromiso. No es..."

"¿Por qué nadie me dijo que estás comprometida de nuevo?"

¿*Otra vez?* "Porque..."

"Espera", intervino ella. "Cállate. Espera". Sus ojos se cerraron e hizo algo para lo que no estaba preparada. Bobbi cacareó. Se rió. No era un sonido agradable. Sonaba oxidado, y ligeramente... malvado. "Esto lo cambia todo."

Estaba tan cansada. Tan hecho. Así que... "¿Qué hace?"

"Esto", dijo levantando mi mano. "Es una mierda para él, pero es una noticia excelente. Para nosotros. Para ti, para mí, para Andrew, para mi trabajo. Este lío".

Mi mente buscaba la forma de explicarle a aquella mujer que no se trataba más que de un malentendido. Que se trataba de uno de mis antiguos anillos de compromiso que llevaba en el dedo. No uno nuevo. Que a veces hacía tonterías como probármelos de nuevo por... ¿nostalgia? ¿Soledad? ¿Estupidez? Y que cuando estaba estresada, mis dedos y tobillos se hinchaban y, bueno, los anillos se atascaban accidentalmente. Pero yo estaba abrumado más allá de mi límite. Ya lo había estado antes de que ella llegara, si el atasco era un indicio de lo mal que resolvía los problemas cuando me entraba el pánico.

¿Y ahora esta mujer pensó que estaba comprometido? Otra vez. Por quinta vez. Y que de alguna manera cambiaba todo.

Yo... Oh Dios. Iba a vomitar. Necesitaba tiempo para pensar. I-

Mi atención se fijó en algo que había detrás de ella.

No algo. Alguien. Un hombre. De pie al final del camino de entrada.

También debimos de llamar su atención, porque giró la cabeza. Llevaba el pelo revuelto de un rubio sucio y distinguí unas gafas apoyadas en el puente de la nariz. Dio un paso adelante y su rostro se iluminó con la luz de la calle.

"¿Matthew?" Me oí decir.

Bobbi echó un vistazo.

"¿Quién es? ¿Tu prometido? Estupendo. De todas formas debería estar aquí para esta conversación. ¿Qué te parece una gran boda?", continuó, curvando la boca en una gran sonrisa. "Haremos un gran anuncio. Sin reparar en gastos. Del bolsillo de Andrew. Papá al rescate. No hay nada que le guste más a la gente que una boda. Un villano reformado llevando a la novia por el pasillo directo a su "felices para siempre". Y boom, bomba de relaciones públicas desactivada. Vínculo padre-hija fortalecido. Reputación salvada. Crisis evitada. Podcasters irritantes silenciados. No hay reubicación de nadie en ninguna parte. Bobbi gana y vuelve a la civilización invicta".

El tiempo pareció detenerse por un segundo.

Bomba de relaciones públicas desactivada. Vínculo padre-hija reforzado. Reputación salvada. Crisis evitada.

Entonces algo en mí encajó.

Mi mano se alzó en el aire y, para sorpresa de todos -la mía, la de Bobbi y, definitivamente, la de Matthew-, grité a pleno pulmón: "¡Hola, cariño!".

Matthew echó la cabeza hacia atrás y recé para que me siguiera la corriente. Él me conocía. Quién era yo.

"¡Amor de mi vida!" Llamé aún más fuerte. "¡Por fin has vuelto!"

Como ya he dicho, no se me daba muy bien resolver problemas cuando estaba estresado.

CAPÍTULO 2

Los ojos de Matthew se abrieron de par en par.

Mierda.

Luego frunció el ceño.

Doble mierda.

Sígueme la corriente, dije.

Matthew, que por su pelo mojado debía de haber sido alcanzado por la tormenta que acababa de azotar Green Oak, miró detrás de él. Se señaló a sí mismo.

¿Yo? Leí en sus labios.

Vale, mierda.

Esto no estaba saliendo como había imaginado. Pero, ¿qué había estado esperando? No lo había planeado. Matthew era el mejor amigo de mi hermana y sabía que llegaría a Green Oak en algún momento del fin de semana. Pero ni siquiera sabía por qué estaba aquí, en mi entrada. ¿Había decidido pasar por aquí de camino a Lazy Elk? ¿Le había dado Adalyn mi dirección? ¿Por qué llevaba una bolsa de lona? ¿Dónde estaba su coche? Ojalá tuviera toda esa información, pero, después de todo, era el mejor amigo de Adalyn en . No el mío. Matthew y yo no éramos buenos amigos, éramos conocidos. Más o menos. Si así se llama a dos personas que se han enviado mensajes de texto en un chat de grupo, pero que nunca se han conocido en persona.

Y acababa de llamarle el *amor de mi vida*. En voz alta. Muy alto.

Mis ojos se abrieron de par en par.

Acababa de llamarle el amor de mi vida.

Tragué saliva y volví a mirar a Bobbi. Unos ojos oscuros se encontraron con los míos, expectantes. Juzgando. No. No podía echarme atrás. De ninguna manera. Pensaría que tenía problemas. Problemas reales, no los que ella me acusaba de tener. Volví a fijarme en Matthew Flanagan, el mejor amigo de Adalyn y, desde hacía unos minutos, mi adorable prometido. La idea hizo que la cabeza me diera vueltas otra vez, pero podía trabajar con esto. Él sabía que era yo. Josie. La hermana de su mejor amigo. Sabrá que pasa algo.

Matthew se movió. *Por fin*. Su pie se elevó en el aire y... dio un paso adelante. En dirección al porche.

Suelto todo el aire que contenía aliviado.

"Oh chico, te he echado de menos", dije, todavía fuerte. "¿Tú también me has echado de menos, dulce... bebé... pastel?"

Como lo harían dos banderas de incertidumbre de color marrón claro, sus cejas se alzaron.

"Oh, no hace falta que respondas a eso", me apresuré a decir. "Ya sé la respuesta como si la tuviera tatuada en el corazón. Seguro que me has echado mucho de menos. Porque nos queremos y los enamorados no pueden esperar a, ya sabes, besuquearse. Besuquearse. Hacer el amor".

Bobbi gimió detrás de mí.

El paso de Matthew vaciló un instante.

No culpaba a ninguno de los dos. Yo también estaba horrorizado conmigo mismo.

Con un movimiento de cabeza, bajé un par de escalones, acortando parte de la distancia que mi improvisado prometido tardaba siglos en recorrer e ignorando la forma en que mi corazón se aceleraba por todas las razones equivocadas.

Se detuvo al pie del porche antes de mirar hacia arriba, su mirada recorriendo a izquierda y derecha. Como inspeccionando. Evaluando. Entonces sus ojos se cruzaron con los míos. Eran marrones, grandes y entrecerrados tras sus gafas, aún empapadas de agua. También había algo en ellos. Algo que me distrajo y que no pude leer. Algo que me hizo pensar que aún estaba decidiendo qué hacer. Sentí que le suplicaba, aunque fuera en silencio. La calidad de su mirada cambió y volví a contener la respiración.

"Ese soy yo", anunció, poniendo su bota en el último escalón del porche con un golpe húmedo. "*Nena*". Se aclaró la garganta. "Y dulce pastel de bebé. De lo que hablaremos más tarde. Ahora mismo, me alegro de estar por fin... en casa. Listo para todos esos besuqueos". Hubo un silencio. Y Matthew debió confundir mi asombroso alivio con confusión, porque me lanzó una mirada y dijo: "Ahora trae tu culo aquí y dame un poco de azúcar".

Bobbi suspiró con fuerza antes de soltar un ugh horrorizado.

Pero yo no. Tal y como me había pedido, entré en acción, volando desde el porche y aterrizando sobre su pecho como si darle a este hombre un poco de azúcar fuera algo que supiera hacer. No lo sabía, pero mis brazos lo rodearon de cualquier manera, la parte superior de mi cabeza se bloqueó justo debajo de su barbilla. Y él... estaba empapado. La ropa de Matthew estaba empapada, incluida su chaqueta de cuero, y podía sentir cómo mi bata absorbía la humedad. Mi piel se enfriaba. También podía sentir su cuerpo tenso y rígido contra el mío. ¿Por qué?

Un carraspeo.

Bobbi. A la derecha.

Me despegué del pecho de Matthew con un murmullo de *agradecimiento* que hizo que se pusiera aún más rígido y me volví hacia la mujer que estaba de pie en mi porche. "Lo siento", dije con una sonrisa. "Me dejé llevar por un segundo. Todavía estamos en nuestra fase de luna de miel. ¿Verdad, *Mattsie*... *Boo*?"

Matthew permaneció en silencio, mostrándose inseguro de nuevo. Por suerte, se lo quitó de encima rápidamente. "De acuerdo. Por supuesto". Su mirada se desvió, cayendo sobre Bobbi. "Y asumo toda la responsabilidad por ello". Una extraña risita salió de sus labios. "Soy Matthew Flanagan. Y ésta es mi casa. Y ésta"-su brazo se balanceó sobre mis hombros-"es mi mujer".

"Bobbi", dijo con una mueca. "Tiburón. No soy propiedad de nadie, ni poseo nada excepto quizás demasiada criptodivisa, gracias a un cuestionable asesoramiento financiero."

"*Yay*", chillé. En voz alta. "Ahora que eso está fuera del camino, y las presentaciones están hechas, ¿qué tal...?"

"¿Cuánto tiempo han estado comprometidos?" Bobbi preguntó.

Matthew resopló un sonido extraño que tuve que disimular con una carcajada odiosa antes de contestar: "Seis dichosos días".

Bobbi entrecerró los ojos.

"Fue la proposición más romántica", añadí. "Mi favorita, de todas". Sentí que la mirada de Matthew se posaba en mi perfil, taladrando dos agujeros en forma de ojos perfectos. "¿Por qué lo preguntas?"

"Es información importante", dijo Bobbi con un encogimiento de hombros que pretendía ser despreocupado. No me engañó. Se acercó a la barandilla y se apoyó junto a una de mis macetas. "¿Y cómo te lo propuso, si no te importa que te lo pregunte?".

"Picnic romántico", respondí de inmediato, sintiendo el brazo de Matthew tensarse alrededor de mis hombros. Bobbi arqueó las cejas. "Al atardecer", le dije, y la forma en que seguía mirándome me arrancó del pecho cada una de las palabras que siguieron. "Fuimos a un campo de girasoles, a una hora de Green Oak. Yo llevaba un vestido de verano y él una camisa blanca. De las que quedan bien sin esfuerzo. Complementa su estructura ósea".

Bobbi frunció los labios. "Conozco el tipo".

"Estábamos bebiendo rosado", continué, imparable. "Y comiendo queso que él había cortado en lonchas muy finas, como a mí me gusta, y antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, se arrodilló frente a mí, y un cerdo de taza de té emergió de entre los girasoles, con sus diminutas patas trotando en nuestra dirección. El cerdo se detuvo a los pies de Matthew, con una carta atada con un lazo al cuello. El cerdo se detuvo a los pies de Matthew, con una carta atada a un lazo alrededor del cuello. Desdoblé la nota, con el corazón acelerado por la pregunta que sabía que estaba escrita allí. Entonces pronunció las palabras: "¿Me *harías el honor de casarte conmigo?*".

El silencio siguió a mi elaboradísima historia de la proposición, con el corazón desbocado en medio del pecho.

"Qué afortunado y creativo soy", oí en voz muy baja a mi lado.

Bobbi ladeó la cabeza. "De acuerdo", bromeó, bajando un escalón. "Volvamos mañana. No puedo creer que vaya a decir esto, pero parece que podría actuar como tu planificadora de bodas, también."

"Disculpa, nuestra..." Matthew comenzó, su brazo cayendo de mis hombros.

Le lancé una mirada mordaz que disimulé con una sonrisa. "Estás cansado. Y necesitas dormir. Y está todo ese dulce amor, ¿recuerdas? Así que, ¿qué tal si dejamos ir a Bobbi, entramos y nos sentamos a charlar? A solas".

"Es una gran idea, Josephine", comentó Bobbi, ahora a nuestro lado. "Deberías explicárselo todo a tu prometido. Y acuérdate de no olvidar la parte de la gran boda pueblerina. Papá pagará, sin reparar en gastos".

Las palabras se me subieron a la lengua, pero la mirada de Matthew impidió que salieran. Me miró de arriba abajo rápidamente. Se sorprendió y luego palideció.

Bajé la mirada, comprendiendo lo que veía. "Sigo olvidándome de eso. Es sólo mermelada", le expliqué.

Matthew, que parecía un poco más alto y ancho ahora que estaba así delante de mí, vaciló. Y para mi sorpresa, lo único que dijo fue: "¿*Josie?*".

Le miré con el ceño fruncido, preguntándome por qué decía así mi nombre.

Bobbi palmeó el hombro de Matthew. "Felicidades, campeón. Vamos a esperar que este anillo se pega. Al menos el tiempo suficiente para que yo pueda hacer mi magia y arreglar este desastre. Pero vamos a trabajar en los detalles y el ángulo de los medios de comunicación. Mañana... ¿Quizás deberíamos celebrar la boda en Miami? Hm, consultalo con la almohada. Yo también lo haré. Ahora, ha sido un placer, pero adiós".

Matthew me miró, con los labios aún pálidos y expresión miserable. Ni conmocionado, ni desconcertado, ni siquiera enfadado. Sino simplemente... cabizbajo.

Separé los labios, pero antes de que pudiera hablar, su mano se extendió y me agarró la muñeca. Me levantó la mano izquierda con suavidad, despacio, con su piel fría y húmeda contra la mía mientras me daba la vuelta a la palma.

"Matthew", empecé.

Pero eso fue todo lo que conseguí decir antes de que el abuelo Moe irrumpiera por la puerta, con las manos enfundadas en guantes de limpieza rosas y un delantal forrado de estrellitas amarillas alrededor de la cintura.

"¡Claro que no!", exclamó con los brazos en alto, llamando la atención de todos los humanos y animales que vivían en un radio de diez metros a la redonda. "Mi Josie no se va a Miami. Y yo tampoco me voy". Los ojos del abuelo se clavaron en el hombre que seguía cogiéndome de la mano. "Josie, ¿por qué ese chalote de aspecto húmedo te sujeta así la mano? Sí, tú. El que mueve los labios como una trucha nadando río arriba. No vas a llevar a nadie a Miami".

"Jesús, abuelo", advertí, mirando a mi alrededor en busca de Bobbi, pero ella había... desaparecido. "¿Podrías...?"

"No *Jesús, el abuelo* me", contraatacó, moviéndose hacia la barandilla. "¿Tú...?" Se detuvo, su mirada se movió detrás de nosotros. "¡Otto Higgings!", gritó. "¡Vuelve a tu casa! Esto no es de tu incumbencia, entrometido, ciruela marchita".

Una maldición silenciosa se me escapó en voz baja. No necesité girarme para comprobar si mi vecino -y némesis del abuelo- estaba al otro lado del patio, metiendo las narices en nuestros asuntos. Porque claro que lo estaba. Por supuesto...

Algo tiró de mi mano.

Volví a centrarme en Matthew, que miraba hacia abajo, con el poco color que le quedaba en la cara. Seguí su mirada con la mía. Mi mano seguía en la suya, levantada, y tenía un corte en la palma. Apenas sangraba, pero parte de mi piel estaba manchada de un rojo más oscuro que el de la mermelada de fresa.

"Josie", susurró Matthew. "Estás sangrando".

"Oh", dije, recuperando mi mano y limpiando el corte con la manga de mi bata. "No te preocupes, es sólo un...". Me interrumpí. "¿Matthew?"

Tenía los párpados a media asta y, antes de que pudiera hacer nada, se dejó caer al suelo.

CAPÍTULO 3

Cuando Matthew volvió en sí, lo hizo con un grito ahogado.

Empujé una taza en su dirección y me obligué a dedicarle mi sonrisa más cálida y acogedora. Me parpadeó.

Se me cayeron los labios. "¿Por favor, bebe esto? Vuelvo enseguida. Me cambio rápido y el abuelo Moe te vigilará".

No podía culpar a Matthew por su confusión o reticencia a aceptar la taza. Tampoco podía culpar al abuelo Moe por la queja que le dejó. Pero los mendigos no podían elegir, así que en el momento en que el té estuvo en la mano de Matthew, me di la vuelta y subí corriendo las escaleras. Y en cuanto cerré la puerta de mi dormitorio, me hundí en el suelo.

Cerré los ojos y apoyé los hombros en la superficie de madera.

Todo el aire de mis pulmones me abandonó en un siseo: "Mierda".

No, me corregí. No era una situación de *mierda*. Era un *camión lleno de estiércol de vaca obstruyendo tus cinco sentidos*.

Porque lo de esta noche... había sido *mucho*. Había sketches cómicos en menos inverosímiles que lo que había ocurrido. El abuelo Moe gritando como si un lobo se hubiera colado en el gallinero y hubiera matado a la mitad de sus gallinas sólo había sido la guinda del pastel. Todavía me preguntaba cómo había conseguido mantener la calma cuando Matthew había caído en picado al suelo. Cómo nosotros -y sí, traía al viejo conmigo en esto- habíamos hecho que un hombre adulto de dos metros y pico se desplomara. Igual que le pasaba a mi arcilla cuando no mantenía su forma. Un segundo estaba allí, fuerte y sólido y aparentemente a salvo entre mis manos, y al siguiente giro de la rueda estaba manchado por todo el suelo.

Sólo que Matthew no era arcilla. O un proyecto que pudiera moldear en la forma que quisiera. Era el mejor amigo de mi hermana. Una persona con una vida, a quien había metido en mi lío. No era algo que pudiera arreglar endureciéndolo con un secador de pelo, por mucho que lo deseara. En realidad, olvídalo. Ni siquiera debería estar pensando en endurecer o secar a Matthew.

Volví a abrir los ojos, me incorporé, enderecé la espalda y volví a centrarme en mi tarea. Cambiar. No divagar. Así que me metí en mi cuarto de baño para limpiarme la máscara de algas de la cara, tomando nota mental de tirar el resto de la lata. Tenía mala pinta, decidí. Una vez fuera, me restregué las manos, me puse una tiritita en el corte de la palma y me puse lo primero que encontré por ahí. Mallas, camiseta de tirantes y una rebeca. Me cepillé el pelo con las manos una sola vez y bajé las escaleras al trote.

"¿Está bien el té?" pregunté, ni siquiera completamente a través del umbral de la cocina.

El hombre sentado en mi butaca rosa permaneció en silencio, sus ojos se encontraron con los míos cuando me detuve frente a él.

"Es manzanilla", comenté para llenar el silencio. "Mi madre solía preparármela cuando me encontraba mal o tenía un mal día. Supuse que habías tenido uno de esos. Así que pensé que te ayudaría. Reconfortarte. Me hace sentir como nueva".

Matthew pareció meditar su respuesta antes de decirme secamente: "Gracias".

No era exactamente tranquilizador, pero al menos el color había vuelto a su cara. Era una cara bonita, ahora que podía verla con la luz adecuada. Mandíbula cuadrada, nariz recta, labios carnosos y ojos marrones ocultos tras unas gafas. Se las había limpiado durante el par de minutos que había estado sin ellas. Habían estado un poco manchadas por la lluvia y era lo menos que podía hacer, todo sea dicho. Me... gustaban. Sus gafas. Nunca le había visto llevarlas en las fotos. O cuando Adalyn le había enviado un FaceTime y yo había estado cerca para robarle una mirada o intercambiar un hola.

Le hacían parecer... diferente. Más... no lo sabía. Suponía que eso apenas importaba de todos modos.

"¿Tu mano está bien?" preguntó Matthew con voz grave y áspera.

"Sí", admití, aliviada por el hecho de que hablara. Cogí un taburete y lo coloqué frente a él antes de sentarme en él. "No ha sido nada. Sólo un pequeño corte", mentí. No había sido tan pequeño.

"Estabas sangrando, Josie."

"Lo era, sí. Pero no hablemos de eso. Estoy bien, y odiaría que... te pusieras macabra otra vez".

"Está bien", comentó, llevándose la taza a la boca. "No recuerdo la última vez que me pasó. Creo que la lluvia no ayudó y mi cuerpo se rindió por un momento". Sus manos bajaron el té a su regazo. Sus ojos marrones recorrieron mi cara y luego bajaron, observándome despacio, o con pereza, o tal vez con cansancio, antes de volver a los míos. "Realmente cambias rápido".

"Es uno de mis superpoderes", dije riendo entre dientes. Pero duró poco. No había sido la única en necesitar una muda de ropa y odiaba que me lo recordaran. Miré los vaqueros húmedos y el jersey aún más mojado que llevaba. "Te quitamos la chaqueta de cuero cuando te metimos dentro. Murmuraste algo en voz baja, y yo supuse que era por eso". Hubo un nuevo e incómodo silencio. "Va a hacer falta algún milagro para que vuelva a la vida. Lo siento. Probablemente tus botas también, si te soy sincero. No te las quité, pero quería hacerlo. Idealmente, debería haberte quitado toda la ropa. Pero el abuelo Moe no me dejó".

Matthew enarcó las cejas.

"Obviamente lo digo en un sentido práctico y médico", le expliqué. "No en plan vamos a *desnudarte hasta la ropa interior*".

La comisura de sus labios se inclinó hacia arriba.

"No desnudaría a un hombre inconsciente", le aseguré. "No a menos que estuviera seguro de que su vida dependía de estar, ya sabes, desnudo. Y la tuya no. Estabas murmurando cosas. Así que estabas bien. Y habría sido muy incómodo llevarte dentro desnudo".

Los labios de Matthew se aplastaron.

"No te preocupes". Le dediqué una gran sonrisa. "El abuelo y yo cargamos cosas pesadas con regularidad. Bueno, sobre todo yo, porque ya no le dejo hacerlo. Aunque estoy empezando a creer que esas clases de Pilates que he estado tomando no están tonificando mis músculos tanto como me prometieron. Quizá debería haberme dejado llevar por mi instinto y probar con el Krav Maga". Me encogí de hombros. "¿Quieres oír algo gracioso?".

Su única respuesta fue una mirada extraña.

"Adalyn también se desmayó el día que llegó a la ciudad el año pasado", le dije de todos modos. "En circunstancias diferentes, por supuesto. Aunque estoy bastante segura de que ya lo sabes todo. Pero oye, ¿no es una coincidencia divertida? ¿Los dos perdiendo el conocimiento nada más pisar Green Oak?"

Por la forma en que Matthew seguía mirándome, no creí que le hiciera mucha gracia. De hecho, me di cuenta de que hacía un rato que no decía una palabra, y podría decirse que yo había dicho demasiadas.

"Tiendo a divagar cuando estoy nerviosa", murmuré. "Así que estaría bien que dijeras algo. Cualquier cosa, de verdad".

"No eres lo que esperaba". Soltó una carcajada. Fue corta. Un poco cansada. Pero era una, así que la aceptaría. "Y al mismo tiempo, lo eres".

Una pequeña sonrisa curvó mis labios. Una genuina, para variar, esta noche. Aunque no tuviera ni idea de lo que Matthew quería decir con eso.

"No se merece eso", gruñó el abuelo Moe, de repente allí, a nuestro lado. Dejó caer un plato sobre el regazo de Matthew. "No se ha ganado ni una sonrisa".

Puse los ojos en blanco. "Bueno, creo que se ha ganado algo más que una sonrisa después de esta noche. Además, regalaré mis sonrisas a quien yo quiera, Moe Poe".

El abuelo Moe hizo caso omiso y señaló con el dedo a Matthew. "Queso a la plancha. Come. Hace unos minutos parecías un puerro rancio. Algo me dice que hoy te has saltado alguna comida. Así que *come*".

"El abuelo tiene buenas intenciones", le dije al rubio que se apiñaba en mi sillón favorito de la casa. Mathew masticó con diligencia. "Y te prometo que dejará de ponerte apodos tontos. No sé qué le pasa esta noche. Está muy gruñón".

"No dejaré de llamarle nada", contraatacó el abuelo. "Y no lo hago con buena intención. Lo quiero sano y fuerte por razones egoístas. Aún no sé si tendré que partirle la cara".

Me burlé del anciano antes de volverme hacia Matthew. "No lo dice en serio".

"Yo sí", insistió el abuelo Moe, quitándole el plato de las manos a Matthew justo cuando engullía el último bocado. "Qué rápido. ¿Todavía tienes hambre?"

"No, señor", respondió Matthew, pasándose el bocado por la boca. "Pero gracias, señor".

Resoplé a los dos *señores*. "Podéis llamarle abuelo Moe, como hace todo el mundo en el pueblo. O como mínimo Moe. No hay necesidad de formalidades, lo prometo..."

"Me llamo Maurice", intervino el abuelo Moe. "¿Y si sigue llamándome *señor* hasta que decida qué hacer con él? Esta es mi casa y él no es un invitado".

Me giré para mirar a mi compañero de piso, que llevaba tirantes. "¿*Tu casa?* Tienes suerte de que me caigas bien, si no, te daría una patada en el culo y te enviaría a la residencia de Fairhill, señor *Las residencias de ancianos me hacen sentir vieja*". El abuelo jadeó, aunque sabía que no lo decía en serio. No se iba a librar de mí tan fácilmente. No después de la apoplejía, aunque se hubiera recuperado bien. Volví a centrarme en Matthew. "Lo siento mucho, yo..."

"Tiene razón", dijo, el marrón claro de sus ojos brillando con una seguridad que yo probablemente no merecía. "Acaba de conocerme y es tu abuelo. Hoy me he saltado la comida. Y la cena, viendo la hora. Eso no fue inteligente, y estoy seguro de que tuvo algo que ver con que yo cayera así. Así que gracias por la comida y el té y por quitarme esa chaqueta mojada y arrastrar mi culo hasta aquí. Gracias también por no dejarme en ropa interior. A pesar de lo cómoda que estoy desnuda, tienes razón, sería el doble de incómodo".

El doble de incómodo. Yo mismo había usado la palabra, pero me molestaba que fuera su elección para describir esto también.

El abuelo Moe refunfuñó algo ininteligible antes de darse la vuelta y volver arrastrando los pies a los fogones, donde sabía que estaría preparando más comida para Matthew. Realmente ladraba más que mordía.

"El abuelo Moe no es realmente mi abuelo", sentí la necesidad de decir. "I..." Pensé que esto era algo que Adalyn podría haberle dicho a Matthew. "No creo que duela que lo aclare. El abuelo vive... vivía al lado. Justo al lado de Otto Higgings. No estoy seguro si lo recuerdas-"

"Yo sí", dijo Matthew. "*Nosy, ciruela pasa marchita.*"

Asentí con una ligera risita. "El abuelo me ayudaba en casa cuando era pequeña. Al parecer, un día decidí que era *mi* abuelo Moe, y no solo Moe, y no le llamaría de ninguna otra forma. Se me quedó grabado, y ahora todo Green Oak le llama así". Esbocé una pequeña sonrisa. "Así que, por favor, hazlo también. Te prometo que no le importará".

Los ojos de Matthew me miraron durante unos segundos. Contemplando. Luego se inclinó ligeramente hacia delante, bajando la voz. "Creo que me gustaría ir sobre seguro y mantener mis pelotas intactas", dijo con un guiño.

Un guiño.

La curva de mis labios se volvió genuina. Feliz, incluso. Esto se parecía mucho más al Matthew del que había oído hablar. El Matthew que esperaba. Por todo lo que Adalyn había dicho sobre su mejor amigo, pero también por las interacciones que habíamos tenido. Hacía un tiempo, Adalyn nos había añadido a los dos a un chat de grupo con ella y Cameron, su novio y mi amigo, y era imposible no formarse una idea de Matthew basándose en sus mensajes. Divertido, inteligente, a menudo juguetón, brutalmente honesto. Matthew escribía las cosas más extravagantes y yo me había reído a carcajadas leyendo sus mensajes más de una vez.

Lo que me recordó la última conversación que habíamos tenido allí. "Así que..." Me interrumpí, tirando de las mangas de mi chaqueta. "¿Qué tal el viaje?"

Suspiró. "Largo. Tedioso. Necesario".

"Bueno, Chicago no está precisamente a la vuelta de la esquina", comenté. "Sabía que vendrías, pero no que llegarías esta noche".

Bajó los hombros y dejó caer todo el cuerpo sobre el asiento. "Mi contrato no terminaba hasta el lunes, pero no podía dormir una noche más rodeado de cajas".

"Te quedas en el albergue, ¿verdad?" Continué. Estaba vacío ahora que Adalyn y Cameron habían encontrado un hogar más cerca de Charlotte, y del club juvenil de fútbol que habían fundado y al que ahora dedicaban todo su tiempo. "Lazy Elk es genial. Te encantará, te lo prometo. Es súper acogedor, elegante y tiene las mejores vistas de la ciudad".

A Adalyn y Cameron les costaba el doble dejar Green Oak. Quizá por eso aún no lo habían alquilado. Quizá una parte de ellos no quería dejarlo del todo. O tal vez pensaban que sería bueno mantenerla vacía por si alguien la visitaba. O lo necesitara, como Matthew. De todos modos, ni mi hermana ni Cameron necesitaban los ingresos extra de un posible alquiler. Ventajas de ser una jefa trabajadora y un futbolista profesional retirado.

"Lo he oído", dijo Matthew. "Adalyn también me advirtió que era sorprendentemente difícil de encontrar, pero no esperaba que mi aplicación de mapas me desviara durante una hora entera. Todavía no entiendo cómo acabé en un camino de tierra y me metí en un bache".

"¿Así que eso es lo que pasó?" Sentí que se me fruncían las cejas de preocupación. Sabía que no tenía derecho a sermonearle, y menos esta noche, pero... "Deberías haberte quedado en el

coche, Matthew. No deberías aventurarte en una tormenta. Y, por favor, nunca te adentres en el bosque. De hecho, la próxima vez llama..." Me detuve. Había estado a punto de decir *yo*. "Llama a alguien. Ayuda. Una grúa".

Sus ojos hicieron un extraño barrido por mi cara, como sorprendidos por mi reacción. Luego se le escapó una ligera carcajada. "Me quedé sin batería después de tanto cambio de ruta. Sé que es un tópico. Pero mi Prius no tiene puerto USB, y yo tenía que estar a un kilómetro del albergue. No pensé que en pocos minutos estaría empapado y me perdería. Cuando me di cuenta de mi error, sólo esperaba que el albergue estuviera más cerca que el coche".

Le miré con el ceño fruncido. No *quería* decirlo, pero... "Eres todo un hombre".

Resopló. "Valoración justa. Pero tienes razón. Fue una tontería y yo... Ha sido un día muy largo, Josie. Una puta semana larga, si te soy sincero".

Se me cayó el estómago ante sus palabras. La razón por la que probablemente dijo eso, además de su desafortunada llegada a la ciudad.

"Lo siento", dije. "No puedo imaginar lo increíblemente duro que ha sido. Adalyn me contó lo que pasó con tu trabajo. Y lo siento. No fue justo, estoy segura, y apesta que te despidieran así. Sólo lo siento".

Matthew se puso rígido con cada palabra que salía de mi boca. "No tienes nada que lamentar".

Pero lo había. Porque lo habían despedido, y había tenido que dejar Chicago, y se mudaba - temporalmente, según Adalyn- a Lazy Elk, y... esta noche había sucedido.

Nos quedamos así, mirándonos el uno al otro en un silencio no incómodo, pero tampoco fácil. Un plato sonó detrás de nosotros y me pregunté si debía excusarme e ir a ayudar al abuelo, si debía seguir charlando con Matthew o si debía abordar el tema que había estado evitando.

La cabeza de Matthew debía de estar en el mismo sitio, porque vi cómo su mirada se hundía, cayendo sobre mi regazo, donde tenía las manos entrelazadas.

"En realidad no estoy comprometida", dije finalmente, mostrándole el dorso de mi mano izquierda. Tenía una tirita sobre el corte de la palma, pero aun así me aseguré de dejarla mirando hacia mí. Por si acaso. "A ti no, obviamente. Tampoco a nadie más. Al menos ahora no".

"Así que no me imaginaba todo eso, ¿eh?". Su expresión se volvió pensativa. "Esperaba haberlo hecho".

Eso picó un poco.

Pero no podía decir que no me lo merecía. Me obligué a sonreír. "No lo merecías. Todos los sucesos extraños que recuerdas ocurrieron". Miré hacia abajo, llevando las manos de nuevo a mi regazo. "El anillo es de una relación anterior y está... pegado. Intenté lubricarme la piel con mermelada, lo cual no fue la idea más inteligente. Pero el jabón no funcionaba y no quería esperar a que se derritiera la mantequilla". Sacudí la cabeza. "Así que la mermelada de fresa me pareció una opción buena y sensata".

Matthew volvió a quedarse callado, lo suficiente como para que volviera a mirarle. Ahora su expresión era inexpresiva. Como si intentara ocultar de su cara lo que pensara de mí.

Así que continué. "Bobbi Shark también era real, me temo. Ella, ah. Bueno... Ella fue la razón por la que entré en modo pánico total, si quieres llamarlo así. Ella... trabaja para Andrew, mi padre. Y su aparición me pilló desprevenido. Y antes de que pudiera procesar eso, ella estaba diciendo todas estas cosas sobre mí, y una crisis de relaciones públicas, y mudarse a Miami y ... de repente ella estaba hablando sobre el anillo, y tú estabas allí, y yo quería que se fuera, y yo realmente no quería mudarme a Miami, así que no pensé. Actué".

El silencio siguió a mi muy pobre relato de los hechos.

Me inquieté aún más. "Sé lo difícil que es de creer pero..."

"No", intervino. "Estaba claro que Bobbi era una amenaza desde donde yo estaba".

Una bocanada de aire escapó de mis labios. Entonces lo entendió. Más o menos. "Yo no la llamaría una amenaza", dije con lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora. También era real. "Pero da un poco de miedo. Lo suficiente como para que te viera y pensara, o esperara, en realidad, que me ayudarías. Soy la hermana de tu mejor amiga, de todos modos, así que no es como si le estuviera preguntando a una completa extraña..."

"No lo sabía."

Mi ceño se frunció.

"No lo sabía", repitió. "Intentaba ayudar, tienes razón". Se frotó el cuello con la mano. Bajó la voz. "Pero no sabía que eras tú, Josie".

Mi sonrisa vaciló.

No sabía que eras tú, Josie.

"No pasa nada", grazné con un gesto de la mano. Seguro que no podía hacerme daño. Estaba siendo ridícula y el hundimiento de mi estómago no significaba nada. "Tardé tres segundos en saber que eras tú", continué, viendo cómo se le caía la cara. "Lo cual está bien. Es verdad. Es que se me dan muy bien las caras. Además estaba todo el..." Me señalé a mí misma. "Ya sabes. Extracto de algas y mermelada situación pasando en. Así que no esperaré que me vieras a lo lejos, con sólo una farola alrededor, y dijeras, oye, esa de ahí es Josie Moore. Ni siquiera nos conocemos tan bien. Quiero decir, ¿quién hace eso?"

Yo, que era quién.

Pero eso no importaba ahora.

Matthew vaciló, como perdido, pero luego dijo: "Lo siento".

Suelto un bufido. "¿Por qué? No hay nada que lamentar". Parpadeé ante la nueva emoción que entraba en su rostro y decidí que era el momento. Ya. Hora de dejar de andar de puntillas. Inhalé. Exhalé. Luego dije: "*Creo que deberíamos hacerlo*".

Matthew frunció el ceño.

"Deberíamos terminar lo que empezamos y fingir que eres tú", expliqué, levantando la mano. "El que me puso esto en el dedo".

Matthew se quedó un instante con la boca abierta. Luego dijo: "*¿Qué?*".

"Finjamos que somos novios", le dije, con la piel calentándose bajo la rebeca. "Como hicimos en el porche. Bobbi lo compró. Pensó que era real. Lo suficientemente real como para dejarlo. Que era el objetivo. Ella dijo que arreglaría el problema. ¿La crisis de relaciones públicas de la que te hablé? Puedo entrar en detalles, pero tu cara está haciendo algo muy raro". No se movía. Ni un músculo de su cuerpo lo estaba. "¿Te vas a desmayar otra vez?"

"No."

"Bien. Estupendo". Sonreí un poco, aliviada. "Entonces..."

"No", repitió. Su nuez de Adán se balanceó. "*No*".

"¿No?" pregunté. "Son muchos noes y sólo he hecho una pregunta".

Un sonido extraño salió de su garganta. "No estamos haciendo nada. No estamos..." Se detuvo. "No estamos fingiendo que estamos comprometidos. No". Su espalda se enderezó, la cara seria. "Absolutamente no, cariño."

Fruncí el ceño. "*¿Cariño?*"

Me lanzó una mirada.

"Pero..."

"No", dijo por cuarta vez. Su voz se suavizó. "No puedo hacerlo".

Yo también cuadré los hombros. "Podríamos hablar de ello. Discutirlo. Hacer una lista de pros y contras. Lo que necesites..."

"No puedo", intervino.

Mis hombros se hundieron. "¿No puedes o no quieres?"

"¿Importa? El punto es: lo que sugieres es una locura. Esta noche ha sido una anécdota divertida que estoy seguro hará que Cam y Adalyn se rían a carcajadas. Pero nosotros no..." Se le hizo un nudo en la garganta. "Jugando a los novios. Acabo de llegar".

Volvió esa rápida, aunque aguda, punzada de dolor. "Sería por poco tiempo, seguro. Sólo para capear el temporal. Sólo mencionó un anuncio precipitado. Así podríamos escuchar a Bobbi y luego, reevaluar".

Volvió a reír, pero era oscuro. Sin humor. Amarga. "¿Te das cuenta de lo loco que es esto que sugieres? ¿De lo ridículo que es?"

Eso sí que dolió. "Bueno, por cada historia que Adalyn me ha contado sobre ti, no sería la cosa más loca que has hecho. Tú mismo eres bastante ridículo, ¿lo sabías?"

A Matthew no pareció molestarle la acusación. "Bueno, esto no es una fiesta universitaria en la que me desafías a pasear desnudo por el campus, cariño. Esto es un matrimonio. Una boda. El anillo de algún hombre en tu dedo".

Otra vez con la desnudez. Y la dulzura. "No es matrimonio. Es un compromiso", corregí. "Y es falso. No nos vamos a casar".

La boca de Matthew se curvó en una... sonrisa incrédula. No era una sonrisa agradable, y no creí que se diera cuenta de la cara que me estaba poniendo. "No puedo creer que estemos teniendo esta conversación. Yo... ni siquiera puedo pensar con claridad". Se puso de pie, y tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo. "Probablemente debería ir a la logia. I-"

Un ruido como de camión llenó la cocina, haciendo que las palabras de Matthew se detuvieran.

Los dos nos volvimos hacia la fuente y encontramos al abuelo Moe sentado a la mesa de la cocina a unos metros de distancia. Tenía la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta y una torre de sándwiches a la plancha en un plato delante de él. Estaba roncando.

Viejo cascarrabias. Debía estar agotado de tanto gritar.

Me volví para estudiar el perfil de Matthew mientras miraba fijamente al abuelo. Extendí la mano antes de que pudiera detenerme. Los ojos de Matthew bajaron y se posaron en mis dedos, que rodeaban su antebrazo. Todavía tenía la ropa húmeda.

"Quédate", le dije. "Puedes comer más. Date una ducha y pide prestada ropa seca. Luego échate en el sofá. Es cómodo y es tarde. Me sentiría mejor si te quedaras esta noche. El abuelo también lo hará".

Matthew vaciló, sus ojos marrones seguían fijos en mi mano. Me di cuenta de que era la izquierda. Probablemente estaba inspeccionando el anillo de Ricky, pensando en lo *loca* y *ridícula* que yo estaba. "De acuerdo", dijo por fin.

Lo solté y me levanté, la punta de mi nariz casi rozando su garganta con el movimiento. El calor subió a mis mejillas cuando me aparté. "Te traeré unas mantas y una toalla. Puedes empezar con los bocadillos si quieres".

Entonces giré sobre mis talones, decidiendo que lo que sentía en mis entrañas no era rechazo.

Matthew no podía rechazar a alguien que no tenía.

Era sólo culpa. Y decepción. Y agotamiento. Matthew probablemente tenía razón. Yo estaba un poco loca, y mis planes siempre eran un poco ridículos.

Y no pudimos hacerlo.

Un compromiso no era un parche rápido sobre una rueda pinchada. No era algo que fingías en aras de una narrativa, o por una relación con un padre que ni siquiera sabía cómo navegar. Era un compromiso. Una promesa.

Un paseo por el pasillo.

Aunque ese nunca había sido mi caso.

CAPÍTULO 4

Matthew dormía como un muerto.

Lo que no justificaba que lo viera dormir durante lo que ya debían ser cerca de quince minutos. Pero, ¿qué se suponía que debía hacer? Mi sala de estar estaba entre las escaleras y la cocina. Y él estaba ocupando mi sofá. Y me gustaba hacer algo mientras me tomaba el café de la mañana, a montones, después de la noche que había pasado. Así que, aunque me hubiera encantado darle a Matthew un poco de intimidad, había sido prácticamente imposible hacerlo.

Parecía... como si le hubiera atropellado un camión, francamente. Sus mechones rubios y sucios estaban enmarañados. Uno de sus brazos estaba echado sobre su cabeza, mientras que el otro colgaba sobre el borde del sofá. Y pude ver un pie en calcetín asomando por encima de la manta. Era bonito. Si no fuera porque Matthew estaba con el torso desnudo debajo de la manta y el pijama prestado del abuelo estaba tirado en el suelo en un montón de franela a cuadros.

Le di un sorbo a la pequeña taza que contenía mi cuarto espresso. "Soy un asqueroso", murmuré, ladeando la cabeza desde mi puesto en el sillón. Y esto tenía que acabar. Era un invitado. Y yo lo estaba mirando. Como un bicho raro sin nada mejor que hacer.

Me aclaré la garganta. "¿Matthew?" llamé, y como no reaccionó, dije un poco más alto: "¿Matthew Flanagan?".

Le observé durante unos instantes, pero ni siquiera se movió.

No me dejó otra opción, la verdad.

"*MATTHEW!*" exclamé.

El hombre se levantó de un salto, sacó las gafas de algún sitio y se las puso. Unos grandes ojos marrones se cruzaron con los míos.

Le sonreí. "Buenos días, sol".

Parpadeó, el sueño aún le tiraba de las facciones y el pelo apuntaba en todas direcciones. Además, la manta le llegaba hasta la cintura y podía ver... su glorioso pecho. Piel dorada. Pectorales. Lo que tenía que ser un estómago muy duro. Santo camarón. Matthew era...

"*Rasgado*".

"Gracias", dijo, posando la mano sobre su clavícula y rascándose una mancha. Bostezó perezosamente. "¿Qué hora es?"

Mis ojos se abrieron un poco mientras intentaba mantenerlos en su cara. Realmente lo había dicho en voz alta. "Son un poco más de las nueve", respondí. "Y de nada. Y también, ¿puedes cubrirte, por favor? Estás enseñando muchas tetas".

Fue lento, pero una sonrisa de satisfacción tomó forma alrededor de su boca. "¿Por eso me mirabas dormir?".

Una burla me abandonó. "No lo estaba".

"De acuerdo". Se encogió de hombros. "Pero no me importaría que lo estuvieras".

Levanté la barbilla como la mentirosa que era. "Vale, Bella Swan, pero yo no". Me incliné, cogí la camisa del pijama a cuadros que había en el suelo y se la lancé. "Necesito hablar contigo

y tus *pezones* me miran fijamente a los ojos, como dos faros de virilidad pidiendo ser reconocidos. Así que si no te importa..."

Matthew cogió la camisa con una carcajada. El sonido me calentó el pecho. Sólo un poco. "Nunca pensé que me llamarían a mis pezones *nipples*", dijo, deslizando los brazos dentro de las mangas. "O faros de hombría". Se abotonó. "No puedo esperar a oír lo que dices cuando te des cuenta de que no llevo pantalones".

Mis cejas se dispararon, tan alto y tan rápido, que probablemente dejaron una marca en mi cuero cabelludo.

"I..."

Acababa de perder la concentración. Mi nervio también.

Porque había tenido un plan, sabía que tenía uno. Por eso había estado esperando a que Matthew se despertara antes de irme a abrir Josie's Joint, la cafetería cuyas puertas ya deberían haber estado recibiendo clientes. Quería hablar con él. Sí. Pero ahora era un poco difícil hacerlo. ¿Por qué no llevaba puesto el pantalón del pijama que le había prestado? ¿Había dejado la calefacción demasiado alta? ¿Simplemente dormía desnudo? ¿Matthew no llevaba ropa interior? Por Dios. ¿Cómo se suponía que iba a pensar, y mucho menos parecer convincente ahora?

Realmente no podía tener un respiro, ¿verdad?

Lo único que quería era retomar las cosas donde las habíamos dejado anoche. Darle la imagen completa que tenía ahora, después de investigar en vez de dormir, que era exactamente por lo que iba camino de un quinto expreso.

En cuanto mi cabeza tocó la almohada, las palabras de Bobbi volvieron a atormentarme.

Tal vez deberías escuchar un podcast llamado Filthy Reali-Tea. Tercera temporada, episodio doce, minuto dieciocho. Diseccionan todo el asunto en detalle. Es sorprendentemente perspicaz.

Habría sido muy estúpido -o ingenuo- no comprobarlo. Así que lo hice. Junto con cada una de las entradas que Google había ofrecido sobre Andrew Underwood. Incluso las que no había entendido del todo. Las que trataban sobre el valor de las acciones y los escándalos personales que afectaban a los negocios. Como si escuchar -y ver- a dos desconocidos que realmente tenían *millones* de oyentes diseccionar mi existencia en una sección de cinco minutos en la que hablaban de cotilleos no relacionados de la lista A no fuera suficiente golpe.

El recuerdo me puso la piel de gallina. Como si hubiera retrocedido en el tiempo y estuviera de nuevo en la cama. Los auriculares enchufados y los ojos muy abiertos mirando fijamente a la pared frente a mí mientras las voces de dos desconocidos se enroscaban en torno a inseguridades que no sabía que tenía.

INTERIOR-FILTHY REALI-TEA STUDIO-DAY

Espera, espera. ¿Me estás diciendo que este es el mismo hombre cuya hija se metió en una pelea con la mascota del equipo de Miami el año pasado? ¿El que está con ese jugador de fútbol retirado de Europa?

Eso es exactamente lo que te estoy diciendo, Sam. Es Andrew Underwood. De Underwood Enterprises o Holdings o algo así. ¿Posee cosas como bienes raíces y corporaciones? Ya sabes que si no es tecnología a nadie le importa.

SAM: Más bien no, pero supongo que es justo. Los bienes raíces no son tan emocionantes, a menos que los venda gente atractiva con mucho glamour, y a menos que yo pueda examinar las propiedades desde la comodidad de mi sofá.

Nos gusta lo que nos gusta. Afortunadamente, la familia Underwood es igual de deliciosamente estratificada. Como... un episodio de *Succession* en la vida real que estás viendo desarrollarse ante tus ojos. Con el drama, el dinero, la huérfana que resulta ser una heredera, el pasado secreto, y todo el trauma.

SAM: Lo que me recuerda que realmente debería reprogramar mi sesión de terapia.

Hazlo, Sam. La terapia es crucial. Pero también deberías dejar de distraerme. Porque esta familia tiene problemas, como te estaba diciendo. Es como si los cultivaran a pedido. Papá Rico, por ejemplo: mantuvo sus orígenes en secreto durante décadas. Hay un artículo en la revista Time donde admite estar avergonzado de venir de un pequeño lugar en Carolina del Norte, y dejar que todos crean que en realidad era de Miami.

SAM: Ew. Esa es una gran bandera roja agitando.

Y eso es sólo la punta del iceberg. Esta hija recién descubierta, Josephine algo-algo, que él también mantuvo en secreto durante décadas, es de-agárrate-ese mismo pequeño lugar.

SAM: La trama se complica. ¿Una cita nostálgica?

Parece. Y más que espesa porque ella... whoa. (Risas) Ni siquiera puedo decirlo con cara seria. Lo juro, no me lo estoy inventando.

SAM: Spill it. Paso demasiado tiempo en Internet como para escandalizarme.

Es una corredora en serie.

SAM: (suspiro decepcionado)

No, no. Espera. Esta chica funciona con hombres. Con novios. Sus prometidos. Se compromete y abandona a los tíos EN EL ALTAR. (El día de su boda.

SAM: Espera, ¿qué? ¿Pero de cuántos estamos hablando?

CUATRO. Por ahora.

SAM: (jadea, luego se ríe) ¿Como esa comedia romántica de hace años?

Los noventa no fueron hace tanto, Sammy. Deja de hablar de los millennials como si fuéramos antiguos. Pero sí, como Julia Roberts en esa película. Y te juro que no estoy contestando quién es Julia Roberts. Tampoco me lo estoy inventando. Hemos buscado fotos de ella y hemos encontrado una, en algún periódico local, y como era de esperar, es un bombón. También resulta

ser esta chica sana, de pueblo, con grandes ojos azules y botas vaqueras. Ni siquiera sabía que se llevaban en Carolina del Norte. Pero en fin. ¡Cuatro veces!

SAM: (ahoga una carcajada) Whoa. (Aplauso lento) Escucha, aplaudo. Nos encanta un bish malo que puede y va a decir que no. Incluso si se está dando un trauma y estoy de bajo perfil un poco preocupado por ella.

No puedo culparla, la verdad. Yo tendría grandes problemas con mi padre si me hubiera abandonado en un pueblo en medio de la nada para vivir en una mansión en Miami. ¿Tienes idea de lo bonito que sería mi bronceado si viviera en Miami? Ahora en serio, sabes que de vez en cuando tengo corazón. Dejando a un lado el drama, no es de extrañar que la chica esté hecha un lío. Al parecer, perdió a su madre muy joven -no supimos cuándo exactamente- y su padre rico no hizo nada. Small-Town Heiress ni siquiera sabía que era una Underwood hasta hace muy poco.

SAM: (gemidos) Ahora que es un comportamiento verdaderamente repugnante. Me siento enfermo, de verdad. Es por eso que nunca conseguir más allá de un situationship. Es tan difícil... confiar. Lo lejos que llegan algunos hombres para ocultar quiénes son. Y este tipo es la prueba. (Me pregunto si podríamos hacer algo en solidaridad. Sabes que soy una chica de chicas.

No lo sé. Sólo somos dos personas en un podcast. PERO podríamos preguntar a nuestra audiencia si quieren oír más. Entonces, ¿Reali-tiers? Háznoslo saber en los comentarios si te gustaría. Ha pasado un tiempo desde que hicimos una serie *Reali-tea* y siento que esta tiene capas.

La respuesta a la pregunta de Nick había sido un rotundo sí. Yo mismo había visto los comentarios. También deseaba no haberme basado en la cantidad de pensamientos, opiniones y juicios sin filtro que algunas personas sentían la necesidad de verter en el universo. Pero en cualquier caso, no necesitaba ser Bobbi Shark para saber que esto no era bueno. Ya podía decir que probablemente no entraba en el espectro de lo *acceptable* o *manejable*.

"¿Josie?" Matthew lo intentó. "¿Estás bien, cariño?"

Tragué saliva y volví a centrarme en él. "Ah... claro", dije. "Sólo estaba pensando. Pensamientos. De varios tipos. ¿No te quedaban bien los pantalones del abuelo? ¿Es por eso que no los llevas puestos?"

Matthew ladeó la cabeza. "Preferiría hablar de lo que te preocupa". Su mirada se dirigió hacia mis manos. "¿Qué es?"

Sabía lo que acababa de hacer. Busqué el anillo. Estaba de nuevo en la caja después de que se saliera en la ducha. Pero eso no cambiaba ni arreglaba mucho ahora. "Me preguntaba si habías tenido tiempo de pensar en lo de anoche. Nuestra conversación. Porque yo sí, y me gustaría retomarla donde la dejamos, si no te importa".

Un extraño suspiro lo abandonó mientras reacomodaba su cuerpo, moviéndose ligeramente hacia adelante y apoyando los codos en la manta que cubría sus rodillas. "Sí", admitió. "Y te debo una disculpa". Todo mi cuerpo se animó. "Fui un poco duro en mi entrega. Estaba muerta de cansancio, de mal humor y... no era yo misma. Así que lo siento. Tenías razón. Si alguien se lanzaría de cabeza, sin hacer preguntas, a algo como lo que pasó en el porche, sería yo".

Mi pecho se apretó con... ¿alivio? ¿esperanza? "¿En serio?"

"Sí", admitió con un movimiento de cabeza. "Por eso quiero estar allí la próxima vez que hables con esa tal Bobbi. Me involucré en esto cuando fui junto con la mentira de todos modos, así que voy a estar allí ". Sentí las comisuras de mi boca crisparse, subiendo por mi cara con una sonrisa. "Le diremos que todo fue un malentendido. Juntos".

Y bajó.

"Oh", se me escapó con una débil bocanada de aire. "Un malentendido. Eso es lo que querías decir".

Su risa era forzada, como si la hubiera sacado a la fuerza. "¿Qué más pensabas que iba a decir?"

Cada nueva información que había aprendido la noche anterior, cada cosa que se había dicho sobre mí y Andrew, se arremolinaba en mi cabeza, haciéndome sentir un poco mareada.

No me extraña que la chica esté hecha un lío.

¿Cómo podría explicárselo todo a este hombre? ¿Debería darle al play en el podcast y hacerle escuchar? ¿Ver cómo se le llenaba la cara de... lástima, en el mejor de los casos? Siempre me había considerado una mujer fuerte e independiente. Pero por todo lo que se decía, nunca lo había sido. Ni mucho menos. Ni remotamente.

Me sacudí ese pensamiento y me levanté. Realmente había perdido los nervios. Y eso estaba bien. Estaría bien. "¿O sabes qué? Creo que se lo diré yo misma. Le diré que todo fue un error. Será como arrancarle una curita muy peleadora y tensa".

"¿Seguro?" Matthew dudó. "Podría..."

"Oh, no", dije levantándome del sillón. "Realmente debería ir a abrir Josie's ahora. El abuelo Moe te llevará a Lazy Elk mientras arreglamos lo del coche". Los labios de Matthew se afinaron y desvié la mirada, ya en movimiento. "Tienes razón en todo, así que arreglaré el lío que he empezado. Además, es sólo Bobbi. Realmente no es como si tuviera que hacer alguna declaración pública, o peor, decirle a todo el pueblo que no somos... ya sabes. Una cosa. Es sólo una mujer que apenas conozco".

"¿Cuándo es la boda?" Me preguntaron por *cuarta* vez hoy.

Llevaba la cuenta. Junto con la *quinta es la vencida -entregada* un total de tres veces- y *quién es el afortunado*, un escalofriante total de ocho. Ocho.

Porque resultó que no sólo Bobbi pensó que estaba comprometido de nuevo. Era todo Green Oak. O al menos, todos los clientes que habían entrado en Josie's Joint zumbando con la noticia de un nuevo compromiso.

Siempre, *siempre* zumbaban. Con cualquier noticia, pero las de compromiso eran las peores, o las más zumbonas. Y cuando supuestamente te comprometías con un hombre misterioso que habías mantenido en secreto, el zumbido se convertía en una colmena furiosa.

Todo gracias al figón y entrometido Otto Higgings.

Las noticias vuelan en Green Oak, pero ¿tan rápido? Ni siquiera cuando uno de los chicos descubrió el vídeo de Adalyn arrancando la cabeza de la mascota de los Miami Flames con sus propias manos se difundió la noticia de la noche a la mañana. Tomó al menos un día para que todos empezaran a teorizar.

Esta vez no. Apenas era la hora de comer y ya me había enterado de que estaba prometida con un tipo llamado Marcus. O Maddox. O Maverick, un vaquero de Tennessee. *No, un vagabundo*

llamado Martin, alguien afirmó. Lo habían visto vagando por las afueras de la ciudad con una bolsa de lona y una capa.

Una capa.

A veces me preguntaba cómo habíamos sobrevivido tanto tiempo como comunidad sin volvernos absolutamente locos.

"Te apoyamos totalmente, ¿sabes?" dijo Gabriel, trayéndome de vuelta a la conversación. "Sé que debes tener tus razones para ocultárselo a todo el mundo. Somos todos unos cotillas, aunque tenemos buenas intenciones. Pero ahora que ha salido a la luz... quiero enterarme de todo". Sonrió. "Y ver el anillo. Veamos en qué posición está éste".

Yo quería a Gabriel. Nos conocíamos desde niños y seguíamos siendo buenos amigos, aunque ya no salíamos como antes. Ahora era un hombre de familia. Un padre para Juniper, un marido para Isaac. Sabía que todo esto venía de un lugar de calidez, pero chico, si me apretaba por más detalles, estaba bastante segura de que iba a gritar. "Ring no está aquí", dije doblando los labios.

"¿Qué quieres decir con que el anillo no está aquí?". Gabriel arqueó las cejas. "¿Dónde está?"

"En la... tintorería. Necesitaba una pulida." Todos lo hicieron, así que técnicamente no estaba mintiendo.

"Si tú lo dices", dijo con un encogimiento de hombros incrédulo. "¿Y qué hay de mis otras preguntas? ¿Quién es él? ¿Cómo os conocisteis? ¿Con qué tema de boda vamos esta vez?"

Tema de la boda. "¿Importa algo de eso? ¿Por qué no podemos hablar de Isaac? O de Juni. ¿Cómo la está tratando el quinto grado? ¿Isaac vendrá al partido de los Warriors el domingo o está atrapado en algún lugar viajando?"

Gabriel frunció el ceño. "Claro que importa. Estás prometida, Josie. Otra vez. Después de, ya sabes, Duncan. De quien por cierto he oído que *se enfrenta*, y cito, *a algunos retos importantes*. Mi prima Martha, la que vive en Carolina del Sur, me dijo que estaba pendiente de él, para mantenernos al tanto. Y una señora de su club de lectura está relacionada de algún modo con uno de los directores de campaña de Duncan y le está pasando información de primera. En fin". Frunció los labios. "No puedo decir que la noticia me afecte: . Si se presentara a senador, seguro que no...".

"Eso es un poco de Martha", intervine. "Y de ti. Pero ya sabes que todo ese rollo anti-Duncan nunca me ha sentado bien. No es un mal hombre. Tiene principios, lo que es raro en política. Simplemente las cosas no funcionaron entre nosotros, y esa no es una buena razón para que nadie en la ciudad juzgue su trabajo o quiera cancelarlo."

Gabriel puso los ojos en blanco tras sus gafas de montura roja. "Eres demasiado honorable, Josie. Un verdadero unicornio".

No lo era. Era una *chica desordenada* que estaba *dando traumas*.

"Así que de todos modos", dije, reajustando mi delantal. "Esto sigue siendo una cafetería, ¿sabes? Me vais a dejar sin negocio si lo único que queréis es charlar".

"Sabes que eso no podría estar más lejos de la realidad", respondió con un bufido. "Green Oak se derrumbaría sin este lugar. O tus productos horneados. Ni tú. Pero bueno. Entendido. Esperaré hasta que decidas abrirte sobre ese tal Maverick".

"No se llama..." Le lancé una mirada.

La sonrisa de Gabriel era socarrona. "Uf, tan cerca". Otro encogimiento de hombros. "Ay. ¿Qué tal si hoy me regalas algo especial? Para compensar que no me hayas contado ni un solo detalle sobre este hombre. ¿Tiene abdominales? ¿Es un amante generoso? ¿Es realmente de Tennessee? Nadie lo sabe. Ni siquiera yo. Lo cual me parece bien, por cierto".

Me puse manos a la obra con un *Josephino* extragrande y extradulce, ignorando decididamente a Gabriel mientras debatía los méritos de salir con un vaquero como Maverick y seguía aguijoneando mi paciencia a duras penas en pie.

"¿Canela o cacao?" Golpeé la jarra metálica contra el estante, justo cuando dijo algo de lanzar pacas de heno. *Sin camiseta*.

"Cacao", respondió poniendo los ojos en blanco. "Por favor".

"Genial", dije con una sonrisa que estaba segura de que no llegaba a mis ojos. Luego doblé las rodillas y me arrodillé detrás del mostrador con la excusa de para coger un nuevo agitador de cacao en polvo. Pero lo único que hice fue cerrar los ojos, darme un momento y una palmada en el pecho. Dios, estaba sudando. Ríos. Me levanté el jersey de punto y dejé que entrara un poco de aire, poniéndome en pie sólo cuando me sentí ligeramente mejor.

"Aquí está tu... *Mothercracker*."

Las caras de Otto Higgings y de su carlino, Coco, me saludaron. "No sé de quién hablas, pero no creo que pueda admitir más extranjeros en la ciudad. Green Oak ya es bastante pequeño".

"Buenos días, vecino", dije, oyendo el malestar en mi voz. Y el rencor que tanto quería guardarle. Pero yo no era así. Así que decididamente lo ignoré y miré hacia donde estaba sentado Coco. "Ya conoces las normas. Los compañeros peludos son bienvenidos, pero nada de culos apuestos en mi mostrador".

"Eso es lo que dije", murmuró Gabriel. "Ese no es el lugar para el culo de un perro, Otto."

Otto refunfuñó algo, arrebatando de mala gana a Coco de la encimera y cogiéndola en brazos. "Mi Coco no apesta."

Inhalé muy despacio, luego cogí mi botella de desinfectante y empecé a limpiar la superficie. "¿Qué puedo ofrecerte, mi dulce y alegre Otto?"

"¿Y dónde está ese Mario?", preguntó mi vecino a su vez. "El rubio. Seguro que armó jaleo en mitad de la noche. Nos despertó a Coco y a mí. Ya sabes que necesita descansar".

"¿Oh?" Gabriel se animó. "Mario, ¿eh? Rubio. ¿Y *alborotador*?" Mi supuesto amigo me lanzó una mirada inquisitiva. "Me interesa, Otto Higgings. En una escala del uno al diez, ¿cómo de... *ardiente* te gustaría calificar este jaleo?"

"Bueno", empezó Otto con cara pensativa. "Yo diría..."

"No hubo ningún jaleo", intervine. "Fue una noche normal, corriente, habitual".

"Pero en tu porche ha habido bastante jaleo", murmuró Otto, reajustando el collar rosa de Coco. "¿Me traes una de esas bebidas para cachorros que haces en ? A Coco le encantan. Yo tomaré un vaso de agua. Invita la casa, ¿no?"

"Por supuesto", dije entre dientes. Se suponía que ambas cosas iban acompañadas de un pedido. Pero daría lo que fuera por dejar de hablar. "Toma", añadí, cogiendo dos brownies del expositor y poniéndolos delante de los hombres. "Estos también son cortesía de la casa. Y están calientes, así que yo que vosotros no perdería el tiempo. Ahora mismo voy con el puppuccino y el vaso de agua".

Me giré, buscando el yogur natural que había comprado únicamente para los puppuccinos. Una vez localizado, cogí un envase de puré de calabaza. A pesar de lo caluroso que había sido, al fin y al cabo era otoño. La temporada de calabaza estaba en pleno apogeo, y eso significaba bebidas de calabaza. Cachorros incluidos. Volví a mi lugar en el frente, con los ojos bajos mientras balanceaba todo en mis brazos. "Muy bien, así que..."

Una nueva cara se había unido al grupo.

"*Bobbi*", dije, escuchando el cansancio en mi voz ahora también. "Hola. Estás aquí. Qué bien. Bienvenida a Josie's Joint".

"No suenes tan excitada", me contestó. "¿Por qué está esto tan ocupado? Oh, espera, no respondas a eso. No hay ningún Starbucks cerca".

Reprimí una mueca y sonreí. "Eso has dicho. ¿Y no es maravilloso? Los negocios locales tienen espacio para prosperar".

"Anoche no me pareció que estuvieras escuchando con tanta atención", respondió ella, mirando a su alrededor con una mueca extraña. "Y prospera por lo que a mí respecta, pero hazlo al lado de un sitio donde pueda pedir desde mi teléfono. Este es mi único vicio, Josephine. Esto y las compras nocturnas. Si me dices que tampoco hay entrega en un día, puede que me dé un pequeño ataque". Hizo una pausa. "Ustedes tienen entrega en un día aquí, ¿verdad?"

Gabriel resopló.

Opté por no contestar.

Otto miró con el ceño fruncido a nuestro recién llegado. "Tú también estuviste allí. Anoche. En el jaleo".

Los dos hombres parecieron animarse. Pero ya había tenido suficientes preguntas. Ya había tenido suficiente de todo. Así que aplaudí, llamando la atención de todos.

"¿Otto? Aquí tienes tu agua, y un puppuccino para Coco". Puse las dos tazas delante de él. "¿Y Gabriel? Vamos a ponernos al día más tarde, ¿sí? Dale un abrazo a Isaac y a la pequeña Juni. Ahora, adiós. Auf Wiedersehen. Sayonara. Adiós. Adiós. Que tengan un buen día, y recuerden traer sus tarjetas de fidelidad JJ la próxima vez, ¿sí?"

Observé a los dos hombres -y al perro- alejarse, aunque a regañadientes, con una sonrisa tensa, antes de volver a centrar mi atención en el estratega de relaciones públicas.

"Vale, Heredera de Pueblo Pequeño", dijo Bobbi en un tono aparentemente impresionado. "Tienes una columna vertebral. Bien".

Heredera de pueblo. Así me habían llamado en el podcast.

"¿Qué puedo ofrecerte, Bobbi?" *¿Un vuelo de regreso a Miami? Pensé. ¿Una pala para que me ayudes a cavar el agujero en el que quiero desaparecer ahora mismo?*

Sus labios rojos y brillantes se fruncieron, dándome tiempo suficiente para reflexionar y reconocer su atuendo. El precioso abrigo de la noche anterior ya no estaba, y llevaba algo que se parecía mucho a un corsé sobre una blusa negra endeble, combinada con unos leggings de cuero. Estaba impresionante. Y aterradora. Se aclaró la garganta. "Ventí moca helado de chocolate blanco, sin crema, espuma de nata, extra de caramelo".

"I..." No era un establecimiento preparado para servir ese tipo de bebida. Sonreí. "Enseguida".

"Buenas noticias. Por fin", dijo levantando las manos de forma dramática. Volví a mi puesto y me puse a trabajar en... mi Sharkie, había decidido llamarlo. "Entonces, ¿cómo está Blondie?" Bobbi preguntó. "¿Descansó bien?"

"Matthew está bien", murmuré. "Y ha dormido bien. Como los muertos, de hecho".

"Creo que prefiero a la rubia", respondió Bobbi. Mis hombros se pusieron rígidos. "No te pongas así, no tengo nada contra él. Es sólo que no puedo tomar en serio a las rubias. Sé que soy una antes de que lo señales. Pero eso es diferente. Soy una mujer, y soy yo. Me tomo a mí misma -y a las mujeres- muy en serio". Apoyó las manos en la encimera, justo en el lugar donde había estado el trasero de Coco. Sentí que se me dibujaba una pequeña sonrisa en la cara. "Deberíamos apresurarnos con la planificación de la boda".

La suficiencia que había sentido desapareció.

Bobbi continuó: "¿Has echado un vistazo en Internet? ¿Escuchaste el podcast quizás? No hace falta que respondas, sé que lo has hecho por la forma en que frunces el ceño. No es muy halagador, ¿eh?"

Me entretuve con mi enrevesado Sharkie, tratando de encontrar la manera de emular lo que no tenía. "No voy a arrugar la cara".

"Lo eres", insistió Bobbi en tono despreocupado. "Naturalmente. Que aireen así tus trapos sucios y tu reputación te hace eso. Me sorprende que estés aquí. Pensé que tendría que recoger los pedazos y juntarlos para que pudiéramos hablar. Esto destrozaría a cualquiera. Tal vez incluso a mí".

Trapos sucios. Reputación.

Tragué. Con fuerza. "No me estoy quebrando. Eso son sólo habladurías".

"¿Es chismorreando cuando hablan de hechos?" respondió Bobbi. Sentí que me enfriaba. En un instante. "Menos mal que tienes una forma de demostrar que se equivocan. Has encontrado el amor. Otra vez. Y he oído que todo el pueblo se acaba de enterar de tu feliz noticia. Me sorprende". Ella esperó, y yo estaba seguro de que la pausa fue muy intencional. "Oye, no estoy aquí para juzgarte. Yo también sería reticente a compartirlo. Si hubiera estado comprometida media docena de veces".

Mis mejillas se calentaron. "Sólo eran cuatro".

"Cinco", corrigió antes de rezongar. "Pobre rubito. ¿Lo dejas fuera tan temprano en el juego?"

"No me refería a eso".

"No juzgo", repitió, inspeccionándose las uñas. "Yo también tengo problemas con mi padre. La mitad del mundo los tiene, y la otra mitad trata con una pareja que los tiene".

"Bueno, ese no es un problema mío. No pertenezco a ninguno de esos grupos".

"Díselo al jugador de fútbol profesional Ricky Richardson", replicó Bobbi. "O al aspirante a senador Duncan Aguirre. O a Shawn o Greg, cuyos apellidos y ocupaciones son irrelevantes. ¿A Ricky no le afectó tanto que lo dejaras plantado en el altar que su rendimiento se fue a la mierda y lo transfirieron a algún equipo de Canadá? Caray".

Mi columna se puso rígida como un palo. "Canadá es genial. Y a él le encanta".

"¿No estuvo Duncan a punto de terminar su campaña porque tenía el corazón roto? ¿No huyó Greg a Tailandia después de salir a la carretera?"

Se me desencajó la mandíbula. "Pensé que Greg no importaba. ¿Y cómo sabes algo de eso?"

"Estaría haciendo un mal trabajo si no te hubiera investigado antes de venir aquí, Josephine. Y si me entero, ¿no crees que Page Nine lo hará? Ese podcast pertenece a la principal fuente de cotilleos del país. A Sam y Nick *les encantaría* desmenuzar una colección tan variada de novios-que-nunca-fueron".

"Eso no es nada intrusivo", comenté. Negué con la cabeza, volviendo al mostrador con el producto final. "Y no los colecciono. Además, Greg ahora se hace llamar Astro. Cosa que sabrías si indagaras lo suficiente. Tampoco dejé exactamente a Ricky en el altar. Y Duncan está bien, créeme. Tampoco soy la única mujer en la faz de la tierra que ha estado comprometida un puñado de veces. No sé por qué todo el mundo le da tanta importancia".

"Cuatro veces. Ahora cinco. Y menos de treinta años", Bobbi ofreció en un tono final. "Es un gran problema cuando se combina con quién es tu padre. Y por favor, no me digas que eres *buena amiga* de tus ex. Pensé que eras más inteligente que eso".

"¿Y si soy amigo de ellos? ¿Qué tiene eso de malo?"

Bobbi me parpadeó, con una expresión de pura y absoluta indignación. "Esto no es una comedia, nena. Despierta". Se burló. "Todo esto está dando un drama infantil sin resolver. Está dando vibraciones de comedia romántica de los noventa que no han envejecido bien. Da Ross Geller".

"Ross Geller es un divorciado", argumenté, intentando con todas mis fuerzas que sus palabras no me afectaran.

Como perdida, Bobbi levantó la taza con un suspiro y se la llevó a los labios. Un gemido la abandonó. "¿Sabes qué? Me casaré contigo si decides darle la patada a Blondie".

Me sentí halagado, pero lo tomé como lo que era. Una apertura. Una salida, con suerte. "Así que sobre Matthew..."

"Mira a tu alrededor, Josephine", dijo Bobbi, con la mirada oscura agudizándose mientras sostenía la mía. "Todo el mundo está extasiado con la noticia. No había visto tantas sonrisas desde mi desafortunada visita al museo de cera de Barcelona hace años. Y éstas ni siquiera son tan espeluznantes".

Me tragué el extraño nudo que tenía en la garganta e hice lo que me pedía por mucho que no lo necesitara. Bobbi no se equivocaba. El ambiente en la pequeña cafetería que consideraba mi segundo hogar no había estado tan animado desde que los Green Warriors llegaron a la final de la liga infantil del año pasado.

"Tu padre también te desea lo mejor", continuó Bobbi.

Mi cabeza giró en dirección a la mujer. Me apoyé en el mostrador. "¿Andrew lo sabe?"

"Ahora sí", confirmó ella al cabo de un rato. "Y está encantado de que estés dispuesta a dejarle tener un papel importante en tu vida. Piensa que lo menos que puede hacer es pagar la boda. Obviamente, también está agradecido de que hagas esto en un momento tan crítico. Esto podría darnos el ángulo que necesitamos para arreglar todo este asunto. *A menos, que prefieras considerar la mudanza a Miami. La rubia podría venir también, supongo*".

Se me revolvió el estómago, ese repentino impulso de gritar, o correr, o hacer algo realmente tonto, surgió de nuevo.

Está encantado de que estés abierta a dejarle tener un papel importante en tu vida.

Si mi padre me hubiera abandonado en un pueblo en medio de la nada, yo tendría grandes problemas con mi padre.

Cree que lo menos que puede hacer es pagar la boda.

Me había dicho a mí misma que nunca volvería a pasar por eso. Una boda. No después de Duncan. No después de cuatro. Me habría encantado ayudar a organizar la de Adalyn y Cameron, cuando decidieran casarse, pero no la mía. Definitivamente no una *quinta boda*. Y definitivamente no si ya sabía que no llegaría al altar. Absolutamente no con un hombre que apenas conocía, tampoco.

Pero... eso no era muy diferente de cualquier otra vez que me había dicho a mí misma que no me lanzaría a un nuevo compromiso y lo había hecho a pesar de todo.

Fue Bobbi quien habló, como si fuera consciente de mi lucha interna. "Realmente no estoy aquí para juzgar, Josephine. Estoy aquí para ayudar. Es la imagen de Andrew y la *tuya la que está siendo destrozada*. Y soy increíble en mi trabajo". Una pausa. Una inclinación de cabeza. "Soy un buen juez de carácter, también. Creo que crees en las segundas oportunidades. *Sé que trabajas en equipo*". Levantó el brazo y señaló todas las mesas llenas de gente que había detrás de ella. "Veo que te preocupas por tu comunidad, así que sé que también te preocupas por tu

familia. Andrew es ahora tu familia. Las familias se cuidan unas a otras, así que te animo a que dejes tu orgullo a un lado y aceptes su ayuda".

Mi mirada se desplazó detrás de Bobbi, pero en realidad no estaba mirando a mis patrones.

Andrew es tu familia ahora.

Las familias se cuidan unas a otras.

Era todo lo que había querido durante mucho tiempo. Una familia. Alguien que rellenara el enorme hueco que mamá había dejado en medio de mi pecho cuando la perdí en . Sabía que Adalyn de alguna manera había ayudado a hacer eso, y me encantaba. Tener una hermana. Pero una hermana no era un padre, y mi relación con Andrew había sido... inesperadamente diferente. No tan fácil. Confusa en formas que me hacían un nudo en el estómago con la posibilidad de que nunca funcionara.

No se trataba de orgullo, como Bobbi había insinuado.

Cuando le había prometido a Matthew que arreglaría esto, sólo tenía que enfrentarme a Bobbi. Pero ahora no era sólo Bobbi. Era todo el mundo. Todo el pueblo lo sabía. Andrew también lo sabía. Él pensaba que yo tenía la llave para arreglar un asunto del que era responsable de alguna forma retorcida que no podía refutar. También había mentido. Había sido yo inventando una historia anoche.

Sin saber muy bien cómo, ahora me enfrentaba a un dilema.

Tenía dos opciones: Decir a todo el mundo que mi compromiso era una mentira y acabar con toda esa ilusión y esperanza. O seguir adelante con lo que había puesto en marcha y romper la relación más tarde, cuando las cosas se calmaran, e informar a todo el mundo de algo que ya podían esperar: que otro compromiso ya no existía.

Ambos eran igual de terribles.

La primera me hizo quedar como un mentiroso. Cimentó las acusaciones de Bobbi, Nick, Sam y todos los demás. Que Andrew me había arruinado. Que además de ser un paso en falso en un currículum increíble, yo también estaba profundamente perturbado. Una mentirosa.

La segunda opción también lo hizo en cierto modo. Pero arregló el problema por ahora. Me dio la oportunidad de salvar algo.

Andrew es tu familia ahora.

Nos dio una oportunidad.

"El café va por cuenta de la casa", me oí decir. "Invito a los clientes primerizos".

La sonrisa de Bobbi fue lenta, y cuando se formó por completo, noté que era la primera en llegar a sus ojos. "Excelente. Excellent. Thank you."

Me aclaré la garganta. "Por supuesto".

El estrategia de relaciones públicas dio un golpecito en el mostrador antes de dar un paso atrás. "Ahora ve a buscar a tu hombre. Tenemos planes que hacer, y un pajarito me ha dicho que Blondie y Andrew tienen un pasado. Lo que explica por qué tu prometido se mostró... algo reacio a aceptar la ayuda de Andrew cuando se lo mencioné anoche. Así que, el punto número uno de tu lista es preparar a tu adorable prometido. Quiero que todos se comporten lo mejor posible. Y eso significa Blondie, no mi empleador ". Se dio la vuelta, y justo antes de alejarse, miró por encima del hombro una última vez. "Ah, y creo que el anillo se te resbaló del dedo anoche". Dijo. "Espero que lo recuperes pronto, Josephine. Los detalles son importantes en las relaciones públicas".

Me miré el dedo desnudo, preguntándome si una parte de mí lo había sabido anoche, cuando el anillo de Ricky se había atascado. No había sido la primera vez que me había pasado con uno

de los cuatro anillos que guardaba en aquella caja encima de mi cómoda, pero había sido la única vez que el pavor me había invadido de forma tan abrumadora al instante.

Supuse que no importaba.

Bobbi se equivocó de cualquier manera.

Tenía que recuperar algo más importante que un anillo.

Un prometido.

CAPÍTULO 5

Golpeé con el puño la puerta de mi prometido.

Sí, así era como le llamaba en mi cabeza. Porque, a efectos prácticos, lo era. Sólo tenía que ser informado de ese hecho.

Se oyó ruido al otro lado. Una especie de golpe. Y un golpe. Luego pasos. Me eché hacia atrás y esperé, aliviada de que Matthew estuviera, francamente, vivo. El abuelo Moe había bromeado sobre dejarlo tirado en algún lugar del bosque cuando le había preguntado si había depositado sano y salvo a nuestro invitado en Lazy Elk. No me había reído. No tenía tiempo de sacar a un hombre del bosque en ese momento.

La puerta de Lazy Elk Lodge se abrió, dejando ver a un Matthew con el pelo revuelto y medio dormido. Llevaba pantalones de chándal y una sudadera con capucha. Me di cuenta de que no llevaba gafas. Tenía buen aspecto. *Recién salido de la cama, tenía calor sin intentarlo*. Lo cual era... poco importante.

"*Whattookyousolong*", pregunté con una sola prisa de palabras, pasando por debajo de su brazo y entrando. Parecía que no esperaba a que me dejaran entrar. "Llevo cinco minutos enteros aporreando la puerta".

Matthew se dio la vuelta lentamente, parpadeando hacia mí. "¿Josie?"

Un sonido extraño me abandonó. Deseé que no lo hubiera hecho, pero no pude hacer nada para detenerlo. "Otra vez esto no", susurré. Abrió la boca, pero sinceramente... Ahora estaba enfadada. Di un pisotón en su dirección, dejé caer las bolsas a nuestros pies y le golpeé en el estómago; un estómago duro, por cierto, tal y como había adivinado, basándome en el vistazo que había recibido esta mañana.

"*Cristo*", se quejó Matthew, apenas inmutándose. "¿Por qué fue eso?"

resoplé. "Algo lo suficientemente memorable para que me recuerdes, Dory".

Los labios de Matthew se crisparon. Las comisuras de sus labios se levantaron momentáneamente. Luego sacudió la cabeza, como queriendo impedir que brotara la sonrisa. No funcionó. Sonreía como un... no sabía. Como un tipo rubio que acababa de levantarse de la cama y sonreía sin motivo.

"Mis gafas", dijo finalmente. "Me quedé dormido en el sofá y no pude encontrarlas a tiempo para abrir la puerta. No pude estar seguro de que eras tú hasta que estuviste lo bastante cerca para darme un puñetazo".

Una extraña oleada de alivio me golpeó.

Por supuesto. Sus gafas. Había notado la ausencia de ellas en su cara pero no había sumado dos y dos. "Lo siento. No sé qué me pasó. Normalmente soy más considerado que eso".

Inclinó la cabeza. "Ya eres bastante memorable. No necesitas recurrir a la violencia".

Una parte de mí quería recordarle que la noche anterior había pensado que yo era una mujer extraña en un porche. "Duermes mucho. Y deberías haberlo dicho antes". Cogí las bolsas del suelo y se las empujé contra el pecho. "Llévalas a la cocina. O, espera. Quédate aquí hasta que

encuentre tus gafas. Y luego hablamos". Me di la vuelta, ignorando la pregunta de su cara. "Realmente me gustaría que me vieras la cara para esta conversación".

A Matthew se le borró la sonrisa, pero yo me escabullí al salón antes de que pudiera descubrir por qué y empecé con la búsqueda.

"Conozco a Lazy Elk como la palma de mi mano, ¿sabes?". dije en voz alta, levantando una de las almohadas de color crema antes de dejarla caer sobre la alfombra. "Antes de que Adalyn y Cameron se fueran de la ciudad, pasaba mucho tiempo aquí. Y antes de que preguntes, no me importaba ser el tercero en discordia. Siempre he confiado en mi soltería, por mucho que puedas pensar lo contrario, teniendo en cuenta... todo lo que ha ocurrido."

Me quedé mirando el sofá sin almohadas, llevándome las manos a las caderas y calculando mi próximo movimiento.

"En fin", dije, desplegando y sacudiendo con cuidado la manta número uno. "Creo que pronto querrán bebés", añadí, desechando la funda de lana burdeos a un lado. "Van a pasar el Año Nuevo en Italia, y ése es un país bastante romántico para estar... ya sabes". Me arrodillé, poniéndome de rodillas y revisando debajo del sofá. "Tener un *polvo un poco descarado*, como diría Cam. No es que alguna vez... ¡Los encontré!"

Me levanté de un salto, con las gafas en la mano y una sonrisa de orgullo en la cara. La figura alta de Matthew estaba allí, justo entre el salón y la cocina, en el espacio abierto de la cabaña, sin bolsas en los brazos. Su expresión era... extraña. Pensativo, con un toque de algo a lo que no podía poner nombre.

"Tengo tus gafas", le dije. Y como no contestó, caminé en su dirección.

Su mirada pareció seguirme mientras llegaba hasta donde él estaba. Cuando llegué hasta él, esa cara pensativa no desapareció. "No estoy segura de si debería hacer esto", le dije, limpiando suavemente las lentillas con la camiseta de algodón que llevaba bajo el jersey. "Pero estaban tiradas en la alfombra, así que".

Volví a mirarle a la cara y descubrí que inclinaba la barbilla para mirarme. Matthew era alto. Unos centímetros más alto que yo, lo que me hizo inclinar la cabeza hacia atrás. El silencio parecía instalarse perezosamente alrededor de nosotros ahora que yo no lo llenaba, y él parecía estar esperando algo. Sin pensarlo demasiado, levanté las manos, y con ellas las gafas se elevaron en el pequeño espacio que había entre nosotros. Suavemente, toqué las puntas a los lados de su cabeza. Y cuando Matthew no se quejó, las empujé hacia delante, deslizando las patillas entre su pelo.

Sus párpados se cerraron. No sabría decir si fue un reflejo o una reacción. Sólo sabía que eso me hizo ser un poco más atrevida. Antes de que pudiera detenerme, mis meñiques lo rozaban. Los lados de su cuello. No fue más que un suave roce de plumas de mi piel contra la suya. Pero estaba lo suficientemente cerca como para ver su pulso saltar.

Tragó saliva.

Un escalofrío recorrió mis brazos en respuesta.

Matthew volvió a abrir los ojos, la calidad de su mirada cambió, el marrón de sus ojos se agudizó. Miró hacia abajo, hacia mí, mi cara, mi boca.

Algo entre mi vientre y mi pecho se dio cuenta. Y yo...

Di un paso atrás.

Matthew parpadeó, como escupido por una rueda giratoria.

"Café", dije, aclarándome la garganta. "Tomemos café". Me llevé la mano a la cara, acariciándome inconscientemente las mejillas. Me ardían. "Y aperitivos. Fruta. He traído de todo. ¿Qué me dices?"

"Ve tú delante", respondió Matthew, haciéndose a un lado. ¿Su voz era extraña? "No tengo ni idea de dónde hay nada aquí".

No necesitó decírmelo dos veces. En cuestión de minutos estábamos sentados uno frente al otro, con dos tazas de capuchinos recién hechos y todo lo que había traído expuesto entre los dos.

"Odio ser esa persona que a caballo regalado le mira el diente", dijo Matthew, recorriendo con la mirada todos y cada uno de los recipientes que había en ese momento en la isla de la cocina. "Pero la última vez que alguien me colmó con tantos dulces, me estaban sobornando para que llevara a mis dos hermanas y tres primitos a Funtown Splashtown todo un fin de semana".

Bueno, dispara. "*No te estoy sobornando*", exclamé con una risa ligeramente aguda. "Nadie está sobornando a nadie. Esto es sólo café".

Matthew arqueó momentáneamente una ceja, pero se llevó la taza a la boca. A diferencia de anoche -o de esta mañana-, parecía un poco más... tranquilo. Cómodo, incluso. No tan agotado y perplejo. Eso era bueno. Con suerte, eso significaba que también estaría más dispuesto.

"Hostia puta", dijo mirando su café. "Esto es... guau. Esto es fantástico".

"Sabes que dirijo una cafetería muy popular, ¿verdad? Sé que es fantástica".

"Mis disculpas", dijo en tono de broma. "No esperaba menos". Miró la cafetera de Cameron en el mostrador. "Supongo que me engañé con mi propia experiencia. Le compré a mi padre una de esas el año pasado por Navidad, e hiciéramos lo que hiciéramos con ella, el café nunca sabía así. Ni remotamente parecido. Y hubo un vergonzoso número de tutoriales de YouTube de por medio, créeme".

"Requiere algo de práctica", señalé encogiéndome de hombros. "Y yo empecé hace años, si te hace sentir mejor. Con un modelo más antiguo y menos sofisticado que el que Cam tiene aquí". Mi sonrisa se tornó un poco petulante, pero no pude evitarlo. Estaba orgulloso de mí mismo. "Siempre hay un truco para el espumador", le expliqué. "Y el tueste de los granos tiene que ser el adecuado para las infusiones con leche. Tiene que ser oscuro para que se pueda seguir saboreando la riqueza del café. Y, por supuesto, la mezcla también es muy importante. Cien por cien Arábica, naturalmente, pero ¿el origen? Ahora...", me detuve. "Lo siento. Me he dejado llevar".

"Así que eres un esnob del café", dijo Matthew, ignorando mis disculpas. "Además de barista y dueño de una cafetería, también eres un empollón". Su mano se extendió sobre la isla, posándose en uno de mis mini eclairs. "¿Nacido o hecho?"

"Hecho", respondí con facilidad, viéndole masticar y soltar un pequeño gemido de agradecimiento. Estaba segura de que había sido inconsciente. Mi sonrisa se ensanchó. "Alguien me enseñó lo básico y me introdujo en el mundo. Yo partí de ahí".

"¿Alguien?" Preguntó, cogiendo esta vez un cuadradito de tarta de zanahoria.

"Un viejo amigo", dije, estudiando su reacción mientras masticaba una vez más. "Siempre soñó con tener una tostadora de café con un pequeño bar donde los clientes pudieran disfrutar de una taza mientras compraban o esperaban su pedido de judías". Matthew lamió el glaseado de su pulgar, un nuevo sonido de agradecimiento abandonando su garganta. "Cuando rompimos, estaba demasiado metida en la cultura del café como para dejarlo".

"¿Cuando rompisteis?" Preguntó Matthew.

Mis ojos rebotaron, saliendo de su boca. "¿Perdón?"

"Dijiste que un viejo amigo te metió en esto".

Barajé la idea de inventarme algo. Pero si realmente quería que Matthew hiciera algo grande por mí, y si él estaba de acuerdo, esto acabaría surgiendo. Mis ex.

"Shawn", le expliqué. "Primero fue un amigo. Luego mi primer amor. Luego mi prometido. Luego un ex".

Shawn y yo habíamos sido novios en el instituto. Salimos juntos durante toda la adolescencia y él me propuso matrimonio poco después de graduarse. A diferencia de mí, decidió no ir a la universidad. Yo vivía en Chapel Hill mientras estudiaba en la UNC e iba a visitarlo a Fairhill los fines de semana. Eso no duró tanto como yo esperaba. De todos mis intentos fallidos de llegar al altar, éste había sido el más fácil de explicar. Simplemente éramos demasiado jóvenes. Demasiado ingenuos. Llenos de demasiados sueños. Demasiado verdes y lejos de las personas que se suponía que éramos. Nadie me había juzgado por dejar a Shawn como lo hice. No con la muerte de mamá tan relativamente reciente, y nosotros siendo tan jóvenes.

No sabía si eran mis palabras las que hacían que Matthew reflexionara durante tanto tiempo, pero parecía tan ensimismado como yo. La única diferencia era que a mí se me había cerrado el estómago al recordarlo, y él seguía cogiendo más dulces. Un segundo éclair. Una mini tarta de lima. Un brownie de chocolate blanco . Luego uno de pistacho. Luego de frambuesa. De macadamia.

"Guau", decidí decir. "Estás estresado comiendo mis brownies arco iris como si tu vida dependiera de ello."

"*Son realmente buenos*", admitió con la boca llena.

"¿Tienes algo en mente?"

Su garganta se estremeció al tragar. "Nada que valga la pena discutir".

Ouch. No podía explicar exactamente por qué, pero aquello escocía. "Entonces..." Me aventuré, dejando de lado lo que fuera aquello y centrándome en lo que me había traído hasta aquí. Nuestra conversación. Mi dilema. "Bobbi apareció en Josie's Joint hoy temprano. Y antes de decir más, quiero que sepas que ella prometió..."

"No te fíes ni de una sola promesa que te haga esa mujer", dijo Matthew sacudiendo la cabeza.

suspiré. Me estaba cansando de que todo el mundo me interrumpiera cada vez que me atrevía a decir algo. "¿Por qué no?"

Matthew desvió la mirada, buscando alrededor de la isla que nos separaba. Esperaba que no estuviera considerando volver a comer estresado en lugar de elaborar. Estaba desesperado y le quitaría la comida. "La versión corta es porque trabaja para Andrew Underwood".

"¿Y el largo?"

"Porque trabaja para tu padre".

"Es la misma respuesta, Matthew".

Su rostro se endureció, desapareciendo ese atisbo del Matthew más juguetón y relajado. "No lo es", dijo. "Andrew Underwood es un poderoso hombre de negocios con una cartera multimillonaria. Tu padre es un hombre egoísta que vela por sus propios intereses. Puede elegir, pero Bobbi no trabaja para usted".

"Bobbi también dijo que serías reacio", comenté. "Parece que tiene razón en eso".

"No hay nada por lo que ser reacio", respondió. "Porque pensé que estabas aclarando esto con ella. Diciéndole la verdad".

"Los planes cambian".

Matthew se puso rígido en su taburete. "¿Qué ha cambiado?"

Todo, debería haber dicho. Pero fui con un simple, "Todo el mundo en la ciudad ya piensa que estamos comprometidos."

"¿*Qué?*", espetó. "¿*Cómo?*"

"Mi vecino Otto Higgings. La gente ha estado viniendo a casa de Josie todo el día, dándole la enhorabuena y teorizando sobre quién es el hombre misterioso. Apuestan por un tipo llamado Maverick". Los ojos de Matthew se volvieron platos. "Créeme, no tenía ni idea de que esto pasaría. Quería confesar, pero creo que dadas las circunstancias, lo mejor es que lo hagamos."

"¿Que hagamos qué?"

Le lancé una mirada. "Que finjamos que estamos comprometidos. Que dejemos que el pueblo, y todo el mundo, piense que lo estamos, y dejemos que Bobbi haga lo suyo. Andrew también lo sabe ahora, al parecer. Él quiere participar en la boda como Bobbi dijo. Pagarla, presentarse...". Sacudí la cabeza. No quería pensar en lo que eso significaba ahora mismo. Todavía no. "Se supone que eso apacigua a los cotillas. Bobbi es buena en su trabajo. Tiene que serlo si fue contratada por Andrew, así que estoy segura de que lo arreglará todo antes de que tengas que ponerte una pajarita. No creo que lleguemos a entrar en el meollo de los preparativos de la boda. Sólo... planificación superficial a largo plazo. Dejaremos que crean que Andrew es parte de ello y actuaremos como si quisiéramos casarnos, mientras Bobbi hace su magia. Confío en que lo hará rápidamente".

"Josie", dijo. Sólo eso. Mi nombre. Sacudió la cabeza, un sonido extraño abandonándole. "Eso no es fingir que estamos comprometidos. Eso es *estar comprometidos*".

Mis mejillas se encendieron. "Entonces finge que estás enamorada de mí. Mientras estamos comprometidos. Temporalmente. Por conveniencia. No te estoy pidiendo que te cases conmigo. Romperemos las cosas cuando todo esto de las relaciones públicas desaparezca".

Entonces soltó una carcajada que destilaba... ¿incredulidad? ¿Amargura? "¿Por conveniencia de quién? Porque esto no es sólo posar para un par de fotos con Andrew. Créeme, lo sé. Yo estaba allí, con Adalyn. Ya he visto una versión de esta crisis de relaciones públicas. Tú también, cuando la envié aquí para quitarla de en medio. Así que dime, ¿hasta dónde estás dispuesta a llegar para protegerlo sólo porque un gilipollas con actitud de zorra te lo dice?".

Me estremecí. "Esto es diferente. No es un estúpido vídeo viral que pasará desapercibido. Es mi vida. La de Andrew. La de Adalyn". La vida de mi familia. Una que pensé que nunca tendría después de la muerte de mamá, y parece que nunca consigo una relación bien. "He pensado en esto. No me estoy lanzando porque me lo digan."

Su voz se suavizó, su tono casi se volvió cuidadoso. "¿Verdad, cariño?"

Cariño. No era la palabra lo que me molestaba. Era la forma en que la decía. Como alguien que quería protegerme. Para evitarme la angustia. "Dame algo de crédito, Matthew. No soy una simplona engañada por la gente de la ciudad".

Palideció de inmediato y vi en su cara que no lo había dicho con esa intención. También me di cuenta de que probablemente no debería haberlo dicho, pero había que decirlo.

"Me estoy protegiendo", insistí.

"Josie", advirtió. Apologético. Sincera. "No quise decir eso. Estoy tratando de cuidarte. No necesitas hacer esto. No me necesitas a mí, ni a un prometido, ni a nadie".

"Puede que no", dije, acabado con las advertencias. Disculpas. Honestidad, también. Me bajé del taburete. "Pero eso no tiene importancia. Porque si de verdad quieres cuidar de mí, entonces me ayudarás. Puede que no necesite hacerlo. Pero quiero hacerlo. ¿Quieres oír por qué?"

Di la vuelta a la isla, cruzando lentamente la distancia hasta donde él estaba sentado, sus ojos no se apartaban de mí mientras me movía. "¿Por qué?"

"Porque sí", dije, llegando a su lado y deteniéndome. Sin romper el contacto visual, apoyé las manos en sus rodillas. Matthew exhaló cuando giré su cuerpo en el taburete giratorio para que quedara totalmente de cara a mí, ignorando la forma en que sus ojos se abrieron ligeramente. "Porque la idea de ser un lastre", continué, pisando sus muslos extendidos, bajando la voz para que no fuera más que un murmullo. "La idea de convertirme en un problema", añadí, sintiendo cómo su cuerpo empezaba a gravitar hacia el mío. Sólo un poco. Sólo lo suficiente. "La idea de ser una espina en el costado de un hombre, o el defecto o la debilidad de cualquiera, mucho menos de mi padre, me revuelve el estómago".

Mis palabras parecían una confesión. Y no sabía qué hacer con eso. No sabía qué hacer con la forma en que Matthew no se había movido ni un centímetro, aparte de sus manos cayendo a los lados en puños. O la forma en que estaba de pie tan, tan, tan, tan cerca de él. Tanto que podía oler cosas como su champú o algunos restos desvaídos de colonia en él. No sabía qué hacer con lo embelesado que parecía por mi cercanía y cómo me hacía sentir.

"Lo hago por mí, Matthew", susurré. Sus ojos bajaron. A mi boca, haciéndome notar que me estaba mordiendo el labio inferior. "No porque nadie me lo diga. Quiero hacer esto porque yo empecé, y es *a ti a* quien necesito". Levanté la mano, pero me detuve antes de que hiciera contacto con su brazo. El pecho. Con él. "A nadie más. *A ti*. Sé mi prometido, Matthew. Por favor".

Los ojos marrones se ablandaron y se encendieron, todo a la vez. Mi estómago empezó a contraerse, pero lo reprimí. No sabía lo que estaba haciendo, pero fuera lo que fuese, estaba funcionando. La esperanza crecía en mi interior mientras lo observaba. Un músculo de su mandíbula dio un respingo.

"De acuerdo", dijo finalmente.

Mis ojos se abrieron de par en par, y estaba segura de que debían de estar chispeando de sorpresa, porque justo entonces, Matthew pareció darse cuenta de lo que había dicho.

"¡Perfecto!" Chillé, dando un paso atrás de un confundido Matthew. Empecé a caminar hacia atrás, dirigiéndome a la puerta. "Nos vemos mañana en el Parque Warriors, ¿vale? A las once en punto. Está justo enfrente de Josie's, al final de Main Street. También lo encontrarás en Google; me aseguré de que estuviera allí". Me di la vuelta, cerrando los ojos. *Vaya. Madre mía. ¿Qué demonios acababa de pasar?* "¡Muy bien, toodles!"

No fue hasta que cerré la puerta de entrada de la cabaña cuando me di cuenta de la respuesta a mi pregunta.

Acababa de... declararme a Matthew.

Y para alguien que había estado comprometida cuatro veces, realmente apestaba en eso.

CAPÍTULO 6

Eran las once en punto y Matthew no estaba aquí para su duro lanzamiento.

No es que supiera que estaba siendo duramente lanzado. El hombre no tenía ni idea, que yo creía firmemente que era la mejor manera de hacerlo. Si es que aparecía, claro.

Hice un gesto con la mano enguantada a Gabriel, que me miró desde el otro lado de las gradas. Me devolvió la sonrisa tensa con el ceño fruncido y fingí que recibía una llamada antes de que pudiera acercarse y preguntarme qué me había hecho parecer que había chupado un limón.

Nos vemos, le dije, señalando mi teléfono antes de llevármelo a la oreja.

Me arrastré hasta las gradas, desconecté mi falsa llamada y aterricé en el césped con un pequeño salto. Saludé a un par de personas aquí y sonreí y saludé a otras allí, pero en general era una chica con una misión. Escudriñando mi entorno en busca de mi prometido. Era el día del partido, y todos los que llenaban las gradas de Warriors Park -el nuevo nombre de nuestras instalaciones deportivas locales- se habían presentado este domingo con algo más que un simple interés en los Green Warriors (), nuestro equipo de fútbol femenino convertido en campeón de la liga infantil. Estaban aquí para formar parte de la entrada del prometido del alcalde en la sociedad de Green Oak.

Y yo había estado aquí, en estos zapatos exactos, cuatro veces antes. La barbacoa de fin de verano en el lago con Greg. La fiesta de iluminación del árbol de Navidad de Green Oak con Ricky. O nuestra tradición más reciente, la Eggstravaganza de Pascua, con Duncan. Incluso Shawn, que es de la ciudad, tuvo que pasar por los movimientos.

Yo, Josie Moore, podría actuar como alcaldesa por aquí, pero yo no hacía las reglas. Y cuanto más tiempo pasaba sin un hombre de mi brazo, más inquietos se ponían todos los expectantes residentes de Green Oak. Eso no hacía cantar precisamente a la feminista que había en mí, pero no se podía culpar a un conejo por querer perseguir una zanahoria que le colgaba en la cara.

"¿Dónde está Marty?" Otto Higgins preguntó desde mi lado.

"Estaba pensando en ti", murmuré, manteniendo la mirada al frente y la sonrisa firme. "Y no aquí. Todavía. Tampoco se llama así".

Lo más probable era que no viniera, pero alucinar lo suficiente como para pensar que podía manifestar cosas era algo que me encantaba hacer. Además, no tenía otra alternativa. No era como si pudiera conducir hasta Tennessee y encontrar a un vaquero llamado Maverick para enredar en mi lío. Créeme, había investigado anoche.

"Para mí son todos iguales", refunfuñó Otto. "De todas formas es difícil seguirles el ritmo".

Bueno, ouch. "¿Emocionado por el partido?" pregunté, manteniendo un ojo en la puerta de entrada mientras la gente entraba en tropel. "No había visto tanta gente desde la final de Six Hills del año pasado. ¿Crees que ganaremos?"

"No puedo decir que me importe si lo hacemos", comentó Otto. "¿Cuánto tiempo se va a quedar Marshall? ¿Y qué pasa con los guantes? Hoy hace un calor abrasador. Se podría decir que estamos en pleno verano".

Solté una risita, pero me salió estrangulada. "Manos frías", mentí. "Problemas de circulación. ¿Mis manos y mis pies? Siempre fríos. Son cosas completamente normales que le pasan a todo el mundo". Me aclaré la garganta, evitándole una mirada. Coco estaba, como siempre, a horcajadas sobre su cadera. "¿Qué tal si vas a buscar un sitio? Las gradas se están llenando rápido, y el partido empezará en unos minutos".

se burló Otto. "¿Y echar de menos esto ahora que está aquí? Por supuesto que no".

¿Está aquí?

¿Matthew está aquí?

Con el corazón acelerado, me giré siguiendo la mirada de Otto.

Matthew estaba de pie en el extremo más alejado del campo, con las botas bien asentadas sobre la hierba verde, las piernas vestidas con vaqueros oscuros y los hombros cubiertos con una camiseta de béisbol de manga larga. Unos ojos marrones -sin gafas, me di cuenta- se encontraron con los míos a lo lejos.

Mis pensamientos tropezaron.

Había aparecido. Matthew estaba aquí. Y eso significaba que realmente estaba haciendo esto. Estábamos realmente haciendo esto. Estábamos a punto de confirmar el compromiso, y aunque esto era sólo Green Oak y en el gran esquema de las cosas, no importaba mucho, la noción todavía tenía algo en mi estómago reflejando la extraña discordia en mi cabeza.

"Hombre parece que este es el último lugar donde quiere estar", señaló Otto desde mi lado, haciéndome caer en la cuenta de que no me movía. "No puedo culparlo, con todo este alboroto. Ni siquiera lleva el sombrero. ¿No es un vaquero? Oh, ¿no es esa Diane?" Rezongó. "Me pregunto cuándo habrá vuelto de su retiro. No me parece muy rejuvenecida, si se me permite decirlo. ¿Sabías que...?"

"No hay tiempo para cotilleos", me apresuré a salir, dejando por fin atrás a mi vecino y a su carlino.

Diane no sólo estaba de vuelta, pero también estaba en movimiento. Hacia Matthew. Y eso significaba que tenía que llegar a él primero. Interceptar a mi prometido antes de que ella pudiera. Otto Higgings era un *juego de niños comparado* con esa mujer. Era un detector de mentiras humano. Y persistente, también. Así que troté, echándole miradas furtivas.

Diane hizo lo mismo, acelerando el paso en cuanto me vio.

Empecé a correr.

Los ojos marrones de Matthew se abrieron de par en par, pero permaneció en su posición, su postura se ensanchó y sus brazos se estiraron ligeramente, como preparándose para lo que fuera que se le viniera encima.

Más le valía. Porque Diane estaba cerca. Y no había corrido hacia algo tan desesperadamente desde que un mapache irrumpió en Josie's Joint, destrozó el expositor del pastel del mes y se negó a marcharse.

"¡HOLA!" Diane comenzó.

Pero la mirada de Matthew no me abandonó en favor de la otra mujer. Bien. *Estupendo*. Mis piernas se comieron lo que quedaba de distancia y dije, tan alto como Diane: "¡CÓGEME!".

Matthew enarcó las cejas.

Me abalancé sobre él.

No fue una arremetida rápida y delicada. Ni siquiera remotamente cerca de la forma en que lo había abrazado en mi porche la desastrosa noche que puso todo esto en movimiento. Fue un placaje. Uno que debería habernos mandado a los dos al suelo. De no ser por los brazos de Matthew, que me rodearon la cintura con fuerza, y mis piernas, que rodearon sus caderas.

Murmuró en voz baja algo que sonaba muy parecido a *hijo de puta*.

Mis labios se abrieron con una explicación, pero se olvidó en el momento en que Matthew se movió. Una de sus palmas se posó en el centro de mi espalda, y la otra se movió bajo mi pierna. Mi muslo. Me reacomodó a su alrededor. Y yo... entonces me di cuenta de que no lo había pensado lo suficientemente bien, porque había partes del cuerpo. En partes del cuerpo. De varios tipos.

"Me has pillado", señalé. *Inteligente*.

Una risita rápida pero profunda salió de Matthew, cayendo justo en mi mejilla. "No me dejaste elección". Algo de calor viajó a mi cara, pero en su mayor parte, estaba preocupada por el agarre de mono araña que tenía sobre el hombro. "¿Josie?"

"¿Sí?" Grazné.

El pecho de Matthew subió y bajó con un suspiro contra el mío. "¿Qué está pasando?"

Aparté la cabeza de su cuello y por fin le miré a la cara. Estaba muy cerca. Tanto que pude ver que el marrón de sus ojos tenía pequeñas motas de verde. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Debía de ser la luz del sol, que los hacía brillar y...

"Josie", murmuró Matthew, trayéndome de vuelta.

Esbocé una sonrisa inocente. "¿Oopsie?"

Aquellos ojos en los que me había fijado tanto hacía un momento se clavaron en mi boca. Brevemente. "¿Oopsie?" Su mirada volvió a la mía. "¿Esa es tu respuesta?"

Era un poco difícil pensar cuando podía sentir la huella de su palma en la parte posterior de mi muslo, incluso a través de mis vaqueros. "¿Sí?" Me aclaré la garganta. "Lo siento. ¿Cuál era la pregunta? ¿Quieres que salte? Podría. Sólo di la palabra".

Sus brazos no aflojaron su agarre a mi alrededor. "Dime primero quién es la mujer con la que corrías. La que todavía nos rodea como si estuviera esperando algo".

¿Era por eso por lo que no me estaba tirando al suelo? "Esa sería Diane", le expliqué. "Ella... Digamos que es muy entusiasta cuando se trata de recién llegados. Por eso" -miré el pequeño hueco que había entre nuestros pechos- "he hecho esto. Te estoy protegiendo de ella. Pero no te preocupes demasiado. Sólo es Diane. Ignórala y se irá. Avísame cuando estés lista para que deje de... protegerte".

Sus ojos se movieron detrás de mí por un momento. "No creo que sea sólo ella".

"¿Qué quieres decir?"

"Todas las personas en las gradas están mirando. ¿Tienes idea de por qué?"

"Oh. Cierro. Así que sobre eso..." Me obligué a sonreír. "Eso es porque este es tu lanzamiento duro. Como mi prometido. ¡Yay!"

Nos sentamos en las gradas con las espaldas igualmente rígidas, fingiendo ver el partido.

"En una escala de cero siendo un golden retriever a diez siendo un mapache rabioso con gusto por la tarta, ¿cómo de enfadado por la presentación sorpresa en sociedad estás?". aventuré. "Sé sincero, por favor. Puedo soportarlo".

Un largo suspiro abandonó a Matthew. Parecía más resignado que enfadado. Pero por lo que yo sabía, podría haber estado secretamente furioso. "¿Crees que deberíamos hablar de esto aquí?"

Miré a mi alrededor. Las gradas estaban abarrotadas. Y la atención de todos, por mucho que se hubiera desplazado lentamente hacia el partido, seguía puesta en nosotros. Excepto la del abuelo Moe. Había aparecido justo cuando mis botas tocaban el suelo y refunfuñó algo ininteligible sobre una remolacha antes de dirigirse a su lugar habitual en primera fila. Desde entonces, el viejo cascarrabias al que tanto quería había hecho todo lo posible por fingir que no existíamos.

Me tocó suspirar. "Es un buen punto. No queríamos que nadie pensara que esto no estaba planeado, o que es una trampa para encerrar a mi nuevo hombre antes de que se acobarde y huya de la ciudad". Miré a mi derecha, donde una cabeza llena de rizos con permanente que conocía bien sobresalía del mar de gente. Siempre había tenido mis sospechas de que la permanente le daba a Diane sus superpoderes auditivos, así que me volví hacia mi recién y oficialmente nombrado prometido y me arrimé un poco más a él. "Entonces... ¿De qué quieres hablar?"

"¿Qué tal si vemos el partido?" Matthew se ofreció. "La defensa de los Osos de Grovesville está empezando a tener problemas".

Arqué las cejas. "¿Así que no estás fingiendo mirar?"

"Están desorganizados", comentó Matthew, con los ojos puestos en el césped. "La comunicación no funciona y están dando demasiado espacio a los Warriors".

Volví a mirar el partido y observé, observé de verdad, por primera vez. Tenía razón. "Vaya. Realmente es como si hubieran dejado la puerta de atrás abierta de par en par". Eché un vistazo al marcador. "Y eso explica el 4-0. Dios mío". Aplaudí. "¡Vamos Warriors!"

"Exactamente", coincidió. "El entrenador de los Bears está más preocupado por gritar que por apretarles".

Me di cuenta. "Sabes", empecé, bajando la voz. "Esa mujer, la entrenadora de los Osos, tuvo un pequeño altercado con Cameron y Adalyn el año pasado. Durante un partido, mientras Cam entrenaba a los Warriors y Adalyn supervisaba al equipo". Matthew me miró rápidamente, ceñudo. Y susurré: "Llamó *zorrita a Cam* y Adalyn se puso hecha una furia". Me reí entre dientes. "Te lo juro, entonces supe que ella lo tenía mal por él".

Matthew soltó una carcajada sacudiendo la cabeza. "Increíble. ¿Quién llama *zorrita a Cameron Caldani*?"

Le vi volver su atención al campo como si no quisiera perderse demasiado, pero mis ojos se quedaron en su perfil. Así que lo que había oído sobre Matthew era cierto. Camiseta de béisbol. Habla de defensa. Enamorado de la ex estrella de fútbol Cameron Caldani. Realmente era un nerd de los deportes.

"Entonces... ¿Por qué no trabajas en algo así?" le pregunté. Y la pregunta debió parecerle tan inesperada como a mí, porque le robó la atención del balón. "Deportes", le expliqué. "La mayoría de los periodistas que *también son* frikis de los deportes acaban siguiendo a un equipo por todo el país o consiguiendo algún tipo de puesto como corresponsal o presentador".

Pero no Matthew. Él trabajaba para un medio de noticias de entretenimiento y celebridades. O había trabajado, hasta hace unas semanas. Ni Adalyn ni Cameron habían entrado en muchos detalles sobre su marcha, y no se había abordado en nuestro chat de grupo. Lo único que Adalyn me había contado era que a Matthew le habían pedido que escribiera sobre Andrew después del artículo de Time que tanta atención había atraído a , y que Matthew se había negado. Adalyn

nunca dijo que había sido para protegerla a ella y a Cameron, pero eso parecía. ¿Por qué si no se iba a negar?

Como no dijo nada, sentí la necesidad de llenar el silencio. "Siempre me lo he preguntado, eso es todo. Pero no hace falta que hablemos de ello. Veo que no es un tema del que quieras hablar. Y está bien".

"¿Exactamente cuánto tiempo pasáis Adalyn y tú hablando de mí?"

Un poco de calor me subió a las mejillas, pero levanté la barbilla. "No dejes que se te suba a la cabeza. Hablamos de todo el mundo. Con todo detalle". Y realmente lo hicimos. "Simplemente tenía curiosidad porque estabas analizando la estrategia defensiva de algún equipo local formado por niños de sexto curso como si estuviéramos sentados en Wembley y los Spurs estuvieran jugando una final de la Premier League".

"*Espuelas, ¿eh?*", repitió con una sonrisa. Era muy pequeña y ladeada, pero al menos no fruncía el ceño.

"Tottenham Hotspurs", por supuesto. No el equipo de baloncesto de San Antonio. No quiero ofender a la NBA, pero el *fútbol* europeo es lo mejor".

La comisura ligeramente curvada de su boca se crispó. "Sonando como Cam por un segundo."

"Pssh", solté. "Una chica puede saber de la liga inglesa, ya sabes". Una chica que además había estado brevemente comprometida con un futbolista profesional. Pero no dije eso y le lancé un guiño a Matthew. El marrón de sus ojos centelleó de sorpresa. "Pero sí. Podría parecerme a Cam si quisiera. Refunfuña mucho en los partidos, y yo he captado algunas cosas".

"¿Te importa demostrarlo?"

Me aclaré ligeramente la garganta y me puse en pie. "*¡Eh, Tony!*" grité con mi mejor acento inglés. "*Mete a Rashford. ¿No ves que la defensa de los Bears se va a la mierda?*". Unas cuantas cabezas se giraron hacia mí, incluida la del árbitro. "*¡Lo siento, cariño!*" le dije a Tony, cambiando de nuevo a mi voz. "Por favor, continúa y asegúrate de pasarte por el Josie's Joint para después del partido. Lo estás haciendo genial, gracias".

La expresión de Matthew se llenó de diversión. "El parecido es asombroso", dijo. A lo que respondí con una pequeña reverencia antes de volver a sentarme. "De hecho..." Sus párpados se cerraron. "Oh, sí, creo que puedo oler el pan de molde y la cerveza rancia si cierro los ojos".

"Me pediste que te hiciera una demostración", dije con un bufido. "¿Y eso es lo que crees que comen en los partidos? ¿Pastelitos?"

"Lo haría", dijo, volviendo su mirada al juego. "El shortbread es genial. Podría comerlo en cualquier sitio, a cualquier hora. Mi hermana metió una caja de contrabando en su maleta las pasadas Navidades, y fue una experiencia que me cambió la vida."

Me levanté con interés. *Por fin un dato que no me había dado Adalyn.* "¿Estaba de visita?"

"Vive allí", respondió con facilidad. Y su perfil se suavizó tanto que me hizo detenerme. "Tay está en Londres con una beca de tenis. No es una beca completa, pero era su sueño. Se enamoró de este deporte cuando éramos niños y mi padre consiguió entradas para el US Open. Desde entonces está obsesionada. Menos mal que se le da increíble".

Ignoré el calor que me inundaba el pecho al oír el afecto en la voz de Matthew. Compartir demasiado era uno de mis lenguajes del amor. No era el mejor, pero era mi forma de ser. Compartía demasiado y, a su vez, consumía y archivaba toda la información que caía en mis manos. Esto era lo primero que había añadido a mi carpeta Matthew por mi cuenta, y me gustaba que hubiera sido sobre su hermana y que hubiera puesto esa cara mientras me lo contaba.

"Esas son las mejores cosas de las que enamorarse", me oí decir. "Las que encontramos accidentalmente".

Los ojos de Matthew encontraron los míos. Aquella suavidad seguía allí, pero había surgido algo más. Me ponía... nerviosa. Y también hizo que me sintiera cómoda. Como si pudiera decir ese tipo de cosas cerca de él, pero al mismo tiempo, como si no estuviera escuchando sólo las palabras.

"De todos modos", dije, desviando la mirada. "Es bueno saberlo. Este es el tipo de cosas que debería saber si nosotros... ya sabes. hacemos esto".

"¿Si?", le oí preguntar desde mi lado. "Tenía la impresión de que el trato ya estaba cerrado. Lanzamiento duro y todo".

"Otto dijo que parecía que éste era el último lugar del mundo en el que querías estar. Y llegabas un poco tarde, después de todo. Así que se me pasó por la cabeza que estabas en el primer vuelo de Charlotte. Parecías un poco como si estuvieras entrando en una de esas espeluznantes casas espejo que tienen en las ferias". Hice una pausa. "A pesar de que estuviste de acuerdo con todo esto".

Un zumbido extraño le abandonó.

Me dieron ganas de girarme. Pero quería ser casual en lo que decía. Así que me quedé quieta, incluso cuando sentí sus ojos fijos en mi perfil.

"¿Lo hice?", preguntó.

"¿Hiciste qué?" Estaba aguantando muy bien el tipo, estaba orgulloso de mí mismo. "¿Estar de acuerdo o parecer aterrorizado?"

"o bien. Todo lo que recuerdo de esas dos instancias es haber sido desviado inmediata y completamente. Por ti".

Mi postura se quebró. Volví a mirarle. La expresión seria de Matthew hizo que el calor me subiera por el cuello y me bañara toda la cara. Lo había conseguido. Lo había desviado. Había utilizado mi doble mirada sobre él ayer, y hoy me había subido a él como a un árbol.

"Bueno, eso no es culpa mía, ¿verdad?". Fingí indiferencia con un encogimiento de hombros. "Esa es tu prerrogativa como hombre fácilmente *desviable*".

"Realmente lo es", dijo.

Frunzo el ceño y mi fachada se disuelve rápidamente. ¿Por qué no estaba bromeando? Se me revolvió el estómago ante la respuesta lógica: Yo había hecho algo más que desviar a Matthew. Le había *empujado* a hacerlo. Incluso lo había engatusado. Y eso no me convertía en un monstruo (), sino en una mujer desesperada que sólo tenía una salida para el lío que había montado, pero odiaba la idea de que se sintiera atrapado. ¿Era por eso que su expresión era tan cerrada y severa?

"Puedes abandonar el barco y decir que no", le dije. "En cualquier momento".

Matthew ladeó la cabeza interrogante. De qué tipo, no podía saberlo.

Insistí: "No pienso encadenarte a mi muñeca y arrastrarte por la ciudad. Sería un poco incómodo hacerlo aquí, pero podríamos romper. Hoy mismo. No sería mi primera ruptura pública, y no sería la primera vez que un hombre me deja, aunque algún podcaster crea que soy una bruja desalmada, dañada y malvada, con problemas y afición a las bodas."

"¿Dijeron eso de ti?" preguntó Matthew. "¿Cuándo?"

Abrí la boca para contestar, pero él estaba sacando su teléfono. Sus dedos se deslizaron con una determinación que me impulsó a echar un vistazo a la pantalla. El Instagram de Page Nine estaba abierto. "Matthew", le llamé, sintiéndome ahora un poco aprensiva. Mi mano cruzó los

pocos centímetros que nos separaban y se posó en su brazo. Las mangas de su camiseta de béisbol estaban levantadas e inmediatamente me arrepentí de llevar guantes. "¿Por qué estás comprobando...?" Entonces se bloqueó en su sitio. "Lo has escuchado. *Filthy Reali-Tea*, el podcast de Page Nine. No te dije los detalles. ¿Por eso revisas su página?"

Un músculo de su mandíbula dio un respingo cuando me miró. "Sí".

Me había preguntado si hacer que Matthew la escuchara habría sido una forma más rápida de que accediera, pero una parte de mí no había querido su compasión. Juicio. Y no importaba cómo o cuándo se enteró de mi pasado. Sólo me molestaba un poco que lo hubiera escuchado antes... ¿Podía decírselo yo misma? ¿Podía prepararme?

"¿Y qué pensabas hacer ahora?". Le pregunté, dejando todo eso de lado. "¿Comentar en algún post como una indignada Karen?"

"Puedo ser una gran Karen".

Le dediqué una media sonrisa. "Qué amable".

También era innecesario.

Matthew vaciló, como si fuera a decir algo importante. Pero le detuve con una mano. Por el rabillo del ojo vi un permanente que se movía entre la multitud de cabezas, subiendo uno, dos, tres puestos. Justo encima de nosotros, pero a la izquierda. También asomaron las orejas de carlino. Luego la gorra de Otto. Jesús. Aquellos dos eran como los Vengadores de "No es asunto suyo", reuniéndose en cuanto el viento se llevaba algo importante.

"Rodéame con el brazo", le ordené en voz baja. Lo único que hizo Matthew fue fruncir el ceño. "O haz algo. Cualquier cosa que le harías a tu prometida si estuvieras viendo un partido con ella y te preguntara algo tonto como '¿me amarías si fuera un gusano?' Cualquier cosa que sea PDA y que evite que la gente nos interrumpa. Cualquier cosa que..." Mis ojos se abrieron de par en par. "Sin labios ni boca", me apresuré a decir, dándome cuenta de que lo que estaba preguntando podría implicar que Matthew me besara. Pero al final tendríamos que hacerlo, ¿no? ¿Verdad? Dios mío. Y eso... Concéntrate, Josie. "Sólo haz algo. Ahora. ¿Por favor?"

Su mano se encontró con la mía en un rápido movimiento. Un calor me envolvió la muñeca y, antes de que pudiera siquiera procesar el suave contacto, mis dedos enguantados fueron llevados a la altura de su pecho. Los ojos de Matthew se cruzaron con los míos cuando bajó la barbilla y sus dientes se cerraron lentamente alrededor de la tela sobrante que rodeaba mi meñique. Dio un rápido y suave tirón del guante, y un suspiro pareció quedarse atascado en algún lugar entre mi garganta y mis pulmones. Luego sustituyó su boca por su mano experta, desprendiendo la lana rosa de mi piel.

Con los ojos muy abiertos -y francamente hirviendo a pesar de la capa que me faltaba- no pude hacer otra cosa que mirar a Matthew mientras me ponía la mano entre sus grandes palmas y soplaba aire en ella. Un calor suave como la mantequilla derretida se extendió y me puso la piel de gallina. Sentí un hormigueo en todo el cuerpo. *Hormigueo*.

Levantó las comisuras de los labios y me miró a la cara de una forma que me dijo que sabía perfectamente lo que hacía. "Esto", dijo finalmente, frotándose la piel con los pulgares. "Si mi mujer tiene las manos frías, yo se las voy a mantener calientes".

Mi mujer.

Agradable y cálido.

I-

Dispara. Acababa de ser uno-revertido.

No me salían las palabras, así que me aclaré la garganta. Muy bien. Esto estaba bien. Yo lo había pedido. Me pilló desprevenida, eso es todo. Eso es lo que significaba el bamboleo en mi vientre. Sorpresa.

"Pero cariño", dijo mucho más alto. "Claro que te querría si fueras un gusano". Le guiñó un ojo. "Te construiría una cajita y te llevaría en el bolsillo a todas partes".

"Eso es... bonito", murmuré. Aunque realmente lo era. También era increíblemente agradable que me cogieran la mano así. Arrastré los ojos detrás de él. "La Brigada del Cotilleo ha caído. Por ahora".

A Matthew no parecía importarle tanto como a mí. Ahora estaba preocupado por girar mi mano e inspeccionar mi palma. Su pulgar acarició la piel, enviando más hormigueos a mi muñeca. "El corte se está curando. Levantó la mirada para mirarme. "¿Aún quieres que te lo bese y te lo cure?"

Mi cerebro tropezó. *¿Besarlo y hacerlo mejor?* "Eso es..." Se me quebró la voz. "Ni labios ni boca. Creo... creo que dije eso".

Se encogió de hombros. Despreocupadamente. Demasiado. "Lo siento. Realmente pensé que había mencionado tener un excelente oído selectivo".

Entrecerré los ojos y vi que una sonrisa se dibujaba en su boca. Mis labios se abrieron, pero antes de que pudiera decir nada, nuestros teléfonos empezaron a sonar.

Nos miramos con el ceño fruncido y nos soltamos las manos para sacar nuestros dispositivos.

"Es Adalyn", dije.

"Cam me está llamando", dijo Matthew al mismo tiempo.

Ambos hicimos una pausa, y entonces todo encajó. "¿Has...?"

"No", respondió moviendo la cabeza. Declinó la llamada.

"Guau. ¿Acabas de colgarle a Cameron Caldani?". le pregunté con incredulidad. "¿No conoces al hombre?"

Antes de que Matthew pudiera responder, nuestros teléfonos empezaron a sonar de nuevo. Sólo se cambiaron las llamadas de identificación. Matthew también rechazó la llamada de su mejor amigo.

"Tienes cojones", exhalé, dejando que mi llamada saltara al buzón de voz. "Y son insistentes, lo que sólo puede significar una cosa". Estudié a Matthew, midiendo cómo le hacía sentir esto. "Una parte de mí esperaba que llamaras a Adalyn ayer. Después de que me fuera. Está bien si lo hiciste".

"No lo hice", dijo, frunciendo las cejas. "¿No les dijiste nada?"

Sacudí la cabeza. "Estaba esperando a hoy. En caso de que... lo cancelaras. Y realmente estaría bien si quisieras consultarlo con Adalyn para ver si se siente cómoda con esto. Habéis sido mejores amigas durante años. Y yo soy la hermana de Adalyn, pero soy nueva en su vida. Puedes intervenir en la conversación si quieres tranquilizarla, y a ellos, primero. O asegurarte de que soy de confianza. O...

"¿De verdad crees eso?"

No quería pedirle aclaraciones, así que no lo hice. Por suerte, la distracción perfecta llegó en forma de un reguero de notificaciones que hacían picar mis manos.

ADALYN: No estamos enfadados, solo sorprendidos. ¡¡Y felices!! ¿Por qué no contestas? Sabemos que están juntos. Alguien me envió una foto para felicitarme.

CAM: Oh. En realidad estoy loco.

ADALYN: Ignóralo. No hay nada por lo que enfadarse. Excepto tal vez que ustedes no nos dijeron antes... PERO ESTAMOS FELICES. Mi mejor amiga y mi hermana (!). Tengo tantas preguntas. Pero por favor, sabed que no había necesidad de ocultar vuestra relación. O vuestro compromiso.

CAM: Eso es exactamente por qué estoy enojado.

CAM: También, felicidades. Me alegro por ti. Ahora contesta el maldito teléfono.

ADALYN: Por favor 😊

Me quedé mirando la pantalla, con todo tipo de emociones revolviéndose en mi estómago. Estaban todas mezcladas, y ocupaban todo el espacio allí dentro. Probablemente más que eso, a juzgar por lo pesado que sentía todo el cuerpo.

"Ellos... Ellos no están cuestionando si es real", me oí decir. "No nos están preguntando si estamos juntos. Sólo asumen que lo ocultamos. ¿Crees que eso es bueno? ¿O malo? No esperaba que alguien les enviara un mensaje. Pensé que tendría un poco de tiempo para pensar en cómo decirles. Y qué decirles. Si no lo había hecho ya, por supuesto. Dios, deben estar tan dolidos. Decepcionados. Aunque Adalyn no parece muy dolida o decepcionada. ¿Crees que es raro? Tenemos que decirles la verdad. A menos que creas que... se asustarán. Convéncenos de que no lo hagamos. Quiero decir, afrontémoslo, Cameron odia todo lo que tenga que ver con la prensa o los medios, y Adalyn se pondrá sobreprotectora contigo. Eres su mejor amiga. Probablemente se peleará con Andrew por esto. Y con Bobbi. Tal vez incluso conmigo. El drama de las relaciones públicas ya es bastante malo. Y han estado bajo mucho estrés con el Club. Sólo tiene un año, y sé que están recibiendo mucha más atención después de que Andrew lo mencionó en ese artículo de Time. Así que cómo... Dios. Creo que estoy sudando un poco. ¿Mareado? ¿Crees que vienen hacia aquí? No sé si puedo enfrentarlos. O decirles la verdad. Oh Dios, sólo la idea me está haciendo..."

La mano de Matthew cayó sobre mi antebrazo, levantando mi mirada. "Respira hondo".

Inhalé profundamente, sosteniendo su mirada. Inmediatamente me di cuenta de que hacía uno o dos minutos que no lo hacía.

"No hace falta que se lo digamos", dijo Matthew.

"¿No?"

"No, si sólo pensarlo te da un maldito ataque de pánico, no".

"Estoy bien", susurré. No lo estaba, pero el ruido en mi cabeza se había calmado con esa respiración profunda. O las palabras de Matthew. "Estoy bien. Y esta no debería ser mi decisión. No deberían empujarte a mentirle a tu mejor amigo sólo porque estoy destrozada. Debería ser tu decisión".

"Te equivocas."

Mi única respuesta fue fruncir el ceño.

"No es mi decisión", insistió simplemente. Con toda naturalidad. "Y a mí no me toca nada. Que yo lo consiga basándome en una extraña antigüedad de amistad, es una gilipollez, Josie. Es tu hermana". Hizo una pausa, como para dejar claro algo. "Tienes que tomar la decisión. O al menos *nosotros*. Juntos".

Mi cabeza elaboraba sus palabras, pero arriba todo volvía a ser un caos. No sabía si podía confiar en mí misma. Mi capacidad para tomar decisiones había estado muy mal últimamente. Fue... desinteresado por parte de Matthew decir eso. Me hizo sentir... bien. Peor. Aliviada. Sacudida. Mi voz salió rara. "Estás hablando como si tuviéramos una relación".

"¿No es así?" Luego, un poco más alto. "Estamos comprometidos."

Al principio se me abrieron los ojos, pero luego me di cuenta. Estábamos en las gradas. Todavía. Tragué saliva, intentando ordenar mis pensamientos. "Estamos".

Matthew asintió, como si eso fuera todo lo que necesitaba como confirmación. "Les devolveré la llamada después del partido. Manejaré la mayor parte del calor inicial sobre por qué lo mantuvimos oculto de ellos. O por qué se lo propuse tan rápido. Ya tienes bastante con Bobbi, y pensaba hablar de esto contigo de todos modos".

Mi garganta trabajaba alrededor del aire atascado en mi garganta. Matthew había... pensado en esto. No importaba si por un día o unas horas. Él era mucho mejor que yo resolviendo problemas, y eso... me hacía sentir de una manera que no era capaz de comprender del todo. ¿Culpable? ¿Egoísta? ¿Agradecido? Aliviado. Tal vez todas esas cosas.

Antes de que pudiera fijarme demasiado, volvió a meter el teléfono en el bolsillo de sus vaqueros y sacó otra cosa, distrayéndome.

Todo dentro de mí se detuvo ante esa visión.

"Deberías tener esto", dijo Matthew.

Con una respiración temblorosa, mis ojos inspeccionaron lo que sostenía entre sus dedos. Una bolsa verde musgo. Mi corazón volvió a latir con fuerza, golpeando contra las paredes de mi pecho. Mis palabras fueron un susurro: "¿Tener qué?".

"Esto", dijo Matthew, enviando el órgano que luchaba a mis pies. "Tus manos no estaban frías", añadió. "No tiene sentido con el clima de setenta grados. Las estabas escondiendo, ¿verdad? No puedes llevar el anillo de la otra noche. De tu ex. Así que lleva este en su lugar".

Cada palabra me sumía aún más en el shock. No podía encontrar mis pensamientos, o palabras, o razón. No podía encontrar... nada.

Así que volví a preguntar: "¿Tomar qué en su lugar?".

"Mi anillo".

CAPÍTULO 7

Bobbi Shark tamborileó con las uñas en el brazo mientras se ponía delante de nosotros.

Me estaba haciendo sudar las nalgas, francamente.

El rubor que cubría mi cuerpo como escarcha sobre una tarta de cumpleaños no tenía nada que ver con la extraña ola de calor que azotaba Green Oak en pleno mes de octubre. Llevaba sudando desde anoche, cuando Bobbi había convocado una reunión para *trazar estrategias*.

La mujer nos evaluó un poco más. Su mirada iba de mí a Matthew y luego volvía a mí. Estábamos sentados hombro con hombro en sillas gemelas, alineados justo en medio del Josie's Joint, que había cerrado al mediodía sólo para esto. Un día entre semana, por cierto. Así que Bobbi no sólo me estaba haciendo perder valiosos fluidos corporales, sino también unos buenos ingresos en hora punta.

"Bien", dijo finalmente.

"Bien", repetí. Con cuidado, y sintiéndome como si estuviera contestando a la directora después de haber sido llamada a su despacho. "¿Pero qué quiere decir exactamente? ¿Es una multa *fina* o una multa *no fina* ?"

"Bien significa bien", replicó ella.

"Sé lo que significa", dije. "¿Pero qué quiere *decir* ?"

"Quiero decir bien", dijo Bobbi de nuevo.

"Pero un fi...", empecé.

La palma de la mano de Matthew cayó sobre mi pierna, el contacto me cortó el habla. El calor de su piel se filtró a través de la fina tela de mi falda de seda. "Ninguno de los dos lee la mente", dijo. "Menos mal. Así que, ¿qué tal si nos explicas qué es exactamente lo que está bien? ¿O por qué estamos aquí? ¿O el objetivo de esta reunión improvisada que has convocado?"

"Ustedes dos," Bobbi deadpanned. "Se ven bien juntos. Haría algunos cambios, pero no muchos. ¿Considerarías el Botox?"

Dios mío. "No creo..." Empecé, pero me detuve. ¿Por qué estaba tan nerviosa? ¿Y eran tan malas mis arrugas? "Eso no es realmente..."

"Ninguno de los dos necesita Botox", intervino Matthew. "Siguiente tema".

Me desplomé en la silla, aliviada de que hubiera tomado la iniciativa. Matthew me dio un golpecito en la pierna con el pulgar, en una especie de reflejo o código que no pude descifrar, y luego retiró la mano. La zona de piel donde había estado estaba extrañamente fría, pero eso era bueno. Estupendo. Era lo mejor.

Bobbi reanudó la conversación y yo crucé las piernas y los brazos en un intento de darle la impresión de que estaba tranquila y no hecha un manojo de nervios. Pero era difícil prestarle atención cuando me sentía tan inquieta, como si no pudiera dejar de girar y retorcerme en mi asiento. Volví a apoyar los dos pies en el suelo y junté las manos sobre el regazo.

Algo centelleó bajo la luz, e inmediatamente miré hacia abajo.

El anillo.

El anillo de Matthew.

Mía ahora, a todos los efectos. El anillo estaba en un extraño préstamo cuya duración aún no se había discutido. O los términos. Lo que me recordó que deberíamos, después de esto, y que no cambiaba el hecho de que había un anillo en mi dedo.

No era la primera vez que llevaba uno, ni la segunda, ni siquiera la tercera. Era la quinta. Y, sin embargo, sentía que toda esa experiencia no contaba para nada. El anillo de Matthew era, sin duda, precioso. Único y tan diferente de cualquier otro anillo de compromiso que me hubieran dado. Distinto como sólo una joya con personalidad y alma puede serlo. No era tonta, lo supe en cuanto lo saqué de la bolsa -después de recuperarme del susto y de dar *las gracias* en voz muy alta *por recogerlo de la tintorería, nena-*: era un anillo Claddagh. Presentaba algunas modificaciones respecto al diseño original, pero había sido lo bastante obvio como para que reconociera la corona y las manos entrelazadas alrededor de un corazón cuyo espacio había sido sustituido por una piedra. Y rematado por una corona forrada de otras mucho más pequeñas. Aunque los detalles eran mínimos, y la elegante banda era más fina que la típica.

El anillo planteaba demasiadas preguntas. Empezando por: ¿Por qué Matthew tenía uno alrededor en primer lugar? O, ¿de qué manera estaba Matthew conectado con la simbología y la tradición irlandesas? Y terminando con una larga lista de otros misterios sin resolver que giraban en torno a que me diera su anillo en lugar de comprarme uno nuevo. Que era lo que había estado planeando. Al final.

Bobbi se aclaró la garganta.

Con las mejillas sonrojadas, arranqué los ojos del dedo.

"Tierra a Josie", dijo Bobbi con una mueca poco impresionada. "Sé que lo único que quieres hacer es mirarte la mano, enseñársela a las amigas, soñar despierta con Blondie en esmoquin, escribir a mano tus votos a la perfección o, no sé, navegar por Pinterest para crear el tablón de la boda perfecta. Pero tenemos terreno que cubrir. *Y voy a necesitar toda tu atención*".

"Hago álbumes de recortes", repliqué, sin nada mejor que decir. "*Scrapbooked*, para mis otros, ah, proyectos. Me gusta mucho más el trabajo manual que mirar una pantalla, por si te lo preguntas".

"No lo estaba". El labio de Bobbi se curvó. "Y no necesitarás un álbum de recortes para esto". Bobbi sacó un iPad. "Te vas a digitalizar. Por eso necesito las direcciones de iCloud de ambos. Os estoy sincronizando con Bobbi Shark's Ultimate Wedding Planner. Tienes que tratar esto como tu nueva Biblia. Y antes de que preguntes, no, no hay imprimible. Y sí, de nada por traerte al siglo XXI. Sólo recuerda este momento cuando te dé ese último empujón hacia el altar y pienses: "*Maldita sea, ojalá pudiera casarme con Bobbi en su lugar*". Frunció el ceño. "Aunque con tu historial, será mejor que no pienses tal cosa. Caminas hacia el altar, no hacia arriba".

Se oyó un grito detrás de nosotros.

"Por última vez, no se empuja a nadie a ninguna parte. De hecho, ¡no habrá ningún pasillo si tengo algo que decir al respecto!"

No necesité girarme para saber que el abuelo Moe, que había insistido en arreglar un problema inexistente con la iluminación de la ventana mientras yo estaba cerrada, sostenía alguna herramienta que no necesitaba y nos miraba con desprecio.

"¿Necesita estar aquí?" Bobbi me preguntó.

"Estoy cambiando una bombilla", se quejó el abuelo Moe.

"¿Con un martillo?" Bobbi dijo.

"Cambiaré las bombillas como me plazca", resopló. "Y ésta es mi Josie, y ésta es su tienda, así que me quedaré si quiero. Y no habrá empujones de pasillo a menos que ella quiera. ¿Entendido?"

Todos nos quedamos mirando al hombre, con el rostro serio y el pecho agitado.

La culpa y la preocupación surgieron en lo más profundo de mi vientre. El abuelo había vivido todos mis compromisos anteriores y no le había hecho ninguna gracia verme salir de ellos. Esto era en muchos sentidos peor que un compromiso convencional, porque él sabía la verdad sobre Matthew y yo. Era la única persona que lo sabía. Y estaba haciendo un mal trabajo ocultándolo.

Esbocé una sonrisa tranquilizadora. "¿Qué tal si vuelves al trabajo, Moe Poe? Te prometo que lo tenemos controlado por aquí. Y si en algún momento no lo tenemos, te llamaré".

Eso pareció apaciguarle lo suficiente como para hacerme un gesto con la cabeza y volver a su supuesto trabajo.

"Volviendo a los detalles de iCloud", continuó Bobbi. "Puedes dárme los o los conseguiré yo misma. Tengo mis maneras y preguntar es sólo el enfoque educado".

Por el rabillo del ojo, vi a Matthew sacudir la cabeza. Una bocanada de su colonia me llegó a la nariz. Cedro y un toque de algo que no pude captar. Era agradable. Y me gustó. Tampoco era importante que me gustara, así que le conté los detalles antes de volver a distraerme y Matthew me siguió.

En cuestión de segundos, nuestros teléfonos sonaron con notificaciones gemelas.

"Excelente", dijo Bobbi. "Ahora, este no es un calendario cualquiera, este es el Ultimate W.P. de B.S., que es como prefiero llamarlo. Sé que no es habitual en una estrategia de relaciones públicas, pero también soy su organizadora de bodas". Hizo una mueca. "Aparentemente. Todo está vinculado a una lista de comprobación, un registro, un diario, un registro, un presupuesto - que es sólo una referencia, podemos ir más allá- y todo lo que necesitas saber". Ella volteó la pantalla, tocando rápidamente en diferentes puntos. "Aquí. Aquí. Aquí. Aquí. Aquí. Y aquí. Tu tarea es revisarlo, leerlo, procesarlo, asimilarlo y aceptarlo. Tendrás que firmar un acuerdo para confirmar que entiendes y estás de acuerdo con todo lo revelado. Nada extraño, considerando que sugerí un NDA que Andrew rechazó inmediatamente. Así que... ¿Preguntas?"

Huh. Todos ellos. "¿Por qué necesitamos un..."

"Genial, sin preguntas", me cortó, sus dedos decididamente volando sobre el dispositivo de nuevo. "Ahora que eso está fuera del camino. ¿Has decidido una fecha?"

Matthew gruñó algo ininteligible, moviéndose en su asiento.

Algo cayó al suelo desde la esquina del abuelo.

"¿Una cita?" Repetí, con el estómago revuelto.

"Para el gran día", replicó ella. "He puesto uno temporal en la agenda. Uno que nos convenga. Pero estoy abierto a discutirlo".

Mi cuerpo se convirtió en piedra. No de hielo, porque seguía sudando. En cualquier caso, me quedé muy, muy quieta. Realmente me sorprendió cómo me había lanzado a esto sin pensar que cosas como anillos o fechas de boda serían obviamente discutidas. "Sin fecha", grazné. Doblé los labios hacia arriba. "Quedémonos con la temporal por ahora, por favor".

"Música para mis oídos", declaró Bobbi. Crisis evitada. "Eso es el primero de diciembre."

Y de vuelta al país de la crisis. "Faltan menos de dos meses", me apresuré a decir. Me empezaron a pitar los oídos y estaba casi segura de que estuve a uno o tres segundos de caerme al suelo. Los ojos de Bobbi se entrecerraron y, de repente, el brazo de Matthew estaba allí.

Apoyado en mi espalda. "Lo arreglarás, ¿verdad? ¿La situación de la prensa? La... narrativa". Encontré la fuerza suficiente para decir. "Antes de llegar a ese día. Yo... preferiría evitar apresurar esto. Se supone que es un día especial".

Aunque la verdad era que no podía acobardarme. No después de convencer a Matthew de que todo iba bien y hacer que mintiéramos a todo el mundo.

"Eso es lo que dije, ¿no?" Bobbi contraatacó. Su cabeza se inclinó hacia un lado. "Puedes dejar de entrar en pánico. La noticia de que estás felizmente comprometida y Andrew es parte de ello probablemente apagará la mayor parte del fuego".

Dejé salir parte del aire que había quedado apretado en mis pulmones. "Vale", dije, concentrándome en el ligero respiro y no en el hecho de que Matthew no hablaba. Seguramente estaba furioso. Esto no era de lo que habíamos hablado.

Bobbi continuó, imperturbable. "Ahora, hablando de apagar fuegos, voy a necesitar que pongas tus redes sociales en privado, y quiero tener acceso a todas las fotos que tengáis juntos. Citas, viajes de fin de semana, selfies en el espejo, fotos domésticas... cualquier cosa menos desnudos. Y lo más importante, las fotos de vuestra proposición".

Bueno, mierda.

"No, no", dijo. "No me gusta esa cara. Por favor, no me digas que todo lo que tienes son selfies en el espejo. Nadie quiere ver eso".

Parpadeé mirando a la mujer, dándome cuenta con urgencia de que definitivamente había calculado mal y subestimado todo este asunto. La ansiedad se apoderó de mí e hice lo que suelo hacer cuando eso ocurre. Sonreí. Grande y amplia.

"¿Qué hace tu boca?", me preguntó.

La mano de Matthew volvió a mi pierna, que rebotaba. Pero antes de que pudiera empezar a procesar el peso o el calor de su palma, o cómo el movimiento había cesado bajo ella, dijo: "No".

Bobbi arqueó las cejas. "¿Perdón?"

La tensión se espesó de forma inesperada y no pensé, simplemente actué. Era hora de recuperar el control. "Los perdimos", dije. "Por los hackers. Nos hackearon. Por muy cuidadoso que uno intente ser, son astutos. Me engañaron y antes de que me diera cuenta, mi galería había desaparecido. Desaparecida. Le pasa a los mejores de nosotros. Todas las copias impresas se perdieron, también. En un incendio. Fue horrible y..."

"Y somos privados", dijo Matthew, con los dedos apretando mi rodilla. "No te vamos a dar acceso a nuestros recuerdos sólo porque lo pidas. Eso es lo que significa *no*. No queremos y es nuestra decisión. La única razón por la que Josie no te lo ha dicho es porque tiene modales. Yo no los tengo. Yo digo las cosas como son".

La expresión de Bobbi era... extraña. Como si quisiera lanzarle su iPad a Matthew, pero también estaba impresionada. "Muy bien, rubia. Pero no olvides que Andrew está poniendo mucho de su parte en esto y que tú vas a conseguir un viaje gratis a la boda de tus sueños. Así que puedes trazar algunas líneas, pero yo sigo al mando". Una pausa. "Harás nuevas fotos. Ese es mi compromiso, y me olvidaré de esa historia de hackeo o por qué Josephine ha estado mirando como un ciervo en los faros desde que tomó asiento".

¿Lo había hecho?

Me volví para mirar a mi prometido, como buscando la respuesta a aquello. Pero Matthew estaba ocupado sosteniendo los ojos de la mujer. Durante mucho tiempo.

Me apretó la rodilla.

Oh. "Sí, vale." Dejo que mi mano descansa sobre la suya. Emparedando sus dedos contra mi muslo. Se movieron. Golpearon. "Nuevas fotos suena como un compromiso razonable".

El ambiente de la cafetería se relajó con mis palabras. Y cuando sonó el teléfono de Bobbi y se excusó con un: "Ahora vuelvo", antes de dirigirse a la parte de atrás, mejoró exponencialmente en lo que a tensión se refería.

"Ugh," dije, girándome para mirar a Matthew. "Gracias por eso."

Se echó hacia atrás en la silla, dejando caer los hombros pero manteniendo la mano exactamente donde estaba. Sobre mi muslo. Bajo la palma de mi mano. "El sitio es bonito", dijo. "Realmente encantador y acogedor", añadió con una pequeña sonrisa. "Muy Josie".

Muy Josie. ¿Eso significaba que me encontraba mono? ¿Encantadora? ¿Acogedora? No eran las peores cosas para serlo. "Claro que lo es", murmuré. "Estoy al mando y tengo un gusto excelente".

Sus labios se crisparon. "Gallito. Eso también me gusta".

Demasiado. Levanté la barbilla. "Engreído no. Sólo confiada. La decoración bonita y encantadora está en mi repertorio de habilidades".

Bajó la cabeza, sólo ligeramente. Bajó la voz. "A diferencia de mentir. ¿Hackers? ¿Un incendio? Siento que deberían haberme advertido sobre esto".

Se me calentaron las puntas de las orejas. Aquellas manchas verdes de sus ojos estaban allí de nuevo. Parpadeando bajo la luz fluorescente y mirándome fijamente. Nuestros rostros estaban de nuevo demasiado cerca. Nuestros hombros se tocaron, y la suave presión que su palma ejerció sobre mi pierna, mientras permanecía en su sitio, pareció gritarme.

"Siento que también deberían haberme advertido de esto", murmuré.

Miré el anillo que llevaba en el dedo. Las piedras alrededor de la corona me recordaban a las hermosas motas de verde.

La voz de Matthew no era más que un silencio. "¿No te gusta? No lo has dicho".

Su pulgar salió de debajo de mi mano para rozar el anillo. Fue un simple roce, pero el pequeño gesto hizo que un camión de recuerdos cayera en cascada sobre mi cabeza. Destellos de rostros de hombres, primeras citas, proposiciones de matrimonio, ramos de rosas, cenas a la luz de las velas, anillos que ahora estaban guardados en una caja encima de mi cómoda. Todos parecían pertenecer a una vida pasada. Como si nunca hubieran sido realmente míos.

"No importa si me gusta", me oí decir. Porque era este anillo, el que no me pertenecía. Incluso cuando parecía ocupar todo el espacio de mi cabeza después de llevarlo todo un día. "Pero es precioso".

Volví a mirar a Matthew, con una pregunta en la punta de la lengua. En sus ojos también había una pregunta.

Pero antes de que pudiéramos expresar nada de eso, Bobbi estaba de vuelta, con el rostro sombrío y las palabras aún más sombrías.

"Tenemos un problema".

INTERIOR-FILTHY REALI-TEA STUDIO-DAY

SAM: ¿Por qué estás vibrando de emoción? (Risas)

NICK: (chillidos) Eso es porque estoy en un completo mareo.

SAM: No puedo esperar a escuchar lo que nos trajo hoy, entonces.

NICK: (pausa, luego se apresura a salir) Todo el mundo ha estado haciendo estallar nuestra sección de comentarios-en todas las plataformas-exigiendo saber más acerca de un cierto girlie y su papá. Así que... sin más preámbulos, me complace presentaros a Sammy y a nuestros Reali-tiers, nuestra nueva serie *Filthy*, la única, la- Oh, espera. ¿Puedo tener un redoble de tambores? ¿Tenemos efectos de audio? ¿Eso es...?

(Redoble de tambores)

No sabía que teníamos eso. Míranos siendo tan elegantes. O lo contrario tal vez, eso fue un poco demasiado radio para mí. Muy bien, de todos modos, déjame volver a la pista. Redoble de tambores, por favor. (Tengo el honor de presentarles a ustedes y a nuestros oyentes nuestra nueva serie: *EL ASUNTO UNDERWOOD*.)

SAM: ¡Shocker! (¿Y no me dijiste nada de esto? Rude.

NICK: Guardar el secreto casi me mata, créeme. Pero valió la pena. Porque tenemos un montón de novedades y puedo ver tu cara mientras te las cuento. (pausa calculada) Y tú también, por cierto. Acuérdate de ver nuestras grabaciones pod en formato vid en cualquier plataforma si no lo has hecho. Y suscríbete, por el amor de Harry Styles. Haz clic en ese botón.

SAM: Gracias por eso Nick. PERO. Para el contexto ... Estamos hablando de Small-Town Princess, ¿verdad? Abandonada por Rich Daddy, en su búsqueda para servir a la venganza, un corazón a la vez- cuenta es alta. Lo cual apoyamos, por cierto. Apoyamos los derechos de las mujeres y aplaudimos los males de las mujeres. No apoyamos a los hombres, en su mayor parte. Específicamente Andrew Underwood. Y excluyendo a todos nuestros reyes bajitos.

NICK: Ese fue un excelente resumen. Y sí a los reyes cortos. Pero la llamábamos Heredera de Pueblo Pequeño, no princesa. Lo que me lleva a... Los nuevos-sies. Nos ha costado mucho trabajo, PERO: uno de nuestros pajaritos nos ha confirmado que -agárrense- nuestra niña está... COMPROMETIDA. OTRA VEZ.

SAM: Cállate. Esto lo hace ... el quinto.

Que sepamos. (Y aparentemente, en un sorprendente giro de los acontecimientos, ¿Papá Rico está pagando la boda? No tenemos todos los detalles, pero nuestra fuente dijo que parece haber una reavivación de la relación y ambos son (baja la voz) bendecidos para planificar y celebrar un evento tan especial juntos.

SAM: Suena como PR BS para mí (chasquea la lengua). ¿Y reavivar qué? ¿Había una relación?

Lo sé, ¿verdad? Eso es lo que yo pensaba también.

SAM: Huh. Me pregunto cómo se siente acerca de esto. Me pregunto si sólo va a tirar el dinero en él desde su mansión o realmente involucrarse. ¿Tenemos-

¿Encontraste sus redes sociales y le enviaste un mensaje? Sí. Sin respuesta. Pero somos persistentes. ¿Y sabes qué fue lo más extraño?

SAM: ¿Que no estaba configurado como privado? (risita incrédula)

Además de eso. Alguien debería haberla aconsejado un poco mejor, supongo. Pero lo más extraño fue que no había rastro de su nuevo hombre. Solo animales de granja, cerámica, fotos de puestas de sol y una foto muy chula de ella haciendo yoga. La chica tiene los movimientos, para tu información. Lo que sospecho que no tiene es... mucho interés por este nuevo hombre si no lo ha publicado en absoluto.

SAM: ¿Estás pensando lo mismo que yo?

Sabes que me gustan los hombres convencionalmente feos. Se esfuerzan. Me gustaría presumir de ellos. Y cuanto más grande es la nariz, mejor es el hombre, por cierto.

SAM: (tararea) No te equivocas. Pero yo estaba pensando ... ¿por qué ella lo tiene para arriba de todos modos? Debe ser tan molesto para eliminar los mensajes antiguos que incluyen el novio del año. Arruina la estética. Oh, hablando de eso: ¿Tenemos nombres? ¿Del prometido y de los ex? Además del que hablamos. ¿Derek? ¿Dawson? Y... Dios mío, ¿podríamos llevarlos a la vaina? Eso sería--

Por ahora, sólo diré que ustedes y nuestros oyentes tendrán que esperar hasta el primer episodio de *The Underwood Affair* para averiguarlo. Esto fue sólo un teaser. Y como siempre, dinos en los comentarios lo que piensas, no es que necesites ningún estímulo para hablar, criaturas *asquerosas*.

Por quinta vez en mi vida, había un hombre arrodillado ante mí.

Era como un *déjà vu* de lo más enfermizo. Porque no se estaba declarando. Nunca lo había hecho. Pero estábamos comprometidos. Oficialmente. Para la ciudad de Green Oak, pero también para el mundo ahora. Internet. La esfera del cotilleo. Algo de lo que nunca pensé que formaría parte. Ni siquiera cuando estaba con Ricky o Duncan, y ambos llevaban estilos de vida relacionados con el ojo público.

Al parecer, había hecho falta algo más que fútbol profesional o política para lanzar a esta *heredera de pueblo, no princesa*, a la esfera de los cotilleos. Se había necesitado un tipo diferente de hombre. Mi padre.

"¡Y CORTA!"

Las dos palabras resonaron en la propiedad de los Vásquez, sobresaltándome a mí y al hombre que tenía a mis pies. Bobbi pisó fuerte en nuestra dirección, moviendo grava a su paso.

"¿QUÉ HACÉIS?", preguntó cuando llegó hasta nosotros.

Matthew me soltó la mano y se puso en pie. "¿Necesitas sostener eso? Estás aquí de pie".

Bobbi bajó el megáfono que había estado usando para dar órdenes a todo el mundo. "¿Feliz?"

"Eufórico", dijo Matthew. "Gracias."

Bobbi puso los ojos en blanco. "¿Y? ¿Qué estáis haciendo exactamente? ¿Hablando del tiempo? ¿Hablar de economía? ¿El mercado inmobiliario? ¿Todo eso? Porque eso explicaría por qué todas las fotos están dando funeral, en vez de *felizmente comprometidos, yay*".

"Tal vez...", empezó Matthew.

Pero Bobbi dijo. "No. No vamos a posponerlo, y si queremos ver la puesta de sol -y queremos- tienes que empezar a comportarte de *forma más cariñosa* y menos *agria con la leche de mi Pumpkin Spice Latte*". Ella pareció pensar en algo. "¿Es eso lo que está pasando? ¿Necesitas cafeína?" El megáfono se elevó en el aire. "ROBERTO. ¿ROBERTO VASQUEZ?" Se giró sobre sus tacones. "EL ENFADADO... OH, AHÍ ESTÁS. CAFÉ. Y UN MATCHA LATTE . PRONTO. GRACIAS".

Si las miradas mataran, Bobbi ya estaría a dos metros bajo la tierra de Robbie Vasquez.

Se enfrentó a nosotros. "¿DÓNDE ESTÁBAMOS?"

Matthew arrebató el megáfono de las manos de la mujer y se cruzó de brazos.

"Oye", se quejó. "Eso es mío".

"Te estoy haciendo un favor", le dijo. "Créeme".

"Dios, ¿por qué todo el mundo en este pueblo es tan susceptible?" Bobbi resopló. "De acuerdo. Vamos a reagruparnos mientras Roberto se pone a trabajar en esas bebidas. El arrodillarse no está funcionando, así que ... Usted, Josephine. Usted va a estar allí. " Un dedo perfectamente manicurado señaló una valla. "Y tú, Matthew, vas a... Hm. Déjame pensar".

Bobbi sacó su teléfono del bolsillo del pecho de su chaleco de tweed, como si *pensar* equivaliera a eso, y empezó a teclear.

Matthew se movió a mi lado, bajando la cabeza y la voz. "No puedo esperar a ver el matcha latte que Robbie le trae".

Su voz era divertida, y eso me hizo fruncir los labios en señal de pregunta. "¿Por qué?"

"Si yo fuera él, definitivamente me pondría creativo con los ingredientes".

resoplé. "No creo que estuviera *tan* enfadado. También es padre de dos hijos. Un hombre de familia honrado. Un viudo. No iría por ahí gastándole bromas a nadie con las bebidas".

"Le dije que le encantaba que los granjeros *se pusieran cualquier cosa*", replicó Matthew, levantando las cejas. "Y luego procedió a darle órdenes por su granja. Con un megáfono. Esa bebida está llegando contaminada, cariño. "

Cariño. Ya no sabía cómo me sentía por la forma en que soltaba ese "cariño" tan a menudo. Me preguntaba si llamaba así a todo el mundo. Normalmente lo hacía la gente que lo usaba como Matthew. "Creo que tienes que llamarme de otra manera", le dije en voz baja. "Algo que no sea 'cariño'. ¿Y debería preocuparme que vayas por la ciudad corrompiendo bebidas? Pareces un experto en el tema".

Los labios de Matthew se crisparon y, por alguna razón, me vino a la mente la imagen de una versión más joven de él, con el pelo rubio y una sonrisa traviesa. Apuesto a que era muy problemático. Seguro que había roto muchos corazones con esos dulces ojos marrones que hacían que los duros ángulos de su cara parecieran suaves. También me pregunté por qué no llevaba gafas más a menudo. Bajó aún más la cabeza y su barbilla casi me llegó al hombro. Cuando habló, su voz no era más que un rumor. "Espero corromper mucho más que las bebidas, *caramelitos*".

"¿Cariño?" Susurré, mi atención oscilaba entre la repentina cercanía de su cara y sus palabras. "¿Eso es un cumplido para mi culo o para mi cara?"

La risita que salió de él cayó contra mi mejilla. "Yo..."

"YAWN".

Nos giramos para mirar a Bobbi.

Sus cejas se fruncieron con incredulidad. "Estaba dejando que eso continuara con la esperanza de que el coqueteo se convirtiera en charla sucia, para que te excitaras un poco y hacer esta sesión de fotos un poco menos dolorosa. Pero estoy aburridísimo".

Coqueteando. ¿Coqueteando?

"No estábamos flirteando", resoplé. Matthew se burló y decidí tomarlo como una señal de acuerdo. Los labios de Bobbi, sin embargo, se inclinaron hacia abajo en forma de pregunta. "Sé lo que es ligar. O cómo ligar. Soy excelente en eso. Y no era eso. Además, si estuviéramos flirteando, no lo haríamos contigo ahí mismo".

"Yo lo haría", dijo Matthew. Me volví hacia él, lentamente, arqueando las cejas. "Lo haría". Se encogió de hombros. "Incluso si mi juego parece estar un poco apagado".

También decidí ignorar el pequeño revoloteo que aquello me produjo en el vientre y volví a centrarme en Bobbi, que tenía los labios fruncidos, pensativa. Se golpeó la barbilla con una uña. "¿Estás abierta a algo un poco menos campestre, alpino, al aire libre, etcétera, y un poco más boudoir?".

"No", grazné. "*¿Por qué?*"

"Uno, porque ignoraste mi petición, dejaste tus sociales públicas, y ahora no hay nada que hacer al respecto excepto actuar normal", respondió, y mis mejillas se sonrojaron. "El hecho de que Blondie no tenga ninguna es una bendición disfrazada". Su mirada se centró en Matthew. "A menos que me digas que hay una cuenta prepago con mierdas de chicos. Y si eso va a salir, mejor que salga ahora".

"¿Qué es exactamente 'mierda de chico'?", preguntó con indiferencia.

La mandíbula de Bobbi se tensó de tal manera que tuve que intervenir antes de que pudiera hablar. "¿Cómo va a arreglar eso una foto de tocador? No es que no esté abierta a ese tipo de cosas. Pero tal vez para otra cosa". Sentí la mirada de Matthew en mi perfil. "No para esto". No con Matthew. No si todo es insincero. No si...

"Los pechos tienen el poder de arreglar casi todos los problemas", replicó Bobbi, deteniendo mis pensamientos. "Yo no hago las reglas. Si lo hiciera, no estaríamos aquí, en esta granja, respirando el olor del estiércol, tratando de mostrar a dos charlatanes al azar con un podcast que en realidad estás enamorada de este hombre."

Ouch. Nick y Sam habían señalado que no tenía fotos de Matthew en ninguna parte, y aunque era un buen punto, también era lo suficientemente peligroso como para no resistirme a la improvisada sesión de fotos de Bobbi. "Ni siquiera publico tanto. Por eso no he compartido fotos nuestras. Y..."

"Son una pareja privada. Los hackers. Sí, lo que sea". Bobbi sacudió la cabeza. "Al menos, gracias a eso, el foco de atención parece alejarse de Andrew siendo... rico y egoísta. Como si eso fuera malo. De cualquier manera, todo ese asunto *del caso Underwood* necesita ser contenido. Andrew está preocupado". Me puse rígida ante la mención. "Él no..."

intervino Matthew. "¿Qué tal si nos dices dónde nos quieres? No necesitas informarnos sobre los sentimientos de Andrew, ¿sí?"

Apoyó las manos en las caderas. "La valla. Párate junto a la valla. Y parece que esta vez estás enamorado. No puede ser *tan* difícil". Me miró fijamente. "Lo has hecho unas cuantas veces, ¿verdad?"

Le sonreí, poniéndole mi mejor cara de complicidad, antes de caminar hacia la valla. Pero no dejaba de pensar en el comentario que había hecho sobre Andrew. Matthew tenía razón, no necesitaba que me informaran. La idea de que me informaran de lo preocupado que estaba mi padre me daba ganas de salirme de la piel. Incluso cuando una parte de mí se preguntaba por qué no se había puesto en contacto. Directamente, no a través de Bobbi. ¿Era porque había ignorado sus últimos intentos? Parecía una explicación lógica. Yo también estaría molesto.

Antes de que pudiera darme cuenta de cómo, me di la vuelta y Matthew estaba allí, justo delante de mí. Sus labios se entreabrieron, pero lo que fuera a decir fue silenciado por la molesta voz amplificada de Bobbi.

"¿CONSIDERARÍAS LLEVAR UN SOMBRERO DE VAQUERO?"

"Cristo", murmuré. "Otra vez el megáfono no".

La cabeza de Matthew se giró ligeramente sobre su hombro. "No."

Apoyé la espalda en uno de los postes, con los brazos cruzados un poco torpemente sobre el pecho. "Odio ponerme del lado de Bobbi, pero podrías romper algunos corazones no llevando uno".

"Soy de Boston", replicó, acercándose. Las puntas de sus botas -botas Chelsea, no vaqueras- rozaban las mías. "¿Y cómo iba a romper yo ningún corazón?"

Pensé en cómo la mitad de Green Oak seguía convencida de que estaba prometida al Maverick de Tennessee. "Sólo una corazonada".

Había un brillo de interés en los ojos de Matthew, como si quisiera preguntar más. Pero una vez más, la voz de Bobbi llenaba la propiedad de los Vásquez. "MENOS CHARLA. MÁS TOCAR".

"Juro que voy a..."

Las manos de Matthew se apoyaron en las barandillas de madera, sus brazos me aprisionaron de repente. "¿Vas a hacer qué?"

Me aclaré la garganta, diciéndole a mi cerebro que se calmara. También le dije a los latidos de mi pecho que se calmaran. Sólo eran brazos. Y Matthew era sólo... un hombre. Rubio. Alto. Un poco más corpulento de lo que esperaba. Pero seguía siendo un hombre. Sólo que ahora, parecía muy importante averiguar si hacía ejercicio regularmente. O qué hacía como entrenamiento. Fuerza de algún tipo. ¿Pesas? ¿Levantamientos? La imagen de él levantándose a una barra-me detuve. Esto no ayudaba. También era terriblemente inapropiado. Quería que fuera lo más práctico posible.

"SE PONE EL SOL", advirtió Bobbi. "TICK TOCK."

Eso tampoco ayudaba.

Expulsé un poco de aire por la nariz. "Voy a tener sueños muy vívidos conmigo y ese megáfono en una de esas salas de rabia donde puedes destrozar cosas con un bate".

Las comisuras de los labios de Matthew se inclinaron hacia arriba. "Mmh, ¿puedo estar allí también?"

"¿En la sala de aplastamiento? Por supuesto".

Matthew se inclinó hacia delante, acercando su cabeza a la mía. Me quedé muy, muy quieta. Su aliento me hizo cosquillas en la oreja. "En cualquier parte de esos sueños tan vívidos de los que me hablas".

En algún lugar de mi cabeza sonó una campana. Pero tanto mi cerebro como mi sistema nervioso estaban ocupados, todo mi ser hormigueaba de... conciencia. Su cercanía. Las oleadas

de calor corporal que desprendían sus brazos y su pecho, como si me cubrieran con una manta. El roce de su barbilla en mi mejilla. "¿Matthew?" Susurré. "¿Estás flirteando conmigo?"

La risita que retumbó en la garganta del hombre fue breve y profunda y extremadamente inconveniente. Estaba realmente intentando averiguar si lo era. "Sí", respondió. Simplemente.

"¿Por qué?"

Los brazos de Matthew se cerraron sobre mí, su postura se ensanchó y sus botas se movieron hasta que sus piernas encerraron las mías. "El sol se está poniendo", repitió. "Menos charla. Más tocar".

"Oh, vale. Bien." Porque eso fue... bueno. Sí. "Entonces, ah, ¿dónde me quieres?"

Otra de esas risitas efímeras se desplomó sobre mi piel. Esta vez en la sien. "Dímelo tú, cariño". Una de sus manos abandonó la valla, posándose en mi cintura. Se me cortó la respiración. "Nunca he hecho esto antes".

"¿Fotos?" le pregunté. Mi voz salió ronca. Apagada. Su palma sobre la cintura de mi vestido era todo en lo que podía concentrarme. "Y yo que pensaba que ya habíamos superado lo del cariño".

Sentí que empezaba a decir algo, pero el contacto de mi mano en su hombro lo detuvo. Todo su cuerpo se puso rígido por un instante, tan breve que no lo habría notado si no hubiéramos estado tan cerca, o si yo no hubiera estado tan decidida a notarlo. Se dejó llevar por mis caricias. "Brotos de compromiso", dijo. Y para mi sorpresa, me agarró suavemente de la muñeca y me acomodó la palma para que quedara más arriba. Le rodeé la nuca con la mano y sentí un cosquilleo en la piel. "Bombón".

La palabra no era más que un suspiro, y sin embargo hizo que mi vientre se agitara. *Revolotear*. "Yo... yo tampoco creo que funcione", admití, la extraña cualidad de mi voz aún más prominente. "Creo que..." Mi brazo izquierdo se levantó, mis manos se reunieron detrás de su cuello. "Creo que deberías mirarme". Tragué saliva, sintiendo la lengua como papel de lija. El manto de conciencia que cubría mi piel se hizo más espeso. "Creo que deberíamos mirarnos. Mirarnos a los ojos mientras nos tocamos. Es de lo que tratan las fotos de compromiso. Lo que hacen los enamorados".

Los ojos de Matthew se clavaron inmediatamente en mí. "¿Qué más?"

"Tal vez inclínate un poco más cerca", le indiqué.

Lo hizo, y vaya si era difícil concentrarse en otra cosa que no fuera él con su cara tan cerca. La expresión de Matthew se volvió seria, la línea de sus cejas decidida, y juré que podía sentir la tensión colgando de ese par de hombros en los que yo parecía tan atrapada. "¿Ahora?"

"Tal vez sonreír un poco", le dije, cualquier control al que me aferraba en la situación se deslizaba con cada centímetro perdido entre nuestros pechos. "Tienes una sonrisa bonita".

La mano de Matthew en mi cintura se flexionó, su pulgar presionando suavemente la tela morada. "¿Suficiente para que te sientas orgullosa? ¿Lo suficiente para que quieras presumir de mí?".

Inmediatamente supe a qué se refería. Las especulaciones de Sam y Nick acerca de por qué no mostraba a mi nuevo prometido en ninguna parte. "No se equivocan", susurré. Y no supe por qué dije lo que dije, pero las palabras simplemente salieron. "Es un poco tedioso limpiar tu vida cuando algo termina. Puestos sociales incluidos".

Su mano se movió, deslizándose por mi cintura y descansando en la parte baja de mi espalda. "Menos mal que somos una pareja privada", dijo, dejando caer más peso de su cuerpo sobre mí. Nuestras caderas chocaron. Matthew tragó saliva. "Y puedes tener todo esto para ti sola".

Con la respiración oficialmente perdida por el agitar de mi pecho, intenté hablar lo mejor que pude. "Creía que el propósito de esto era el contrario". Mi voz salió ronca. "Y tu juego no está fuera de lugar. Si estás..." Las yemas de mis dedos tropezaron con esos cortos mechones en su nuca, el tacto de ellos me hizo perder la concentración por un instante. "Si estás coqueteando conmigo."

Su mirada recorrió mi rostro durante un instante. Le tembló un músculo de la mandíbula. "Aún podría hacerlo un poco mejor. Un poco más. Si lo necesitas". Se pasó la lengua por el labio inferior. "¿Me necesitas?"

Sí, pensé. *Por favor*. Pero le dije: "Sólo si estás cómoda. ¿Estás cómodo con esto?". Mis uñas rozaron su cuero cabelludo como para dejar claro lo que quería decir.

El peso de Matthew cayó un poco más pesado, un poco... más agradable. "¿Te parezco incómodo?"

No lo hizo. Pero estaba bastante seguro de que era una pregunta retórica. "Yo siempre me gustó esta parte", me oí decir. "De una relación. Es lo que más echo de menos".

"Me estás dando una luz verde peligrosa".

Lo miré, esperando más... más de lo que fuera. Pero Matthew no dijo cómo ni se movió para mostrármelo, y con la presión de sus muslos contra los míos, y el calor de su palma en mi espalda, y el capullo de intimidad que de algún modo se había formado a nuestro alrededor, sentí la necesidad de hablar. "Te enviaría por correo. En todas partes. Si esto fuera real". El marrón de los ojos de Matthew se agudizó cuando su mirada se clavó en la mía. "Me encantaría exhibirte. Para que lo sepas".

Matthew siguió observándome y yo seguí estudiando su rostro a su vez. Parecía estar pensando en algo. Algo difícil. Como si intentara decidirse. Me intrigaba lo que estaba debatiendo o a qué conclusión llegaría.

Sus labios finalmente se abrieron, y no iba a mentir, contuve un poco la respiración. "Josie..."

"¡Y SE ACABÓ!" Bobbi gritó a través del megáfono. Otra vez. "HALLELUJAH. FINALMENTE ALGO QUE PODEMOS UTILIZAR. BUEN TRABAJO. ESTÁS DANDO CACHONDO. A AMERICA LE VA A ENCANTAR".

La respiración que había estado conteniendo me abandonó y de repente me sentí... aturdida. Matthew también debió sentirse así, porque tardó un segundo en dar un paso atrás.

"Aleluya", repitió.

Fruncí el ceño, un poco perdida en cuanto a la rigidez con la que había dicho eso. Matthew no era el mayor admirador de Bobbi, lo que lo explicaría. Pero una parte de mí quería preguntar. Y lo habría hecho si no hubiera visto a la mujer darse la vuelta y alejarse. Con su teléfono. Que contenía las fotos que ni siquiera habíamos visto.

"¡Bobbi!" Llamé, caminando alrededor de Matthew. "¡Espera!"

No me gustaba dejar atrás a Matthew de aquella manera, pero había algo un poco más apremiante que diseccionar por qué mi prometido seguía con el ceño fruncido, ensimismado.

¿Por qué nos iba a querer América?

¿Y cómo de cachondos parecíamos exactamente?

CAPÍTULO 8

"Estás increíble".

Lo hicimos.

También parecíamos cachondos. Como dos personas que tenían una química increíble y que estaban listas para saltar sobre los huesos del otro, simplemente. Lo cual era un poco gracioso, en cierto modo. En circunstancias normales, habría enmarcado esa foto y la habría expuesto en algún lugar de la casa. Pero estas no eran circunstancias normales, y era difícil reírse de cómo la mejor amiga de mi hermana había puesto esa mirada excitada en mi cara cuando me sentía tan horrible por mentirle activamente. Cara a cara. Aunque fuera a través de mi teléfono.

"¿No lo crees?" preguntó Adalyn. "¿Por eso frunces el ceño? ¿O es porque la foto está en una página con dos millones de seguidores?".

Me obligué a fruncir las cejas. "Bueno, ver nuestra foto en la página nueve me marea un poco. Pero está bien". No era mentira. La foto no me perturbó tanto. Era una gran foto, aunque fuera un engaño. "Sólo... desearía haber pensado mejor mi atuendo, supongo. ¿Estoy mostrando demasiado escote? El abuelo Moe dijo que debería haberme puesto un pañuelo".

"Es un encanto", respondió con una risita que hizo que sus ojos oscuros chispearan de diversión. "Pero en absoluto. Tu traje es perfecto y estás radiante. ¿Qué pensó Matthew? Seguro que tenía mucho que decir sobre el vestido. O de la valla, en realidad".

Una vez más, sentí ese instinto visceral de cambiar de tema. Desviar la atención. Y una vez más, lo reprimí. Había pasado una semana desde el partido, y Adalyn y Cameron se habían enterado. Habíamos hablado con ellos por separado, Matthew fue primero como insistió. Así que este... sentimiento de traición seguramente desaparecería. Todavía creía que era mejor para Adalyn y Cameron no saber la verdad. Adalyn se volvería loca si lo supiera, y probablemente intentaría convertirse en mi guardaespaldas personal. Menos participación significaba menos cosas en sus platos. Su plato. Bobbi había sido enviada para tratar conmigo, de todos modos. No Adalyn. Ella había tenido suficiente. Además, ni Adalyn ni Cameron cuestionaron mi supuesta relación con Matthew. Supuse que se basaba en mi historial de compromisos relativamente rápidos y mi tendencia a dejarme llevar por el momento.

"Él... dijo que nos vemos muy bien", mentí. Mentiras, mentiras, mentiras. No lo había dicho. Matthew no había dicho nada sobre la foto. Nada específico cuando Bobbi la compartió con nosotros. Y nada cuando la publiqué en mis redes sociales. Ni siquiera sabía con seguridad si él también había visto la Página Nueve usándola.

Adalyn arqueó las cejas un instante. Luego suspiró. "Puedes contarme lo que dijo de verdad. Aunque me dé asco, porque eres mi hermana y él es... muy poco filtrado e inapropiado".

Me devané los sesos buscando qué decir Matthew, pero no encontré nada.

Adalyn negó con la cabeza. "¿Por eso pensabas que tenías que mantener tu relación en secreto? ¿Este tipo de cosas? No voy a reaccionar de forma extraña. Podemos hablar de... cosas privadas". Hizo una mueca. "Como sexo, o... hablar sucio".

"¿Podemos?" le pregunté, realmente sorprendido.

"Quizá no", dijo ella. "¿Todavía no? No lo sé".

Los dos nos reímos, aunque un poco incómodos.

"Vosotros..." se detuvo un instante. "Hacéis una pareja increíble. Y os quiero a los dos. Creo que ya lo he dicho, pero no sé de qué otra forma puedo asegurarte que me parece bien que estéis juntos". Su expresión se puso sobria y me costó mucho mantener el brazo en alto, sujetando el teléfono, cuando sentí que venía un *pero*. "Pero sigo decepcionada de que sintieras la necesidad de ocultarlo. No va dirigido sólo a ti o a Matthew. I-" Suspiró, y el sonido era tan triste que me rompió el corazón un poco más. "Lo siento, sé que ya hemos pasado por esto. Es el estrés de todo. La vida ha sido mucho últimamente. Construir el club juvenil desde cero no ha sido fácil, y creo que necesito unas vacaciones."

Eso fue como un puñetazo en las tripas. Todo. Varios puñetazos que me merecía. "Lo siento mucho, Adalyn. Nunca fue mi intención hacerte daño. O a Cam. ¿Me crees cuando digo que todo lo que hice y hago es con la mejor de las intenciones? ¿Para que no te preocuparas por cosas innecesarias?"

"Por supuesto", dijo rápidamente. "Lo sé. Y Cameron también lo sabe. Incluso si todavía le dio a Matthew el tercer grado".

"¿Lo hizo?" Balbuceé. "¿Cuándo?"

"Matthew vino en coche hasta aquí y se pasó por el club el otro día. Se moría por ver las instalaciones después de oírnos hablar de ellas durante meses. Le enseñamos las instalaciones y, antes de que me diera cuenta, Cam lo había sentado en una de las salas de reuniones". Soltó una carcajada. "Se puso muy gráfico sobre lo bien que conocía cada músculo y hueso de un cuerpo y todas las formas en que podía infligirles daño". Soltó un bufido. "Sólo con una bota. O una pelota. *Ni siquiera tendría que ensuciarse las manos*". Siguieron más risas. "Espera. ¿Matthew no te lo dijo?"

Parpadeé un segundo ante la pantalla antes de gemir: "Oh, Dios. No. No lo hizo, y ahora me siento... horrible. Horrible".

"No lo hagas", me tranquilizó Adalyn. "Estoy segura de que Matthew intentaba evitar que te sintieras mal. ¿Y sinceramente? Creo que secretamente lo disfrutaba. Él seguía intentando no sonreír, y Cam seguía intentando no enfadarse por ello. Era mono".

No creía que lo fuera. Tampoco entendía cómo Matthew no había dicho ni una palabra. "¿Está Cam... enfadado conmigo?"

Inclinó la cabeza, y las ondas oscuras que le llegaban hasta los hombros se movieron con el gesto. "Cam te protege. Creo que porque estaba allí cuando te prometiste con Ricky y porque sabe bastante del resto. También eres la razón por la que se mudó a Green Oak y, por lo tanto, la razón por la que nos conocimos. Así que creo que tendrás que lidiar con el hecho de que no se va a echar atrás. Una vez que se decide, es inamovible. Y en este caso, eso es prometer represalias si te lastima".

"Claro", dije, sintiendo que se me hacía un nudo en la garganta. "Soy tan..." Afortunada de tenerlos. Tan asustada de perderlos. Tan decidida a evitarles cualquier sufrimiento innecesario. "Halagada. Y creo que merezco el tercer grado también."

"¿Vas a romperle el corazón?" Adalyn preguntó.

La pregunta me pilló tan desprevenida que me tambaleé. "No. Porque no había corazones en juego. Sólo un compromiso que no estaba destinado a durar.

"De acuerdo".

Vale, vale. ¿Eso era todo? "Estoy..."

"Estás abrumado", terminó Adalyn por mí. "Y lo entiendo. La atención es mucha. Si alguien lo entiende, soy yo, lo juro. He sido un meme en el pasado. Y Cam ha estado en el centro de atención el tiempo suficiente para conseguirlo también. Por eso te ofrecemos nuestro apoyo, desde la distancia que te parezca cómoda y de la forma que podamos". Fruncí el ceño ante su elección de palabras, pero ella se apresuró a añadir: "Sólo espero que esto no arruine la emoción del compromiso..."

"No es así. Sólo estoy un poco abrumado, tienes razón. Y no, si algo, sólo espero que el momento de la noticia tenga el efecto contrario y haga que todo sea un poco menos malo". O hace que desaparezcan. "Como dijo Bobbi."

"No me gusta que te esté presionando tanto. Y yo podría llevarme a Bobbi Shark", se ofreció Adalyn. Su expresión era seria. Muy guardaespaldas, como me temía. "Si te da problemas. Sabes que podría. También puedo llevar a papá. Sé que está hablando de ser parte de la boda, pero si tú..."

"No pasa nada", intervine. "Te lo juro. Ya tienes mucho que hacer". Y realmente no quería hablar de Andrew. O Bobbi. Ni nada de esto. "¿Sigues luchando con los programas de desarrollo?"

Adalyn frunció los labios. "Así es. Es difícil atender a tantas franjas de edad con la plantilla que tenemos actualmente. Tuvimos una gran afluencia de inscripciones de fuera del estado desde el *Time* piece de papá. Papá nos dio un espaldarazo que no esperábamos recibir, y es una bendición y una pequeña maldición. Estamos tratando de acomodar a tantos..." Golpeó la pantalla de su teléfono. "Un segundo. Es Cam."

"Ve", le dije. "Estoy seguro de que es importante. Y necesito llevarme esto". Levanté la cesta que había colocado en el asiento del copiloto. "Magdalenas. Para Robbie, como disculpa. Y mañana, le daré otra cesta a Bobbi. También como disculpa". Adalyn arqueó las cejas en forma de pregunta, con los ojos oscuros llenos de curiosidad. "Hubo un incidente con un matcha latte. Te lo contaré otro día. De todas formas, tengo una clase de yoga para cabras dentro de diez minutos".

"De acuerdo", dijo con una pequeña sonrisa. "Presionaría por esa historia, pero realmente tengo que irme. Cam sólo manda mensajes cuando es importante". Asentí con la cabeza, ya abriendo la puerta del conductor, cuando Adalyn dijo: "Oye, Josie".

"¿Sí?"

"Me alegro mucho por vosotros dos. Y lo entiendo. Por qué me lo ocultaste. Duele un poco, pero todo esto de la hermana también es nuevo para mí. Nunca he tenido un hermano antes, y algunos días no sé cómo tener uno. Definitivamente me habría asustado ante la posibilidad de arruinar las cosas contigo".

Parecía que me quitaba un peso de encima, aunque por las razones equivocadas. Adalyn no lo decía en el sentido que yo deseaba. Pero elegí creer que cuando llegara el momento, ella recordaría sus palabras. "Te quiero. Dale un abrazo a Cam. Buena suerte".

"No tenías que hacerlo", dijo Robbie, quitándome la cesta de las manos.

Aprendí muy pronto que una cesta de mini magdalenas recién horneadas siempre suavizaba los bordes más afilados. Las de Liz Moore eran conocidas en todo el condado, y las mías no estaban tan lejos de las de mamá. O al menos, nunca me habían fallado. "Creo que de verdad."

"Debería ser yo quien se disculpara. Perdí la cabeza por un segundo". Sacudió la cabeza. "Juro que no le hice nada al café con leche. Lo consideré, sin embargo, que es igual de malo. Esa mujer... es otra cosa. Y María se ha dado cuenta de todo últimamente. Me temo que ya no es mi niña".

Realmente no lo era. La niña siempre había sido aguda y madura para su edad, a su manera. Lo cual *sabía* que era producto de haber perdido a su madre tan temprano en su vida. El peso de lo cual podía ver ahora mismo en la mirada de Robbie.

"Ya sabes que María es su propia persona", repliqué con una sonrisa fácil. "Aunque tenga once años. No hay nada que pudieras haber hecho para detenerla si pensaba que Bobbi se merecía un café con leche matcha con una pizca de tabasco. Casi invadimos su propiedad. Así que las magdalenas son lo menos que podía hacer. Bobbi es mi responsabilidad".

Suspiró. "No eres responsable de sus actos. No te culpes a ti misma, Josie". Robó una mirada al grupo de gente detrás de me. "En fin. ¿Qué tal la clase? ¿Alguna de las cabras te ha hecho pasar un mal rato? Los chicos nuevos han sido una completa pesadilla, y dudaba si sacarlos hoy".

"Ninguna dificultad que reseñar", dije con un pequeño saludo. "Me encantan esos monstruos peludos revolcándose por las colchonetas". Le lancé un guiño. "Y las cabritas también".

Robbie respondió con una carcajada, y sentí una tranquilidad, una sensación de normalidad que había echado de menos los últimos días. Era una de las cosas que más me gustaban de mi vida en Green Oak. La aparente sencillez que siempre trataba de aderezar. Organizaba actividades como el yoga con cabras -o la Hora Feliz con Cabras de Green Oak, como se anunciaba en nuestro folleto-, la noche de la lotería, las tertulias antes y después de los partidos, sin importar si los Warriors ganaban o perdían, y eventos divertidos de temporada como el huerto de calabazas encantado, la estrella de nuestra Fiesta de Otoño. Alcalde o no, me encantaba hacer todo eso. Era mi forma de dar la cara por mi comunidad. Igual que hoy con las magdalenas para los Vásquez después de que Bobbi secuestrara su granja. El cambio, como me gustaba pensar, te desafiaba de una manera que pocas cosas lo hacían. Pero ya había tenido suficiente de eso esta semana. Una chica todavía necesitaba algo a lo que aferrarse cuando el camino se doblaba y giraba demasiado. Yoga, magdalenas, cabritas.

"Está bien". Tiré de la toalla que me rodeaba el cuello. "Probablemente debería dejarte volver a ello y ponerme una sudadera antes de refrescarme. Estoy tan sud..."

Unos labios rozaron mi mejilla, al tiempo que un cuerpo cálido y sólido se apoyaba suavemente en mi espalda.

Mi columna vertebral se puso rígida por la sorpresa.

"Hola, *bomboncito*", *me* murmuró al oído.

Matthew, gritó mi mente. Prometido. Compromiso. Anillo.

"Hola", grazné. "¿Mattsie-Boo?"

Matthew se rió con facilidad y, antes de que pudiera hacer una mueca de disgusto, su brazo me rodeó por delante, la palma se deslizó bajo la toalla y acampó sobre mi clavícula. Sentí que me ruborizaba. Los dedos de los pies en la raíz del pelo.

"Robbie", dijo Matthew en señal de reconocimiento antes de volver a cambiar su voz a... ¿su voz de prometido? "¿Me perdí la clase? Maldición, esperaba llegar al menos a los últimos minutos. Mmh, me hubiera encantado mirar".

Mis labios se movieron un par de veces, aturdido por todo, en realidad. Ese mmh. Esa voz. La sensación de... Matthew, de repente allí. En todas partes. Como durante la sesión de fotos, cuando estábamos contra una valla y él estaba... Me detuve.

"Chico", dije con una risita que sonaba incómoda. "No te has perdido nada. Sólo yo, sudando como el *culo* de un soplador de vidrio, como diría Cameron".

Entonces sí que hice una mueca. Cameron nunca había dicho eso.

"Lindo", dijo Matthew, y juré que podía oír la sonrisa en esa palabra. "Y sudoroso. Justo como me gusta".

Una carcajada pareció estrangularme antes de soltar un "Qué rico".

¿Delicioso?

Robbie me lanzó una mirada preocupada.

Justo. No podía entender cómo, pero ese beso en la mejilla me había hecho cortocircuitar. Lo cual no era bueno. Me encantaba PDA, y todo el mundo en la ciudad lo sabía. En circunstancias normales, me habría encendido y girado en los brazos de Matthew, plantándole un beso en la boca. Pero estaba bastante segura de que me desplomaría al suelo si hacía eso. Lo cual... era peor que malo. Tal vez necesitábamos reglas. Pautas. Un... plan, también, después de que Adalyn me preguntara si iba a romperle el corazón, y de que Matthew recibiera el tercer grado de Cameron. Este compromiso necesitaba unos Términos y Condiciones. Sí.

"¿Le importa si le robo a mi prometida?" preguntó Matthew al otro hombre, captando de nuevo mi atención. "Ha estado fuera todo el día y soy un hombre necesitado".

"Por supuesto", dijo Robbie con una sonrisa, ya caminando. "Pondré estos en un lugar seguro antes de que María los ejecute en un abrir y cerrar de ojos".

Asentí con la cabeza, viendo cómo el hombre se marchaba en dirección a la casa.

"Hola", dijo Matthew al cabo de un rato. Como si no me hubiera besado las mejillas, no me hubiera abrazado y no hubiera hecho comentarios sugerentes sobre mi sudor. Se movió y se puso frente a mí. "¿Eso era una cesta de magdalenas?"

La visión del sol brillando sobre él, rodeado por el verdor de la granja y las laderas más allá, me desarmó. "Llevas las gafas puestas", me oí decir. La sorpresa se reflejó en la expresión de Matthew. De acuerdo. Eso había sido un poco inesperado. "Casi nunca las llevas. Son bonitas. Y me distrajeron momentáneamente, supongo".

La sonrisa de Matthew fue vacilante al principio, pero grande y presumida una vez que se abrió del todo. "Llevas un conjunto de entrenamiento que distrae bastante, *pastelito*".

Esperaba que el ligero rubor que sus palabras habían devuelto a mi piel no fuera tan evidente como parecía. "No creo que lo de la tarta vaya a funcionar", comenté encogiéndome de hombros. "Y gracias. Estoy sintiendo exactamente lo ajustada que está mi ropa". También sabía que podía estar refiriéndose al cegador tono rosa de los leggings y el top, y no a cómo me quedaba el cuerpo con ellos, pero ¿qué importaba eso en el gran esquema de las cosas? "Eran mis magdalenas de disculpa en manos de Robbie. Y me besaste en la mejilla. Creo que necesitamos reglas para cosas así".

¿"Cosas como que me llames 'Mattsie-Boo'?"

"Era lo mejor que podía hacer", repliqué. "Me pillaste desprevenido".

"Con mi beso. En la mejilla. Para eso necesitamos reglas".

Pude ver la diversión en sus ojos, así que le lancé una mirada. "Con tu presencia. Pero sí. ¿Te ha enviado Bobbi o estás aquí para hablar de la Página Nueve?"

Arqueó las cejas. "Soy tu prometido. Estoy aquí para acompañarte a casa".

Mi pecho hizo una cosa rara. Lo suficientemente raro para que supiera que no se trataba sólo del gesto amable. Lo suficientemente fuerte como para saber que realmente necesitábamos esa conversación sobre las reglas y un plan. "Un paseo a casa suena genial", dije. "Tendré que

avisarle a Robbie que me voy. La hora feliz de las cabras dura una hora más y yo suelo quedarme. Son sobre todo los niños acariciándolas y pasando el rato, pero las cabras bebé pueden ser un poco difíciles."

"Quedémonos, entonces", ofreció Matthew.

Miré su ropa. Vaqueros desgastados, esas botas Chelsea que le había visto varias veces y una camiseta básica bajo una sobrecamisa de pana. "No me gustaría que te ensuciaras o que tu ropa se cubriera de pelo de cabra". Nunca me importó tener que hacer un poco de colada extra, pero la última vez que había llevado a un hombre a algo así me había enseñado que no todo el mundo lo hacía.

"Subestimas lo mucho que me gusta un buen lío".

Mi estúpida mente captó el brillo de sus ojos y se dejó llevar por sus implicaciones. Otra parte de mí también, basándose en las preguntas que surgían en la punta de mi lengua.

"Vamos", insistió Matthew. ¿Había verdadero entusiasmo en su voz? Inclino la cabeza hacia el grupo reunido en torno a los pequeños monstruos peludos y me puso la palma de la mano en la parte baja de la espalda. "Vamos a pasar el rato con las cabras, luego te acompaño a casa".

Matthew no había mentido.

Le encantaba un buen lío.

Ni siquiera había pestañado ante las manchas de barro en su camiseta blanca, o la hierba y el pelo de cabra esparcidos por sus vaqueros. Incluso cuando María se había acercado a con Pedro - un cerdito y el nuevo miembro de la familia Vásquez que había inspirado mi historia de la proposición aquella noche en el porche- Mateo no había dudado en cogerlo en brazos.

A juzgar por cómo se me había levantado el bajo vientre al verlo, parecía que me gustaban los hombres con gafas que sujetaban pequeños animales de granja. Lo cual no debería sorprenderme. Me encantaban los animales de granja diminutos. Pero nunca me había sentido tan atraída por un par de brazos que los sostuvieran. Mucho menos, los brazos de un hombre rubio.

Nunca pensé que saldría con una rubia. No es que estuviera saliendo con una ahora. I-

Probablemente estaba ovulando. Esa tenía que ser la explicación de por qué no podía dejar de quedarme boquiabierto ante Matthew como lo haría ante un famoso haciendo una de esas entrevistas a cachorros. Solo que este no era un famoso. Era mi prometido. Matthew Flanagan, que era rubio y con quien técnicamente no estaba saliendo. Sentado en la hierba con un mini cerdo llamado Pedro Pigscal.

"Deberías hacer una foto".

Mi mirada rebotó del hocico rosado de Pedro a los ojos de Matthew. "¿Qué?"

"Sólo decía", ofreció, acomodando a Pedro en sus brazos. "Así podrías mirarlo. A mí. Y al pequeño Pedro. Cuando quieras". Le guiñó un ojo. "Y siempre que lo necesites".

Resoplé. O lo intenté. Se le daba muy bien eso de ligar. Sacudí la cabeza. "Creo que he tenido suficiente mirando una foto para que me dure unas semanas."

Matthew se puso sobrio. "¿Cómo te sientes al respecto?"

Eso. Página nueve. Nosotros en ella. "Es una buena foto. Podría haber sido mucho peor". Me aparté un mechón de pelo que se me había salido de la coleta, metiéndomelo detrás de la oreja. "Es muy creíble".

Y me preguntaba qué pensaría de ello su familia, sus amigos, cualquiera que le conociera. Pero la pregunta se atascaba cada vez que intentaba invocarla.

"Estabas preciosa".

Se me cortó la respiración y tuve que poner la cabeza en blanco por la forma en que se me había acelerado el corazón. "Parecíamos nerviosos. Y cachondas. Como dijo Bobbi. Yo no lo llamaría exactamente hermoso".

Inclinó la cabeza. "Te queda muy bien".

Se saltó otro compás, y luego hubo un compás en el que nos limitamos a mirarnos. Yo, sonrojado. Otra vez. Y Matthew, tranquilo. Despreocupado. Como si no acabara de hacerme otro cumplido.

"Gracias", respondí finalmente.

"No me has dicho cómo te sientes".

"No me dijiste que Cameron te dio el tercer grado", le espeté. "Por esto. Por nosotros".

Su sonrisa era lenta y tímida. Una agradable sorpresa. "Eso es porque no fue gran cosa. Y como que lo disfruté".

"Eso es lo que dijo Adalyn", admití. Y Dios, había tantas cosas que podría o debería haber dicho entonces, pero no lo hice. Tampoco pasé directamente a la conversación que deberíamos haber tenido. "¿Me sonríes más?" le pregunté, y antes de que se diera cuenta de lo que iba a pasar, tenía mi teléfono en la cara y estaba sacando las fotos que me había dicho.

Matthew frunció los labios. "¿Pensé que habías terminado con eso?"

"A Bobbi le encantaría", dije encogiéndome de hombros. Me puse de rodillas y me acerqué, apuntándole con la cámara desde un nuevo ángulo. Puse una expresión inexpresiva, tratando de imitarla. "Fotos domésticas. Chop chop. Tic tac. Más caricias y menos charla. ¿Y puedes estar más buena y menos deprimida?"

Matthew entrecerró los ojos.

"No lo suficientemente caliente", informé después de revisar algunos de ellos. "Parece que Pedro se orinó en tu..."

"Ven aquí", me dijo. Y de repente, fui arrastrado hasta la hierba por un fuerte brazo y me planté justo al lado de Pedro Pigscal.

En el regazo de Matthew.

Tragué saliva ante el cambio imprevisto, ante lo que sentía a mi espalda, ante el hecho de estar compartiendo regazo -el de mi prometido- con un cerdo de taza de té. Las risitas venían de nuestra izquierda. María Vasquez y algunos niños. Algunas personas también se quedaron mirando. Robbie, que había vuelto, sonrió para sí.

Me aclaré la garganta. "Espero que no intentes esto con Bobbi."

"¿Celoso?" preguntó Matthew. Pero podía oír la diversión en sus palabras. También podía *sentir* esas palabras retumbando en su pecho.

Apoyando las manos en sus piernas, me reacomodé y cogí a Pedro para que descansara más cómodamente sobre mi regazo. "Más bien intrigada por la idea de si te partiría en dos como una ramita si lo hicieras", dije. A lo que él se rió. "Ahora, si no te importa decirme por qué estoy sentado sobre ti".

"Fotos domésticas". Uno de sus brazos me rodeó la cintura y su mano se aferró a mi costado. Me quedé muy quieta, sólo mi pecho se movía con la respiración. "¿Te parece bien, Josie?"

No lo era. No realmente. Pero lo fue en la forma en que se refería. "Sí."

"Quería asegurarme", me dijo. Bajó un poco la cabeza y su voz se hizo más grave. "No parecías apreciar ese beso en la mejilla".

La cosa era que tenía. "¿Cómo quieres hacer esto?" Pregunté, decididamente ignorando eso. Sentí el zumbido de Matthew contra mi espalda, y en ese instante me di cuenta de que últimamente estaba pasando mucho tiempo en los brazos de este hombre, y que iba a pasar mucho más. Así que tal vez era hora de que dejara de hacerme la sorprendida. "Espera", dije antes de que Matthew pudiera sugerirme cómo abordar la tarea que tenía entre manos. Me tiré de la capucha y me la quité por la cabeza. "No me he gastado el dinero en esta ropa de yoga para nada".

Dos cosas sucedieron al mismo tiempo. La mano de Matthew volvió a su lugar en mi cintura, sólo que ahora, gracias a mi crop top y a la capa que faltaba, era mi piel. Sus dedos se separaron y una palabra murmurada que no pude descifrar salió de sus labios.

Mi vientre se agitó y luego se hundió. Y no tuve más remedio que levantar el teléfono en el aire para no pensar en eso. La mano libre de Matthew rodeó la mía. El calor de su palma, de su piel contra la mía, volvió a abrumarme.

Vi cómo su pulgar cambiaba los ajustes de la cámara y giraba el teléfono. Tomó un par de fotos. Y no contento con eso, cambió el ángulo de nuestros brazos y tomó algunas más.

Cuando bajó los brazos de ambos, me sentí tan abrigada -entre el animal que tenía en brazos y el hombre que tenía a mi espalda- y tan aturdida por lo agradable, natural y confuso que había sido el último minuto, que ni siquiera sabía si había sonreído.

"Creo que con esos bastará", murmuró Matthew, su voz profunda y casi sorprendente de una forma que ni siquiera me importó.

Aproveché la oportunidad para escabullirme con elegancia y volver a un lugar en la hierba. A una distancia prudencial. Di unos golpecitos en mi galería y estudié los resultados.

Maldita sea.

Parecíamos... tan calientes. Y absolutamente reales, con los ojos de Matthew mirándome y las comisuras de mis labios separando mis mejillas sonrojadas. También había un par de tomas en las que él miraba a la cámara mientras yo miraba a Pedro. Y una en la que me miraba abiertamente.

Mi escote.

Fruncí los labios para ocultar mi alegría. Me había tomado muy en serio lo de derrochar en athleisure, esto era lo menos que podía hacer.

"Bobbi estaría orgullosa", le dije. Tan despreocupadamente como pude. "Parece que realmente sabes lo que estás haciendo, también. Con los selfies. ¿Debería preocuparle a Bobbi que aparezca una cuenta de Hinge?" *¿Debería?*

Se le escapó una risita extraña mientras volvía a dejar a Pedro sobre la hierba y se acariciaba los vaqueros con las manos. "Nunca he sido un gran fan de las aplicaciones de citas. Soy demasiado directo para ellas". Apoyó los brazos en las rodillas y me miró a los ojos. "Manejé las sociales en el trabajo. Sólo por un tiempo. Es un mundo salvaje que te hace aprender rápido. Aunque aprendí algunos trucos del tipo que trajeron. Y fue de verle hacerse los selfies, definitivamente no de mí".

Quería preguntarle tantas cosas sobre eso que no sabía ni por dónde empezar. ¿Qué había estado haciendo exactamente? ¿Cuál era su plan ahora que estaba en paro? ¿Desde cuándo se ocupaba de los asuntos sociales? Estaba segura de que había estado haciendo otra cosa. Algo que tenía que ver con la escritura. ¿Estaba solicitando algo ahora? Y si era así, ¿dónde?

Pero, ¿en qué me afectaba todo eso? ¿Cuánto podía insistirle sin importunarle y sin que se cerrara en banda? ¿Podría ayudarlo de alguna manera? ¿Compensar todo lo demás? ¿Y por qué se había cerrado las dos veces que le pregunté?

"Podría pagarte, ¿sabes?" solté.

Matthew frunció el ceño.

"Por esto", dije. "Por lo que estamos haciendo".

Parecía tan sorprendido por la oferta como yo estaba horrorizado por mi mala entrega. Se le escapó una risa extraña. "¿Qué estamos haciendo exactamente?"

Le lancé una mirada sosa.

"¿Por qué querrías pagarme?", preguntó, sobrio. "¿Qué pasó con *es usted que necesito para hacer esto. Sé mi prometido. Oh Matthew, por favor*".

Mis mejillas se calentaron. Sabía lo que estaba haciendo, tan serio como parecía o sonaba. "Nunca dije *Oh Matthew, por favor* así". Tragué saliva, y la calidad de su mirada cambió. "Y te lo ofrezco porque mereces sacar algo de ello. No pensé en eso cuando te pedí ayuda, pero es lo menos que puedo hacer. Deberías recibir algo a cambio. Te estoy pidiendo mucho. Tener tu foto en internet. Tu tiempo y energía. Eso debe tener un coste".

"Me estás haciendo sentir como un acompañante, cariño", me dijo, pero su tono no era duro, ni herido. Sus palabras parecían más bien resignadas. "Puedo ir por libre hasta que encuentre otra cosa. Desde aquí. Ese era el plan, en cualquier caso". Su mandíbula se tensó por un instante. "Es muy amable por tu parte ofrecerme una compensación por las molestias de tocarte, besarte la mejilla o pretender que tengo derecho a subirme a mi regazo sólo porque quiero. Todo lo cual acepté hacer, por cierto".

"De acuerdo", dije asintiendo. "Me parece justo. Sólo quería asegurarme de que no pensaras que me estaba aprovechando de ti".

"No lo eres, Josie".

"¿Quieres... ayuda con la búsqueda de trabajo?"

"No pasa nada".

"Realmente podría ayudar".

Su única respuesta fue una pequeña sonrisa. Una amarga. O triste. No estaba segura. Tenía miedo de presionarle y de que me dijera algo que no quería oír. Como que tal vez ya había encontrado algo y ya tenía una fecha de partida. O que no podía aprovecharme de él cuando era yo quien necesitaba su ayuda.

"Entonces deberíamos hablar de las condiciones", le dije, bajando la voz. "El plan. Las reglas de compromiso. Nunca lo hicimos con lo... rápido que se desenredó todo, y creo que deberíamos".

"¿Qué pasa con ellos?"

El marrón de sus ojos se encendió, así que desvié la mirada. Mis ojos se posaron en una de mis manos, que descansaba sobre mis muslos. "No vamos a casarnos", dije. El anillo captó la luz del sol, haciéndome imposible no mirarlo mientras hablaba. "Sólo quiero apaciguar cualquier temor que puedas tener. No habrá boda el primero de diciembre. Esa fecha sólo sirve para cualquier narrativa que Bobbi quiera crear. Falta más de un mes y un profesional se está encargando de todo. Los chismes son volubles. Esas cosas mueren rápidamente. La gente no puede estar interesada en alguien como yo por mucho tiempo".

"¿Por qué no?"

Le devolví la mirada. "Porque hay cosas más importantes o escandalosas en el mundo que una chica de pueblo que casualmente comparte ADN con un hombre poderoso, y que nunca reunió el valor para decir sí quiero".

"¿Es eso lo que pasó? ¿Con tus ex?"

Sí, pero también no. Era una respuesta complicada y enrevesada que no tenía corazón para darle ahora mismo. O el valor. "Esperaremos un tiempo prudencial y romperemos", dije, notando cómo suspiraba cuando me desvié. "Será una ruptura limpia y amistosa que nos permitirá seguir coexistiendo. Ambos estamos en la vida de Adalyn y Cameron a largo plazo y ninguno de los dos quiere hacerles daño. Así que lo hacemos y pronto será como si nunca hubiera pasado nada". Recordé las palabras de Adalyn. "De todas formas no se romperá ningún corazón. Así que todo irá bien".

"De acuerdo", dijo asintiendo con la cabeza.

Fruncí el ceño. ¿Sin comentarios? "Sé que será un poco incómodo ser amigos después de eso, pero estaremos bien. Soy amiga de todos, casi todos mis ex".

Matthew juntó las manos que le colgaban entre las rodillas y me miró por encima de ellas. "De acuerdo. ¿Qué más?"

"Besarnos", grazné. "Es obvio que al final nos besaremos, así que no nos resistimos. En la mejilla, como antes, estaría bien". Enderezó la espalda. Cuadré los hombros. "En la boca sólo si es necesario. Nadie se muere por un beso entre labios, pero a menos que sea realmente necesario..."

Soltó una risita que no entendí. "¿Siguiente regla?"

"Obviamente somos manitas". Mi cara se calentó, dejando mis brazos expuestos y la sección de mi vientre un poco más fría. "Sé que yo lo soy. Y creo que tú también, por lo que he visto. Está funcionando a nuestro favor así que... no creo que necesitemos reglas sobre esto. Tocar no es como besar. No necesita significar nada. A menos que estés... manoseando mi trasero o algo así. Podrías, pero eso necesita una razón y una advertencia, ¿tal vez? Ya nos hemos tocado mucho y estamos bien". Un extraño escalofrío me recorrió los brazos. "¿Verdad?"

"Bien. Estamos bien."

Esperé a que se explayara y, cuando no lo hizo, me moví en mi sitio. Esperé, cruzando las piernas y dándole tiempo a Matthew si eso era lo que necesitaba.

No ha añadido nada.

"Eres terriblemente agradable para alguien a quien tuve que seducir y engañar para esto. ¿Sin comentarios? ¿Ninguna exigencia? ¿Ninguna regla que quieras añadir?"

Una ráfaga de viento se levantó, golpeando mi piel y haciéndome estremecer un poco, justo cuando por fin parecía que quería añadir algo. Se puso de rodillas. "Brazos arriba", dijo.

Le fruncí el ceño, y él se movió, acercándose y cogiendo la sudadera con capucha que deseché cuando nos hicimos las fotos. La sostuvo entre sus manos, colocándola encima de mí antes de que pudiera quitármela. El gesto fue dulce, y exactamente lo que todos a nuestro alrededor esperarían que hiciera. Sin quejarme, levanté los brazos y me encontré con su mirada, esperando a que los rodeara con las mangas. Lo hizo, y de un suave y decidido tirón de la tela rosa, me la puso por encima de la cabeza.

"¿Eso es todo?" preguntó Matthew, sólo cuando la capucha estuvo asegurada a mi alrededor. Noté cómo no negaba que tuve que seducirlo y engañarlo para que hiciera esto. Pero eso estaba bien. Podía apropiarme de esa parte. "¿Esas son tus tres reglas? No nos casamos pero seguimos siendo amigos. Nos besamos si es necesario. Podemos tocarnos".

Esa fue una versión muy condensada de ellos pero... "Excepto el manoseo sin motivo".

"Nos tocamos. Salvo manoseos improcedentes", repitió.

"Sí", dije, tentado de corregirle de nuevo. *Podemos* tocarnos. No nos tocamos. Pero no lo hice. "Muy bien. Estupendo. Me siento un poco mejor ahora que hemos hablado de esto. Uf".

Matthew no dijo nada durante unos instantes, luego una de esas risitas lo dejó sin aliento. "Me alegra saber que te sientes mejor". Una pausa. "¿Mi... *mariquita*?"

Arrugué la nariz, ocultando lo *aliviada que me sentía* de que hubiera dicho eso. "No", le dije. "Vas a tener que seguir intentándolo".

Era lento, quizá demasiado pequeño, pero Matthew me dedicó una sonrisa. "Persistiré, entonces".

Y justo cuando mis labios se inclinaban para devolvérsela, mi teléfono emitió un mensaje.

Urgente. Llámame.

"Ella puede esperar", dijo Matthew. Le devolví la mirada y descubrí que la sonrisa había desaparecido. "Déjame acompañarte a casa primero".

Déjame acompañarte a casa primero.

Primero... ¿Antes de qué? Debería haber preguntado. Pero no lo hice.

No importaba.

Así que ignoré el mensaje y dejé que Matthew me pusiera en pie después de levantarse. Ya me ocuparía de Bobbi más tarde. Ahora quería disfrutar de la pequeña normalidad que me había traído el día de hoy y de cómo las cosas parecían un poco más claras entre nosotros. Además, estaba deseando volver a casa con él.

Aunque mi camión estaba aparcado fuera de la granja.

CAPÍTULO 9

El Sharkie que había estado bebiendo casi me sale por la nariz.

"¿Josie?" preguntó Gabriel desde el otro lado del mostrador. "¿Estás bien, cariño?"

Me di unas palmaditas en el pecho y, con un gesto de la mano, aplacé tanto a mi amiga como las miradas de preocupación de mis clientes. "Sí", me apresuré. "Claro. Acabo de recibir un mensaje de Adalyn".

"Oh, qué bien". Gabriel sonrió. "¿Qué te dijo?"

Miré la notificación.

ADALYN: ¿Sabías que papá viene?

"Ella..." Me quedé a medias. "Sólo algunas cosas al azar. Sobre el club".

Gabriel arqueó las cejas. "Eso es exactamente lo que quiero decir. Nunca fuiste tan reservada y... reservada, Josie. Y estoy empezando a preocuparme un poco. No por tener que leer -o escuchar- todos los detalles de tu vida en alguna página de cotilleos, sino por si todo esto está empezando a afectarte."

Asentí con la cabeza lentamente, mi cerebro seguía colgado de aquel texto. "¿Puedes darme un segundo?"

Mi amigo resopló un "Claro" y yo pulsé el mensaje de Adalyn.

¿Qué quieres decir con que viene Andrew?

Está de camino a Carolina del Norte. Su asistente acaba de enviar un correo electrónico.

Mis rodillas se doblaron bajo mi peso por un segundo, haciéndome tropezar contra el mostrador de la Junta de Josie.

"Whoa", Gabriel llamó. "¿Estás bien? ¿Qué ha sido eso? Josie..."

Le detuve con una gran sonrisa. "Estoy perfectamente. Sólo tropecé con un cartón de leche. Ya sabes que me vuelvo torpe cuando tengo hambre, y es casi la hora de comer. ¿Quieres comer algo? Creo que voy a encender la parrilla de sándwiches jumbo. Tráenos dos sándwiches bien grandes".

Gabriel me miró fijamente durante un largo momento. "¿De acuerdo?"

"¡Impresionante!" Chirrié. "Ahora dame un segundo".

Sus labios se entreabrieron, pero yo ya me estaba dando la vuelta, con el teléfono en la mano.

¿Ya está en camino? ¿Hoy? ¿O en camino como en, quizás pronto/eventualmente?

ADALYN: Ya ha embarcado en el vuelo y aterrizará en algún momento de esta tarde en Charlotte.

Se me escapó un sonido extraño. O quizá no. Estaba casi seguro de que había dejado de respirar. Yo... Mierda. Dispara. Mierda. Me llevé la mano a la frente, sintiéndome un poco débil. Andrew estaba de camino. A Carolina del Norte. A Green Oak. Y yo...

Cambié de chat, en automático. Se abrió el de Matthew. No había mensajes. Mis dedos se movieron sobre el teclado. No sabía por qué ni cómo Matthew podía ayudarme, pero una parte muy concreta de mi cerebro estaba al mando y era la que tecleaba. Le di a enviar.

Apareció una nueva notificación. Mi hermana. Volví a su chat.

¿Estás bien? ¿Quieres que te llame?

¿Quieres que conduzca hasta Green Oak? Puedo estar allí en una hora. Me quedaré contigo.

No.

Dispara. Había pulsado enviar demasiado rápido. Sonaba tan duro. Respiré hondo y me dije que me calmara. Sólo era Andrew. Mi padre. Venía a mi estado y a mi ciudad. No tenía por qué darle tanta importancia.

Estoy bien, lo prometo. 😊

Me pilló desprevenida. No tenía ni idea de que iba a venir.

Justo cuando escribí eso, me di cuenta de la razón por la que probablemente no lo hice. El mensaje de Bobbi. Nunca le respondí ni le devolví la llamada. Ni anoche después de que Matthew me acompañara a casa, ni esta mañana. Había tenido la intención de hacerlo, sólo que... lo pospuse un poco más. La última vez que había habido una emergencia, me había enterado de que era una pieza de ajedrez en una nueva serie de internet que dos extraños estaban contando al país.

Hablaré con Bobbi.

¿Qué tal si llamas a Matthew? Debería estar contigo ahora mismo. Prométeme que te apoyarás en él cuando las cosas se pongan feas con papá.

Había tanto peso detrás del texto de Adalyn. Cosas no dichas. Como que ambos sabíamos que era la primera vez que Andrew volvía a Green Oak desde que... me concibió. Desde ese viaje hace casi tres décadas. Ambos sabíamos que sería la primera vez que lo vería en persona y no a través de la pantalla de mi portátil.

Sentía el vientre como si acabara de llenarse de avispas.

Ya está hecho. 😊 Te veo luego, ¿vale? Josie's está lleno.

Miré fijamente la pantalla de mi teléfono, debatiéndome entre llamar a Matthew o dejarlo en el texto que había enviado. Intercambié los chats. Mi mensaje había sido leído. Lo había visto, pero no había contestado. Eso estaba bien. Era un poco irregular. Contenía signos de exclamación, signos de interrogación, algunas palabras y un SOS. Probablemente pensó que estaba siendo dramática, y lo que sentí en mi pecho probablemente no fue decepción. O dolor. Era... preocupación.

Porque Andrew estaba de camino. A Green Oak.

"¿Josie?" Gabriel llamó desde detrás del mostrador. "Llevas ahí parada unos minutos y me estoy preguntando si debería ir a buscarte o simplemente darte más tiempo para que te escurras por lo que sea que estés pasando. ¿Puedes decírmelo para no tener que ir a buscar al abuelo Moe? Su culo gruñón está insoportable últimamente".

Cuadré los hombros y, cuando me di la vuelta, fue con una sonrisa. "Drama de boda", dije como explicación. Sabía por experiencia que eso podía excusar casi cualquier cosa. "Adalyn estaba comprobando algunas cosas por mí. Cosas que tienen que ver con la lista de invitados".

"Creía que habías dicho que eran cosas del club", replicó frunciendo el ceño.

Mierda. "Bueno, no puedo tener a todo un club de fútbol juvenil sentado en mi boda, ¿verdad?"

"Supongo que no", comentó Gabriel. Su cara se transformó, y de repente me estaba sonriendo. "Espera. ¿Eso significa que tenéis una cita?"

Pensé en la fecha temporal de Bobbi. El primero de diciembre. También pensé en nuestras nuevas reglas. No nos casamos. "No", bromeé. "Oh hey, esos son nuestros Green Warriors entrando al café. Ya sabes lo que eso significa: batidos después del partido".

El grupo de chicos con ropa de entrenamiento verde y negra se dirigió a su sitio habitual, y todos menos María y Juniper tomaron asiento en la mesa. Los dos chicos se acercaron a nosotras.

"¡Hola, señorita Josie!" bromeó María. "¡Hola, Sr. Gabriel!"

"Hola, papá", dijo Juniper, plantando un beso en la mejilla de Gabriel. "Hola, señorita Josie".

Me aparté del mostrador, agradeciendo la distracción. "Hola, chicas. Le estaba mandando un mensaje a Adalyn, y me dijo que os diera un abrazo a las dos. Os echa mucho de menos a ti y al equipo".

María sonrió al oír hablar de mi hermana. "Yo también la echo de menos. Me aseguraré de enviarle un selfie mío con Pedro Pigsal. Y todas las fotos que tengo de él con Brandy". Arrugó la cara. "Estoy deseando presentarles a ella y al entrenador Cam a Pedro". Señaló mi taza. "Oh. ¿Puedo coger una de esas?"

"Eso va a ser un no", respondí riendo. "Tiene demasiada caféina. Y otras... cosas que no son buenas para ustedes. Tienen que rehidratarse".

"Tengo once años", se quejó, mientras Gabriel y yo compartíamos una mirada. "Ya no soy una niña. Y papá me deja tomar un sorbo de café de vez en cuando".

Arqué las cejas.

"Bien", cedió. "Cuando no esté mirando. Sabe a culo de mono, sinceramente, así que pensé que el tuyo sería más agradable. Los adultos son raros". Se encogió de hombros. "¿Y cómo está el señor Matthew? ¿Sabes lo que pensaba el otro día? ¡Que deberíais casaros en la granja! ¿No sería increíble? Podríamos tener un zoológico de mascotas para los invitados. Y todo el espacio del mundo para bailar. Papá guarda todas las cosas de las ferias y mercados en el viejo granero, así que incluso podríamos colgar las luces de Navidad. Ah, y usar la carroza del pavo del desfile de Acción de Gracias del año pasado".

Gabriel apoyó un codo en la encimera. "Eso sería increíble en realidad. Siempre me pregunté por qué nunca intentaste casarte aquí en Green Oak".

Intenté casarme, mi cerebro parecía atascarse con esas palabras.

"No creo que el zoo de mascotas sea una buena idea", comentó Juniper, ganándose una mirada de María. "Pero podríamos hacer un torneo". Los dos niños se sonrieron. "Así no tendría que llevar vestido".

Las dos chicas se lanzaron entonces a un debate sobre si se podía jugar al fútbol con vestido, estando en una boda.

Me aclaré la garganta. "¿Qué tal si preparo los batidos y pongo una galleta de chocolate para todos? ¿Trato hecho?"

Las caras de ambos me dijeron que teníamos un trato.

"Perfecto", concluí. "Dame un min..."

Mis palabras se detuvieron cuando alguien irrumpió en la cafetería, abriendo la puerta de un empujón tan fuerte que casi hizo volar la campana que había encima.

Todos los presentes se quedaron paralizados. El silencio, denso y pesado, se apoderó del lugar.

"¿Matthew?" Grazné.

Los ojos de mi prometido se clavaron en los míos.

No dijo ni una palabra. No creí que pudiera, con lo fuerte que respiraba.

Surgió la preocupación y mi mirada se hundió, como si buscara lo que fuera que estuviera mal en lugar de preguntar. Era un reflejo. Algo que uno hace cuando está alerta. Primero inspeccionar, luego preguntar. Buscar cualquier signo de daño corporal. La última vez que alguien había irrumpido así en casa de Josie, tenía una serpiente de liga colgando de la pantorrilla.

Sólo que no había serpiente.

Había... piel. Tanta piel dorada y suave. Brazos. Grandes, tonificados. Y... músculos que asomaban por una de esas camisetas sin mangas con las que veías a los hombres haciendo ejercicio, en los vlogs de gimnasia. Los conocía bien. Y Matthew estaba allí de pie, a la entrada de mi cafetería, con el aspecto de uno de los hombres cuyas trampas de sed fingía no salvar.

Parpadeé, o quizá no lo hice. No estaba segura. Creo que nunca me había sentido tan aturdido por una camisa a la que le habían arrancado las mangas.

"Ahora lo entiendo", susurró Gabriel a mi lado. Volví los ojos muy abiertos hacia él. Estaba sonriendo. "Yo también querría quedármelo sólo para mí".

Se me escapó una burla que sonó a gorgoteo.

"Buenas tardes", dijo Matthew, arrebatando mi atención del otro hombre... Justo a tiempo para captar su brazo dibujando una ola en el aire. Cada músculo apenas disimulado se movió. "Pido disculpas por la entrada dramática. Tenía lo que parece una prisa evidente por ver a mi... Josie. Mi prometida, Josie. Que está ahí de pie, guapísima y, desde luego, no en apuros ni en ningún tipo de emergencia que ponga en peligro mi vida y me haga venir corriendo con un atuendo de entrenamiento poco apropiado, a juzgar por las miradas de todo el mundo". Me miró a los ojos. "¿Podemos hablar, *cariño*?"

Todas las cabezas se giraron en mi dirección en un único movimiento unido.

Debería haberme importado. Probablemente. Pero era curioso ver cómo mi cerebro escogía muy selectivamente las palabras de Matthew y se centraba en unas muy concretas. *Mi Josie. Mi prometida, Josie.*

Que está ahí de pie luciendo hermosa.

Preciosa.

Algo de calor subió a mi cara. Y esos hombros redondeados que mostraba a media ciudad debieron de hacer algún daño en mis neuronas, porque lo único en lo que podía pensar era que no recordaba qué me había echado encima esta mañana. O si me había maquillado. Sólo recordaba haberme trenzado el pelo. Miré hacia abajo para comprobarlo. Estaba bien. Mis pantalones palazzo y mi blusa de seda. Me quedaban muy bien. Pero yo estaba detrás del mostrador, así que él no podía saberlo. Volví a centrar mi atención en el frente, consciente de que era mi turno de decir algo.

"I."

"Así que el amor te vuelve tonto de verdad, ¿eh?". observó María. "¿Debería decirle al Sr. Matthew que todo el mundo puede verle las *tetas*, o lo hará usted, Srta. Josie?"

Mis ojos se abrieron un segundo ante las palabras del chico. Tetas. No era muy diferente de las tetas de hombre que había utilizado para describir sus pectorales la mañana que se había

despertado en mi sofá. Pero no había habido docenas de personas alrededor. Sólo nosotros. Y ahora la atención de todos estaba de nuevo en Matthew. En su pecho un poco visible mientras echaba la cabeza hacia atrás y reía. Reía.

Dejé de lado lo bien que me hizo sentir su reacción. Lo mucho que me calentaba el corazón que no le importara ni le ofendiera. "Muy bien, todos", dije, aplaudiendo. "¿Qué tal si todos dejamos de contemplar los músculos pectorales de mi prometido y seguimos con lo nuestro? Tenemos cosas que nos gustaría discutir. En privado".

El murmullo habitual de la charla se intensificó, pero ni siquiera la mitad de las cabezas que había en la sala de estar se apartaron cuando Matthew cruzó la tienda hacia donde yo estaba.

Gabriel despidió a María y Juniper para que se reunieran con el grupo de chicas, y luego apoyó los codos en la encimera. Apoyó la barbilla en los puños. Arqueeé las cejas a modo de pregunta. "Oh, yo no voy a ninguna parte".

"¿Por favor?"

Hizo ademán de pensar. "No. Prefiero pedir perdón mañana. Perdóname. Ya me quieres bastante".

"¿Qué se supone que significa eso?"

Matthew llegó hasta nosotros, deteniéndose junto a Gabriel. "Hola, soy M..."

"Matthew, el nuevo hombre de Josie. Hola, hola. Nos echamos de menos en el partido. Soy Gabriel. Tu nuevo mejor amigo". Gabriel guiñó un ojo. Me entró el pánico. "Cualquier cosa que necesites saber sobre nuestra Josie, me la preguntas. Cualquier historia, detalle o anécdota. No importa lo disparatada o intrusiva que sea. Soy tu hombre. Lo sé todo, como aquella vez que se emborrachó tanto que confundió su casa con la de Otto y se quedó dormida en su bañera, o cuando perdió su v..."

Solté una carcajada chirriante. "Llevemos esto a la trastienda", me apresuré a decir, rodeando el mostrador. "¿Matthew? *Por favor*. Y Gabriel, nos vemos luego".

Mi supuesto amigo me miró mal. Y cuando volví los ojos hacia mi prometido, me miró divertido. No me hizo gracia, pero estaba lo bastante cerca como para que mi mirada bajara sin remedio hasta sus brazos. Otra vez. Uf. Eran muy bonitos. Giré sobre mis talones con una maldición silenciosa y me llevé a mi prometido lejos, jurando dejar de cosificarlo.

Me detuve ante la puerta a la que nos habíamos dirigido, inhalé profundamente, cerré el pomo con la mano, lo giré para abrirlo y metí a Matthew dentro.

Su espalda chocó contra uno de los estantes que yo sabía que estaba a un metro de la puerta. "¿Pero qué...?" empezó Matthew. Cerré la puerta tras de mí y levanté la mano; la única bombilla que había sobre nosotros se encendió con un clic. Matthew frunció el ceño. Parpadeó. "¿Me has metido en un armario de suministros?"

Sí.

Y parecía terriblemente pequeña con Matthew dentro.

"Así que... ¿querías hablar?"

Matthew me miró fijamente. Durante uno, dos, tres, diez segundos. Por lo menos. Luego soltó una larga exhalación, haciendo que se me moviera parte del pelo. Así de cerca estábamos. Decidí ignorar el espacio y me concentré en lo mentolado que era su aliento.

"Así que no hay tienda de atrás", dijo finalmente.

"Pero tengo un armario de suministros en la parte de atrás", repliqué. "Y un amigo entrometido que ya no es mi amigo. Y clientes muy entrometidos. Querías hablar conmigo. Entonces, ¿de qué se trata?"

Matthew frunció aún más el ceño. No frunció el ceño, pero seguía sin estar satisfecho con las explicaciones que acababa de darle.

"Escucha", dije, moviéndome sobre mis pies. Mi cadera golpeó algo, un estante, haciéndome apartar. Un calor golpeó mi otro lado. *El calor de Matthew*. "Hiciste una entrada muy dramática en un establecimiento abarrotado. Me desconcertó e hice lo que pude para manejar la situación. Improvisé con el comentario de la trastienda para tener algo de intimidación. Lejos de ellos, y especialmente de Gabriel. Para hablar. ¿Realmente importa que no tenga? Todo el mundo lo sabe de todos modos".

Contuvo la respiración durante un segundo y luego soltó una carcajada. "¿Todo el mundo lo sabe?", repitió, y yo asentí con la cabeza. "¿De verdad crees que pensarán que me has metido en un armario oscuro para hablar?".

Mis labios se separaron al darme cuenta. "Oh." Ese fue un buen punto. Estaba terriblemente fuera de juego últimamente. "Estamos comprometidos", susurré en voz alta. "Para casarnos. Así que no sería tan extraño que, ya sabes, quisiéramos escabullirnos y meternos *en la tetera del otro*, si sabes lo que..."

Su dedo cayó suavemente sobre mis labios, provocando un shock en todo mi cuerpo. "Nada de eufemismos bonitos para el sexo, por favor. Hago todo lo que puedo, Josie, pero no creo que pueda seguir enfadado contigo si te pones dulzona".

La conmoción se desvaneció y dio paso a una extraña sensación de calidez. Y por mucho que intenté ignorarlo, sólo empeoró cuando la mano de Matthew se movió hacia un lado, su dedo abandonó mi boca y su palma se posó en un lado de mi cuello. "¿Estás enfadado?" exhalé.

"Me enviaste un SOS", explicó Matthew, con el ceño fruncido de nuevo. La urgencia con la que había irrumpido volvió a sus ojos. "No puedes enviarme un SOS cuando no hay una emergencia real. ¿Tienes idea de cómo...?" Sacudió la cabeza. "*Corrí* hasta aquí. Desde la cabaña. Pensé que algo iba mal. Escribiste *que te necesitaba*".

La sensación en mi estómago saltó, la realización ondulando. "¿Así que por eso llevas una camiseta de zorra y una sudadera de zorra?". Mi voz se convirtió en un susurro. "¿Estabas haciendo ejercicio? ¿No me dejaste leyendo?".

Se me cayó el corazón al suelo al oír mis propias palabras. No había querido decir eso, y oírlo me dejó un poco desequilibrada. Los cristales tintinearón detrás de mí y nuestros cuerpos se acercaron. El mío, para alejarme del perchero. Y el de Matthew, para estabilizarme.

"¿Por qué te sorprendes tanto?", me preguntó, con el calor que desprendía y la palma aún en la base de mi cuello haciéndome entrar en calor.

"No lo sé", dije, dándome cuenta inmediatamente de que era mentira. Sí que lo sabía. "Supongo que asumí que habías terminado con mi dramatismo. La mayoría de la gente no se toma muy en serio un mensaje mío en mayúsculas. Así que supuse que... llamarías. O un mensaje de texto. Más tarde". El aliento que dejó escapar golpeó mi mejilla y me estremecí un poco, incluso cuando hacía un calor increíble en la pequeña habitación. "No hacía falta que dejaras lo que estabas haciendo y vinieras a rescatarme. La próxima vez que envíe un mensaje de SOS... ¿te pones una sudadera con capucha y vienes tranquilamente hacia mí?".

Su pulgar se movió, rozando la parte inferior de mi mandíbula. "Entonces no puedes enviarme un SOS, Josie. Un SOS significa que huyo, joder".

El corazón me dio un vuelco. "Estás siendo muy rígido con esto", le dije, y vaya si mi voz salió rocosa. "Sólo era un mensaje".

"Soy rígido cuando se trata de cosas importantes", concedió. Y cuando se acercó aún más, pude sentir algo más que su aliento sobre mi piel. Podía oler su transpiración. La prueba del esfuerzo. También podía tocar su piel. Si me atreviera. Podía ver cómo se sentía bajo las yemas de mis dedos. ¿Húmeda? ¿Seca? ¿Pegajosa? ¿Tan suave como parecía? "Hay reglas para esto, Josie. Es lo primero que les enseñé a mis hermanas pequeñas cuando empezaron a salir. No me tomo esta mierda a la ligera, y nadie debería hacerlo tampoco".

Sus hermanas pequeñas. ¿Me veía como tal? ¿No como una hermana, sino como alguien de cuya protección era responsable? La idea me heló y me calentó la piel a la vez. "¿Por eso no dudaste en ayudarme aquella primera noche en mi porche?". *Cuando no sabías quién era yo.*

"Oh, dudé", respondió, y supe que estaba siendo sincero. Su voz siempre bajaba. "Créeme, estuve tentado de dar media vuelta y salir corriendo".

Pero no lo hizo. Porque parecía que estaba en problemas, y él tenía hermanas y se tomaba los mensajes de SOS muy en serio. Dios, era tan buen tipo. Deseaba... que estuviéramos en circunstancias diferentes. Normales. Circunstancias que nos permitieran... ¿Hacer qué, Josie?

Sacudí la cabeza. "Si te hace enfadar menos, hay una especie de emergencia", murmuré, sintiendo de repente el pecho... tierno. Suave al tacto. Vulnerable. *Había venido corriendo. Corría. Por mí.* "No es exactamente una amenaza para la vida. Pero es casi tan malo: Andrew viene."

"Por supuesto que lo es", murmuró en voz baja. "¿Es eso lo que Bobbi quería anoche?"

"No sabría decirte", admití. "Ignoré su mensaje. Ayer fue un buen día, y quería que durara un poco más".

La expresión de Matthew se suavizó, y no quise darle demasiada importancia, pero juraría que pude ver un atisbo de suficiencia, como si estuviera orgulloso de mí por haber hecho esperar a Bobbi.

"Adalyn se ofreció a conducir hasta Green Oak", añadí. "Para estar conmigo."

Matthew pareció considerar mis palabras y luego dijo: "¿Va a hacerlo?"

"Le dije que no tenía por qué hacerlo". Me mordí el labio, meditando sobre si admitir que le había enviado un mensaje antes de que ella se ofreciera. "Que te tenía", susurré. "Que ya te había llamado. Y aquí estamos".

Sus cejas se cruzaron. No lo sé si de concentración o de determinación, porque su pulgar rozó mi barbilla, distrayéndome y haciendo que una oleada de conciencia recorriera mi cuerpo. Era extraño que hubiéramos tenido esta conversación con la palma de su mano apoyada en un lado de mi cuello y que mi cuerpo se hubiera dejado llevar por su tacto. Ahora esa paz se había roto por la forma en que me miraba. Se había roto al recordar que toda aquella extensión de piel estaba a un pelo de distancia de mis manos. Quería extender la mano. Y según nuestras reglas, podía hacerlo. Tocar estaba bien. Y lo habría hecho, si estuviera segura de que eso no me haría un poco egoísta, o una mala mentirosa. ¿Porque no me afectaría si pusiera mis palmas en sus brazos ahora mismo? No parecía posible.

Flexioné las manos a los lados. Luego pregunté: "¿Qué vamos a hacer con esto?"

"¿Puedo ser honesto?" preguntó Matthew.

Asentí con la cabeza y él soltó un pequeño gruñido. El sonido me golpeó justo en el vientre.

"Estoy hablando con sinceridad", insistió, bajando la cabeza y acercando aún más el cuerpo. Mi espalda chocó contra el estante detrás de mí, y él recuperó la distancia. "Contundente. ¿Crees que puedes soportarlo, Josie?"

"Sí", exhalé.

"Si ésta fuera mi ciudad natal", dijo, haciéndome cosquillas en la sien. Sus manos se levantaron, abandonándome y apoyándose en el estante a mi espalda. "Te despeinaríamos y saldríamos de este armario fingiendo que acabo de follarte contra esta estantería de aquí".

Guau.

Yo... mi estómago se me fue a los pies.

Una intensa oleada de calor ascendió por mi cuerpo antes de volver a descender inmediatamente. Muchas imágenes bombardearon mi mente en . De Matthew, con las manos en la parte posterior de mis muslos, el tintineo de mi...

Una respiración temblorosa salió de mí. "Eso parece... innecesario".

Su risita era divertida y oscura. Seductora. Sabía exactamente lo que se me pasaba por la cabeza. "Depende de a quién le preguntes", dijo. "Nos estamos escapando, ¿no? Eres mi prometida. Me gustaría aprovechar la oportunidad. Tú misma lo has dicho".

Tenía. Realmente lo había hecho. También lo estaba imaginando ahora. Y mi cuerpo estaba absorto en los detalles. Separé la boca y sus ojos saltaron a mis labios antes de volver a subir. "Me refería a qué vamos a hacer con mi padre. Llega hoy. Por lo que sabemos, podría estar esperándonos fuera cuando salgamos". Sacudí la cabeza, volviendo lentamente mis pensamientos al verdadero asunto que nos ocupaba. "Nunca pensé que aparecería tan pronto". *O en absoluto*, pero no dije eso.

Matthew se inclinó hacia atrás. Para verme mejor, si tenía que adivinar. Vi cómo su sonrisa se atenuaba pero no desaparecía. "Todavía podríamos despeinarte y salir de aquí...".

"Habla en serio", le dije dándole una suave palmada en el pecho. Me cogió la muñeca con la mano y tragué saliva al sentir el suave contacto de sus dedos sobre mi piel.

Bajó la voz. "Siempre hablo en serio".

"De verdad que no", repliqué. "¿Qué vamos a hacer? Cree que..." Se me quebró la voz. "Organizar una boda. ¿Y si quiere involucrarse de *verdad*. ¿Mientras estamos aquí? ¿Y si se da cuenta de que no tenemos ninguna intención de casarnos? ¿Has visto el planificador que nos ha enviado Bobbi? Es absolutamente aterrador. Y está lleno de enlaces y cosas, y quién sabe qué más. ¿Y si Andrew quiere que organicemos una boda? ¿*Ahora?*"

Las palabras de Matthew tardaron un momento en salir, pero cuando por fin habló, hicieron que mi corazón se acelerara. "Entonces le damos eso".

CAPÍTULO 10

Andrew Underwood no apareció solo en Green Oak.

Había llegado con una periodista llamada Willa Wang, que había hecho el reportaje de Andrew para *Time*, y que vestía una gama de beiges y llevaba un pequeño bloc de notas de cuero sobre el que había estado golpeando su bolígrafo durante los últimos diez minutos.

Fue la mujer que me calificó de *fracasado* en una revista de renombre.

Andrew Underwood también llegó tarde. A una reunión que había organizado.

Pero él pertenecía a un mundo en el que ciertas cosas no podían esperar. Por eso, la llamada que estaba atendiendo en la habitación contigua al salón de la elegante casa que alquilaba en las afueras de Green Oak era más importante que las cuatro personas que le esperaban.

Jugueteé con los dedos en el regazo, tratando de ignorar el sonido de las uñas de Bobbi al golpear su teléfono y el del bolígrafo de Willa al repiquetear contra su bloc de notas. Me preguntaba si realmente había garabateado en él o si era sólo para aparentar. Quizá fuera algún tipo de truco que los periodistas utilizaban para intimidar a sus súbditos en . Aunque aquello sonaba más a interrogatorio y no a la *charla informal* que Bobbi había mencionado que íbamos a tener en cuanto llegara Andrew.

Un calor envolvió mi mano, haciendo que mi respiración se entrecortara. Matthew. Obviamente. Giré la cabeza y unos ojos castaños se encontraron con los míos desde el lugar que ocupaba a mi lado en el sofá burdeos. Me sostuvo la mirada, con una pregunta en los ojos.

Lo siento, dije con la boca, pensando que se refería al movimiento.

Frunció el ceño y sacudió ligeramente la cabeza, con una suave sonrisa en la cara. Tenía una sonrisa tan bonita. Mis hombros se relajaron ligeramente. "Estás preciosa con este vestido. Su mirada se desvió brevemente. "¿Es de tul?"

"Lo es", admití. Me ardía la cara. Ni siquiera sabía por qué, sólo que aparentemente no controlaba las simples funciones corporales cuando este hombre me llamaba hermosa. "Y tú... también estás preciosa". Las cejas de Matthew se arquearon, luego una sonrisa burlona tomó forma. Bajé un poco la voz. "Pero no demasiado guapa. Estás presentable. Atractiva en su justa medida. Y la verdad es que te prefiero con gafas".

El marrón de sus ojos chispeó de interés. Bajó la voz y debía de estar buscando distraerme porque dijo: "Ahora lo sé. *Sugarplum*".

Arrugué la nariz ante él antes de volverme hacia las otras dos mujeres con una sonrisa tensa. *Sugarplum* tampoco era una ganadora.

Los ojos de Bobbi encontraron los míos desde el sofá en el que estaba sentada. Tenía los labios apretados en una línea. Todavía estaba un poco enfadada conmigo por haberla ignorado. Y probablemente pensó que el intercambio de palabras entre Matthew y yo había sido de mal gusto. Asentí con la cabeza y ella respondió con más miradas.

"Así que, Josephine", dijo Willa, captando mi atención. "¿Cuánto han avanzado los preparativos de la boda?"

"Están... lo suficientemente lejos como para estar juntos".

"Quiere decir que todo está bajo control", explicó Bobbi. "Especialmente ahora que el padre de la novia está aquí".

No pude evitar ponerme rígida en el cojín de felpa en el que estaba sentada. ¿Era por eso por lo que Andrew estaba aquí? Cielos, deseé poder sacar mi teléfono y ver una vez más si podía encontrar las respuestas en el mágico W.P. del Infierno de Bobbi, o como fuera que ella lo llamara.

"Ya lo creo", comentó Willa, con los ojos todavía clavados en mí. "Espero que eso no se vea empañado por todo lo que se dice en Internet". Se me cortó la respiración al entrar y sentí el brazo de Matthew rodeándome la cintura. "He oído que la planificación puede ser desalentadora".

"Desalentador es una forma de decirlo", repetí con una sonrisa. "¿Cuánto tiempo llevas escribiendo para la revista *Time*? ¿Alguna razón en particular por la que hayas decidido visitar el bello estado de Carolina del Norte?"

"He trabajado en este campo el tiempo suficiente para saber que no puede ser fácil para ti que te metan en algo así", respondió Willa. Abrió su bloc de notas y garabateó una palabra. "El ojo público puede ser despiadado, como estoy segura de que has visto con tu padre. Luego con tu hermana. Ahora tú". Su mirada rebotó hacia el hombre que estaba a mi lado. "O los dos, mejor dicho".

Me pregunté qué acababa de escribir. Me pregunté si podría verlo si entrecerraba los ojos. "No hay nada que yo -o mi prometido- no podamos manejar", bromeé. La mano de Matthew en mi cadera se apretó como confirmación. "Sabemos cómo mantenernos ocupados, bloquear el ruido y concentrarnos en lo importante".

"Como la boda", concluyó Willa, haciéndome pensar que Bobbi no era la única persona que creía que una boda era la solución a todos los problemas. Una gota de sudor se me pegó a la nuca y Willa garabateó un poco más en su bloc. Levantó la cabeza. "¿Te importaría hablarme un poco de eso?"

¡Caramba! Para ser una mujer tan estéticamente agradable, era como un perro con un hueso. Me recordó a Bobbi, y sólo llevábamos diez minutos. "¿Qué pasa con eso?"

"Cualquier cosa que te apetezca compartir". Encogió un elegante hombro de , con aire desenfadado. "Volviendo a tu pregunta, por eso estoy aquí. Para aprender todo lo que hay sobre Andrew. Estamos trabajando en un libro, como estoy segura de que él le ha contado. Yo no lo llamaría una biografía, sino más bien un recuerdo de todos sus logros y fracasos. Todavía estamos afinando los detalles. Por ahora, todo lo que quiero es obtener una comprensión de su vida. Eso te incluye a ti, Josephine. También incluye cosas como tu prometido, la boda, el papel de Andrew en ella o la ciudad natal que compartís".

Parpadeé mirando a la mujer. Durante un largo momento.

¿Un libro? Un... libro de memorias, por lo que ella había descrito. Estaba equivocada. Era la primera vez que oía hablar de él. Y el hecho de que la mujer que me había llamado fracasada lo estuviera escribiendo me hizo pensar que podría considerarme uno de esos fracasados que había mencionado.

Solté una carcajada que sonó incómoda. "Bueno, si buscas la historia de cómo fui concebido, no creo que yo sea la persona a la que preguntar. Realmente no estuve allí esa noche, Willa".

Bobbi se quedó boquiabierta.

Matthew cubrió un bufido con una tos.

Y habría sentido una punzada de orgullo si no estuviera ocupado intentando no sentirme intimidado por la forma en que Willa me miraba.

"Me gustaría que me mostraras los alrededores, Josephine", dijo Willa. "Pasar algún tiempo contigo mientras estoy aquí. Además de seguir a Andrew".

"Claro, por supuesto", empezó a decir el encantador de gente que había en mí, pero vi que Bobbi negaba con la cabeza. "O tal vez no. Quizá..." Bobbi levantó un dedo y me hizo una señal que no entendí. "¿Tal vez Bobbi debería? Sí. Ella ha estado aquí el tiempo suficiente para conocer su camino alrededor de la ciudad. Y sé que se muere por socializar con alguien que se identifique con el hecho de estar lejos de casa. Así que debería llevarte".

Bobbi entrecerró los ojos. "Gracias, Josephine", respondió. "Estoy realmente extasiada de mostrarle a Willa este maravilloso lugar".

La mano de Matthew se movió junto a mi cadera, lo que debía de ser su pulgar rozó mi piel sobre el tul, el gesto me hizo cosquillas y me calentó la piel. Lo sentí como una pequeña recompensa, una distracción que me merecía, y un sonido extraño salió de mi garganta en respuesta. Continuó, con la conciencia burbujeando de la forma y en el momento más inapropiados.

"Me pregunto por qué tarda tanto Andrew", comentó Willa.

"Estará aquí en un minuto", respondió Bobbi.

Ese pulgar se puso un poco aventurero, subiendo, haciéndome más cosquillas y distrayéndome aún más. "Supongo que sólo Andrew llegaría tarde a la primera reunión con su hijo, ¿eh?"

La mano de Matthew se quedó inmóvil. Su cuerpo también.

Bobbi sacudió la cabeza con desaprobación. Willa volvió a sus notas y añadió algo más.

"Lo siento", dije, nerviosa. "Ha sonado peor de lo que pensaba. Hemos estado cara a cara. A través de una pantalla. En las llamadas mensuales de Zoom. No es que no quisiera venir. Es un hombre ocupado. Y lo entiendo. Soy alcalde de la ciudad y tengo un negocio. Podría haber volado a Miami si hubiera querido, pero estaba ocupado". Tragué saliva, mi excusa me parecía una tontería. ¿De verdad había comparado esas dos cosas con las responsabilidades de Andrew? "¿Alguien más está luchando con esta ola de calor? Porque el año pasado por estas fechas, yo no habría llevado este vestido. Te lo aseguro".

Bobbi rió entre dientes, con un sonido tan rígido como breve. "Andrew tiene mucho tiempo para sus hijos", dijo antes de volverse hacia la otra mujer. "Apenas ha tenido un segundo para respirar con la noticia de su jubilación y todo lo que ello conlleva, y mucho menos para volar por todo el país. Para eso tenemos internet. Hago FaceTime con todo el mundo en mi vida". Sus ojos volvieron a posarse en mí. "Eso es completamente normal".

A pesar de la sonrisa que le dediqué, una pesadez más que conocida se había instalado en mi vientre. "Absolutamente. Cien por cien. Siento haberlo expresado así".

Con un largo suspiro que sonó a agotamiento, como si acabara de perder alguna batalla interior secreta, Matthew me arrastró más cerca de su lado con el brazo. Contra él. Y no podía saber qué tenía aquel gesto, o cómo se sentía contra mí en aquel momento, pero si me ofrecía un abrazo -incluso con Willa y Bobbi allí mismo-, aceptaría la oferta.

"Hola", dijo, bajo, muy bajo. Casi en voz baja. Y no quise mirarle, porque estaba claramente a punto de hacer una tontería. Pero lo hice. Observé sus ojos mientras recorrían mi cara en busca de algo. Entonces sentí que sus dedos rodeaban suavemente, aunque con fuerza, el tul de mi vestido. Apartó la mirada. "Será mejor que llegue en los próximos treinta segundos".

Puse los ojos en blanco ante las palabras murmuradas. Aunque fuera para mí.

Pero sólo podía pensar en lo contenta que estaba de que Matthew estuviera aquí. Lo absolutamente aliviada que estaba de tenerlo conmigo. Aunque todo esto no fuera más que un arreglo, y el anillo que llevaba en el dedo fuera prestado, y no estuviéramos celebrando esa boda en la que todo el mundo estaba tan hiperc centrado. Aunque lo hubiera arrinconado para que me ayudara. Matthew se las había arreglado para ser alguien a quien pudiera escaparme por un segundo de respiro, por apoyo, tal y como Adalyn me había animado. Justo en este momento, realmente me estaba apoyando en Matthew como lo haría en mi pareja, mi prometido. Usándolo para soportar parte, si no la mayor parte, del peso que no podía sostener yo misma. Y no creía que él fuera consciente de cuánto lo estaba haciendo.

"Josephine", sonó una nueva voz.

Me levanté de un salto.

No tenía la menor idea de por qué, sólo de que lo hacía.

Mis ojos se posaron en un hombre de sesenta y tantos años con unos llamativos ojos azules que conocía bien. Eran los míos. A diferencia de las veces anteriores que lo había visto, Andrew no llevaba traje. En su lugar, llevaba un jersey con cuello sobre una camisa oscura que hacía juego con el color de sus pantalones. Por extraño que parezca, parecía incluso más formal que el traje.

"Siento haberte hecho esperar", dijo, mirándome directamente. Como si yo fuera la única persona en la habitación con él.

Entonces me di cuenta de que aún no había hablado. Ni siquiera un hola.

También me di cuenta de lo extraño que era oír esas palabras salir de su boca. *Siento haberte hecho esperar*. Qué cosa tan natural y a la vez tan intrincada para alguien que siempre me hace esperar. Sabía que se refería a esos quince o veinte minutos que llevábamos aquí sentados. Pero, ¿y los doce meses transcurridos desde el día en que me llamó para decirme que era mi padre? ¿Y la vida que había pasado sin saber de él? ¿También lamentaba esas esperas?

"No hay problema", dije. Hice fuerza con la boca para sonreírle, ignorando la forma en que el gesto me desequilibraba. "¿Qué tal el viaje? Tedioso, seguro".

"Es un vuelo de dos horas", contraatacó Andrew con la misma voz grave que usaba durante esas llamadas de Zoom dispersas que habíamos tenido. "Así que no estuvo tan mal".

Es sólo un vuelo de dos horas, pensé, y no por primera vez.

Un vuelo de dos horas, pero tanta distancia entre nosotros.

"Claro". Me reí entre dientes, el sonido coincidía con la opresión en mi pecho. "Ya lo sabía. Otra cosa sería si estuvieras en la costa oeste, ¿eh? Sería una molestia venir hasta aquí para esto. Cambiar de zona horaria es una de las cosas que menos me gustan en el mundo".

La mandíbula de Andrew se tensó en respuesta, algo cambió en su mirada. Esperé a que dijera lo que fuera, absorta por lo mucho que se parecía el color de sus ojos a los míos. O al revés, tal vez. Se movió, dando zancadas en mi dirección, y con esos primeros pasos, sentí que todo mi cuerpo se ponía en alerta máxima. ¿Querría abrazarme? ¿Un apretón de manos? ¿Un beso en la mejilla? No sabía qué prefería.

Mi padre se detuvo antes de alcanzarme. Justo al otro lado de la mesa de café que había estado separando a Bobbi y Willa de Matthew y yo. Andrew vaciló, y fue como si se trazara una línea invisible.

Sentí un peso, suave pero sólido, en la parte baja de mi espalda. Fue lo que me hizo darme cuenta de que yo también había dado un pequeño paso atrás.

"Te pareces a ella", dijo Andrew. "Eloise."

Cambié de opinión. Ya no me importaba si quería un abrazo, o un apretón de manos, o un beso en la mejilla de este hombre. Quería que me lo devolviera. Para empezar de nuevo. No porque fuera falso. Sino porque no creía que pudiera tener esta conversación ahora. No de buenas a primeras. No cuando podríamos haber hablado de mamá en cualquiera de esas llamadas que su asistente había programado para nosotros. Así no era como me había imaginado conocerlo. Se suponía que íbamos a charlar un poco. Tal vez contaría un chiste y rompería esa dura fachada. Tal vez él se reiría. Tal vez nos despediríamos con un abrazo incómodo. Estaba lista para intentar eso, no esto.

"Liz", explicó Andrew, como si mi silencio pudiera significar que no lo sabía. "Tu madre".

Tanto mis pensamientos como mis emociones se revolviéron. Liz. Mamá. Dios, me preguntaba qué pensaría ella de este momento. También me pregunté qué le gustaría que hiciera. O qué habría visto en un hombre como él. Me pregunté si se enfadaría con esa mujer por llamarme el paso en falso de Andrew. No. Ella no haría eso.

Se habría reído de lo torpemente que sonreía y habría dicho algo gracioso para aligerar el ambiente. "Creo que ya sabías mi aspecto antes de entrar en esta habitación", le dije, dejándolo todo a un lado. Borrón y cuenta nueva, Josie. Las segundas oportunidades no florecen sin agua. Solté una ligera carcajada. "Y tengo tus ojos. Los de mamá eran oscuros, igual que su sentido del humor".

"Bien", dijo mi padre. Se aclaró la garganta. "Enhorabuena". Su mirada se desvió hacia mi lado, haciéndome notar que Matthew estaba justo ahí. Sólido. Silencioso. Su palma en mi espalda. "Matthew. Me alegro de verte".

"Andrew", respondió mi prometido con una voz que nunca le había oído. "Ojalá pudiera decir lo mismo".

A diferencia de mí, o de Bobbi, o de Willa, a quien podía ver pasar una página en su bloc de notas, la cara de mi padre no registró conmoción ante las palabras de Matthew. Especialmente cuando dijo: "No puedo decir que me sorprenda".

"¿Sobre qué, exactamente?" Preguntó Matthew.

Andrew soltó lo que supuse que era una carcajada. "Tú. Agarrando a una de mis hijas después de acompañar a esta familia durante tanto tiempo. Veo que no has perdido el tiempo".

Bobbi abrió mucho los ojos. Willa garabateó un poco más en su bloc.

Me quedé mirando, desconcertada, cómo pasaba algo entre los dos hombres, algo que no me gustaba. Casi tan poco como lo que Andrew había insinuado. Mis labios se separaron con una queja, una defensa, pero Matthew apretó mi mano entre las suyas. La apretó.

"Es curioso que digas eso, Andrew", dijo, con los ojos marrones desviándose a un lado para encontrarse con los míos. Se llevó los dedos a los labios. Me besó la piel. "Sólo un tonto esperaría cuando hay algo tan precioso que reclamar".

Se me paró el corazón en el pecho.

Para cualquier otra persona, estaba segura de que eso sonaba como una confirmación de la acusación de Andrew de que mi prometido iba detrás de su dinero. Pero para mí... para mí significaba que me cubría las espaldas. Significaba que no le importaba lo que pensarán los demás. También significaba ser visto. Porque Andrew había esperado mucho tiempo para acercarse. Y Matthew le había llamado tonto por ello. En su cara. Y por la forma en que me miraba ahora, me di cuenta de que no era por despecho, sino porque entendía exactamente cómo

me hacía sentir. Porque podía ver lo que yo no le había dicho. ¿Era parte de la razón por la que me estaba ayudando?

"Bueno, esto ha sido maravilloso", intervino Bobbi, arrebatando la atención de todos los presentes. "Gran primera reunión. Muy instructiva para Willa, estoy segura. Vamos a acortarlo por ahora y retomarlo el viernes. Durante la fiesta de bienvenida de Green Oak para Andrew. Josie la está organizando".

¿El qué? le dije a Bobbi, con la sorpresa cayendo en cascada por mi espalda.

Bobbi me lanzó una mirada antes de volver su atención a una ceñuda Willa. "Sí, por favor, asegúrate de escribirlo, porque nos encantaría tenerte allí. De hecho, ¿te importa si echo un vistazo a lo que has estado garabateando? Soy un gran verificador de hechos".

Willa tiró la cosa dentro de su bolso. "Me importa, sí."

Bobbi la fulminó con la mirada antes de murmurar un: "Vale, de acuerdo". Se volvió hacia mi padre. "Andrew, hay un par de asuntos que deberíamos discutir. Pero antes de irnos, deberíamos... ocuparnos de esa cosita que necesitamos".

Andrew Underwood se movió sobre sus pies, parecía incómodo. "Ya te he dicho que no será necesario. No quiero que Josephine se sienta presionada".

Matthew pareció ponerse en alerta de nuevo, como si estuviera oyendo algo que yo no oía.

"Tonterías". La atención de Bobbi saltó hacia mí. Su brazo se estiró en dirección a Andrew. "Josephine, ¿seguro que no te importa?"

"¿No me importa qué?" Pregunté, realmente confundido.

Matthew refunfuñó algo en voz baja antes de hablar con la voz que había usado con mi padre: "No me pongas a prueba, Shark. Josie no es un accesorio que puedas...".

"Ya, ya", intervino Bobbi, sonriendo. "A todo el mundo le gusta una foto de familia". Me dio un vuelco la sangre. "Y creo que Josephine puede decidir si quiere una por sí misma. Entonces, ¿Josephine? Tengo el fondo perfecto para una foto de padre e hija".

CAPÍTULO 11

INTERIOR-FILTHY REALI-TEA STUDIO-DAY

NICK: No sé, Sam, la imagen se siente un poco forzado.

SAM: Ella es una maravilla, sin embargo. ¿Y ese vestido? Un absoluto slay.

Sí, tienes razón. Y supongo que es el momento de todo lo que es forzado. Pero bueno, al menos tenemos confirmación. Papi rico ha recogido sus cosas y ha vuelto a casa.

SAM: A menos que alquiló un jet privado para tomar una foto y está planeando volar de regreso a Miami. Ya sabes cuánto odio a los famosos que hacen eso. Si mi huella de carbono importa, ¿por qué no la suya, ¿eh?

Amén. Aunque se dice que Andrew Underwood está aquí para quedarse. Nuestros pajaritos consiguieron en reducir a tres las propiedades adecuadas disponibles para alquilar en la zona. Hicimos algunas llamadas y una de ellas no volverá al mercado en mucho tiempo. Y antes de que preguntes: hablo de mucho, mucho tiempo, no sólo de unas semanas. Esto huele a boda si me preguntas, yum. Así que estaremos atentos, pero hasta entonces... tenemos mucho de qué hablar.

SAM: ¿Oh?

Oh, sí. Porque fi-nalmente hemos elaborado una LÍNEA DE TIEMPO. (Lo siento. Eso salió un poco fuerte.

SAM: Estás perdonado. Ahora dame. ¿Estamos hablando de la línea de tiempo? ¿De los ex? ¿La infame lista de novios que nunca fueron? ¿Los corazones que fueron destrozados y pisoteados?

NICK: (Risas) Suenas como una canción de Olivia Rodrigo. Y eso me encanta, porque sí. Sí, lo somos. (Se aclara la garganta) Vale, primero vino Shawn... y antes de que lo señaléis, no, no era compatible. También hay un Ricky, como en la canción de Ariana Grande.

SAM: Maldita sea. Me encanta esa canción. (Aunque no estoy agradecido por mis ex. Tampoco es Small-Town Heiress, probs. Ahora, concéntrate. ¿Shawn?

Siempre me encantó tu voz. (Cierto. Entonces, Shawn. Nada especial. Un tipo normal. Simpático. Barista de café, lo que nos encanta. Dirige una tostadora. Aún vive en Carolina del Norte. Eran jóvenes. La fuente dijo que el compromiso duró todo el primer año de universidad. No llegaron al último año.

SAM: Creo que es una carrera razonable. No me veía casándome tan joven.

Tienes veintitantos, Sam.

SAM: Exactamente. ¿Y ves un maridito a mi lado? Entonces, ¿siguiente?

NICK: (suspiro efímero) Vale. Aquí las cosas empiezan a ponerse interesantes... El número dos es Greg. Sucedió entre dos y tres años después de Shawn. Antiguo instructor de yoga. Y digo ex porque aparentemente -y prepárate- estaba tan absolutamente devastado después de la ruptura -o bueno, de ser dejado en el altar, debería decir- que huyó. No del lugar. O del estado. Del país.

SAM: Stop.

Hablo en serio. (Ahora está en Tailandia. Y dirige un retiro. Lo hemos comprobado y existe. Estos son hechos.

SAM: ¡Oh, Dios mío. ¿Me estás diciendo que el tipo fue completo *Comer, Rezar, Amar?* I. .. (resopla con incredulidad) Esto es increíble. Adictivo. Quiero más.

Ricky. Es el número tres. Y chico, es un buen número tres.

¿Qué significa eso y por qué pones esa cara?

Porque es un atleta profesional, duh.

SAM: STOP. WH-

No te emociones demasiado. No es fútbol. O hockey. Es fútbol. Pero de las grandes ligas, la MLS, creo que se llama. El apellido es Richardson, para los que quieran googlearlo. (Eso significa que deberías hacerlo.

SAM: (pausa) Dang. Él es ... whoa. Él es caliente. ¿Me recuerda a una versión europea de Joe Burrow? ¿Tiene sentido? No importa, me estoy cambiando al fútbol. Oficialmente una chica de fútbol. ¿Cómo podría dejar esto? Espera, pregunta importante: ¿Las esposas de futbolistas son consideradas WAGs?

NICK: Creo que podrían ser los OG WAGs. Y definitivamente habría puesto un anillo en eso, también. Algo debe haber estado mal. Nuestra fuente nos dijo que el compromiso fue rápido y corto. Quien sabe. No importa de todos modos, el resultado fue el mismo.

SAM: No, pero en serio. Ricky Richardson, me casaré contigo con anillos de papel. A menos que ... ¿No tenemos ninguna suciedad en ellos? Es difícil de creer que va a correr sin que hagan nada. Soy una chica de chicas y necesito señalar eso.

Siempre lo señalas, Sam. Pero antes de abordar eso, vamos a tocar base en Duncan. Aguirre. Es el número cuatro, y la línea temporal lo sitúa hace poco menos de dos años. Así que reciente. Es un político. (Risas con incredulidad) Que ha ido todo tranquilo en nosotros después de ser tan

hablador la primera vez que se acercó. Se presenta a senador en Carolina del Sur, y probablemente sea por eso. Esta historia ha explotado, después de todo.

SAM: (chasquea los dedos tres veces) Sí, lo ha hecho.

Su oficina sigue declinando cualquier comentario, pero insistiremos. ¿Duncan? Si estás escuchando, coge el teléfono. Responde a nuestros mensajes. Sabemos que quieres hacerlo. (pausa) Hasta que eso ocurra... Puedes contarnos en los comentarios qué te ha parecido este ep de *The Underwood Affair*. Porque seguro que la chica ha estado ocupada coleccionándolos como Pokémon. (risas) Me recuerda a cierto cantante y compositor pop que no mencionaré porque me gustaría evitar que me cancelen.

SAM: Hey. No TS calumnia, ya sabes las reglas.

Y si alguien se da cuenta, nos hemos saltado el número cinco. Eso es porque estamos guardando lo mejor para el final.

"Hipotéticamente... ¿Cuál crees que es nuestra estética?"

Matthew consideró mi pregunta. "Eso depende".

Le lancé una mirada sosa por encima de las docenas de papeles, bandejas de aperitivos y vasos vacíos que cubrían la mesa de mi cocina. "¿Sobre qué?"

"Sobre lo *hipotética* que es la estética hipotética".

Reflexioné sobre su respuesta mientras me encogía ante el desastre. Había intentado imitar a Adalyn. Incluso tenía carpetas codificadas por colores y fundas de plástico con etiquetas adhesivas. Pero no funcionaba. "¿Te estás desviando para no tener que preguntarme qué es la estética?"

"Dame un poco de crédito", dijo antes de meterse una patata frita en la boca. "Soy un poco mejor que la incompetencia armada, *oso acurrucado*".

Entrecerré los ojos, fingiendo que no me impresionaba su respuesta en . O distraída por su camiseta blanca básica, con las mangas cortas ligeramente remangadas a mitad del bíceps. "Esa es la peor de todas. Ni siquiera nos hemos acurrucado. Podría ser horrible en eso por lo que sabes".

Algo brilló en sus ojos. Me pregunté si me pediría que se lo enseñara. Técnicamente, estaría dentro de las normas. Y una parte de mí que luchaba por callar era muy consciente de ello.

"Nuestra estética debe reflejar lo que somos como pareja", prosiguió.

Lo consideré, fingiendo una vez más que no me gustaba esa respuesta. Para alguien que había organizado tantas bodas y había estado en esta misma situación tantas veces, ninguno de los hombres que habían precedido a Matthew me había dado nunca una respuesta así. "Así es", concedí. "Y es probablemente por eso que estoy luchando con él. No puedo imaginar algo que no existe exactamente".

Sus dedos se llevaron una rodaja de albaricoque a la boca. "Guíame por tu proceso de pensamiento", le indicó Matthew, antes de masticarla. Demasiado fuerte. "Cuéntamelo todo. Y no dejes fuera lo que te hace fruncir el ceño. Quiero cada pensamiento desordenado".

resoplé. "No sabes lo que preguntas. ¿Me conoces?"

"Lo he hecho". Crujió un nuevo trozo de fruta. "Y sé lo que pido".

La determinación en su voz me hizo detenerme. Vacilar. Sabía que intentaba ayudar y que se lo había pedido. Pero... ¿Por qué parecía tan hosco de repente? ¿Era por lo que habían dicho de mí en el último episodio de *Filthy Reali-Tea*? La idea me inquietaba un poco más de la cuenta. No habían hablado de Matthew, pero sí de mí. En detalle.

Le sonreí. "Vaya, vaya, se está haciendo tarde y ya debes de haber terminado con todo esto". Apilé algunas de las mangas en una pila ordenada. "Llevaré esto a mi habitación y elegiré lo que sea. De todas formas, la cena de bienvenida de Andrew no tiene por qué coincidir con la estética de la boda, como predica Bobbi. Más que nada, porque no hay boda". Recogí algunas de las etiquetas y las puse también en un montón. "Sería ridículo combinar nada con eso. Simplemente entré en piloto automático y me olvidé por un segundo". Esboqué una sonrisa aún más amplia. "Puedo encargarme de la fiesta de Andrew yo sola".

Matthew se ocupó de desenterrar una bandeja con nueces tostadas que había quedado enterrada en el desorden. "Sé que puedes", dijo con indiferencia, colocando las nueces delante de él y dejándose caer en la silla. "Pero no lo harás".

"Yo no... ¿Qué exactamente?"

"Manéjalo tú mismo", señaló. Simplemente. "No vas a manejar la mierda por tu cuenta. Nosotros lo haremos. Y encontraremos una estética si es lo que necesitas".

"Estoy acostumbrada", repliqué, entrecerrando los ojos. "Lo hago todo el tiempo. Soy el alcalde de la ciudad. Propietario de un negocio. Dirijo múltiples actividades. He... organizado unas cuantas". Tragué saliva. "Está bien. Y puedes irte".

Se echó a la boca un par de nueces. "Confío plenamente en tus habilidades para manejar cualquier cosa que se te presente".

"Entonces está decidido. Yo..."

"Eres mi prometida", dijo Matthew.

Se me cayó el estómago. El corazón me dio un vuelco.

Los ojos de Matthew se encontraron con los míos, como retándome a negarlo. "Hay un anillo en tu dedo. No me importan los detalles, a efectos prácticos, significa que somos un equipo. Manejamos la mierda juntos. No me importa si puedes hacerlo por tu cuenta. No deberías tener que hacerlo".

Yo... no estaba acostumbrado a esto. Normalmente, la gente me dejaba quitarles el problema de encima. Y sí, eso había incluido a mis ex. No les guardé rencor por ello, me había gustado manejar las cosas. Era algo que hacía bien. Sólo que... a veces era mucho.

"Vale", suelto con un suspiro. "Gracias. Nos pondremos de acuerdo en la estética de la boda para que la fiesta de Andrew esté a la altura, Snack Man. Juntos. Incluso cuando no haga falta. Pero no digas que no intenté salvarte de esto. Tu ventana para escapar ahora está cerrada".

Matthew volvió a las patatas fritas y se metió una en la boca con una sonrisa. "Te encanta que mastique tu comida. Puedo verlo en tu cara".

Lo hice.

"Entonces..." Empecé. "Suelo hacer una lista de cosas favoritas. Para elegir una estética. Es lo que mejor representa a una pareja". Mi determinación de continuar con esto vaciló, pero persistí. "Como por ejemplo: Shawn estaba obsesionado con el jazz de los años veinte, así que planeamos una ceremonia vintage y un cóctel muy relajado acompañado por los Hilly Jazzers, que estaban un poco sobrevalorados pero eran muy populares entonces, y me costó mucho sobornarlos para que los contrataran en el aniversario de boda del cantante principal."

Matthew seguía metiendo fichas, sin decir nada.

"El concierto se canceló, como sabes. Y le envié a la cantante un vale para una noche romántica en un spa por las molestias".

El crujido se detuvo. "¿Y qué hay de esa boda que encaje con tu estética? Creo que deberíamos centrarnos en eso".

"Todo, duh. Mi vestido era precioso. Era de un tono dorado muy pálido, y tan sencillo y elegante que aún podría ponérmelo si quisiera."

Matthew se lo pensó un momento. "¿Qué hay de tu boda con Greg, entonces?". Debí de mostrar cierta sorpresa en mi rostro, porque Matthew suspiró. "Puedo recordar un puñado de nombres después de oírlos un par de veces. ¿Qué detalles de esa boda fueron tuyos?".

Sí, podía. Todo el país podía ahora. "Era el país de las maravillas del bosque. Árboles altísimos, detalles musgosos. Era importante que estuviéramos conectados con la tierra, así que elegimos una ceremonia al aire libre en el bosque. Y Greg va por Astro ahora. Desde que se convirtió en un maestro yogui".

"Quiero saber de ti ahora".

"Estás oyendo hablar de mí", repliqué. "Te estoy hablando de mí ahora mismo. Mi estética anterior".

"De verdad que no". Se pasó las manos por los vaqueros, como si hubiera terminado de picar y fuera hora de ir al grano. "Me estás hablando de ellos. Quiero que me hables de ti. Lo que te gusta, lo que no te gusta, tus pasiones, tus miedos, lo que te hace sonreír y lo que te entristece. Entonces yo haré lo mismo. Eso es lo que debemos saber el uno del otro, y en eso debemos centrarnos si queremos encontrar una estética. Y vamos a hacerlo. Esta noche".

Fruncí los labios. Intentando no darle nada. Ni la gran sonrisa que me tiraba de la boca, ni la risa alegre que me hacía cosquillas en la garganta. Porque, maldita sea. El hombre era guapo. Y dulce. Y esa determinación era inesperadamente ardiente.

"Flores silvestres", anuncié. "Me hacen sonreír. Crecen libres. Son belleza y desafío, y el hecho de que, pase lo que pase en el mundo, sigan floreciendo, me hace feliz".

Asintió solemnemente. "¿La favorita?"

"Azaleas rosadas o dedales azules. Pero no soy exigente. Me encantan todas, y normalmente no las arranco a menos que ya estén empezando a marchitarse".

Cuando Matthew habló, su voz sonó el doble de grave. Íntima. "¿Un miedo?"

"Cascadas", respondí con facilidad. "Se llama katarraktifobia, por si te lo preguntas". Un escalofrío me recorrió los brazos. "Prefiero saltar a mar abierto y arriesgarme a que me coma un tiburón que pasar por debajo de una".

"Para mí son los payasos", dijo Matthew. "Me aterrorizan".

Una pequeña sonrisa rozó mis labios. "Pueden dar mucho miedo".

"¿Qué te entristece, Josie?"

"Despidiéndose", dije. "Tirar las sobras de la tarta. Gente solitaria. Cosas rotas apartadas".

Hubo una pausa extraña, luego algo en el marrón de sus ojos cambió. "¿Por qué no me dijiste que era la primera vez que conocías a Andrew?"

"Recuerdo haber enviado un mensaje de SOS".

"Josie".

Suspiré, y todas las preguntas que no había hecho me abandonaron con la exhalación. "¿Por qué no estás flipando con esto? Página Nueve publicó nuestra foto, ese podcast aparentemente te

está guardando para el final -lo que sea que eso signifique. ¿No tienes miedo? ¿Qué dice tu familia? ¿Están asustados?"

"¿Cambiaría algo que yo me preocupara por algo de eso? ¿Cambiaría algo que mi familia supiera lo que estamos haciendo?"

Su respuesta me entristeció. Por muchas razones diferentes que no quería explicar. Así que no hablé.

"Deberías habérmelo dicho, Josie", dijo. "Sobre Andrew".

Me encogí de hombros. "Puede ser. Pero tampoco cambia nada, ¿verdad?"

"Andrew y yo nunca nos hemos llevado bien", me dijo Matthew, marchitándose esa atmósfera fácil e íntima que nos rodeaba. "No debería decir esto, no otra vez, pero simplemente no confío en él. Eso no va a cambiar, aunque yo me aparte mientras tú decides si quieres darle una oportunidad".

Hablaba como si fuera mi decisión. O como si yo fuera suya para protegerme. Pero, ¿alguna de esas cosas era cierta? La verdad era que mi relación con mi padre pendía de un hilo, y no creía que Matthew pudiera hacer más de lo que ya hacía.

"Estoy harto de hablar de mí mismo", dije. "También he terminado con que yo sea el tema de conversación. Quiero oír hablar de Matthew Flanagan". Se me escapó un suspiro. "Al menos antes de que lo hagan los demás primero. Empecemos con los ex. ¿Relaciones pasadas? Conoces todas las mías. Entonces, ¿qué debería saber yo?"

"Me he divertido", respondió. "He follado por ahí. Me rompieron el corazón un par de veces en . Nada que merezca la pena comentar, la verdad. Hice del trabajo una prioridad durante los últimos años".

Jodido. Lo dijo con tanta crudeza, como si la palabra no desencadenara las imágenes que había plantado allí durante aquellos momentos que habíamos compartido en el armario de suministros de casa de Josie. "Pero tenías un anillo", observé, con la mirada fija en mi mano. Moví los dedos y observé cómo la piedra captaba la luz. Me encantaba cuando eso ocurría. "Eso suele significar algo".

"Un hombre puede coexistir con joyas sin implosionar", dijo, su mano de repente allí. Con la mía. Sobre la mesa. Sus dedos tocaron la banda ornamentada. "Entonces, ¿cómo quieres jugar a esto?"

Levanté la mirada y volví a posarla en él. "¿Qué quieres decir con *cómo*?"

"Tus ex". Los dedos de Matthew rozaban ahora mi piel, sus ojos aún bajos. "Querías hablar de mí. ¿Así que estoy en buenos términos con la idea de ellos, o quiero arrancarles la cabeza?"

Me quedé boquiabierta. O quizá fue la forma en que la yema de su pulgar seguía jugueteando con el anillo, mi dedo, mi mano, lo que me puso la piel de gallina. "No lo sé, Matthew. ¿Eres del tipo celoso y posesivo?"

"Sí". Sus cejas se juntaron pensativas. "Puedo serlo. Pero soy fácil de convencer para ser amable y correcto". Entrelazó nuestros dedos y mi corazón dio un vuelco. "¿Me tienes envuelta en tu meñique, Josie?"

La piel bajo mi blusa se sonrojó. Vientre. Espalda. Los brazos. Todo se iluminó cuando una sensación al rojo vivo subió por mi muñeca y viajó hasta la punta de mis orejas.

Estábamos cogidos de la mano.

Que ya hemos tenido. Muchas veces. Demasiadas veces, para lo que éramos, quizás. Pero podíamos tocarnos. Tocarse era parte de las reglas. Tocarse estaba bien. "Sí". Tragué saliva. "Estás envuelto alrededor de mi meñique. Enredado ahí como un..."

Matthew se movió, llevando nuestras manos unidas hacia abajo, bajo mi silla . Tiró de ella - conmigo encima- y la arrastró hasta su lado en un rápido movimiento. "Como un qué", dijo, sus palabras cayendo ahora sobre mi sien.

Mis labios se abrieron sin pronunciar palabra, la conciencia -la repentina cercanía de su cuerpo, en esa camiseta blanca básica que no tenía por qué lucir tan bien como lo hacía en él- me robó la capacidad de hablar por un instante. "Como..." Finalmente logré decir, con la voz temblorosa y saltarina y todo mal. "¿Como el hilo de la abuela?"

Matthew soltó una carcajada y una sonrisa se dibujó en el rostro serio que había mantenido durante casi toda la noche. Como si no hubiera podido evitarlo. Era una sonrisa tan bonita, y estaba tan devastadoramente cerca, tan a mi alcance que tuve que detenerme físicamente para no alargar la mano y sentir esos pliegues que no eran del todo hoyuelos con la punta de los dedos. Me pregunté cómo serían de suaves sus labios. Cómo se sentirían contra los míos.

Un disco rayado en mi cabeza.

Contra la mía.

¿Contra la mía?

No, no, no. No, no, no. Absolutamente no, Josie.

"Deberíamos volver a... la lista de comprobación", le dije, dándome cuenta de que mi mano seguía agarrada a la suya. Apoyada en el colorido cojín de la silla, justo al lado de mi culo. *Mientras había estado pensando en su boca. En la mía.* Le arranqué la mano y la volví a dejar sobre la mesa. "Hay tanto que hacer". Tanteé el teléfono, abriendo y cerrando aplicaciones hasta encontrar la correcta. Hice un espectáculo desplazándome hacia abajo y ocupándome de todo el trabajo que estábamos descuidando por jugar *a las manitas.*

"Toma". Tragué saliva. "Hagamos algo fácil. Escribí algunas cosas de la casa que se me ocurrieron mientras escuchaba ese podcast espantoso. Cosas que no sé o cosas que habría que hacer para cubrir todos los frentes". Mi dedo golpeó mi aplicación Notas abierta. "Muy bien, ¿cuál es tu segundo nombre?"

El hombre cuya silla seguía sólidamente plantada junto a la mía no se movió ni un milímetro cuando dijo: "Eugene".

Algo en mi pecho se descongeló inmediatamente. Dios mío. "¿Como Flynn Rider? ¿De *Enredados?*"

La risita de Matthew coincidió con la sensación dentro de mí. "Exactamente así".

"Eso es..." Ugh. Yo no podía ir todo blandengue como este. "Genial. Increíble segundo nombre. Por favor, felicita a tus padres de mi parte. Oh, espera. ¿Cómo se llaman tus padres? Creo que debería saberlo. Los de tus hermanas también, además de Tay".

"Patrick y Pam", respondió simplemente. Curtamente. Directo al grano. "Aunque papá quiere que le llames Paddy. Y mis hermanas son Taylor -o Tay, que es la más joven- y Eve. No paran de echarme la bronca, te encantarían".

Lo anoté en mis apuntes, para evitar que mi mente divagara e imaginara cosas como conocer a la familia de Matthew, o bromear con su padre sobre esas evidentes raíces irlandesas, o sentarme con ellos en Acción de Gracias, o decidir dónde pasar las Navidades. ¿Boston o Green Oak? ¿Deberíamos hacer que Paddy y Pam vinieran de visita durante la primavera? Es mi época favorita del año y les encantaría estar aquí. I-

Estaba siendo tan tonta.

No hay boda, pero seguimos siendo amigos.

"Contacto de emergencia", murmuré. Luego dije un poco más alto. "El mío siempre ha sido el abuelo Moe. ¿Pero crees que deberíamos cambiarlos? Creo que deberíamos cambiarlos. Cambiémoslos".

"Josie...", empezó Matthew.

"¡Vale, hecho!" Chillé. No estaba orgullosa de cómo sonaba mi voz. "Estás configurado como mi contacto de emergencia. Tiene sentido. ¿Y si alguien se cuele en nuestros teléfonos y lo comprueba? Podrían empezar a hacer preguntas. Así que mejor prevenir que curar".

"Cariño", dijo Matthew, sonando tan dulce, tan ajeno a mi estado actual, que me pregunté si no sería tan mala mentirosa después de todo. "No creo que nadie vaya a comprobarlo".

"Así que volvemos a las cosas de novios", murmuré. Y como no hizo ningún comentario, cogí su teléfono, que estaba en algún lugar a la derecha. Se lo tendí. "Me haría sentir mejor que me pusieras también como contacto de emergencia. Te prometo que seré muy respetuoso con el Código Flanagan SOS y memorizaré todas las normas que tengas al respecto".

Matthew exhaló una carcajada que me golpeó justo en la mejilla. También en mi barriga. "Uno, cero, dos, siete, cero, cuatro."

"¿Qué es eso?"

"Mi código de acceso", explicó con indiferencia. "Cámbiala. Si te hace sentir mejor, no me interpondré".

"Me estás dando tu código de acceso. ¿Por qué?"

"Eres mi prometida", señaló. Una vez más. Y una vez más, mi corazón dio un vuelco. "Y mi contacto de emergencia".

"¿Y si encuentro algo aquí?" Dije, introduciendo de mala gana el código y tocando en sus contactos. "Algo como malos selfies en el espejo, o una lista de reproducción embarazosa o peor, desnudos de alguien que... ¿Me tienes como *Josephine Moore*?"

"No guardo desnudos de mujeres con las que no salgo", declaró.

Y mi contención se rompió. Le miré entonces. "Lo que significa que los has conseguido". Mis mejillas se sonrojaron con mis palabras, pero lo ignoré. No era tímida ni mojigata, nunca lo había sido. Simplemente parecía que Matthew había conseguido alterar la química de mi cerebro de una forma para la que no estaba preparada. "Lo cual está totalmente bien".

"También suele significar que los he enviado yo", ofreció.

Todo mi cuerpo se sonrojó. Bien esta vez. "Claro", exhalé. "Quiero decir, ¿quién no lo ha hecho?" Yo no, pero él no necesitaba saberlo. "Tengo mucha experiencia. Y he tenido relaciones muy físicas, ¿sabes?"

La expresión de Matthew se endureció y hubo un momento. Algo pasó entre nosotros. Un brillo en el marrón de sus ojos que no pude entender. ¿Se estaba preguntando eso? ¿Estaba pensando en los desnudos que nunca envié? ¿Estaba su mente repasando a mis ex, preguntándose de quién estaba hablando? Había sido Ricky.

"Seguro que sí", dijo finalmente.

Me aclaré la garganta y miré el teléfono. "Sólo guardas a tu banquero con su nombre completo. O tu contable. No puedo ser *Josephine Moore*". Había una decepción subyacente que también ignoré. "Te tenía como la antigua mejor amiga de Adalyn, porque me convertí en su nueva mejor amiga cuando me conoció. Luego la cambié por... otra cosa".

Si a Matthew le interesaba saberlo, no lo dijo. Me alegré, porque no creía que le gustara que saliera *Mattsie-Boo* en mi teléfono. También quería evitar que viera la foto que iluminaría mi pantalla si me llamaba.

Fue el roce de sus dedos con los míos lo que me hizo darme cuenta de que me estaba quitando el teléfono de las manos. Con una mano, le dio unos golpecitos. Luego me lo devolvió.

Mi contacto estaba abierto en la pantalla.

Lo había cambiado por Baby Blue.

Con un emoji de mariposa.

Y yo... Ah mierda. Esto fue demasiado. Porque no debería sentirme así, pero lo hice, y me encantó. "¿Por mis ojos azules?" Pregunté, haciendo cada emoción dentro de mí obvia en mi voz.

"No sé por qué no se me ocurrió antes".

"¿Qué quieres decir?"

Su voz se hizo más cercana, como si se inclinara hacia delante. "Es como te llamaba. En mi cabeza. Aquella noche".

Todo ese burbujeo feliz menguó. "¿Cuando pensabas que era una extraña mujer con una bata cubierta de mermelada?"

Una bocanada de aire dejó al hombre a mi lado. "Oye. Mírame, por favor."

No quería, pero también había estado haciendo sufrir a este hombre desde aquella noche, así que lo menos que podía hacer era girarme si me lo pedía. "¿Sí?"

Unos ojos marrones se clavaron en los míos a través de los cristales de las gafas que tanto me obsesionaban. Y entonces dijo, serio, preocupado: "¿Por qué estás decepcionado? ¿Por no haberme dado cuenta enseguida de que eras tú?"

Mi corazón se detuvo un segundo. No me lo esperaba. Ni la pregunta directa ni que se diera cuenta de lo que había sentido aquella noche. "La respuesta a eso me convierte en una especie de monstruo", susurré. "No te gustará".

"Pruébame".

"Me entristeció un poco", solté con un suspiro. "Tú, no siendo capaz de decir que era yo de inmediato. Pero también darte cuenta de que estabas ayudando a un extraño. Me encanta que seas amable y bueno y simplemente... un gran hombre". Mi voz casi me abandona entonces. "Pero una parte de mí deseaba que me ayudaras a mí, Josie, no a cualquiera. Eso es."

Matthew se quedó sorprendido por mi respuesta durante un largo momento. Tan largo que estaba seguro de que acababa de estropear cosas que no debía estropear. Pero entonces se movió. Giró su cuerpo en la silla y se acercó más, más, más, hasta que sus piernas se interpusieron entre las mías. Sus ojos rebotaron alrededor de mi cara hasta posarse en los míos. Cuando habló, lo hizo en voz baja y sus palabras sonaron como una confesión. Como las mías. "Quizá ayudaría a cualquier desconocido. Pero es por ti por quien he llegado tan lejos. Es por ti. Josie".

La tensión que acababa de tomar forma se espesó, llenando el espacio que nos rodeaba.

Eres tú.

Josie.

Mi mente estaba atascada. Mi pecho se llenaba de... cosas. Cosas que no tenían nada que ver con el *alivio* o la *alegría* de tenerlo a mi lado. Cosas que no deberían estar ahí. No tan rápido y menos cuando éramos los protagonistas de un engaño de relaciones públicas del que le había pedido que formara parte. "De todas formas, no importa", mentí. "No es importante ahora". Más mentiras. "No es que me muriera por conocerte o algo así".

"Sería tan fácil demostrar que te equivocas".

Su respuesta me sorprendió. También me emocionó. Me irritó. Me desafió. No tenía sentido. No lo teníamos. "No hay nada que demostrar que está mal".

"Pensaste en mí", insistió Matthew. Decidido. Su mirada se desvió hacia abajo, no sabía hacia dónde: la boca, la barbilla, el cuello, una mancha en mi blusa, no tenía ni idea. Pero cuando volvió, había un desafío en el brillo de sus ojos. "Antes de llegar aquí, a Green Oak. Me habías echado mierda en el chat de grupo, o cuando estabas cerca cuando llamaba a Adalyn, pero te caía bien".

Resoplé, pero el cuerpo de Matthew se movió. Empujó las piernas hacia delante, mis rodillas casi entraron en contacto con su entrepierna, y sus manos se aferraron a ambos lados de mi asiento, aprisionándome. Mis mejillas ardieron, ríos de conciencia fluyendo por mi cuerpo. "Me gusta todo el mundo", susurré. "Pregúntale a cualquiera de la ciudad".

La comisura de sus labios se inclinó en una sonrisa que debería haberme hecho salir corriendo. "Sin embargo, soy yo el que está sentado aquí".

Mi primer impulso fue discutir. No había metido a Matthew en este acuerdo por un plan egoísta para desnudarlo. Pero yo sabía que él lo sabía. Me estaba provocando, intentaba demostrarme algo sólo porque yo me negaba a admitirlo. Porque me había abierto, había dado un paso fuera de mi capullo de seguridad y luego había vuelto a él. ¿Pero no lo entendía? ¿Lo aterrador que era para mí asomar la cabeza? Especialmente cuando era él quien estaba al otro lado. Especialmente cuando él veía tanto, sabía tanto, estaba tan metido en la maraña en la que yo estaba. Especialmente cuando tenía un poco de razón.

La cosa era que cada paso que daba hacia delante podía volver a darlo corriendo. Yo era excelente en eso.

"¿Y qué si lo eres?" le dije, levantando las manos y mirándolas cruzar el espacio entre nuestros pechos. Dos podían jugar a este juego, y él debería haberlo sabido. Con suavidad, coloqué las palmas sobre sus hombros. Luego las arrastré por sus brazos, despacio, deliberadamente, mis uñas rozando primero la tela, luego su piel, haciendo que se estremeciera bajo ellas. "Tal vez quería que me ayudaras. Pero se lo habría pedido a cualquier desconocido que pasara por allí". Mi lengua asomó, humedeciendo mi labio inferior. "¿No conoces mi historial?".

Matthew bajó las cejas pensativo, pero su mirada estaba desenfocada, distraída. "Deja de hablar así de ti".

Dejé que mis dedos se deslizaran dentro de sus mangas, luego arrastré mis manos hacia arriba, disfrutando de la forma en que Matthew respiraba. "¿Cómo qué?"

"Como si fueras un monstruo egoísta", dijo, con voz grave y rocosa. Mi determinación se tambaleó y Matthew aprovechó la oportunidad. Sus manos se movieron de su sitio en la silla a mis costados. Acercó mi cuerpo. Nuestras narices casi se rozaron. "Sé lo que estás haciendo".

Mi corazón se aceleró, la cercanía de su cara, nuestros cuerpos, demasiado pronto y demasiado poco a la vez. "¿Y qué es eso?"

"Distrayéndome", dijo. "Escondiéndome". Y en respuesta, en rebeldía, mis manos se movieron contra su piel, rodeando sus brazos, aferrándose a él, como si fuera a levantarse e irse ahora que me había llamado. La calidad de su mirada cambió, la agudeza se suavizó. "Pero está bien, ¿verdad?", susurró, con voz tierna, las manos en mi cintura subiendo suavemente. Como si me tranquilizara. "Nos esconderemos detrás de tus reglas. No romperé ninguna hasta que me lo pidas".

Ese aleteo ensordecedor en mi vientre se alborotó ante sus palabras. ¿Preguntarle? Se me agitó el pecho. El tacto de su piel bajo mis manos, la sensación de él llenando el espacio, el peso de sus palabras, me abrumaron. I-

Un carraspeo.

Ambos nos quedamos paralizados.

"¿Tienes las manos frías, Josie?" refunfuñó el abuelo Moe. "Porque puedes ponerte manoplas, si ese es el caso. No necesitas sondearlo como si buscaras piojos".

Me llevé las manos hacia atrás con un suspiro. Luego me volví para mirar al abuelo. Estaba de pie bajo el marco de la puerta, en bata, sosteniendo una botella vacía de rosado. "¿Piojos?" exclamé. "¿En serio?"

"Sí, de verdad", respondió, antes de lanzar una mirada de advertencia a Matthew. Las manos de Matthew se soltaron de mi cintura. "Inteligente elección, chico".

Matthew asintió con la cabeza, pero no con vergüenza ni desgana. "Seré mejor la próxima vez, señor".

Tanto el abuelo como yo arqueamos las cejas, las mismas dos palabras provocaban la misma reacción por motivos muy distintos. *La próxima vez*. Como si yo fuera a volver a sentarme en una silla en la cuna de sus piernas mientras tenía mis manos sobre él.

"¿Has venido andando?" preguntó el abuelo a Matthew. Éste asintió. "Te llevaré a casa, entonces. Si has terminado lo que estabas haciendo". Me lanzó una mirada penetrante. "He terminado con mi espectáculo y mi rosado no tiene nada de alcohol de todos modos. Me ha estado metiendo a escondidas zumo aguada rosa con gas".

"Caramba", solté. "Y yo que pensaba que el hecho de que lo repasaras como si lo tuviéramos de barril significaba que te gustaba".

Matthew se levantó, su cuerpo desplegándose ante mí, desviándose. Incliné la cabeza hacia atrás para mirarle, encontrándome con sus ojos clavados en mí.

"No tendríamos una estética", anunció. "Las cosas bellas no deben encajonarse. Acaba por apagar su luz".

Mis labios se abrieron con un centenar de preguntas, y en el mismo latido, la cabeza de Matthew bajó.

Me rozó la mandíbula con un beso. "Tenía que hacerlo", susurró. "En caso de que no sobreviva al viaje".

Y luego se fue, uniéndose al abuelo en la puerta.

Yo... debería haberme preocupado por tantas cosas, en realidad. Como el deseo de agarrarle del brazo e impedir que se fuera. Cómo había querido pedirle que me besara la mejilla otra vez. Que se quedara un poco más. Pero no pude. No cuando intentaba descifrar lo que acababa de decir.

Las cosas bellas no deben encajonarse. Acaba por apagar su luz.

¿Se refería a mí? ¿O a nosotros?

CAPÍTULO 12

El martillo resbaló de mi mano y me golpeó en el pie antes de caer al suelo.

"*Fudgenuggets*", murmuré, bajando la escalera y recogiendo la herramienta del suelo.

Con un suspiro, volví al banco que Robbie había colocado fuera del granero. Luego me senté encima con un pequeño salto. Ya había hecho suficientes cosas como para saber cuándo era el momento de descansar. Estar encaramada a una escalera durante una hora seguida, colgando una ristra tras otra de luces hasta que se me entumecían los dedos, solía ser una pista.

Cogí la manzana que había traído como tentempié de la esquina del banco y saqué el móvil para comprobar mis notificaciones.

Hubo algunos mensajes de Bobbi, todos ellos diferentes variaciones de *son las cosas manejadas para la cena de bienvenida de Andrew*.

La respuesta fue: duh. Aunque no de la forma que ella imaginaba. Así que le contesté con un pulgar hacia arriba y seguí adelante.

Lo siguiente fue un mensaje del abuelo. Me había enviado un enlace hoy temprano, después de que le avisaran de un nuevo post de Página Nueve. Era un teaser de *Filthy Reali-Tea*, anunciando que algo iba a salir esta noche. A medianoche. El drama de Internet nunca dejó de sorprenderme. Casi tanto como lo rápido que estudiaba el abuelo las nuevas tecnologías. Me estaba preguntando cómo crear una cuenta burner. Resoplé ante la pantalla y tecleé una respuesta.

No necesitas uno de esos. Ya eres anónimo. ¿Y dónde aprendiste eso?

Su respuesta fue inmediata.

ABUELO MOE: 🍷

Ugh.

Nunca debí enseñarle a crear, y mucho menos a usar, una cuenta de Instagram. A saber qué estaba tramando ahora. Me llevé la manzana a la boca, dándole un mordisco y debatiendo si debía preocuparme o, como mínimo, presionar al abuelo para que me diera más detalles que ese pulgar hacia arriba, pero llegó un mensaje al chat de grupo.

Adalyn se siente mal. No podrá ir a lo de Andrew esta noche. Lo siento.

JOSIE: Omg, ¿está bien?? Y ni siquiera te preocupes por eso. No es nada especial. Sólo nuestro mercado de agricultores de medianoche en el granero, pero reutilizado. Lo único que echarás de menos es una pancarta que diga BIENVENIDOS A CASA.

Pensar en la pancarta me hizo un poco difícil tragarme la manzana que estaba masticando. Pero tal y como me había dicho a mí misma cuando saqué el bote de pintura: *mala suerte, Josie*. Esta seguía siendo la ciudad de Andrew, tanto como la mía. Y yo era su alcaldesa, además de su hija, así que ¿cómo no iba a hacerle una señal?

Mierda. ¿Es el virus estomacal que mencionó el otro día?

Sí. Ha empeorado un poco, así que he tomado la decisión ejecutiva de no ir. Está durmiendo, si no, no me dejaría cancelarlo. Lo sentimos, pero necesita descansar.

Ugh. Lo siento mucho. Eso apesta. Por favor, dale un abrazo. Y deja de decir que lo sientes. Lo de esta noche no es tan especial.

La única que necesitaba aprender eso era Bobbi. Pero tomaría una batalla a la vez. Lo había pensado mucho. Conocía mi ciudad, y nadie habría asistido a una cena de lujo. ¿El mercado de agricultores de medianoche, por otro lado? Era un éxito desde que habíamos organizado el primero. Y no se me ocurría mejor manera de dar la bienvenida que ésta.

Volvieron las palabras de Matthew de hace un par de noches en mi cocina.

No tendríamos estética. Las cosas bellas no deben encajonarse. Acaban por apagar su luz.

Se habían quedado grabadas en mi mente desde entonces. Junto con todo lo que las había precedido. *Junto con Matthew, sus ojos, el tacto de su piel bajo mis manos, la forma en que me hacía sentir. Deseo.* Todo eso me había inspirado. Me inspiró a... rebelarme. Para escapar de la jaula de control que Bobbi había roto alrededor de mi vida.

Quería una fiesta de bienvenida para Andrew para impresionar a Willa Wang, así que le estaba dando mi versión de una.

Mi teléfono zumbó, captando de nuevo mi atención.

Sin embargo, esta noche será especial.

MATTHEW: Porque estarás allí @BabyBlue

Mis mejillas se sonrojaron. Yo... Él... Resoplé.

¿De verdad acabas de escribir eso?

¿Demasiado?

CAMERON: Sí. Y me voy. Adios.

¡Hazme saber si necesitas que te ayudemos con algo! Podría ir más tarde, ver cómo está Adalyn y ayudar con lo que sea. El abuelo abrió Josie hoy. Tengo tiempo.

CAMERON: Por supuesto que no. Y no tienes tiempo. Tienes suficiente en tus manos.

JOSIE: ¿Tal vez sopa? Puedo enviar a Matthew allí mientras yo me encargo de las cosas aquí arriba.

Sí, puede.

MATTHEW: Boss me around, @BabyBlue 🙄

Estamos bien. Y realmente me voy si no paras con eso. Todavía estoy cabreado.

Se me cayó la cara. Junto con mi estómago que acababa de caer a mis pies. Inmediatamente apareció un mensaje en el chat de Matthew.

Está bien. Sólo está siendo Cam. No está enfadado contigo, y no debería haber dicho eso.

Está bien.

Realmente lo era. Y me lo merecía. Les estaba mintiendo, después de todo. Lo estábamos haciendo. No podía fingir que todo estaba bien y que éramos dos parejas enviándose mensajes en un chat grupal. Matthew y yo no éramos realmente una.

¿Dónde estás?

En casa de los Vásquez.

¿Por qué ya estás ahí? Ni siquiera son las diez de la mañana. ¿Es por eso que Maurice abrió Josie's hoy?

El abuelo Moe abre por mí cuando yo no puedo. No estaré aquí todo el día. Me estaba ocupando de las cosas de última hora para el mercado de medianoche. Lo tenemos controlado.

¿Nosotros?

El comité de eventos especiales y desfiles. Sigue siendo un evento de la ciudad.

Te estoy llamando. No dejes que suene y luego manda un mensaje. Contesta.

Mis ojos se abrieron de par en par. Espera, ¿qué? Estaba...

Sonó mi teléfono.

Con una bocanada de aire, me lo llevé a la oreja. "¿Sí, querida?"

"Pensé que había quedado claro anoche".

Reprimí una sonrisa. "No eres el único con un excelente oído selectivo, *ya* sabes".

Soltó una carcajada sorprendida. "¿Por qué no estoy contigo? Refréscame la memoria".

Sus palabras me revolviaron el estómago. Pero eran sólo eso, palabras. "No lo sé", dije. "¿Las leyes de la física? ¿El tiempo? ¿El espacio? Era algo sobre que todo eso es relativo, y depende de a quién le preguntes. Pero no puedo estar seguro".

Hubo una pausa y luego un "voy para allá".

Mi pecho se llenó de locas y estúpidas mariposas. "Casi todo está hecho".

"Entonces te haré compañía. Te traeré bocadillos. No me hagas rogar, Baby Blue. Porque lo haré".

Baby Blue. El aleteo se multiplicó, tirando de todas las cuerdas enredadas alrededor de mi corazón. Pensé qué decir. Cómo decirlo. Si debía ser terca y decir que no, o ingenua y creer que nada de esto significaba nada. Pero entonces se me ocurrió algo. Quizá Matthew se sentía solo. Le habían quitado una alfombra de debajo de los pies y estaba en un lugar nuevo. Solo. Y yo había estado tan concentrada en lo que estábamos haciendo, y en molestarlo lo menos posible, que lo había pasado por alto.

"Me vendría bien cualquier cosa peluda y afrutada". Salté del banco. "Pero nada de arándanos".

"Ya lo tienes". Su voz era feliz, y eso me hizo sentir... bien. Como si quisiera más. "¿Qué más?"

"¿Quizás algo dulce?"

"De acuerdo."

"Y algo salado también. Un pretzel estaría bien; es el especial de hoy en Josie's".

El estruendo de la risa que salió de él se sintió como mantequilla contra mi oído. También me hizo sonreír a mí.

"Tú lo pediste", le dije. "Tú te lo buscaste".

"Supongo que sí".

Hubo compás, un momento de silencio en el que ninguno de los dos habló.

"Hey Matthew?" Pregunté.

"¿Sí?"

"¿Cómo va la búsqueda de trabajo?" Me aventuré. "¿Hay algo en lo que pueda ayudar? Si estás ocupada con lo que sea que estés haciendo, no hace falta que vengas. Sé que trabajas por tu cuenta desde casa, así que...".

"No estoy ocupado", dijo. "Nunca estoy demasiado ocupado para cosas importantes". Hubo una pausa. Volvió algo de color a mi cara. *Cosas importantes*. "Y aún no he encontrado nada".

"Vale", respondí. "Vale. Sí. ¿Me lo... dirás? ¿Cuándo lo haces?"

"Sí". La pausa que siguió fue aún más larga. Entonces preguntó: "¿Josie?"

Pero antes de que pudiera decir más, la forma de Robbie se materializó en la distancia. Caminaba hacia el granero con una cara que conocía bien. Una que nunca eran buenas noticias.

"Uh-oh," murmuré en la línea, distraído por la intensidad del ceño fruncido de Robbie en el suelo. "Robbie se está acercando. Creo que hay algún problema. Me tengo que ir. Hablamos luego, ¿vale? Y no te preocupes por los pretzels".

Una maldición murmurada me hizo mirar hacia abajo desde la escalera en la que estaba encaramado de nuevo.

Bajé la pancarta que había estado clavando en la pared exterior del granero y miré hacia abajo.

Mateo.

Estaba de pie al pie de la escalera, con las manos apoyadas en las barandillas laterales. La camisa de terracota que llevaba estaba de nuevo arremangada, como si le gustara que esas mangas le apretaran los antebrazos.

"Estás aquí", dije, dándome cuenta entonces de que había esbozado una sonrisa. Mis ojos recorrieron sus brazos, su pecho, su cuello, su barbilla, buscando... "Dios mío. ¿Qué te pasa?"

"¿Qué pasa?", repitió, sonando tan disgustado como parecía, justo cuando su propia mirada encontró la mía. El ceño que se le había fruncido se disolvió. Sus labios se entreabrieron. Vaciló.

"¿Matthew?" Incliné la cabeza. "¿Estás bien?"

Tragó saliva, como si necesitara un minuto. Luego refunfuñó: "¿Sabes lo inestables que son estas cosas?". Arqueé las cejas, sorprendida. "¿Nadie puede dedicar un minuto a hacer lo que sea que estés haciendo ahí arriba? ¿O, por lo menos, vigilarte mientras trabajas? ¿Dónde está Robbie? Podría haber venido antes si me necesitabas. Deberías haberlo dicho".

Parpadeé un momento, un poco sorprendido.

Pero entonces una sensación efervescente me hizo cosquillas en la caja torácica. Estaba todo gruñón y malhumorado porque yo estaba aquí arriba. Por algo que podía hacer con los ojos cerrados, lo había hecho tantas veces. Reprimí una sonrisa.

"Vaya, eres un gruñón". Volví a meter el martillo en el cinturón de herramientas. "No puedo decidir si tienes un problema con las escaleras o conmigo", continué, dándome la vuelta en el escalón en el que estaba encaramada. Matthew apretó la mandíbula. "¿Has bebido suficiente agua hoy? Un galón al día mantiene alejado el mal humor, ya sabes".

Su cara se arrugó. Sabía que le había hecho gracia, lo sabía. Pero intentaba seguir enfadado. "¿Quieres bajar ya?", suplicó con un suspiro. "Hay algo que quiero preguntarte y no puedo hacerlo contigo ahí arriba".

"Pero no he terminado", me quejé, usando mi voz más dulce. "Y puedo hablar mientras trabajo. Hoy he pasado más tiempo subida a una escalera que en el suelo".

Eso no pareció tranquilizarle.

"Está bien, lo prometo", insistí. "Puedo hacer varias cosas a la vez. Tú pregúntame mientras clavo este cartel. Ah, y luego tengo que comprobar las rodajas de naranja que estamos colgando de una viga. Tengo a Robbie cosiéndolas juntas en una cuerda. Va a quedar increíble". Apoyé una mano en la parte superior y estiré el cuerpo para poder echar un vistazo al interior del granero. "Estaba justo ahí, dentro. Puedes ir a comprobarlo. Yo estaré aquí".

Matthew maldijo.

Me eché hacia atrás y miré a Matthew. Parecía a punto de subir la escalera y unirse a mí aquí arriba. O... no sé, levantar la cosa -conmigo encima- y correr hacia el bosque que rodeaba la propiedad. Era tan mono. "Te ves tan lindo en este momento."

"¿Ah, sí?", refunfuñó.

"Ah-ha."

"¿Así que te gusta verme sufrir?", preguntó, todavía igual de gruñón. "Eso es, ¿eh?"

Me encogí de hombros despreocupadamente. "No necesariamente. ¿Trajiste los bocadillos?"

"Están en el coche", dijo, sonando miserable. Mis labios se abrieron. "No. No voy a cogerlos y dejarte ahí arriba porque estés bien". Puse los ojos en blanco y él soltó una carcajada incrédula. "No vas a arriesgar el cuello por un maldito cartel de bienvenida. Así que mala suerte, pero no me voy de tu lado. Y punto".

Fruncí los labios pensativa, debatiendo si aquello había sido picante, mimoso o dulce. "¿Período?" repetí.

Sus fosas nasales se encendieron. "Punto".

"De acuerdo". Me encogí de hombros. Su expresión se relajó. "Supongo que es algo bueno, entonces. Cuando estoy a punto de hacer esto".

"Do wh-"

Salté de la escalera con un chillido, incapaz de mantener la expresión de pura alegría fuera de mi cara. Matthew se puso rígido, y claro, quizá su alma abandonó su cuerpo como por un segundo, pero tal como yo había previsto, su reacción fue inmediata.

Sus brazos me atraparon en el aire, apoyándome contra un pecho duro con una facilidad que hizo que el aleteo de mi vientre fuera aún más prominente.

La calidez sustituyó a la adrenalina cuando mi cuerpo reconoció todas las formas en que estaba apretada contra él. Mi pecho se estrechó contra el suyo, mis piernas se enroscaron en su cintura y dos fuertes brazos me sujetaron. Al igual que el día del partido, esta vez no hubo sobresalto. No había reticencia ni vacilación. Sólo mariposas.

"Siempre he querido hacer eso", susurré, mis palabras cayendo en sus labios. La conciencia bailó en el marrón de los ojos de Matthew como respuesta mientras me acomodaba en sus brazos con un pequeño rebote. La margarita que había metido en el bolsillo delantero de mi mono rozó su barbilla. Nuestros rostros estaban tan, tan cerca, y él se veía tan, tan guapo en ese momento, que las palabras salieron de mis labios: "Llevas puestas las gafas".

La comisura de sus labios se crispó. "Eres una mujer temeraria. Casi me provocas un infarto".

"Bueno, has mentado", murmuré, oficialmente distraída por el brillo de sus ojos.

"Recuérdame sobre qué".

"No son los payasos los que más te aterrorizan". Bajé la voz hasta el silencio. "Son claramente las escaleras".

La risita de Matthew fue un sonido profundo y rico, y me rozó los labios. "Quizá lo sea", dijo, con el ceño fruncido de nuevo. "O tal vez sea verte herida".

La diversión que había sentido se desvaneció y el pequeño espacio que había entre nosotros se llenó de algo más. Algo un poco sombrío, pero algo sincero.

Matthew me bajó al suelo lentamente, un músculo de su mandíbula saltó cuando mis pies tocaron el suelo. Una de sus manos abandonó mi cintura y se acercó para sacar la margarita del bolsillo delantero de mi mono de . Me puso la flor silvestre en el pelo. Justo encima de mi oreja. Y cuando dijo: "Belleza y desafío", se me cortó la respiración.

Recordó lo que le había dicho aquella noche en mi cocina, hacía unos días. Cuando me preguntó qué me hacía sonreír. *Las flores silvestres. Son belleza y desafío.*

"Estaba tirado en el suelo", murmuré. "Debe de haber sido arrastrada hasta aquí por una de las carretillas. Está lejos de ser perfecta, le faltan muchos pétalos, pero me entristeció verla ahí tirada, así que la recogí".

La sonrisa de Matthew era suave. "La perfección es subjetiva".

"Eso que dices es muy bonito". Y me encantó que pensara así. Me encantó que yo también. "Puedes ser tan elocuente para alguien que a veces suena como un cavernícola". Bajé la voz para imitar un tono masculino. *"Yo, Matthew. Yo, proteger. Escalera, mal"*.

"¿Puedes culparme?" preguntó, ladeando la cabeza. "Mencionaste a Robbie y abandonaste mi llamada".

"¿Qué tiene eso que ver con...?" Me detuve. Mis cejas se arquearon. "No puedes estar celoso de Robbie."

Los labios de Matthew se afinaron. "Se queda con tus magdalenas".

"Todo el mundo lo hace", le dije. Pero lo que mi mente ponía a todo volumen era que *él no lo niega. Matthew está celoso y no lo niega.*

"Yo no". Se encogió de hombros. "Yo no".

Me reí. Me eché la cabeza hacia atrás y me reí. La expresión de Matthew se relajó durante un segundo antes de volver a desconcertarse. "Has pasado por casi toda mi despensa. Varias veces. ¿Todas mis patatas fritas? No están".

"¿Significa eso que sólo los tengo yo?"

Más risas me abandonaron. "¿Lo dices en serio?" Su cara decía que no. Sus ojos decían que sí. "Sí, *Mattsie-Boo, eres el único que se lleva mis chips de col rizada*". Sonrió. "Aunque a nadie más le gustan".

"Tontos. Todos ellos", dijo, y su expresión se llenó de... algo que me dijo que estaba a punto de hacer una locura. Algo...

No lo haría ahora.

La inconfundible melena rubia de Bobbi sobresalía de una de las gradas ya montadas alrededor del granero. Ella estaba en su teléfono, su mano cortando a través del aire.

"Bobbi está aquí", dije justo cuando nos vio. "Ugh. Ella también viene hacia aquí."

La expresión de Matthew se endureció y dio un paso atrás justo cuando la mujer en cuestión apareció frente a nosotros.

"Esto es un caos", anunció Bobbi, cerrando su teléfono. "Deberías despedir a tu planificador de eventos".

Suspiré y me ajusté las mangas de la blusa en un intento de no parecer tan molesta como estaba por el comentario. "Es un caos *organizado*. Y no hay que despedir a ningún organizador de eventos. Nuestro mercado de agricultores de medianoche está organizado por el Comité de Eventos Especiales y Desfiles de Green Oak".

Bobbi arqueó las cejas. "Perdona, ¿qué?"

"Nuestra Medianoche..."

"No", Bobbi intervino. "Se supone que es una cena. Una fiesta de bienvenida. Para Andrew. ¿Por qué estoy escuchando las palabras *Medianoche* y *Granjero* y *Mercado*?"

Por el rabillo del ojo, noté que Matthew se ponía rígido, así que me aseguré de sonar apaciguadora. "Porque me pediste que la organizara. Y esta es la fiesta de bienvenida de Green Oak para Andrew. Y no hay nada más Green Oak que nuestro famoso mercado de agricultores de medianoche. Así que..."

"Así que esto no es de lo que hablamos", se burló Bobbi. "¿No leíste la descripción que añadí al planificador?". Bajó el tono de voz como si recitara algo de memoria. "*Cena informal para celebrar el regreso de Andrew e iniciar los preparativos de la boda. Lo ideal sería que coincidiera con el tema de la boda. Preferiblemente en un restaurante local. Alternativamente, con servicio de catering que muestre la cocina de la ciudad. Objetivamente, una reintroducción suave del padre de la novia en la comunidad con potencial para mezclarse.* Está bastante claro".

Tragué saliva. "Bueno, me temo que me he vuelto un poco pícaro."

Unos ojos oscuros y fruncidos se clavaron en los míos durante un momento de tensión. "¿Se supone que esto de los granujas explica por qué el granero parece un arco iris lanzado por todas partes? ¿Quién dirige este comité? Necesito hablar con ellos". Su expresión se endureció. "¿Es Roberto?"

"Yo estoy al mando", le dije con una sonrisa. "Soy presidenta, vicepresidenta, secretaria y tesorera del comité. Y creo que el granero tiene un aspecto fantástico. Y oye", añadí señalando el lugar encima de la escalera. "Tendremos un cartel de bienvenida para Andrew. Y una zona para sentarse para quien quiera comer alguno de los increíbles productos locales, así que técnicamente, casi todo lo que pediste está aquí. Todo es cuestión de perspectiva".

"Jugaste conmigo", dijo Bobbi.

"Tú me la jugaste primero", repliqué con un poco de burla. "Tú me soltaste esto. Delante de Willa Wang. Y ya estoy un poco harto de que me den órdenes. Quizá sea hora de que veas cómo hacemos las cosas en Green Oak, ¿sabes?"

Los ojos de Bobbi se entrecerraron. "Estaría molesta si no estuviera un poco impresionada". Ella ladeó la cabeza. "No. Definitivamente estoy molesta. No haces de Bobbi Shark". Miró al hombre a mi derecha. "¿Y de qué estás sonriendo, rubia?"

"Sólo tranquilamente feliz. Ver a mi mujer dándote por culo, eso es todo".

Levanté las cejas. "Eso no es lo que estoy haciendo. No le estoy dando por culo a nadie. Lo prometo".

Bobbi nos evaluó, o quizá me evaluó a mí, durante unos segundos. "De acuerdo", dijo finalmente. "Hazlo a tu manera". Se dio la vuelta. "Yo puedo hacer lo mismo".

CAPÍTULO 13

Nunca me atrevería a llamarme bruja, pero tenía una forma de saber cuándo algo estaba a punto de torcerse.

Normalmente empezaba con una señal. Una uña recién hecha que se partía justo antes de un evento importante, o un tirón en un vestido minutos antes de salir de casa para una cita. Cosas tontas que le pueden pasar a cualquiera. Cosas que se pueden arreglar objetivamente, pero que te hacen preguntarte: *¿Por qué precisamente esta noche? ¿Por qué ahora?*

Esta noche había sido la cremallera de uno de mis botines. Eran lilas, nuevos, y los llevaba con vaqueros y una rebeca a juego cubierta de margaritas. Había estado guardando estos botines para una ocasión especial y decidí que serían mi par de la suerte. Pero una no abrochó la cremallera de su nuevo amuleto de la suerte. Por eso había sacudido la cabeza, decidida a negar que ésta fuera una de esas señales. Y entonces se me cayó la barriga.

Y yo estaba hablando de una *montaña rusa, te deja sin aliento por un segundo* tipo de caída. Exactamente la que siempre, siempre seguía a estos pequeños presagios.

"Un penique por tus pensamientos", dijo Matthew, ofreciéndome una frambuesa de la caja que acababa de comprar en uno de los puestos del mercado de agricultores de medianoche.

Me negué con un suspiro. "¿Crees en la magia? ¿Yuyu? ¿En las premoniciones? ¿En fantasmas? ¿En el destino? ¿En el poder de la manifestación? ¿El yeti?"

Matthew reflexionó sobre la pregunta. "Oh, absolutamente".

Le observé, midiendo la seriedad de su respuesta. Para ser totalmente sincera, sólo había añadido todas esas cosas para quitarle importancia a la sombría sensación que sentía en las tripas. "¿En serio?"

Asintió con seriedad.

"¿Eso es todo? ¿Ningún comentario? ¿Ningún comentario sobre lo inesperado que fue? ¿Ni siquiera sobre el yeti?"

"Te he preguntado lo que piensas", dijo con naturalidad. Una frambuesa voló hacia su boca. "¿Por qué iba a quejarme de que las compartieras conmigo?". Otra más. "Y si quieres los comentarios", continuó, cerrando meticulosamente la bolsa y clavándome una mirada como si estuviera a punto de ir al grano. "El mundo sería aburrido sin magia, así que elijo creer que existe. En cuanto al asunto del yuyu, bueno, estoy plenamente convencido de que me maldijeron al menos una vez en la vida. Las premoniciones son complicadas, pero tiene que haber gente con línea directa con todas esas cosas que los normales no podemos ver. Los fantasmas son objetivamente probables. El destino explica cosas que de otro modo quedarían sin respuesta. La manifestación está científicamente probada. Y el yeti tiene sentido".

Parpadeé ante el hombre que acababa de llamarse a sí mismo "*normalito*" con cara seria. Ahora mismo yo era muchas cosas. Estaba sorprendida, para empezar. También estaba decidida a ignorar esa esponjosidad que sentía en medio del pecho, como si mi corazón estuviera a punto de empezar a levitar y salir flotando por mi boca. También estaba un poco...

"Estás increíblemente excitada", señaló con una sonrisa cómplice. Mis mejillas se sonrojaron. "¿Quieres tocarme el culo?"

Una risa de sonido extraño me abandonó. "¿*Qué?* No estoy agarrándote el culo". Miré a mi alrededor y vi los fríos ojos de Willa Wang clavados en nosotros. Estaba de pie junto a Andrew, y aunque no se había acercado esta noche, nos había estado observando. Me aclaré la garganta. "Siento bajarte de la nube en la que estás ahora, pero hablar del yeti no me va mucho".

"¿Ah, sí?" Matthew se inclinó un poco más cerca, hasta que todo lo que podía ver era a él.

Tragué saliva ante su cercanía, luego traté de mantenerme en el juego con cara fría. "Sí", dije, poniéndome de puntillas para echar un vistazo por encima del hombro de Matthew. Willa le murmuraba algo a Andrew y él asentía con la cabeza. Dios, parecía tan fuera de lugar. Tan extraño. Como si se hubiera colado en una fiesta en vez de asistir a la suya. Como si...

"Me rompes el corazón", murmuró Matthew, con su nariz casi rozándome la sien.

Mi cuerpo se aquietó, mi mente se calmó. "¿Por qué?" susurré.

"Porque estoy intentando ligar y no me estás prestando atención".

Incliné la cabeza hacia atrás para poder mirarle. Su sonrisa contrastaba con el tono profundo y silencioso con el que había susurrado esas palabras. "Sonríes demasiado para alguien con el corazón roto", le dije, sintiendo que volvía la esponjosidad. Expándete. "¿Y eso es lo que quieres hacer? ¿Justo en medio de la un poco incómoda fiesta de bienvenida de mi padre? ¿Coquetear? ¿Para que te agarre el culo?"

"Por supuesto", dijo, con los labios aún más arriba. "Soy tu prometido. ¿No es ese mi papel aquí?"

Me lamí los labios. Todo el mundo estaba mirando. Casi todo Green Oak estaba aquí. Nuestro mercado de medianoche era popular, pero nunca había atraído a tanta gente. Tal vez mi evaluación de la cena que se suponía que íbamos a tener en lugar de esto había sido errónea. Incluso Diane, que siempre se había quejado de que este evento se celebrara en una noche de colegio, y Otto, que afirmaba que la hora de dormir de Coco era más importante que *un mercado, habían aparecido*. Los únicos que faltaban eran Gabriel e Isaac, que habían pasado la noche en Charlotte.

Como manifestada en la realidad por mi propia mente, la voz aguda de Diane se fue acercando. La ansiedad empezó a burbujear en mi interior.

"Mírame a los ojos", me ordenó Matthew. La sensación sedosa de mi pecho se intensificó cuando mi mirada obedeció y se encontró con la suya. Y me estremecí cuando me agarró la mano. Tiró de mi brazo y me rodeó con él. Arqueeé las cejas, preguntándome qué hacía y por qué. Él arqueó las suyas a su vez, de aquella forma tan tonta que siempre conseguía hacerme sonreír. Luego metió mi mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros. "Mmh", tarareó. "Ahora estoy mucho mejor".

Solté una carcajada, y sus ojos brillaron con diversión y... algo un poco más ronco que eso. "¿Para ti o para mí?"

"Esperemos que las dos cosas".

Definitivamente ambos. "Si el abuelo Moe nos pilla, nos traerá esa enorme caja de calentadores de manos con la que me amenazó. Ya está en su carro. Me lo enseñó. Eres un imprudente haciendo esto".

Una risita retumbó en el pecho de Matthew. "No estoy rompiendo ninguna regla".

Nuestras reglas. No las del abuelo.

No nos casamos, pero seguimos siendo amigos. Nos besamos si es necesario. Podemos tocarnos.

Tragué saliva. "Supongo que no. Esto no puede ser manoseo si eres tú moviendo mi mano a tu trasero".

"Yo también tengo un culo estupendo", me dijo, sus ojos brillaban con algo que realmente me gustaba. "Algunos dirían que es mágico. Creo que deberías tocarlo más a menudo. Tan a menudo como puedas, de hecho. Es algo que podemos hacer".

Era tan difícil no sonreír. Tan difícil no darme cuenta de lo que estaba haciendo y de lo mucho que me gustaba que lo hiciera. "Me estás distraendo."

Asintió con la cabeza y se acercó un paso, manteniendo mi mano en su bolsillo trasero. Para cualquiera que nos viera, éramos una pareja de novios pasando un momento. Él bromeaba. Ella sonreía. Había palabras en voz baja. El recuerdo de la última vez que bailaron y se quedaron así, tan juntos, las narices casi tocándose.

Para mí, era una historia que alguien había inventado. Para mí. Era una chica, de pie en un granero, con un mal presentimiento en las tripas, y un hombre que intentaba por todos los medios mantener el desorden que ella siempre hacía de las cosas.

"Lo siento mucho, Matthew", le dije.

Su mirada se llenó de preocupación. También de asombro. "¿Por qué?", preguntó, y había frustración en su voz. Bueno, yo también estaba frustrada. Y hacía tonterías cuando estaba estresado. Quizás ésta era una de ellas. Decir más de lo que debía. "Josie..." Se detuvo, sus ojos se movieron detrás de mí. "Hablaremos de esto más tarde".

Me giré y encontré lo que estaba mirando justo cuando el tintineo de algo metálico contra el cristal se abrió paso entre la charla del granero. Los grupos que se habían reunido alrededor de los puestos se callaron, las sillas de los que habían tomado asiento para comer o beber algo se rasparon al girarse, y todas las cabezas del mercado de agricultores de medianoche de Green Oak se torcieron en dirección al ruido.

"¿Qué está haciendo Bobbi?" Susurré.

"¿Acaso importa?" Matthew respondió. "Ella está de pie en un taburete y todo el mundo la está mirando ahora."

Bobbi se aclaró la garganta. Luego esperó un momento. Un haz de luz se encendió, iluminándola desde el pelo hasta las botas de combate. "Un poco fuera de tiempo, pero ya hablaremos de eso más tarde, Roberto", murmuró antes de que una sonrisa se dibujara en su rostro. Alzó la voz. "Hola, gente de Green Oak".

Hubo una pausa, como si esperara que la multitud respondiera. Nadie respondió.

"Supongo que no puedo culparte", ironizó. "Es la una de la mañana y estamos aquí, en un granero, rodeados de... verduras y queso de cabra. No parece una fiesta". Hubo otra pausa, más pequeña, a juzgar por cómo separó los labios para continuar. Una cabra baló. Brandy, si tuviera que adivinar. Suspiró. "Vale, como quieras. Gracias por darle a Andrew Underwood su más cálida bienvenida en su regreso a Green Oak. El pueblo que lo vio crecer de joven, y el lugar que ha estado cuidando, y por el que ha abogado, aunque sea desde las sombras durante décadas. Jadeo, jadeo. Aplausos, aplausos. Ahora cederé el escenario a una persona muy especial para Andrew, y para la ciudad, a quien sé que le encantaría decir unas palabras: Josephine Underwood-Moore. O futura Sra. Flanagan, como seguro que muchos ya la llaman".

Todas las cabezas del granero se giraron para mirarme.

Todo mi cuerpo se había aflojado. Me sentía como si hubieran sacado mi nombre de un frasco y me hubieran elegido como tributo en una extraña versión de los Juegos del Hambre. Sólo que no era mi nombre. Me llamaba Josephine Penelope Moore. Sin guión. Sin Underwood. Y yo no era la futura Sra. Flanagan. Estaba... en shock. Como un verdadero, paralizante, petrificante shock.

Un suave tirón de mi mano, seguido de un peso en la parte baja de mi espalda, fue el único aviso que recibí antes de empezar a moverme. El aroma de Matthew envolvió mis sentidos, el calor de su hombro contra el mío mientras navegábamos aparentemente por el mar de ojos fijos.

Bobbi sonrió tensa antes de inclinar la cabeza hacia abajo. "¿Por qué tiene ese aspecto?", susurró. "¿No tiene un discurso? El planificador..."

De alguna manera la hicieron a un lado.

Matthew ocupó mi campo de visión. "¿Quieres hacerlo? ¿Sí o no?"

Esto. El discurso. Me costó un poco, pero asentí con la cabeza. ¿Cuál era la alternativa? ¿Poner cara de tonto? Aunque de repente me sentí aterrorizado e intimidado, ésta era mi ciudad. Mi comunidad. Me querían, se preocupaban por mí, me admiraban. Tenía una responsabilidad.

Matthew me guiñó un ojo, y no fue un guiño juguetón. Era tranquilizador. *Tú puedes*, me dijo. *Puedes hacer cualquier cosa*. Mi cuerpo se movió hacia el taburete. Mi bota resbaló. Unas manos me agarraron por la cintura. Matthew me levantó y me plantó encima.

"I..." Me quedé a medias. Matthew se quedó abajo, con la cabeza a la altura de mi cadera, como protegiéndome. ¿Pero de qué? Esto era Green Oak. Yo era su alcalde. Podía hacerlo. Me he enfrentado a cosas mucho peores. "Uf", dije con una risa que sonaba extraña. "No me lo esperaba". La burla de Bobbi desde atrás fue obvia. "Quiero decir, ciertamente no esperaba *ese* maravilloso discurso de Bobbi; eso será súper difícil de seguir".

Estudí la multitud que tenía ante mí, buscando qué, no lo sabía. No hasta que tropecé con unos ojos azules exactamente iguales a los míos. Andrew arqueó las cejas, como preguntando.

Me cuadré de hombros. "Cuando me encargaron organizar una cena de bienvenida para mi padre, una parte de mí se rebeló ante la idea". Se oyó un murmullo, pero lo pasé por alto. "Una cena no me parecía lo más adecuado para algo así. Si me permites ser franca, me daba un poco de miedo que no viniera mucha gente". Andrew arqueó las cejas. "Seamos sinceros, el hombre es un desconocido". Mi padre frunció los labios. "Pero los desconocidos pueden convertirse en amigos con una sonrisa y el esfuerzo adecuado. Y los esfuerzos de Andrew para preservar y mejorar la ciudad que una vez llamó hogar no pueden ser ignorados. La granja en la que estamos esta noche es un ejemplo de ello. Aunque su apoyo siempre fue desde las sombras, como dijo Bobbi, creo que no era desde un lugar de vergüenza, sino desde lo más profundo de su corazón. Y por eso pensé que no podía haber mejor manera de darle la bienvenida que mostrarle en qué se ha convertido Green Oak en su ausencia. Con su ayuda. Un pedazo de nuestra alma. Y potencialmente, un nuevo comienzo".

La dureza que siempre acompañaba las facciones de Andrew pareció desmoronarse momentáneamente. Y por primera vez en el poco tiempo que llevaba conociéndole, estuve bastante segura de estar viendo a quien sospechaba era el hombre que se escondía tras la máscara. Un hombre capaz de mostrar ternura. Nostalgia. Un hombre cuyos ojos brillaban de emoción, y quizá incluso de esperanza, por unos instantes.

Intenté evitar que la satisfacción me invadiera por dentro. De avanzar y devorar todo lo demás que había estado allí un segundo antes. Pero fracasé. Nunca se me dio bien controlar los grandes sentimientos, por buenos o malos que fueran.

Alguien aplaudió. Rápidamente, más gente le siguió, el sonoro aplauso rompiendo lo que momentáneamente había caído en.

En el mismo instante, las manos de Matthew estaban de nuevo en mi cintura, levantándome del taburete, y Andrew daba un paso adelante, separando sin esfuerzo a la multitud a su alrededor.

La mano de Matthew agarró la mía, justo cuando Andrew nos alcanzaba.

"Gracias, Josephine", dijo mi padre, con la voz retumbando en el granero. Por el rabillo del ojo, vi a Bobbi acercándose, haciendo algo con las manos. Pero mi padre continuó. "No creo que haya mejor ocasión que ésta para compartir la buena noticia: me complace invitar cordialmente a todos los presentes a la unión de mi hija y Matthew el primero de diciembre, en una ceremonia que tendrá lugar aquí, en la Granja Vásquez."

Se me heló la sangre de todo el cuerpo.

Andrew rió entre dientes, como si estuviera contento consigo mismo. "Y por las alegres cuatro semanas de celebración que precederán a la boda".

El granero desapareció por un segundo. Cada rostro, cada mano que se movía mientras aplaudían emocionados, cada puesto, cada detalle que yo había decorado personalmente, incluso la pancarta de BIENVENIDOS A CASA QUE HABÍA pintado y colgado fuera, estaba segura de que habían desaparecido. Todo se esfumó, se volvió negro durante uno o dos segundos.

Bien, pensé. Estupendo. Quería que todo desapareciera.

El calor en mi mano apretó. Tiró. *Matthew.*

Pero no quería enfrentarme a él, no quería tener que explicarle o consolarle. No podía. Apenas lograba hacerlo por mí misma. Yo deseaba... deseaba que hubiera una manera de que todo el mundo olvidara lo que mi padre había dicho.

Y como si hubiera sido convocado, todo el lugar se silenció. Se oyeron teléfonos, chirridos, y entonces el abuelo Moe estaba delante de mí, concediéndome mi deseo.

"Josie", dijo.

Se me cayó el estómago. Igual que cuando la cremallera se había roto.

"Hay un vídeo", explicó el abuelo. "De vuestra boda". Me fijé en el smartphone que tenía en la mano. "Con Greg".

No necesitó decir más.

Sabía exactamente a qué se refería.

CAPÍTULO 14

De adolescente, nunca saqué alcohol del armario de mamá. Ella me había sentado en algún momento de mi adolescencia temprana y me había dicho que si alguna vez sentía la necesidad de probar o tenía curiosidad por emborracharme, prefería estar allí conmigo. Aquel Día de Acción de Gracias probé el vino y sorbí el bourbon del abuelo Moe. Ninguno de los dos me gustó, y recuerdo que aquel día pensé que algunos de mis amigos estaban locos por arriesgarse a ser castigados por algo que dejaba tan mal sabor de boca.

Sin duda, las cosas habían cambiado desde entonces.

A la madura edad de veintinueve años, me encontré arriesgándome a algo mucho peor que ser castigado por beber la única bebida alcohólica de la casa: una botella de rosado. El de verdad, no el vino placebo que le di al abuelo Moe después de su derrame cerebral. No tenía intención de esconderla, pero cuando me di cuenta de que se había extraviado después de hacer el intercambio, decidí guardarla en el lavadero, justo detrás de la botella grande de detergente. Porque un escondite secreto, aunque sea accidental, siempre viene bien.

"¿Josie?" llamó el abuelo Moe desde su habitación, haciendo que me detuviera en mitad del pasillo, con el rosado a la espalda.

"¿Sí?"

"¿Sigues levantado?"

"Sí."

"Yo tampoco puedo dormir", admitió.

Aquella bola de plomo que ocupaba todo el espacio de mi pecho dobló su peso. "Lo sé."

Hubo una pausa y supe exactamente lo que iba a decir a continuación. "¿Seguro que estás bien?" Otra pausa cuidadosa. "Podemos hablar. Puedo hacerte un queso a la plancha".

Mis dedos se apretaron alrededor del cuello de la botella. "Estoy bien", mentí. "Además, son más de las dos de la mañana. Es un poco tarde para queso gratinado".

Siguió un silencio, lo bastante largo como para que empezara a moverme. Pero entonces el abuelo dijo: "Te quiero, cariño. Así que grita si me necesitas, ¿vale?"

Tardé un segundo en hablar por el nudo en la garganta. "¡Yo también te quiero! Buenas noches."

Cerré la puerta tras de mí, no perdí el tiempo, me dejé caer en medio de la cama y coloqué la botella sobre la mesilla. Aún no había decidido si quería abrirla, pero la acerqué un poco. Por si acaso.

Me recosté en el cabecero y parpadeé ante el papel pintado de color crema que tenía delante. Luego miré el sol que había pintado un día, hacía tantos años, y que nunca había tapado porque me hacía sonreír.

Esta noche no fue así. Me hizo lo contrario, y no tuve corazón para diseccionar por qué.

No quería pensar. Quería estar en blanco. Estar insensible. Convertirme en un objeto inanimado sin emociones abrumadoras. Podía ser un jarrón. Sostener flores. Llevar alegría a una habitación. Insuflar esa última brizna de vida en algo destinado a hundirse y marchitarse.

Aquel pensamiento tenía un regusto oscuro. No me gustaba, pero, después de todo, parecía que lo mío iba a ser hundirme y marchitarme. Un fotograma del vídeo que había visto medio país se me pasó por la cabeza y sacudí la cabeza, apartándolo con una mueca.

Observé la pila de libros que se había amontonado accidentalmente a los pies de mi cama. Un thriller espeluznante, la autobiografía de una estrella del pop que prometía todos los chismes de los años 2000 y un par de novelas románticas picantes que me moría por leer. Nada de eso me llamaba la atención en ese momento. No estaba precisamente de humor para sustos, los cotilleos eran un no rotundo, y el romance... debería ser la última de mis prioridades ahora mismo.

Mi mirada se desvió hacia mi cómoda. El cajón de arriba, donde había decidido guardar mi teléfono. Se había llenado de tantos mensajes, tantos recordatorios de todas las cosas en las que no quería pensar, tanta gente preguntándome si estaba bien. No lo estaba, y no quería hablar de ello. Nunca había hecho esto. Jamás. No era el tipo de persona que necesitaba retirarse después de un golpe. Ni siquiera después del fallecimiento de mamá, y definitivamente no después de haber huido de un hombre con el que se suponía que debía casarme.

En esos casos, las personas a las que quería me traían el consuelo que necesitaba. Pero no esta noche. Esta noche, no quería ver la tristeza del abuelo. O escuchar sobre la preocupación de Adalyn y Cameron. La decepción de mi padre y de Bobbi.

Incluso me costaba enfrentarme a Matthew. Luchando con la preocupación y la protección de su cara después de que el abuelo nos enseñara el vídeo. La negativa absoluta pero silenciosa a volver al Lazy Elk después de que hubiéramos conducido hasta aquí. Quería quedarse, lo había visto en sus ojos. Yo también había visto que todo eso, todo esto, le abrumaba.

Matthew había esperado a que yo se lo pidiera. Yo no era tonta, pero le había dejado marchar. ¿Por qué quedarse?

No quería que me controlaran esta noche. No estaba avergonzado o apenado. Sólo me sentía... fea. Por dentro. Todo mal. Como si quisiera salirme de la piel y esconderme debajo de la cama hasta que el mundo desapareciera.

Suelto un suspiro y vuelvo a mirar el cajón. ¿Me había enviado Matthew un mensaje? ¿Me había llamado? ¿Estaba en casa, viendo una y otra vez el vídeo en el que salgo por el pasillo vestida de novia, dejando atrás a un cortejo nupcial jadeante y a un novio sorprendido? ¿Se daba cuenta de que me había vuelto loca mientras corría por la alfombra aterciopelada que separaba un mar de sillas? ¿Se estaba dando cuenta por fin de que tenía problemas? ¿Que estaba hecha un lío?

¿Quién hizo eso? Esprintar, tan rápido como se pueda, lejos de alguien a quien ibas a prometer amar en la salud y en la enfermedad. Por el resto de tu vida.

Lo sabía. Y él lo había sabido. Matthew lo sabía. Todos lo sabían. Pero era diferente verlo suceder. Se hizo innegable entonces. Escrito en piedra.

Ugh. ¿Estaba Venus retrógrado? ¿Era por eso por lo que me sentía tan mal, por lo que todas mis relaciones pasadas se enconaban como nunca lo habían hecho?

Debería darme un baño. Sí. A las dos de la madrugada, con un nuevo impulso de energía, me dirigí al baño y abrí la llave del agua. Lo más caliente posible para que el vapor purgara todos los malos pensamientos. Cogí mi caja de baño del estante y empecé a preparar la receta perfecta.

Bomba de baño de lavanda. Sales de bayas silvestres. Aceite esencial de menta. La bañera se llenó y me deleité con los deliciosos aromas, el cambio de ambiente y el espejo humeante.

Oh. El rosado.

Cogí la botella de la mesilla de noche. Y una taza rosa que tendría que servir de vaso de encima de mi cómoda. Me di la vuelta.

Mis pies me detuvieron, clavados en el suelo.

Mi teléfono estaba dentro de la cómoda.

Me dije que me fuera. Que me metiera en la bañera. Pero la tentación era demasiado fuerte, y mi fuerza de voluntad siempre había sido tan débil, tan fácilmente derrocada por la curiosidad. Por eso había escondido el teléfono. Suspiré. Cuadré los hombros. Di media vuelta. En un abrir y cerrar de ojos, el teléfono estaba en mis manos.

Mi mirada se posó en el único nombre del mar de notificaciones. Lo pulsé. No pude evitarlo.

¿Estás despierto?

Me mordí el labio pensativa. Me había enviado un mensaje hacía sólo unos minutos. ¿Quería dejarme espacio? ¿Por eso me había mandado el mensaje ahora? ¿Por eso no me preguntaba si estaba bien, como todo el mundo?

"Dios, Josie", murmuré, dejando de hacer eso. Me estaba dando dolor de cabeza.

Podía ignorar el texto. Lo razonable ahora era eso. Después el baño y a dormir. Con el teléfono en la mano, volví a la bañera, dejé la botella y el teléfono en la mesita que tenía junto a la bañera y me desnudé. Me metí en la bañera y me decidí: No iba a contestar. Me sumergiría en el agua hirviendo y dejaría que los aceites esenciales lo derritieran todo. Incluido el mensaje de Matthew.

La pantalla de mi teléfono se iluminó. Eché un vistazo.

Toc toc.

Saqué la mano de la bañera y cogí mi teléfono.

Vete a dormir.

Tú primero.

Esto era ridículo. Él era ridículo.

Estoy ocupado.

¿Haciendo qué?

Tomando un baño.

Estoy llamando a su farol.

Con un gesto de burla, hice una foto, asegurándome de que mis pies asomaban fuera del agua para que supiera que no era falsa, y la envié.

Los tres puntos bailaron en la pantalla durante tanto tiempo que me pregunté si la respuesta sería un párrafo entero. O tal vez nada en absoluto.

Voy para allá.

Me enderecé, el agua salpicó con mi repentino movimiento.

¿Qué? No. ¿Por qué?

MATTHEW: Porque me dejaste en leer. Porque estás bebiendo. Porque estoy preocupado. Porque no preguntaste "¿quién está ahí?" y eso me dice que realmente no estás bien. Porque no me pediste que me quedara contigo esta noche.

Todo en mí se ablandó, se derritió, se rompió. *Porque no me pediste que me quedara contigo esta noche.* Y no tuve más remedio que volver al agua y respirar hondo.

Lo siento.

No quería dejarte sin leer.

Pero puedes dejar las llaves del coche y volver a la cama. Si el abuelo pilla a un chico colándose en casa a estas horas, no puedo hacerme responsable de lo que haga.

Soy tu prometido.

No es un niño.

No respondí. No de inmediato. No sabía cómo. No cuando mis ojos estaban atrapados en una palabra específica y me sentía de esta... manera.

Toc toc.

Contuve la respiración, esperando. Y cuando llegó su mensaje, sonreí, un poco aliviada. Era una sonrisa pequeña, probablemente también triste, pero aun así me sentí aliviada.

¿Quién está ahí?

Dwayne.

¿Qué Dwayne?

JOSIE: Dwayne el vino y la bañera, ¡me estoy ahogando! Glug glug.

Eso no me tranquiliza.

Me reí entre dientes. Me pareció muy gracioso. Pero así como vino, se fue, tanto el sentimiento como mi sonrisa se apagaron, dejándome... de vuelta en el mismo lugar.

Esta noche ha sido rara. Lo siento.

No quiero ni necesito una disculpa, Josie.

JOSIE: ¿Qué quieres o necesitas, entonces?

No pidas algo que no estás preparado para oír.

Esa es una buena línea. 😊 Un poco caliente.

MATTHEW: Finalmente estoy siendo notado, yay.

Siempre me he fijado en ti, Matthew.

Cuando su respuesta tardó unos instantes en llegar, me removí en la bañera, queriendo retractarme.

Háblame, Baby Blue. Háblame, Baby Blue.

El apodo me pilló desprevenida. Era casi como si pudiera verle, oírle decir esas palabras. Esa preocupación brillando en el marrón de sus ojos, haciendo que se oscureciera, igual que lo había hecho esta misma noche. Empecé a teclear y, de repente, no pude parar.

No quiero hablar. Guardé el teléfono en un cajón cuando llegué a casa porque tenía miedo de que me pidieras explicaciones. Preguntarme si estaba bien. Cómo me sentía. Pero cómo me siento ahora no es importante. No en el gran esquema de las cosas. Así que no es en lo que quiero pensar ahora mismo. Porque entonces pensaré en todo lo demás. Como la razón por la que huí ese día, o todas las otras veces que fui un cobarde y arruiné las cosas, igual que podría estar arruinando todo ahora, y me quedaré sin nada. Sin nadie. Así que no. No quiero hablar. Diseccionaremos la absoluta ruina que soy mañana. Puedes arreglarme otro día. Pero no hoy. No esta noche. Y no después de que me llamaste Baby Blue así.

Josie.

Eres importante.

Me tienes a mí.

Y no hay nada de ti que quiera arreglar.

No hay nada en ti que necesite arreglar.

Me quedé mirando la pantalla. Mi corazón latía con fuerza. Tamborileando en mis oídos. Haciendo que mi pecho subiera y bajara. *Se agitaba*. Estaba temblando, y no podía creer que me acabara de decir eso.

Ya basta. No seas amable conmigo.

¿Quieres que me enfade? Porque lo estoy, pero no contigo. No necesitas esconderte de mí. Dame todo lo que te hace sentir así. Lo dije en serio cuando dije que hablaríamos más tarde. Y lo dije antes de que pasara nada. Ese video no importa.

Claro que importa.

A mí no me importa. Lo único que importa ahora mismo eres tú.

Lo único que importa ahora eres tú.

Parpadeé ante el teléfono, incapaz de encontrarle sentido al alboroto que estaba causando en mi cabeza, al naufragio en mi pecho. Y una vez más, mis dedos volaron sobre la pantalla y volví a hablar, tal y como él quería. Tal como me había pedido.

Ojalá no hubieras dicho eso. Ojalá... pudiéramos volver a lo que hacíamos. A lo que sabemos hacer. A nuestras reglas. Bromas sin sentido. Tocar y que no signifique nada. Tú, hablando de magia o exigiendo que te manosee el culo. Ojalá hubieras querido coquetear y distraerme, decir esas cosas que me hacían sonrojar, o no sé, pedirme algo escandaloso como un desnudo, sólo porque me distraería.

Desnudos. Bromas. Una distracción. Mi boca sucia. ¿Eso es todo lo que quieres de mí, entonces?

No. No lo hice. Ni siquiera cerca. Ni siquiera sabía por qué había escrito eso, sólo que lo necesitaba. A Matthew. No porque fuera tonto o coqueto, sino porque lo necesitaba desesperadamente de una manera que no podía explicar. De una forma que me hacía temer perderlo si me acercaba demasiado. Demasiado rápido. Si le daba demasiado. Si me veía en ese estúpido vídeo en un momento tan bajo. Pero había tenido razón. Había cosas que no estaba

preparada para escuchar. O quizás, simplemente no era lo suficientemente valiente para admitir nada de esto.

Quizá sí.

¿Lo dices en serio?

El aire entraba y salía de mis pulmones. La piel me ardía por una razón que no tenía nada que ver con la temperatura del agua ni con el vapor que se extendía por todas partes.

¿Lo dices en serio, Josie?

Mi corazón duplicó, triplicó su ritmo.

Sí.

Mi teléfono zumbó en mi mano. Me llamaba Matthew. Lo cogí.

"Hola", respiré en la línea.

La respuesta de Matthew fue inmediata, su voz profunda, íntima en el silencio de la noche. "Te daré lo que necesitas".

Tragué saliva. "Matthew..."

"¿Cuánto vino tomaste?"

Mi risa era extraña. Estrangulada. No era realmente una risa. "Ninguna."

Su suspiro fue profundo y aliviado. También un poco triste.

"Estoy tan..." Empecé.

Pero me cortó. "Deja de disculparte. No me disculpo. No contigo". Mis labios se abrieron con una pregunta, pero él se me adelantó de nuevo. "Pregúntame qué llevo puesto, Josie".

Mi piel se sonrojó aún más. Dudé. Sólo un instante. Pero esto era lo que había pedido, ¿no? Casi le había suplicado que me distrajera. Brotó la culpa. Ya me había dado tanto, y yo seguía...

"Pregúntame qué llevo puesto, Baby Blue", repitió. Su voz había cambiado. Se volvió un poco más ligera. Más fácil. "Te gustará mi respuesta, te lo prometo."

La culpa empezó a remitir. "¿Qué llevas puesto?"

"Sudadera. Sin camiseta", respondió. Rápido. Con diligencia. Mi pulso se aceleró. "Pregúntame más".

"¿Estás en la cama?"

"Sí. Más".

Una suave bocanada de aire me abandonó. "¿Metido dentro o sobre las sábanas?"

"Estoy sentada, la espalda contra la cabecera, las mantas a mis pies".

tararé. Era una bonita imagen. Me gustó. Un poco demasiado. "¿Tienes puestas las gafas?"

La risa ronca de Matthew llegó a través de la línea, el sonido enroscándose en mis oídos, aliviándome y despertando una parte específica de mí. "¿Es una perversión que debería conocer?"

"Tal vez", le dije, con voz suave.

Hubo una pausa y un trago audible. "Dime lo que ves".

"Mis rodillas", respondí. "Están asomando fuera del agua. Que es rosa. Y hay burbujas".

"¿Y qué hueles, eh? Seguro que algo agradable".

"Aceites esenciales. Lavanda, bayas y menta".

Tararé, el sonido apreciativo y... algo más. Algo que me hizo moverme en la bañera. La anticipación empezó a subirme por la espalda. "¿Qué sientes contra tu piel, Josie?"

"I..." Me humedecí los labios. "Puedo sentirlo todo". Dejó escapar otro zumbido, animándome. "El vapor y el sudor pegados a mis hombros y a mi cara. Las burbujas, estallando contra mis brazos y mi pecho. Mis... piernas, resbaladizas cuando me muevo".

"¿Se siente bien?" preguntó, con su voz haciéndome cosquillas en la oreja de tan profunda que era. "¿Cuando te mueves dentro de esa bañera que has llenado con todas esas cosas maravillosas?"

"Sí", respondí, y Dios, podía sentir mi sangre bombeando a un ritmo creciente, subiendo a mi cara, bajando a mis pies.

"¿Dónde están tus manos, Josie?"

Se me revolvió el estómago. "Uno sosteniendo el teléfono. El otro en el agua".

"¿Dónde exactamente? Descríbemelo. ¿Es en el muslo? ¿En el vientre? ¿En el pecho?"

Tragué saliva y cerré los párpados. Lo estábamos haciendo de verdad. Estaba haciendo lo que le había pedido, y el conocimiento, la proximidad de la línea que estábamos a punto de cruzar, me dejó... sin aliento. Excitada. Vacilar. "Matthew", susurré. Eso era todo. Eso era todo. Su nombre.

"Dónde", repitió. Una exigencia. Hizo que todas las dudas se disiparan. Casi por completo. También me hizo querer pedirle que por favor ladrara más exigencias. Tomar las riendas que yo no sabía cómo sostener. "Cierra los ojos", dijo, y de algún modo lo había adivinado. Sabía. Me leyó. Incluso a través del teléfono, casi me hizo querer llorar. Reír. "Ahora."

Cerré los párpados y recosté la cabeza en el respaldo de la bañera.

Dejó escapar un sonido tenso como si pudiera verme. Obediente. Ojos cerrados. "Ahora dime, ¿dónde está tu mano, Baby Blue?"

Baby Blue. "En mi muslo".

"Quiero que lo saques a relucir", me ordenó, arrancándome una exhalación. "¿Puedes hacerlo?"

"Sí", susurré. "¿Dónde?" Otra respiración entrecortada me abandonó. "¿Cómo? Yo..."

"Arrástralo lentamente por tu cuerpo, dejando que las puntas de tus dedos dibujen una línea sobre tu piel. Todo el camino hasta tu cadera, vientre, deteniéndose en la hinchazón de tus pechos".

Se me agitó la sangre ante la claridad de sus instrucciones, la dureza de su voz, lo mucho que me gustaba oírla. Me moví arrastrando la mano con una lentitud imposible, cada roce, cada escalofrío y cada caricia me parecían el doble de poderosos con los ojos cerrados y la respiración de Matthew en mi oído.

"¿Está ahí?" preguntó Matthew, y yo asentí con la cabeza con un suave zumbido. "Bien. Ahora quiero que te cojas el pecho con la mano y hagas lo que te haga sentir bien, Josie. Quiero oír un pequeño gemido. ¿Crees que puedes dármelo?"

"Quiero hacerlo. Puedo intentarlo", murmuré, pero cuando lo hice...

"¿Qué pasa?" preguntó Matthew.

"Creo que deberíamos saltarnos esta parte", dije, inseguro de qué hacer o cómo hacerlo. "No es..."

"¿Quieres oír lo que haría? ¿Si estuviera allí contigo? ¿Si fuera mi mano y no la tuya?"

"Sí".

Un gruñido bajo lo abandonó. "Empezaría con mi boca en tu mandíbula. Sólo un pellizco rápido. Un roce de mis dientes". Una pausa. "Eso no es realmente romper ninguna regla."

Mis labios se separaron con un sí, un no, no estaba segura.

"Luego la arrastraba hacia abajo", continuó, con un escalofrío recorriendo la línea imaginaria. "A lo largo de tu cuello, mordisqueando tu clavícula, hasta que cada centímetro de piel de tu pecho hormigueara y esos pezones se endurecieran bajo mi mirada".

Mi sangre bajaba, se acumulaba, me inundaba de necesidad. Mis muslos se apretaron. "Me gustaría".

"Como, ¿eh?" preguntó con un sonido extraño. "¿Y si cerrara los labios sobre ese pico glorioso? Sólo un poco. Sólo lo suficiente. Sólo hasta que te estremezcas. ¿Te gustaría eso también?"

Mi mano se movió hacia arriba, siguiendo su ejemplo. Imaginando que era él. "Sí."

"Eso sí, sólo cuando lo dijiste levanté la cabeza y te miré a la cara". Un suspiro estrangulado me dejó al pensarlo. "Recompensando cada uno de esos con un suave pellizco, queriendo un poco más".

Las palabras, lo que pintaron en mi mente, la sensación de mi mano, arrancaron un gemido de mi garganta.

Matthew soltó una carcajada. "La idea también me está matando, cariño. Me está volviendo loco de necesidad".

Yo quería eso, me di cuenta. Quería a Matthew loco de necesidad. Mi cuerpo, dolorido por esa misma necesidad. El hambre en su voz.

"Sigue", refunfuñó, con el crujido de la ropa de fondo. "No dejes de hacerlo sentir bien, Josie. Eso es lo que yo haría. Llévate cada vez más cerca del límite. Desesperarnos los dos por más".

Mis pulmones expulsaron una respiración agitada, mis movimientos obedientes, mi necesidad creciente. "¿Matthew?"

"Estoy aquí."

Pero él no. Y eso me parecía tan injusto. "Yo..." Algo se enroscó dentro de mí. "Necesito más. I-"

"Baja la mano".

Se me escapó un gemido.

"Justo entre tus piernas. Hazlo para mí". La orden en su voz me hizo moverme, obediente, dejando que mi mano se deslizara hacia abajo, justo donde toda esa pulsante necesidad se arremolinaba y reunía. Las puntas de mis dedos rozaron el vértice de mis muslos y se me escapó una respiración agitada. "Ese no es el sitio", dijo Matthew. "Quiero oírte retorcerte de necesidad. Inténtalo de nuevo para mí".

Retorcerse de necesidad. ¿Sin él aquí? ¿Tocándome? "Llegaré", le dije, moviendo mi mano tentativamente sobre mis pliegues "Quiero oírte..."

"Vas a ser una buena chica y me dejarás trabajar por esos gemidos".

Mi vientre se agitó, el latido bajo mis dedos se duplicó. Gemí.

"Esa es una jodida buena chica."

Ay, Dios.

"Ahora un poco más rápido", me ordenó. Su voz adquirió un matiz y me moví más deprisa, oyendo cómo se agitaba la tela. Matthew gruñó. "Soy yo quien te va a sacar. ¿Entiendes? Mi voz. La idea de mi tacto".

El movimiento de mis dedos se volvió más seguro, trazando un círculo áspero tras otro. Más rápido. Justo de la forma que sabía que me acercaría más y más. Justo como él quería.

"¿Sí o no, Josie?"

"Sí."

"Ahora dame lo que quiero", ordenó Matthew, y chico, la forma en que se quebró su voz me inclinó un poco más hacia el borde. "Desliza esos dedos", me ordenó. "Haznos sentir bien a los dos".

Mis dedos se deslizaron dentro y un fuerte gemido salió de mis labios.

"Ese puto sonido", casi gruñó. "Las cosas que haría por él. Las cosas que estoy haciendo, Josie. Las cosas que haré si me lo pides".

"¿Matthew?" Llamé, sintiendo mis mejillas arder, mi cuerpo calentándose imposiblemente alto, el sonido del agua salpicando. "Oh, Dios. I-" Mis palabras se cortaron, la necesidad creciendo, subiendo, sintiéndose demasiado.

"Sigue", ronca, un gemido escapando entre bocanadas de aire. "Empuja un poco más profundo". Dios mío, ¿se estaba acariciando a sí mismo? Dios mío, Matthew volvió a gruñir. "Tocar es bueno, ¿verdad, Josie? No estás rompiendo ninguna regla, ahora dame lo que necesito. Suéltame. Dale un pequeño grito a tu prometido. Dime quién está haciendo desaparecer el puto mundo".

Dale a tu prometido un pequeño grito.

Dime quién está haciendo desaparecer el puto mundo.

Fue eso, todo eso, todo a la vez, lo que hizo que la tensión que atenazaba mi cuerpo se rompiera. *Di mi nombre.* Mis párpados se cerraron y la ola de calor que había estado montando se estrelló.

"*Matthew*", expulsé, con espasmos recorriendo mi cuerpo. Ay, caray. Oh hombre. Estaba volando. Viniendo tan desesperadamente duro que yo-

"¿*Josie*?", llamaron a la puerta.

Todo mi cuerpo se estremeció, mis manos volaron hacia arriba.

El teléfono, suelto en mi mano, resbaló, cayendo al agua.

"*¡No!*" Grité.

"*Josie*", repitió el abuelo Moe. "¿Pasa algo ahí dentro?"

Todo era. "*¡Todo está bien!*" Grité, sacando mi teléfono del agua. La pantalla estaba en negro. Mierda. Mierda. "Me estoy dando un baño", expliqué, saltando fuera de la bañera y envolviendo el aparato en una toalla. "Me estoy... ¿relajando?". Sacudí la cabeza. "Afirmativo. Me estoy relajando. ¿Por qué?"

Se hizo un silencio. "Te oí hablar".

"Estaba hablando sola", respondí rápidamente. Entrecerré los ojos, maldiciendo en silencio. "Divagando. Cantando". ¿*Cantando*? "¿Necesitabas algo?"

El abuelo Moe refunfuñó. "Sólo quería ver cómo estabas. Vi luz bajo la puerta".

Me hundí con un suspiro. "Estoy bien."

"¿Seguro que estás bien?" Insistió el abuelo Moe.

"Lo estaré", admití.

Tal vez una vez que le devolví la vida a mi teléfono y le envié un mensaje de texto a Matthew, antes de que entrara en pánico y pensara que había muerto, víctima del increíble orgasmo en el que acababa de guiarme.

O tal vez no estaría bien en absoluto.

No cuando me di cuenta de lo que Matthew y yo acabábamos de hacer.

CAPÍTULO 15

"¿Qué te pasa, Josie Girl?"

Desvié la mirada del cuenco que tenía apretado contra el pecho hacia el hombre de tirantes. "Mis claras de huevo. No se ponen duras".

El abuelo Moe me miró con el ceño fruncido. "¿Eso es lo que te hace sonar como un oso pardo?"

No. Pero también, sí. "¿Ha terminado tu espectáculo?" gruñí, reanudando los movimientos de mi brazo. "El tiramisú, como podrás deducir por el supuesto gruñido, *aún* no está listo. Ahora, si no te importa...". Señalé la puerta con la cabeza.

"¿No se supone que debe reposar en la nevera toda la noche?"

Entrecerré los ojos y los movimientos de mi muñeca se volvieron agresivos. Se suponía que tenía que hacer eso, sí. "Yo juzgaré eso".

El abuelo parecía poco impresionado. "Pero..."

"Sin peros", siseé.

"Josie..."

"Estoy bien. Estoy..."

Dio un pisotón. "¡Guarda ese batidor antes de que te hagas daño, chica!"

Mi brazo se detuvo. Estaba jadeando. Jadeando. Como hace tres noches, en la bañera, cuando... No. Absolutamente no. No estaba pensando en eso. No ahora y preferiblemente no con el abuelo Moe presente. "Controlo perfectamente mi batidora", anuncié, bajando la respiración. "Y de mi vida, por cierto. Antes de que preguntes por milésima tricentésima cuadragésima octava vez si estoy bien. Lo estoy. Estoy tan bien y tan en control que ni siquiera es gracioso. Y estas claras de huevo van a estar sujetas, dominadas y... esponjosas como el demonio. Con el tiempo. Ya lo verás".

La expresión del abuelo Moe se suavizó. No había compasión en ella, sólo preocupación. Lo cual no era un alivio, la verdad. Sólo convertía al abuelo en una persona más a la que intentaba no preocupar ni herir con mis acciones. O mostrar cómo me sentía por el anuncio de Andrew. Sobre el primero de diciembre. La boda.

Sólo al abuelo no había podido evitarlo en los últimos tres días.

"Mira a tu alrededor, cariño", me dijo. No lo hice. Sabía exactamente cómo era *mi alrededor*. Y continuó: "La cocina es un desastre. No hay un centímetro de superficie que no esté cubierto de dedos de señora, tazones de café, cacao en polvo o salpicaduras de huevo. Esto es sólo tiramisú. Has hecho recetas mucho más elaboradas y las has hecho parecer fáciles. ¿Recuerdas el croquembouche?"

Inhalé. "Esto no es *sólo* tiramisú. Horneé los dedos de dama. Desde cero. Traje granos especiales de Josie's Joint para el café. Estoy usando el mascarpone de mejor calidad que encontré disponible en el *condado* y estoy batiendo las claras manualmente. Estoy..."

"Todavía no es croquembouche."

"Deja de decir 'croquembouche'."

Las fosas nasales del abuelo se encendieron. "No. Croquembouche."

"Abuelo..."

"Croquembouche", repitió.

Jesucristo. "Eres insoportable."

"Y tú eres un cascarrabias", señaló. "Eres un *crankembouche*."

Mis dientes rechinaron. "¿Tienes cinco años?"

"Ojalá", refunfuñó.

Y me recordó tanto a Matthew en ese preciso momento que sentí que se me pasaba la irritación. Porque eso era lo que me hacía pensar en Matthew ahora. Hacía que todo lo demás se desvaneciera. Lo cual no era bueno. No ahora. No después de esa noche.

le espetó el abuelo. "Os comportáis como los tontos de mi programa. Sólo que ya no es divertido veros. Es simplemente doloroso en este punto".

"Vaya, gracias", murmuré. "Y no te preocupes. No voy a ir por ahí regalando rosas de tallo largo a hombres al azar". *En cierto modo ya lo hacía, me dijo mi cerebro.* Y tuve que sacudir la cabeza, deshaciéndome físicamente de ese pensamiento.

Se encogió de hombros, poco convencido. "Esto te está liando la cabeza. El tiramisú, pero también el vídeo y la maldita boda. No me gusta".

Dejé el bol y el batidor en el suelo y crucé los brazos sobre el pecho. "No se me ha metido nada en la cabeza", mentí.

Excepto tal vez orgasmos. Y bien, el día de la boda estaba a menos de un mes. E Internet enloqueciendo por un clip de diez segundos. Y Andrew, y Bobbi, y Willa Wang y... Quizás el abuelo tenía razón.

"¿Qué hay en la despensa, entonces?"

Me burlé. "Cosas de la despensa".

"¿Ah, sí?"

Entrecerré los ojos. Sabía lo que colgaba en ese momento de uno de los estantes de la despensa. Simplemente no podía explicar por qué estaban allí. Ni cómo había descubierto el abuelo que estaban allí. ¿Me había visto bajarlos por las escaleras?

Los labios del abuelo se afinaron. "Llama ya a Matthew. Han sido tres días infernales en con esa mujer llamando a todas horas y pasando en coche por delante de casa. Se me han acabado las excusas y estoy molesto. Como mínimo debería molestaros a Matthew y a ti. A mí no".

"Bueno, eso es maduro y nada egoísta", contesté.

"Tú eres la que está siendo un poco egoísta, cariño".

Bueno, ¡ay! Apoyé la cadera en la encimera y moví algunos ladyfingers, fingiendo que no me había afectado. ¿Estaba siendo egoísta? "¿Estoy siendo egoísta?"

"El fantasma siempre es egoísta".

Se me escapó un grito ahogado. "¿Cómo sabes siquiera lo que es ghosting? Y no estoy fantasmearo a Matthew".

El abuelo Moe arqueó las cejas. "Lo sé de sobra. Y tienes al chico metido en todo esto y ahora, ¿qué? ¿No hablas con él?"

"Mi teléfono murió. Tuve que ponerlo en arroz. Es un milagro que volviera a la vida. Y estoy seguro de que está bien. Quizás un poco preocupado, pero bien".

"Lo vi ayer, caminando con energía por las afueras de la ciudad mientras miraba al suelo como tú a esas claras de huevo".

Se me oprimió el pecho. ¿Había estado caminando? ¿Mirando al suelo? ¿Qué significaba eso? ¿Estaba...?

El abuelo continuó: "Es mi deber señalarte que no te estás haciendo ningún favor. Cualquier razón que creas tener es una idiotez".

"Pensé que no te gustaba".

"No me desagrada. Y si yo puedo ser indulgente con el chico, tú también. Ahora hazlo antes de que recurra a la intrusión con un radiocasete al hombro y haga el ridículo".

Solté una carcajada. Pero era amarga. "Como si alguna vez..."

Sonó el timbre.

El abuelo Moe sonrió satisfecho. "Será mejor que no traiga música. Hice una pausa justo en la ceremonia de las rosas y me gustaría ver por quién se va Emmanuelle al final. En paz".

Con eso, se dio la vuelta y se fue, sin darme otra opción que abrir la puerta yo mismo.

Una parte de mí esperaba que fuera él y otra temía que lo fuera. Era una tontería. Estaba siendo tan tonta.

Objetivamente, sabía que nada tenía que cambiar después de nuestra llamada telefónica. Que le había pedido que me distrajera en primer lugar, y que había muchas cosas que priorizar antes que esto. Como el estúpido anuncio de boda que Andrew hizo en el mercado de medianoche y lo que eso significaba para mí. Matthew. Para nosotros. Todo, en realidad.

No nos casamos, pero seguimos siendo amigos.

Esa era una de las reglas.

Y ahora... ¿Ahora qué? ¿Podríamos seguir haciendo esto, viéndonos, hablando, sin romper ninguna de esas afirmaciones?

¿Cómo se podía seguir *siendo amigos después de* lo que había pasado? ¿Cómo podíamos seguir comprometidos y no casarnos pero seguir siendo amigos después de la otra noche? Quizás Matthew había tenido relaciones casuales, sexo casual, pero yo no. Nunca. Así que no sabía si podía dejarlo todo de lado y actuar como si él no me hubiera dado un orgasmo. Un orgasmo alucinante. Como si no hubiera gemido su nombre por teléfono. Ahora no sabía si podría verlo y no pensar en eso. Todo porque me había enfadado y parecía que el mundo se me había venido encima.

Eres importante.

Me tienes a mí.

Y no hay nada de ti que quiera arreglar.

No hay nada en ti que necesite arreglo.

Me tienes, mi cerebro estaba atascado en. ¿Pero lo tenía? No sólo no sabía qué hacer con eso, sino que ya no sabía si lo tenía.

Había dicho todas esas cosas antes de que le rogara que me distrajera. Antes de dejarle creer que la distracción era *todo lo* que quería de él. No lo era, pero ¿y si le había hecho daño? ¿Lo había confundido? ¿Molesto? ¿Y si Matthew quería irse ahora que había tenido tiempo para pensar? ¿Ahora que todos creían que estaría en un altar el primero de diciembre, esperándome? Lo entendería, de verdad. Ya no estaba segura de poder hacer todo esto del compromiso por mí misma. Este tonto dilema del prometido que tenía entre manos lo había llevado demasiado lejos. Había sido tan egoísta. Como el abuelo Moe me acusaba de ser. Como había hecho tantas veces con tantos hombres.

Por eso me había escondido.

Porque Sam y Nick tenían razón, yo era un corredor, y por lo tanto, esto es lo que mejor hacía.

Otro golpe en la puerta me hizo darme cuenta de que había estado allí de pie, con la mirada perdida.

Cuadré los hombros. Agarré el pomo. Lo giré.

Todo irá bien. Le saludarás. Él responderá con una pequeña sonrisa, porque así es Matthew. Bueno, amable, pase lo que pase. ¿Te gustaría entrar? Creo que deberíamos hablar.

Los ojos de Matthew se encontraron con los míos.

Se me cortó la respiración.

Su boca se crispó. Pero no era una sonrisa. "Ah... joder, Josie."

Ah, joder, Josie en efecto.

Estaba tan guapo delante de mí. En mi puerta. Justo aquí, conmigo. ¿Debería hacer una pequeña charla? ¿Seguir con una broma? Oh, el plan había sido...

"No puedes evitarme más", dijo. "Por favor."

Fue directo al grano. No podía quejarme, la verdad. Era una de las cosas que más me gustaban de él. "No intentaba evitarte", respondí, con voz débil, la mentira rodando por mi lengua. Era una de las cosas que menos me gustaban de mí. Al menos últimamente.

"Fui a un paseo de salud mental".

Eso rompió la armadura que me había propuesto mantener alrededor del pecho. Eso era lo que el abuelo había querido decir, entonces. Había visto a Matthew en aquel paseo. Oírle decir esas palabras no me sentó bien. En se me agriaba aún más el sabor amargo que tenía en el fondo de la boca. La salud mental era importante. Mi cocina cubierta de queso mascarpone y salpicaduras de huevo era prueba de ello. "¿Ayudó?"

Matthew apretó la mandíbula. Entonces sacó algo que yo había pasado por alto de detrás de su espalda. "Te he hecho una tarta".

La armadura cayó al suelo. "¿Qué has hecho?"

"Te he hecho una tarta".

Mi pecho se volvió cálido y frío, suave y tierno, expuesto a todo lo que él dijera ahora. Mis palabras no eran más que un susurro. "Pero nunca nadie hornea para mí".

"Sí, quiero".

Lo hizo.

Cada gramo de fortaleza y obstinación de mi cuerpo se desvaneció con esas dos palabras. Todos los miedos que me habían mantenido tan tensa, tan nerviosa, como si estuvieran a punto de romperse, desaparecieron.

Matthew me hizo una tarta. Llevaba tres días aquí, escondida, como la cobarde que era, dejándole creer cosas que en realidad no pensaba, pero que no podía expresar con palabras, y él se había presentado en mi puerta con una tarta que había hecho para mí.

"¿Me dejas entrar?", preguntó.

Se me cortó la respiración y le pedí a Dios que no me echara a llorar, porque sería una tontería. Esto era sólo pastel. Matthew dio un paso adelante, como en respuesta a ese pensamiento. El lateral de la bandeja rozó mi hombro. Olía a manzanas y canela. Extendió la mano y me pasó el pulgar por la mejilla. Cuando lo bajó, había una salpicadura de lo que debía ser clara de huevo pegada a su dedo.

"Tiramisú", murmuré. "Esa es mi versión de un paseo de salud mental".

Los ojos de Matthew brillaron de comprensión. Algo más también. "Déjame entrar, Josie."

Sabía que si le decía que se fuera, lo haría. También me pregunté si las palabras significaban para él algo más que entrar en mi casa. Probablemente sí, y era justo. Sin embargo, no le daría la espalda. No creía que pudiera, con lo asustada que había estado y seguía estando.

"Creo que deberíamos hablar", dije, tal y como había ensayado en mi cabeza. Me hice a un lado. "Siéntate en el salón, por favor. Traeré los platos".

La tarta de manzana de Matthew era fantástica. Un poco demasiado limón para muchos, pero a mí me gustaban mis postres de manzana más agrios que dulces. Aunque quizá sentarse a comer no había sido la mejor idea. Porque ahora, colgando de una comisura de los labios de Matthew había una pequeña miga de pastel caramelizado. Tan pequeña que sólo me fijé en ella porque me había fijado en su boca.

Los pequeños gemidos que hacía mientras limpiaba su plato.

Era realmente injusto lo mucho que le gustaba comer y lo feliz que me hacía verlo.

"¿Qué hay en la cocina, Josie?"

Mis ojos recorrieron su cara. Hoy no lleva gafas. "Nada especial, aparte del desorden dejado tras un postre fallido". Y las cuatro perchas actualmente enganchadas a un perchero de mi despensa. "¿Por qué?"

"Estás robando miradas a la puerta de la cocina. Y me pediste que esperara aquí. Dijiste 'por favor'."

"Sólo modales". Me levanté y caminé hasta su extremo del sofá antes de cogerle el plato vacío. "Y el hecho de que soy una anfitriona atenta que quiere que su invitado esté cómodo", añadí, apilándolo sobre el mío.

Matthew tiró del dobladillo de mi rebeca y le miré a la cara. "Llevabas esto la noche que llegué. Después de cambiarte".

El corazón me dio un vuelco. Me esforcé por sonreír, pero probablemente lo hice de forma forzada. "Es mi acogedor cárdigan. Me la pongo cuando me apetece".

"El estado de ánimo", murmuró. Sus dedos pulgar e índice se movieron alrededor de la tela. Le vi sacudir la cabeza como si estuviera decidiendo algo. "¿Así que eso es lo que soy ahora? ¿Un invitado?"

Aquí estaba, entonces, el momento que había estado evitando. La conversación sobre la que habíamos pasado de puntillas mientras comíamos su tarta. El tema que me quitaba el sueño, que me angustiaba tanto como el hecho de que todo el pueblo -mi comunidad, mi padre, mi hermana y mi amiga, el mundo- creyera que nos casábamos el primero de diciembre. O que mi reputación había quedado grabada en piedra. En Internet, gracias a Página Nueve. Confirmando lo que todos pensaban de mí. Todo gracias al envío de un redactor anónimo.

"Deberías decirme qué eres", dije finalmente.

Sus cejas se cruzaron por un instante. Pero no fue por confusión, no lo creía. Era determinación. A diferencia de mí, Matthew nunca rehuía decir las cosas como eran. "Soy Matthew. Soy tu prometido".

¿Son esas dos cosas lo mismo? Debería haber preguntado.

"¿Incluso después de esa noche?" Dije en su lugar. "¿Incluso después de todo lo que ha cambiado?"

Matthew se puso en pie. "¿Qué ha cambiado?"

La proximidad de su cuerpo me abrumó. Como nunca antes. En el buen sentido. Una forma que me hizo querer más. Tirar de su jersey. Pasar mis dedos por su mejilla. Oír su voz cerca, palabras cayendo en mi oído. Esto era lo que había temido. "Hay un vídeo de mí vestida de novia, con la mandíbula desencajada y los ojos enloquecidos, mientras huyo de una ceremonia en un hermoso y abarrotado país de las maravillas invernal". Desvié la mirada. "Llego incluso a pisotear el ramo. Aunque sea accidentalmente. Era precioso, y esas flores no se merecían eso".

Unos dedos suaves me tocaron la barbilla, empujándome hacia arriba. Me encontré con su mirada. "Había una cascada, Josie". Su mandíbula se apretó. "Justo detrás de ese tonto. ¿Cómo pudiste *no* huir así? No podía saberlo".

Él lo sabía. Pero yo también. "Mi fobia no apareció del todo hasta ese día. Y yo estaba convencida de que podía hacerlo. Greg trabajó muy duro en un plan de ocho semanas para corregirla con meditación. Los dos estábamos seguros de que funcionaría".

"No se corrige un miedo", replicó Matthew frunciendo el ceño. "Cambias el maldito lugar".

"Su sueño era casarse en un lugar así".

"Su sueño debería haber sido casarse contigo".

Me sentí palidecer ante sus palabras, como si de algún modo me hubieran abierto los ojos a algo que nunca había visto. "Gracias", murmuré. Toda esa *ternura* en mi pecho expandiéndose, comiéndose cada gramo de espacio. "Es un bonito sentimiento".

Se acercó un poco más, las botas avanzaron hasta ocupar todo mi espacio. "No estoy siendo amable."

Se me cerraron los párpados de lo bien que se sentía tan cerca. "Entonces, ¿qué estás siendo? Porque pensé que estarías en pánico, honestamente. Pensé..."

"Lo siento, para empezar", dijo. Y cuando volví a abrir los ojos había algo que no me gustaba en su cara. Algo que odiaba ver allí. "No debería haberte presionado como lo hice cuando tenías muy claro que no querías hablar".

Sentí que separaba los labios. "¿Qué? No. No tienes nada de qué disculparte".

"Entonces responde a mi pregunta, por favor". Su nuez de Adán se balanceó. "¿Qué ha cambiado? Porque necesito saberlo. Te he dado espacio ahora, y he terminado de hacerlo. Estoy..." Dejó escapar una risa extraña. "Estoy necesitado, supongo. No soy tan guay como para actuar como si no me importara, cuando he estado deprimido. No. A la mierda con eso. Soy lo suficientemente guay como para admitir que sí. Hice una lista de reproducción. Para los paseos. Había más de una. Vi todas las temporadas de *Bridgerton*. Y Cristo, esa serie es tan malditamente buena. Me hizo llorar varias veces. Ahora quiero leer los libros".

Mis labios se crisparon. Intenté con todas mis fuerzas detener aquello, de verdad, pero... Dios.

"Estás sonriendo, Josie. Es preciosa".

Una pequeña bocanada de aire me abandonó. "Me has hecho una tarta".

Nadie horneaba para mí. Nunca nadie lo había hecho. No desde mamá.

"Un buen puto pastel", añadió.

Mi sonrisa se hizo más grande. Más triste. Probablemente más fea. "Tendrás que darme la receta".

"No." Sacudió la cabeza. "Te haré otro."

Una extraña oleada de emoción se elevó, haciendo que mis ojos... escocieran. Y yo... Dios. No podía llorar. Ni siquiera tenía sentido. *Concéntrate, Josie*. Concéntrate. Dejé escapar un suspiro tembloroso. "¿Qué quieres hacer? Las cosas han cambiado desde que hablamos de nuestro plan. Hay... primero de diciembre. Y Andrew invitó a todos en la ciudad. Yo... no he

hablado con Bobbi, ni he estado en línea, ni he contestado al teléfono en absoluto, pero supongo que el mundo lo sabe ahora. Adalyn debe odiarme. O pensar que la odio. Cam estará furioso". Sacudí la cabeza. "Hice que el abuelo Moe les echara un vistazo para asegurarme de que se encontraba mejor. Pero sigo siendo una hermana horrible".

"Hablé con ella", dijo Matthew. "Con Cam también".

"¿Lo hiciste?" Mi corazón se aceleró. "¿Para decirles qué?"

La exhalación de Matthew fue larga y profunda mientras el aire abandonaba su nariz. "Ese Andrew nos sorprendió".

Nosotros. Se le cortó la respiración. Así que no sólo había hablado con Adalyn y Cam. Lo había hecho por nosotros dos.

Como si intuyera que necesitaba oír más, continuó: "Que nunca planeamos que la fecha fuera tan pronto, pero Bobbi fue a nuestras espaldas. Que están haciendo lo que sirve a la narrativa, independientemente de lo que queramos. Que estabas tan sorprendido por eso y el clip, que necesitabas unos días para desconectar y recargar. Que ser el centro de atención es nuevo para ti, y estás abrumado. Que apenas salías de casa, y mucho menos hablabas con nadie en , y que eso es tan fuera de lo normal, que yo estaba asustada y corriendo en círculos por la casa, asegurándome de que nadie te molestara. Y eso desgraciadamente les incluía a ellos".

Apenas me salía la voz. "¿Estuviste? ¿Corriendo en círculos alrededor de la casa?"

"Quería hacerlo".

Pero no lo había hecho. Aún así, se había asegurado de mantener las cosas bajo control. Todo lo que yo había descuidado escondiéndome y acurrucándome en una bola desordenada y salpicada de huevos.

Un sonido extraño subió por mi garganta. Me di cuenta de que era alivio. Simple y llanamente. Un alivio abrumador y revelador. "Faltan cuatro días para que se cumpla un mes. Del primero de diciembre", dije. "Eso me asustaría". Y así fue.

Hubo un destello de sorpresa en el marrón claro de sus ojos. Las motas de verde. "Estuve de acuerdo. Te dije que lo haría. Así que dame algo de crédito, ¿vale? No voy a cambiar de opinión y echarme atrás porque Andrew haga algún discurso". Una exhalación lo dejó. "No me gusta ni confío en Bobbi, pero es buena en lo que hace. Hizo que quitaran el vídeo". Su expresión se puso sobria, y no necesitó decir las palabras. *Aunque el daño ya está hecho.* "Démosle espacio para actuar".

Me lo pensé un momento, pero... "Tienes razón. Supongo que no hay diferencia si cancelamos las cosas ahora o dentro de cuatro semanas."

Matthew asintió con la cabeza.

"¿Qué... qué pasa con la otra noche?"

"¿Qué pasa con él?"

"Nosotros..."

Levantó la mano y me rozó el cuello con el dorso de los dedos, echándome el pelo hacia atrás. Bajó la cabeza. "Te has corrido", me dijo al oído. Justo como lo había deseado hacía unos minutos. Cada noche durante tres días seguidos. "Diciendo mi nombre. Está bien, decimos las cosas como son".

Tropecé con mis palabras. Pensamientos. La ola de calor que me bañaba. "Sí. Tiene que cambiar algo".

"¿Tiene que hacerlo o quieres que lo haga?"

La forma en que me lo había pedido también me recordó aquella noche. Siempre se las arreglaba para darme a elegir, la elección, sin importar cómo o qué. "No quiero que cambie nada".

"Entonces no lo hará". Se inclinó un poco hacia atrás, observando mi cara. "Pero creo que quiero una revisión de las reglas".

Las palabras del abuelo volvieron, haciendo ruido. *Has metido al niño en todo esto*. Lo tenía. Y ahora pedía un poco de control.

"Por supuesto".

"Añadimos una nueva regla".

Asentí con la cabeza. "De acuerdo."

"Te distraigo, Josie. De lo que sea que te esté molestando. Lo que sea que te esté haciendo dudar de quién eres realmente y de lo que estamos haciendo. Ese será mi trabajo". Bajó la voz. "Cuando no puedas, tomaré el control. No esperaré a que me lo pidas. Esa es mi regla".

Las palabras de esa noche hicieron difícil responderle de inmediato. *Desnudos. Bromas. Una distracción. Mi boca sucia. ¿Eso es todo lo que quieres de mí, entonces?* Le dejé creer eso. De sí mismo. Pero si le dijera que es mucho más que eso para mí, me preguntaría qué. ¿Qué más soy, entonces? Y yo no sabía cómo responder a eso. Todo lo que sabía era que la idea de Matthew, aquí, tan cerca que todo lo que podía oler era a él y a manzana y canela de hornearme un pastel, me haría decir cualquier cosa para que se quedara. "De acuerdo."

"Vale", repitió. "Ahora, muéstrame lo que escondes en la cocina".

Ni siquiera intenté fingir que se refería al tiramisú. Claramente, se refería a lo que yo realmente escondía. Era tan mala mintiendo, de verdad. "Sígueme, por favor. Supongo que a este paso probablemente ibas a verlos de todos modos".

Matthew me seguía mientras yo navegaba por el caos que era mi cocina, que para su crédito él ignoraba. Y cuando me detuve, justo delante de la despensa, él también lo hizo. Justo detrás de mí.

Respiré hondo y abrí de golpe las puertas dobles. Aunque en cuanto me di la vuelta y miré a Matthew, me di cuenta de lo exagerado que había sido. No se trataba de un ta-da ligero y divertido.

"Pensaba donarlos", expliqué, volviendo la vista a la despensa. "Hoy mismo. Por eso están aquí. Aunque creo que me acobardé en algún momento entre colgarlos aquí y enfrascarme en mi fallido tiramisú".

Matthew tardó un poco en hablar, pero cuando lo hizo supe, sólo por el cambio en su voz, que sus ojos estaban puestos en mí. "Estos son tus vestidos de novia."

Lo eran. Lo son. "Me pediste que te mostrara". Me obligué a sonreír. "¿Crees que es extraño que las haya guardado?".

Frunció el ceño. "No. Yo..." Una bocanada de aire le abandonó. Sacudió la cabeza. "No es eso. Creo que es algo que tú harías".

"¿Estás diciendo que mi casa está desordenada? ¿Que podría tener un problema de acaparamiento, tal vez?" bromeé.

Se le escapó una risita. Y vaya si alivió parte de la presión que sentía en el pecho por lo fuera de sí que acababa de parecer. Aunque no me diera mucha respuesta.

Pero lo entendí. No me debía ninguna.

Me tocaba hablar a mí. "Los he guardado", dije. "Porque son mis vestidos de novia. Y por mucho que sean un recordatorio de decisiones malas o precipitadas, y de dolor, y sí, también de

angustia, siguen siendo recuerdos de una época en la que fui feliz. Esperanzada. Enamorada, aunque fuera por poco tiempo. También por eso guardé los anillos. No es que los tenga expuestos ni nada por el estilo. Sólo me gusta saber que están aquí. Las relaciones se acaban, y tanto si eres el que se va como el que se queda, lo único de lo que no puedes huir son los recuerdos. Son parte de ti; se merecen algo mejor que desaparecer. Estos vestidos son como una versión rara y retorcida de un álbum de fotos. Ocupan mucho espacio".

Nuestras miradas se cruzaron y me pregunté qué vería él. ¿Qué estaría pensando en ese instante? Ya no insistía ni preguntaba si estaba asustado y quería salir. No después de que acabáramos de hablarlo. No después de que me hubiera *demostrado* que aún le tenía.

"¿Me haces un tour?" Matthew finalmente preguntó.

"¿De mis vestidos?"

"De tu pasado. De tus recuerdos".

Matthew hizo que algo que todo el mundo parecía ver como un problema sonara hermoso. O quizá me recordó que siempre lo había visto así.

"Sí", le dije. "Creo que puedo hacerlo".

Y de un modo extraño, yo también quería hacerlo. No porque fuera lo menos que podía hacer, sino porque quería hacerlo con él.

CAPÍTULO 16

Resoplé ante mi teléfono antes de teclear una respuesta.

JOSIE: Es la cosa de la pierna para mí.

Quería enseñarte los zapatos.

Pensé que querías presumir de tu pie pop.

Me preguntaste qué me iba a poner esta noche.

JOSIE: Y me encanta el esfuerzo y el entusiasmo de tu respuesta.

También me encantó cómo le quedaban esos pantalones de vestir verde oliva oscuro. Y el polo de manga larga color crema. Y las gafas. No me atrevía a preguntarle si se las pondría esta noche, pero quería que lo hiciera. Quería exigirle que lo hiciera. Mis dientes me rozaron el labio. Volví a darle al play.

Matthew se materializó en mi pantalla, caminando hacia atrás, alejándose del teléfono. Se metió las manos en los bolsillos y bajó la mirada. Giró, mostrando su costado. Una pequeña pausa. Luego la espalda. Se me escapó un suspiro extraño al ver aquellos hombros con aquella camisa de aspecto anticuado. Mis dedos ansiaban hacer una pausa y tomar una captura de pantalla para poder guardarla en mi galería, pero mi parte favorita estaba por llegar. La pausa de uno, dos, tres segundos y... Foot pop.

Ugh.

No esperaba un vídeo de fit-check cuando le pregunté qué llevaba puesto esta noche, pero no me iba a quejar. Tal vez incluso le exigiría uno cada día a partir de ese momento.

Unos dedos chasquearon justo delante de mi cara, haciéndome estremecer.

"Si no dejas de reírte de esa pantalla, voy a regurgitar mi A.B. y no estoy de humor para esperar a que hagas una nueva. Es lo que más tardas".

Parpadeé al ver a Bobbi. Concretamente, las gafas de sol oscuras que llevaba puestas. "¿Qué demonios es un A.B.?"

Levantó la taza que tenía delante y le dio una rápida sacudida, ante lo cual fruncí el ceño. "Por Dios, Josephine. ¿Pasas algún tiempo en Internet? ¿En absoluto?"

Puse los ojos en blanco. "Si te referías a tu café, yo lo llamaba *Sharkie*".

"Aw," Bobbi deadpanned. "Le has puesto mi nombre a una bebida. Me sentiría conmovida si esto fuera una película de Hallmark en la que el dueño de la cafetería enseña a la perra jefa de la ciudad -con un increíble sentido de la moda- cómo abrir su corazón para que pueda empezar a vivir, reír y amar su vida. Pero por suerte, esto es la vida real. Y eso no está en las actas de nuestras reuniones".

Era fácil dejarlo pasar y no ofenderse, francamente. Sentí que había vivido exactamente eso con Adalyn. "No soy la dueña de cafetería Hallmark que me pintas". Le sonreí. "Sabes que el alcalde de la ciudad tiene poder, ¿verdad? Podría hacerte el trabajo mucho más difícil si me traicionas".

Bobbi me estudió. "Vaya, la rubia debe haberte dado una paliza esta semana".

Se me cayó la mandíbula al suelo. Luego me burlé. "No lo hizo". Bobbi arqueó las cejas. "Sólo me tiró la cantidad apropiada y normal de tiros de pareja".

Su cara se transformó en una mueca. Y yo... bueno, me reí, aunque seguía un poco ruborizada. Si Matthew me hubiera oído decir que él...

"Vaya", dijo ella, fingiendo un escalofrío. "Tomo nota. No volveré a sacar el tema si te pones así. Realmente no puedo soportar más de eso. ¿Podemos continuar con nuestra reunión?"

Levanté la barbilla. "Esto no es una reunión. Me emboscaste en el trabajo y me exigiste que marcara casillas en una lista".

"Lo escribiré en el acta", contestó ella con tono inexpresivo.

"Tengo más sugerencias, si te interesan". Cogí el trapo del bolsillo de mi delantal y lo doblé meticulosamente. "Como... El *molesto organizador de bodas hizo que el padre de la novia invitara al condado a la boda. Sin decírselo a ella. O la fastidiosa organizadora de bodas exige que el café se prepare en menos de dos minutos, alegando una situación de vida o muerte. O el molesto planificador de bodas vuelve loca a la novia mientras lleva gafas de sol en el interior*".

Bobbi jadeó. "No soy sólo una *organizadora de bodas*".

"Si tú lo dices".

Se bajó las gafas de sol por la nariz. Me miró con ojos oscuros. "No me gusta esta nueva oleada de... desafío".

Desafío. La palabra ahora también me recordaba a Matthew.

"Dios," Bobbi gimió. "La gente enamorada es demasiado egocéntrica. Estoy tratando de desayunar aquí, además de una reunión. ¿Puedes dejar de mirar así y concentrarte?"

"El café no es una comida". Puse los ojos en blanco, pero una parte de mi cerebro se quedó con algunas palabras concretas. "Y no sé si puedo concentrarme en , sinceramente. No estoy contenta con cómo se manejaron las cosas. Esta es... mi boda. No la tuya para anunciarla por capricho".

"Escucha", dijo. Y no podía decir exactamente lo que era de Bobbi, pero podía decir que algo acababa de cambiar. "Lo siento. I-" Sus labios se fruncieron. "No te sorprendas tanto. Realmente lo siento. Pero tenía que actuar rápido porque sabía que iban a soltar algo *malo* esa noche. Tengo contactos en la Página Nueve. Me avisaron del envío de ese editor. Sabía que sería un vídeo, así que no fue difícil sumar dos y dos. Cada boda tiene un camarógrafo. Y tú tenías cuatro, así que ya son cuatro las amenazas potenciales que penden sobre nuestras cabezas".

"¿Así que asumiste que el vídeo tenía que ser mío?"

"No podría ser de Andrew. Tengo todo eso bajo llave. Eres mi comodín, Josephine. Siempre lo has sido. Pero ya lo sabes, y la razón, así que no me hagas explicarte otra vez por qué esas dos reinas del drama de internet están tan hiperfijadas en ti."

Yo sabía por qué. Clout. Cotilleo. Drama. Entretenimiento. Más que añadir a la saga Underwood. Gente aburrida que necesitaba algo que escuchar para no estar sola con sus propios pensamientos. Era curioso, supuse, que esto hubiera empezado como un problema para la imagen de Andrew y ahora, al parecer, sólo fuera una amenaza para la mía. "Son tres videógrafos, por

cierto", dije. "Duncan y yo terminamos nuestra relación semanas antes de la fecha en que se suponía que nos casaríamos".

"Lo sé", admitió Bobbi. Y a estas alturas ni siquiera me sorprendía que lo supiera. Incliné la cabeza. "Y siento haberte sorprendido, por si sirve de algo. Tu pequeña crisis nos retrasó casi una semana".

Se me escapó un suspiro. "¿Pero puedes arreglarlo? ¿Puedes arreglar algo de esto? ¿Como dijiste que lo harías?"

"Soy Bobbi Shark, ¿verdad?" Me acercó el iPad. "Hice que quitaran el vídeo en menos de un día. Una buena manera de continuar es dejar que yo me encargue de todo ahora. Al fin y al cabo, soy tu "organizadora de bodas", se estremeció teatralmente. Así que... ¿Lista de comprobación?"

Mi mirada se posó en el aparato, pero no lo cogí. Todavía no. "Con una condición".

Sus ojos se entrecerraron.

"Sin vestido de novia", dije, a lo que ella frunció el ceño. "Yo me encargo de eso".

No podía soportar mirar vestidos. No para esto. No cuando parecía que iba a añadir un quinto recuerdo a mi ya larga colección. No después de abrirme así a Matthew y mostrarle una parte tan crucial de quién era que nadie más conocía. Y no cuando eso significaría que siempre tendría un recuerdo de algo destinado a romperse, colgando de un perchero.

No nos casamos, pero seguimos siendo amigos.

"Yo me encargo de eso", terminé. "Es algo que quiero pagar yo misma. Y puedes dejar de mirarme como si fuera a presentarme a mi propia boda vestida con un trapo de cocina. Tengo experiencia con vestidos, ¿no? Será sencillo pero elegante. No necesito que nadie haga un alboroto. Estoy cansada de alborotos en este punto. Y Andrew ya está pagando por... todo."

Bobbi consideró mi petición durante un largo momento y luego dijo: "A mí me vale".

"Oh", bromeé. "Y deja de llamar al abuelo Moe si no contesto al teléfono. Está un poco agobiado".

Me lanzó una mirada. "Bien."

"Oh. Y sé amable con Robbie."

"No soy amable", contestó ella. "Ciertamente no a un hombre que lleva un chaleco acolchado a una fiesta. Con bolsillos. Que rellena con cosas".

"Pero..."

"Estaré razonablemente de acuerdo". Dio un nuevo empujón al iPad. "Ahora revisa la lista. Quiero que marques tus preferencias en las cosas básicas de para que pueda hacerme una idea de qué hacer. Luego lo hará Blondie. Cotejaré las dos y luego pasaremos a cosas más importantes. Como la elección de los centros de mesa. Floristas. Catering. Distribución de asientos para la cena de ensayo y la ceremonia. Todo tendrá lugar en la granja, lo he decidido. Entonces, ¿Roberto se encargará de la iluminación o debo traer a un tercero? Y antes de que preguntes, no, tu portador de anillos no va a ser ese cerdo. La última vez que pisé esa granja, le pillé mordisqueando mi Hermès".

Parpadeé mirándola mientras daba un rápido trago a su Sharkie. Aquella bolsa que Pedro Pigscal había estado mordisqueando, como ella decía, valía miles de dólares.

Pero está bien. Bien. Yo también podía ejercer una razonable complacencia. Así que le cogí el iPad con una sonrisa. Y cuando me ofreció un bolígrafo, también lo cogí, con los labios aún más arriba.

Y empecé a marcar cosas al azar en las listas multicategoría. Tap-tap-tap-tap fui. Endiabladamente rápido. Detalles de madera, tarros de cristal, centros de mesa, aperitivos, dulces

sureños, cócteles de autor, una banda, también un cuarteto de cuerda. ¿Regalos de boda? Todos. Tipos de flores... tap. Opciones de catering, tap-tap. Pasé el dedo arriba y abajo y toqué un poco más. Me llevó un par de minutos y, cuando terminé, coloqué el bolígrafo junto al dispositivo y le devolví las dos cosas.

"Vaya, gracias", resopló Bobbi.

Apoyé la barbilla en el puño. "Soy rápido". Y la boda no se iba a celebrar de todos modos. Entonces, ¿qué importaba lo que yo eligiera? "Mucha experiencia en mi haber, ¿eh?"

Bobbi recogió el iPad y el bolígrafo. "Eso he oído", murmuró Bobbi, mirando hacia abajo. "Esperemos que la estación "Construye tu propio sundae" haga de ésta la vencida, ¿eh?"

No tenía ni idea de que había marcado eso. "Nada dice boda como un helado."

Bobbi se apartó del mostrador con un rápido y elegante movimiento. "No llegues tarde a la fiesta de esta noche". Frunció los labios. "Willa Wang intentará acorralaros a ti y a Blondie. No me preguntes cómo lo sé, pero lo sé. Así que no dejes que te arrincone. ¿Entendido? Di que estás enfermo, o pon la cara de antes y luego finge escabullirte para tener sexo. La gente comprometida se sale con la suya. O mejor aún, acuerda una palabra de seguridad con la rubia y úsala. Pero bajo ninguna circunstancia hablarás con esa mujer a menos que yo esté presente. ¿Entendido?"

Tragué saliva. "Entendido."

Bobbi giró sobre sus talones y luego se detuvo.

Me miró por encima del hombro. "Ah, y por favor, dile a la dama de honor y al padrino que te tiendan la mano. No han confirmado su asistencia para esta noche y aún no sé qué tipo de fiesta querrán organizarte, si es que quieren alguna, pero las strippers buenas estarán reservadas con tan poca antelación. Y Andrew no va a pagar a las baratas, ¿vale?"

Y se marchó.

Dejándome lidiar con las implicaciones de lo que acababa de decir.

En mi intento de proteger a Adalyn, también la había apartado de cosas en las que debería haber participado. Ni siquiera le había pedido que fuera mi dama de honor. Yo... ni siquiera había sabido que no iban a venir a la cata de vinos de Andrew. Ni siquiera había hablado con ella en los últimos días.

Se me encogió el corazón.

Dios. ¿Estaba ahuyentando también a mi hermana?

En un giro no tan sorprendente de los acontecimientos, Willa Wang nos había acorralado.

Bobbi nos iba a dar tanta mierda por esto. Esperaba que apareciera de la nada, como siempre, para llevarnos y salvar la noche. Pero ella estaba en ninguna parte ser encontrado.

Esto era malo. Peor de lo que esperaba, o de lo que Bobbi había insinuado. Willa Wang tenía un dispositivo de grabación, de los que se veían en las películas antiguas. ¿Sabía ella que había una aplicación para eso? El pequeño dispositivo de color carbón que había pulsado en cuanto tomamos asiento me estaba haciendo sentir como si nos estuvieran interrogando.

Eso, y sus preguntas.

Matthew las había rechazado a medida que Willa las lanzaba. Y habían sido muchos. Sólo nos faltaba el pequeño montículo de arena bajo nuestros pies en este punto. Lo cual era un pensamiento extraño considerando que sabía muy poco de béisbol.

Mi prometido se movió a mi lado, su brazo subió por detrás de mí y se apoyó en el respaldo de mi silla. Estábamos sentados en el patio, si tenía que elegir un nombre. No estaba segura de que la finca que Andrew alquilaba tuviera *patio*. Parecía más bien una gran extensión de vegetación y jardines. Varios. Estaba bastante segura de que había un cenador más allá de la hilera de árboles que rodeaban la zona donde estábamos sentados, donde ahora estaban reunidos la mayoría de los invitados, y apostaba todos los ingresos de Josie de este mes a que había una fuente en alguna parte.

La noche era cálida, o más cálida de lo que debería haber sido, tal vez, como los días anteriores a éste, pero había una mordedura en el aire. De los que te obligan a tener una chaqueta a mano. Había dejado la mía en el coche por si acaso, y cuando la mano de Matthew rozó el dorso de mi omóplato con el pulgar, no pude estar más agradecida por haberla dejado allí. Lo miré y me di cuenta de lo absolutamente delicioso que estaba. Su atuendo era aún mejor en persona, y cuando salí por la puerta y me lo encontré apoyado en su coche, tuve que morderme la lengua para no rogarle que se pusiera exactamente esos pantalones y esa camisa todos los días de la semana.

¿Y por cierto? Había acertado con lo de las gafas. I-

Willa se aclaró la garganta, enganchándose de nuevo. "Gracias, Matthew", dijo, aunque me estaba mirando a mí. "Ha sido otra historia fascinante sobre los deportes de Boston. Pero también me interesa saber de ti, Josie".

De ahí había surgido la metáfora del béisbol.

me reí entre dientes. "Creo que me gustaría oír más trivialidades de Boston. Fue genial oír que el hundimiento del *Titanic* eclipsó la primera gran victoria de los Red Sox. Me pregunto si Matthew puede contarnos algo más sobre los Sox". El hombre que estaba a mi lado soltó una carcajada sorprendida. "En realidad, no creo que haya terminado con la historia del muro. Me encantaría saber por qué se llama el Monstruo Verde. ¿Qué fue primero, el hecho de que fuera verde o el nombre? Me lo pregunto desde que lo mencionó".

Willa dejó escapar una bocanada de aire que interpreté como un signo de frustración.

La verdad era que después de la primera -y muy personal- pregunta de Willa dirigida a mí, Matthew se las había llevado *todas*. Y el hombre poseía la habilidad de llevar cualquier tema de conversación a los deportes. Concretamente, a los deportes de Boston. Era realmente excepcional. Ah, y era realmente malo disimulando su clara aversión por los New York Yankees. Lo cual me parecía... adorable. Probablemente era la única cosa relacionada con el deporte que podía nombrar que a Matthew no *le encantaba*.

"Fue muy generoso por parte de Andrew", dijo Willa en ese tono que yo empezaba a pensar que utilizaba cuando se le iba la paciencia. "Extender la invitación a la boda a todo el pueblo. ¿No crees?"

"Sí", respondí, con la espalda erguida. El suave peso de la mano de Matthew desapareció e ignoré la piel de gallina que me dejó su ausencia. "Realmente lo es. Estamos muy agradecidos de que se ofrezca a cubrir todos los gastos. Seguro que ya lo sabes. Ahora es una gran lista de invitados. Un gran esfuerzo de catering. Muchos vasos que llenar y pinchos que tener a mano. Nadie piensa en los pinchos, pero son importantes".

Willa parpadeó. "Tu discurso en el mercado de agricultores fue tan conmovedor", dijo entonces, dándose una palmadita en el pecho. "Se notaba que te salía del corazón". Sus ojos se cerraron, como si estuviera recordando algo en . "Ah, sí. *Un trozo de nuestra alma*. Y,

potencialmente, el inicio de un nuevo comienzo. Esa fue mi parte favorita. Hermosas palabras, de verdad".

Había intentado no darle demasiada importancia, pero, en retrospectiva, mis palabras probablemente habían sido un poco más reveladoras de lo que pretendía. Eché un vistazo a la grabadora, con el malestar hinchándose en mis entrañas. La mano de Matthew se posó sobre la mía, envolviéndola mientras descansaba sobre el lino blanco que cubría la elegante mesa del jardín.

"Vaya, gracias, Willa", dije con una sonrisa. De algo. "Mmh, ¿sabes qué? Lo siento, pero no puedo sacarme de la cabeza esa historia de la pared". Me volví hacia Matthew, los ojos marrones ya puestos en mí. "Creo que puede que me guste el béisbol. ¿Quién lo hubiera pensado?"

Sabía por la forma en que Matthew me miraba que estaba calibrando mis palabras. La urgencia que había detrás de ellas. La urgencia que estaba segura de que hacía que mi sonrisa pareciera torcida. Bobbi tenía razón: necesitábamos una palabra de seguridad. Yo la habría usado ahora mismo.

Willa se aclaró la garganta, como había hecho la docena de veces que había estado a punto de interceptar un cambio de tema.

Sin pensarlo demasiado, me llevé la mano de Matthew a la boca, como él había hecho alguna que otra vez en el pasado. Pasé los labios por el dorso, abriendo los ojos hacia él con una señal sin palabras.

No funcionó.

Matthew se quedó tan sorprendido por un segundo, la mirada en sus ojos tan... aturdida, que mi intento fracasó. Para los dos.

"Me encantaría llevarte a casa, a Boston", dijo Matthew, con voz temblorosa. Ambos nos dimos cuenta de que Willa estaba hablando. Pero no la estábamos mirando. Llevó nuestras manos a su regazo, y probablemente me habría sonrojado si no estuviera tan sorprendida por sus palabras. "Toda esta charla sobre los Sox me está dando un poco de nostalgia". Se rió, pero con una risa tensa, quizá incluso llena de nostalgia. Se volvió hacia Willa. Mis ojos permanecieron fijos en su perfil. "Supongo que por eso no puedo quitarme de la cabeza la idea de llevar a Josie a un partido. Ponerle una camiseta. Ver la puesta de sol desde las gradas. Coger una salchicha italiana de un carrito fuera de Fenway. Y volver andando a casa después del partido para ir a cenar a casa de mis padres. "

Sus ojos se arrugaron en las comisuras. Se me paró el corazón.

"Mamá nos echaba la bronca por picar, pero nada me ha impedido nunca zamparme su pastel de pastor". Su pulgar acarició el dorso de mi mano. "A ella le encantaría tener a alguien con quien juntarse". Se le hizo un nudo en la garganta. La mía se tensó, la emoción hizo que el órgano de mi pecho se acelerara. "Se enamoraría de Josie a primera vista. Intentaría robármela".

Empecé a temblar. No era frío; no había una ráfaga de viento desbocada que atravesara la noche y golpeará mi piel. Era anhelo. Un anhelo intenso. Por sus palabras. Y Dios, las deseaba, me di cuenta. Lo deseaba. Para alcanzarlo y agarrarlo con mis manos. Hacerlo realidad.

Sólo que yo... no iba a hacerlo. Ni siquiera sabía cuánto de eso realmente quería decir. Y probablemente por eso me sentía tan agitada por dentro. Fenway, la salchicha italiana, el pastel de pastor, no serían míos. No de la manera que él quería decir, no ahora, y ciertamente no después de esto. Boston podría haber estado en las cartas, tal vez, en algún momento. En alguna realidad extraña y paralela en la que no estuviéramos haciendo esto.

No nos casamos, pero seguimos siendo amigos.

"¿Así que no se han conocido?" preguntó Willa. Matthew se puso rígido. Yo también. "Josephine y tu madre, ¿no se conocen?"

Lo que tanto había anhelado se desvaneció. Esto era exactamente por lo que necesitábamos una palabra de seguridad.

"No en persona", me apresuré a decir. "Nos hemos visto por FaceTime. Lo cual es perfectamente normal en estos días. Como dijo Bobbi, ¿recuerdas? Al menos para mí, lo es. Me encantan Pam y Paddy, son maravillosos".

"¿Tenéis planes para vernos pronto?" Willa respondió antes de que pudiera relajarme. "Seguramente antes de la boda, ¿verdad?"

Parpadeé, con el estómago revuelto. No tenía respuesta para eso. Yo... ¿Los padres de Matthew sabían lo de diciembre primero? ¿Sabían la verdad? ¿Les estaba mintiendo también? Dios. No podía creer que no lo supiera. No podía creer que no le hubiera preguntado o asegurado a Matthew que no necesitaba mentirles. Nunca hubiera querido que lo hiciera. Y si lo había hecho, y pensaban que yo era esa persona en toda la página nueve, entonces no podía ni empezar a imaginar lo que pensaban de mí. ¿Cómo no había preguntado? ¿Cómo...?

"Están de viaje", respondió mi prometido, con voz severa. Seco. ¿Qué quería decir? "Empacaron todas sus cosas, vendieron la casa y ahora están viajando por el país en una casa rodante. La realización de sus sueños de jubilación".

Willa sacó su bloc de notas y su bolígrafo y garabateó algo.

"Háblame de tu madre, Josephine."

Mi atención vuelve a centrarse en el periodista.

"Liz", insistió Willa. "Debes echarla de menos en momentos como éste".

"La echo de menos cada día que ha estado fuera", me oí decir. Mi voz era fuerte, pero sólo porque estaba acostumbrada a encenderla cuando hablaba de ella. "Sin embargo, me ha amado", añadí. Largos dedos se entrelazaron con los míos, y el consuelo que me brindaron no ayudó a lo difícil que fue mi siguiente respiración. "He sido muy afortunada".

"¿Maurice te acogió, si no me equivoco?" Preguntó Willa. "Supongo que era la figura paterna que no tuviste mientras crecías".

Lo había hecho y no lo había hecho. El abuelo Moe había estado en mi vida mucho antes. Siempre había sido la figura del abuelo que nunca tuve, ayudando a mamá cuando necesitaba una mano, aunque no éramos parientes. Pero nunca lo consideré un sustituto o una forma de llenar un vacío que yo tenía. El abuelo Moe era el abuelo Moe. Cuando me acogió durante aquellos pocos meses, las cosas no cambiaron realmente, salvo por el hecho de que mamá no estaba allí. Pero nada de eso era relevante para el trabajo de Willa. Andrew sí lo era. "Lo hizo", logré decir por fin.

"No puedo imaginar lo duro que debió de ser", comentó Willa.

"Por suerte, ahora tengo a Andrew". Mis palabras se sentían raras mientras me dejaban, pero este era el punto de todo lo que me había hecho pasar. Se lo había hecho pasar a todo el mundo. "Está en Green Oak, pagando generosamente la boda" -tomé aire- "y dispuesto a formar parte de mi vida".

La mano que envolvía la mía se apretó.

Willa continuó, implacable. "¿Fue duro pasar por los cuatro compromisos, sabiendo que él estaba ahí fuera?"

Sus palabras rebotaron en el espacio que nos separaba durante unos instantes y me quedé muy quieta. Tanto, que no hablé.

Sus ojos oscuros brillaban con interés. "¿Qué sentiste al estar al principio de ese pasillo, no una, sino varias veces, sabiendo que tu padre no quería estar allí para ti?".

Matthew se levantó, con mi mano aún entrelazada en la suya. "Es suficiente..."

Tiré de él, deteniendo sus palabras. Era un hombre tan bueno y protector. Hizo que mi corazón se estrujara y estallara por la forma en que acababa de saltar. Siempre había querido eso. Alguien como él. Pero yo no estaba indefensa. Me había valido por mí misma durante mucho tiempo. Y por muy neurótica, ingenua y complaciente que fuera, también sabía defenderme.

"¿Por qué es eso relevante para ti?" le pregunté a Willa. "¿No se supone que debes centrarte en los logros de Andrew? ¿Su carrera? ¿Todas las cosas que ha logrado? ¿Por qué iba a importarte?"

"Quizá porque Andrew aún no se ha atrevido a hablar demasiado de ti". Se encogió de hombros con elegancia. Pero me di cuenta de que estaba molesta. Me di cuenta de que era una mujer que no estaba acostumbrada a no obtener las respuestas que buscaba. "O quizá porque todo este revuelo en Internet me está despertando la curiosidad por *la* infame Josie Moore. *El caso Underwood*, como algunos lo llaman".

Me rechinaron los dientes por un instante. "No eres tan diferente de ellos, entonces. Página Nueve". El aplomo fácil de Willa se quebró. "Y si estás buscando en una nueva dirección para el libro de mi padre, no soy la persona indicada".

Pulsó un botón de la grabadora con una sonrisa tensa, como si yo acabara de dar en el clavo. "Son nuestros pasados los que forjan las personas que somos hoy, Josephine. Eres una pieza en el puzzle de Andrew. Un accidente afortunado, una fase, un paso en falso... En realidad no importa qué. Pensé que podrías entenderlo, considerando que tú también escondiste un pasado".

Me incorporé lenta y relajadamente. Sentí que me temblaban las manos. "En eso te equivocas". Me moví alrededor de la silla y casualmente me inserté al lado de Matthew, como si eso fuera algo que hacía todos los días. Como si fuera algo que estaba destinada a hacer. Mantuve la mirada fija en Willa Wang. "A diferencia de mi padre, todo sobre mí siempre ha salido a la luz. La única diferencia es que ahora a la gente parece importarle". Puse la mano en el pecho de Matthew. "Y ahora, si no te importa, me encantaría escabullirme de todo el mundo y tener un *momento privado* con mi prometido, ya me entiendes". Le guiñé un ojo. "Necesito el tipo de distracción que sólo él puede proporcionarme después de esto. Y alguien me dijo que podríamos salirnos con la nuestra".

En cuestión de segundos, nos estábamos moviendo, algo a medio camino entre una carcajada y un gruñido retumbando en el pecho al que aún tenía pegada la mejilla y la mano.

"Mierda", murmuré. Sintiendo el peso de lo que acababa de decir a cada paso que nos alejábamos de Willa. "Mierda. Mierda. *Bolas de mierda*. No. *Peludas y apestosas bolas de mierda*. Eso estuvo taaan mal. Tan super malo. Bobbi va a tener nuestras cabezas".

El brazo de Matthew me rodeó con fuerza. "Eso fue increíblemente caliente".

"¿Te excita que la gente sea grosera?" Murmuré.

"Creo que sabes lo que me excita, cariño", dijo. Con orgullo. En voz alta, también, por cierto.

"Creía que no íbamos a hacer lo de *los novios*". Suspiré, intentando ignorar su respuesta. "Eso es un paso atrás".

"La dirección es relativa".

Fruncí el ceño. "¿Qué significa eso?"

"Significa lo que significa". Su mano se extendió alrededor de mi cadera, las puntas de sus dedos se engancharon en el corpiño del vestido que llevaba. Se me cortó la respiración. Cambió

de dirección, balanceándonos hacia la izquierda. "Sólo rezo para que lo que dijiste fuera en serio".

"¿Sobre qué?"

Matthew se detuvo en la barra. Estaba mucho menos concurrida ahora que la mayoría de los invitados se habían dirigido hacia las bandejas de embutidos cercanas a la casa.

Me miró de frente, y no supe si fue la adrenalina o el hecho de que estábamos solos, pero sentí que todo mi cuerpo se relajaba. Las comisuras de sus labios se crisparon, satisfechas.

"¿Sobre qué?" Repetí.

Su sonrisa se volvió socarrona. Peligrosa. Seductora. "Estamos teniendo ese momento privado que me prometieron".

CAPÍTULO 17

"No creo que debamos hacer esto si ya hemos elegido la selección de vinos", murmuré, viendo cómo el camarero llenaba la primera copa de una fila de seis.

Matthew le detuvo con una mano. "Yo me encargo, gracias".

Ignoré lo sorprendentemente caliente que había sido aquello y observé cómo el camarero asentía y se alejaba, dejando el expositor de botellas frente a nosotros.

"Vaya", observé. "Realmente dejó seis botellas de vino muy caro sin supervisión. Deben saber que somos novios".

No había ninguna razón para que me quedara paralizada ante las tres últimas palabras, pero lo hice. Tal vez fuera la facilidad con que me habían salido, o la familiaridad de pronunciarlas, como si mi boca estuviera acostumbrada a trabajar con ellas. O el hecho de que era la primera vez que nos reconocía como novios. En voz alta. Casualmente. Como si nada.

Me di una sacudida. "Ya sabes lo que quiero decir."

Los ojos de Matthew permanecieron fijos en mí un segundo antes de volver a la botella que sostenía en la mano. "Sí, quiero".

"Hagamos una estrategia", ofrecí rápidamente. "Deberíamos pensar qué le vamos a decir a Bobbi cuando se entere de que nos sentamos con Willa. Pensemos exactamente qué dijimos, cómo lo dijimos y cuándo lo dijimos. Sí. Así sabremos qué hay en esa cinta".

Matthew frunció el ceño ante el vaso que acababa de llenar. "De acuerdo", concedió. "Pero podemos hacerlo mientras bebemos".

Arqueé las cejas. "Emborracharnos no nos va a ayudar a elaborar estrategias".

"¿Quién ha dicho nada de emborracharse?" Se volvió hacia mí, apoyando un codo en la barra. "Esto es una cata de vinos. Para nosotros". Señaló con la cabeza al otro extremo de la barra. "Lo dice el letrero -muy elegante-: *Andrew Underwood se complace en recibirles en su casa para celebrar el compromiso de Josephine y Matthew con una selección local de vinos para su degustación*".

"Que seleccionamos", repetí con una leve carcajada. "Tú y yo. Nos sentamos en casa de Josie hace dos días, por la noche, y elegimos seis de una larga lista. Sabemos exactamente a qué saben".

"La cosa es que lo he olvidado totalmente", dijo Matthew encogiéndose de hombros. "De hecho, no recuerdo ni una sola cosa de aquel día, salvo algo sobre un tiramisú y dejar de sentirme triste".

Fue difícil ignorar cómo se me contrajo el pecho al oír aquello. "También estaba tu tarta", dije, con la voz un poco temblorosa. "Que me encantaba. ¿Te acuerdas ahora?"

Hubo un momento en el que nos miramos. Sólo eso. Sólo nos miramos a los ojos. Entonces hizo una mueca pensativa, con un aspecto tan insoportablemente tierno que me costó mucha fuerza de voluntad lanzarle una mirada de advertencia. Suspiró con desgana. "Deberíamos actuar como novios".

Las palabras -o las palabras, una vez más- me hicieron fruncir el ceño.

Matthew continuó: "Willa nos ha estado mirando desde que salimos de la mesa", y no necesité girarme para saber que era cierto. Confiaba en Matthew. A diferencia de mí, él no mentiría. Lo único era que ahora me preguntaba si ésa era la única razón por la que insistía en que tuviéramos ese momento privado. "Si hacemos una estrategia, como sugeriste, parecerá que ella nos atrapó. Y no confío en ella, ni en sus intenciones, después de lo de esta tarde".

Yo tampoco. No del todo. Sabía que estaba haciendo su trabajo, fuera lo que fuera al fin y al cabo, pero... "Nos estamos quedando sin aliados", dije con un suspiro. "Nunca confiaste en Bobbi. Ni en Andrew. Ahora Willa. No confías en nadie".

"Cerca de ti, no". Mis labios se separaron con sorpresa y sus cejas se encontraron, su expresión se volvió intencionada. "Andrew también ha estado mirando como si quisiera acercarse pero no supiera cómo. Llevo toda la noche esperando a que lo haga, y también he terminado con eso".

Yo también he terminado con eso.

¿Había terminado con qué? ¿De esperar? ¿Y de qué otra cosa había terminado?

Los brazos de Matthew se alzaron en el espacio que había entre nosotros y se acercó, ocupando mi espacio de una forma que hizo que el corazón me diera un vuelco. "¿Me das esto?", preguntó, dando un suave tirón al pañuelo que llevaba en el pelo. Asentí con la cabeza, abrumada por lo bien que olía y lo bien que me hacía sentir la repentina falta de espacio entre nosotros. "Gracias", dijo bajando la voz. Sentí cómo deshacía el nudo, que ya estaba flojo, y mi pelo caía en cascada. Se me puso la piel de gallina al sentir el cosquilleo del pelo contra la piel. "Cierra los ojos.

Mi boca se abrió con un tembloroso "Matthew".

"Ciérralos por mí, Baby Blue", insistió, como si mi advertencia hubiera funcionado. No había sido por él. Era por mí. Y sin embargo, mis párpados se cerraron. Tarareó con algo que sólo podía describirse como placer. Si es que el deleite alguna vez puede sonar demasiado profundo y oscuro. "Voy a atarte esto alrededor de los ojos", explicó suavemente, más de esa cadencia abrazando sus palabras. "Parece que los conoces tan bien que ésta es la única forma de saborearlos".

La seda caía sobre mi piel y la expectación me invadía por dentro. Sus muñecas rozaron los lados de mi cabeza. Sentí sus dedos moviéndose alrededor de un nudo. Mi corazón palpitó. "¿Vamos a hacer una cata a ciegas?

Sus palabras parpadearon en mi sien. "Lo eres".

El pañuelo debía de estar asegurado alrededor de mis ojos, porque sentí que sus manos y brazos caían. Subí las mías, palpando la improvisada venda con las yemas de los dedos.

La emoción, simple y llanamente, se abrió paso, burbujeando en mi vientre. No conseguí reprimirla, así que lo mejor que pude hacer fue decir: "Pero estamos en medio de una fiesta".

"Y tú eres mi prometida".

Se me escapó un suspiro impotente, junto con algo que debería haber quedado en un pensamiento. "Lo dices como si nada".

"No", murmuró, con la voz baja. "Lo digo como si fuera una razón para hacer contigo lo que quiera".

Una nueva oleada de expectación recorrió mi cuerpo en respuesta.

Matthew tarareó. "Me encanta esa sonrisa que tienes. Es nueva".

Apreté los labios. No me había dado cuenta de que había estado sonriendo. "No creo que tenga más de una".

"Lo haces". Una caricia rozó mi mejilla. Me estremecí. "Y creo que voy a llamar a esta tu *por favor, Matthew* sonrisa".

Exhalé un suspiro y sacudí la cabeza con desgana.

"Y esa de ahí es tu sonrisa de voy a *fingir que eres ridícula, pero en realidad creo que eres ridículamente sexy*".

Fruncí los labios. "Pensé que estábamos catando vinos. No sonrisas, Boston Boy".

Una risita profunda se enroscó a mi alrededor, haciendo el doble de difícil mantener mi mohín. "Mi cerebro es muy selectivo con los temas cuando estoy un poco nerviosa. Tuviste suerte de que mi acento no saliera con todas esas trivialidades de Fenway".

Me levanté con interés. "¿Tienes acento de Boston?"

"Estás haciendo tu *por favor, Matthew* sonrío de nuevo. ¿Significa eso que quieres oírlo?"

El glug glug de un vaso llenándose llenó el silencio. Lo deseaba. Muchísimas ganas. "No, creo que estoy bien". Apoyé el codo en la barra, recuperando un poco de espacio y apoyando la mano en su superficie. Tamborileé con las uñas. "¿Cuándo empieza mi cata a ciegas?"

Las puntas de mis dedos rozaron la base de un vaso. Mis labios se separaron con una pregunta, pero entonces Matthew estaba allí de nuevo. Recuperando el espacio entre nosotros. Su olor, a madera, a menta, a limpio, impregnó mis sentidos, la repentina cercanía me embriagó el doble. "Josie", dijo, con voz grave, esa cadencia bostoniana aferrada a mi nombre. "*El Monstruo Verde es grande, pero yo soy grande*".

Era ridículo lo absolutamente excitante que me había parecido aquello. Era ridículo cómo se me doblaban los dedos de los pies y cómo se me sonrojaban las mejillas.

Parecía que me gustaban los bostonianos. O simplemente me gustaba él. Me aclaré la garganta. "¿Es una frase para ligar? ¿Ha funcionado alguna vez?"

Las palabras de Matthew cayeron justo sobre la concha de mi oreja. "Podría volver a usarlo" - la punta de su nariz rozó mi pelo- "si me lo pides amablemente. Para ver lo bien que funciona".

Un escalofrío me recorrió los brazos, sus palabras me trajeron recuerdos. Susurros roncós y ese toque de mando en su voz. *Vas a ser una buena chica y dejarme trabajar para conseguir esos gemidos*. Ya casi no podía quitármelo de encima, así que solté un suspiro, sintiendo cómo se agitaba al salir.

"Tengo... ¿sed?"

El roce de la barba incipiente de Matthew sobre mi mandíbula me dijo que se estaba moviendo de nuevo. Unos dedos rodearon mi muñeca, girando suavemente la mano que había estado apoyada en la barra. El cuello de un vaso empujó suavemente contra mi palma. "Empezamos con calma", dijo.

Cerré la mano en torno a él y me lo llevé a los labios, mordiendo la decepción de que no fuera a levantar la copa él mismo. Aspiré suavemente, las notas crujientes y florales me indicaron que tenía que ser un blanco. Cerrando los labios alrededor del borde, incliné la copa lentamente, lo justo para un pequeño sorbo. Ignoré el peso de la atención de Matthew sobre mí. Su mirada. Porque era una tontería que pudiera sentir eso con los ojos vendados. Me concentré en el regusto, asomando la lengua para limpiarme los labios. "Viognier", dije. "Bodega Old Stud. Tiene un caballo rojo en la etiqueta. Propiedad de un matrimonio. Ella es bioquímica, y pensé, ¿quién mejor que ella para saber lo que hacen con el vino? También creo que una dama en STEM

simplemente pateaba traseros. La nota de melocotón es muy agradable. No hay que avergonzarse a su marido, pero probablemente fue idea suya".

Hubo una pausa que siguió a mis palabras. Un instante. Sólo un latido. Y entonces Matthew se rió, pero no era su habitual risa alegre, petulante o divertida. Era un sonido apagado. De impotencia. Como si acabara de recibir un puñetazo. O una mala noticia.

Fruncí el ceño. Luego me quitó el vaso de las manos de un manotazo. Entonces sentí un peso en la cintura. Su mano. Me tiró hacia delante. Contra él. Un calor brotó del punto donde nuestros pechos se tocaban y se extendió por todo mi cuerpo. Su caja torácica retumbó rápidamente. Lo sentí en mis pechos.

"Tienes que dejar de hacer eso", dijo, con esa ronquera aflorando una vez más.

Mi voz no era más que un susurro. "¿Detener qué?"

"Soplándome así", respondió de inmediato. Sentí la palma de su mano extenderse por la parte baja de mi espalda. Mi cuerpo se balanceó en respuesta. "Pones reglas y luego me haces imposible seguirlas. ¿Por qué?"

Ahí estaba de nuevo, esa orden en su voz. Esa suavidad... áspera, si es que eso puede existir. "Las normas son importantes", le dije, tragando saliva ante la necesidad de llevar mis manos a su pecho y acercarme a él. "No son tan difíciles de seguir. Tú mismo hiciste una".

"Separa los labios", me dijo. Y cuando no lo hice, su mano subió por mi cuerpo, llegó a mi cara y me tocó la mandíbula. "Todo el mundo nos mira, Josie. Me rozó la piel con el pulgar, rozándome la comisura de los labios. "Viendo cómo te he vendado los ojos en una triste excusa para evitarte la visión de mi aspecto en este momento".

Mi garganta trabajaba. *Todo el mundo nos está mirando, Josie.* Podría permitirme eso. Podríamos. "¿Y cómo es eso?"

"Como si quisiera echarte al hombro y salir corriendo", dijo, en voz baja, sólo para mí. Me mordió el labio inferior. "Como si quisiera arrastrar a mi prometida a ese mirador en la parte de atrás y sacarle la ansiedad".

Toda la sangre de mi cuerpo se precipitó a mis pies. Y la única razón por la que no resbalé al suelo fue el cuerpo de Matthew contra el mío.

"Ahora, separa esos labios, Baby Blue", ordenó Matthew. "Voy a acercarte un vaso a la boca".

Lo hizo con delicadeza. Me dejó hacer los movimientos: oler, mojarme los labios, saborear... aunque mi cerebro me gritaba que parara y dejara que me arrastrara hasta aquel mirador. Arrastrarlo yo misma. Lo único que quería era probarlo a él, no al vino. Con los ojos vendados estaba bien. Sólo esta vez. *¿Sólo esta vez?* "Chambourcin", dije. Casi sin voz. "Te has saltado dos vinos. No. Te has saltado tres. Tú..."

"Estoy impaciente". Sus palabras sonaban tan tensas, tan crispadas, que quise quitarme el pañuelo de los ojos. Verle. ¿Era dolor? ¿Necesidad? ¿La necesidad que me recorría el cuerpo en oleadas abrumadoras? "Codicioso, también".

Negué con la cabeza. "No, no lo eres". Y lo sentí en el aire que lo dejaba, la forma en que estaba listo para discutir eso, o distraerme lejos del punto. "Eres lo opuesto a esas dos cosas".

Un calor me envolvió la cintura y luego mis caderas fueron empujadas contra las suyas. Se me cortó la respiración. Rozó su nariz con la mía antes de arrastrarla por mi mejilla, hasta que se hundió profundamente en mi pelo. "Quizá debería besarte, entonces", me susurró Matthew al oído. "Si no soy tan impaciente y nada codicioso".

Me temblaba todo el cuerpo. Tanto que agarré sus brazos con mis manos. Intenté encontrarle sentido a esto. Tenía los ojos vendados. En medio de una fiesta. Excitada como no tenía por qué

estarlo. Apretada contra las caderas de Matthew. Quería retorcerme. Buscar más. Perseguir la sensación que me apretaba el vientre. Quería que me besara. "Si todo el mundo está realmente mirando."

Soltó una de esas extrañas carcajadas y empezó a aflojarse, como si hubiera dicho algo equivocado.

Apreté la tela de su camisa y le detuve antes de que pudiera apartarse. "Tal vez deberías besarme, entonces". Se quedó quieto contra mí. "Quizá es lo que haría mi prometido".

"Quítate la venda", dijo Matthew. Ladró. Sus dedos se clavaron en la tela de mi vestido. "Quiero que me mires".

Toda aquella necesidad y anticipación, y sí, urgencia, que se agitaba en mi interior se detuvo. Todo se detuvo mientras arrastraba el sedoso pañuelo por mi cara, dejando que se acumulara en mi cuello.

Había un trueno en los ojos de Matthew. El marrón detrás de las gafas que tanto me gustaban se mezclaba con una emoción que juraba sentir en lo más profundo de mis entrañas. Más abajo, también. Parecía tan al límite, tan absolutamente a punto de hacer lo que había estado evitando hacer. ¿Eso era besarme? Podría. Parecía que lo haría. Yo quería que lo hiciera. Ahora mismo. Tan desesperadamente.

"Si no te quitas esa sonrisa de *Matthew* de la boca, te juro que te la voy a quitar a besos, Josie".

Sus palabras me hicieron zumbiar los oídos. Una sensación de triunfo me apretó el pecho, cegándome. Olvidadizo. Descuidada. *Dios, sí. La boca de Matthew. En la mía.*

La mirada de Matthew se desvió, volviendo desesperadamente a la mía. Yo seguía sonriendo. Entonces sus manos subieron por mi columna, la aspereza del movimiento hizo que todo en mí se elevara, se espesara. ¿Dónde estábamos? ¿Qué estábamos haciendo? Me daba igual. Mi pecho se hinchó y me moví hacia él, como si pudiera aferrarme a él, acelerar las cosas. El gruñido de Matthew fue breve pero revelador, lo que me impacientó aún más y me acercó aún más. Lo sentí en mi vientre, con fuerza. Se me cortó la respiración. I-

Se aclaró la garganta.

En voz alta.

Y la burbuja en la que habíamos estado estalló.

"Vete. Tiburón", dijo Matthew, con los ojos fijos en mí, la voz ronca.

"Créeme", respondió Bobbi. "Ojalá pudiera. Porque con la PDA puedo lidiar. Pero cruzaste esa línea hace un tiempo. Estáis... besándoos con vino y los ojos vendados. Y no me importaría mirar *si no tuviéramos* una emergencia entre manos".

Las fosas nasales de Matthew se encendieron, sus inquebrantables ojos marrones no se apartaban de mí. Sabía lo que se sentía. Yo misma no podía apartar la mirada, como si aquellos minutos sin verle me tuvieran ávida de su rostro.

"Sigo sin estar interesado", dijo Matthew, con la mandíbula desencajada.

"No me importa", respondió Bobbi. "Porque ese aspirante a senador, el ex de Josephine, está aquí. Y vamos a tener que lidiar con eso".

Mi cabeza dio vueltas entonces.

La realidad finalmente se filtró.

"¿Duncan está aquí?"

El hombre con el que una vez estuve *segura de que* me casaría se materializó en la distancia.

Mi cerebro me lanzó un recuerdo. Camisa de vestir azul metida por dentro de unos vaqueros, chaqueta de traje colgando de los anchos hombros. Todo ello combinado con mocasines marrones. Dándome la vuelta y alejándome. Deslizándome por la puerta.

Había estado vestido muy parecido a como estaba ahora, de pie al borde del jardín, hablando con Andrew. Recordé que aquel día miré un hilo suelto en el hombro de su chaqueta, mientras me decía que no podía hacerlo.

Que no podía casarse conmigo.

Había sido tan educado al respecto, tan amable. Incluso sonrió alentadoramente, como diciendo *no te preocupes, cariño. Me superarás*. Siempre el caballero sureño, Duncan. Nacido y criado en Charleston. Siempre me pregunté qué lo trajo a Carolina del Norte durante el tiempo que estuvimos comprometidos. Qué lo habría atado aquí. No pude haber sido yo.

"Josie, cariño."

Esas dos palabras, pronunciadas con una cadencia que empezaba a anhelar, me devolvieron al presente.

"Lo he superado", me oí decir. El calor subió a mis mejillas. O tal vez ya estaba allí. Matthew inclinó mi barbilla en dirección a su cara. Unos ojos marrones se encontraron con los míos. Un rostro atractivo. Había estado a punto de besarle, y no tenía nada que ver con dónde estábamos o quiénes pretendíamos ser. "No lo digo para tranquilizar a nadie. Lo he superado. Y quería que lo supieras".

"Te creo", dijo. Y yo sabía que lo hacía. "¿Está por encima de ti, sin embargo?"

me burlé. Pero no fue con indignación o incredulidad. "Me dejó".

Algo se reflejó en la cara de Matthew, rápida y sutilmente. ¿Comprensión? ¿Sorpresa? No. No fue ninguna de esas cosas.

"Ah, ¿hola?" Bobbi dijo desde nuestro lado. "Todavía estoy aquí. Y me sigues ignorando. No debería ser ignorado en este momento".

Matthew apretó la mandíbula. Parecía haber tomado una decisión. "Sabemos que sigues ahí, Shark". Se alejó de mí, dejándome... desequilibrada y fría. Ojalá pudiéramos retroceder en el tiempo. Volver a tener esa venda en los ojos. Empujar ese beso cuando pudiera. "Te estás haciendo imposible de ignorar". Mi mano estaba entrelazada. Los dedos entrelazados. "¿Cuál es el verdadero problema? No puede ser sólo él".

"Supones bien", respondió Bobbi. Se acercó más a mí, extendiendo las manos en dirección a mi cabeza. Matthew no me soltó la mano. "*No ha* venido solo", explicó, acomodándose el pelo con suavidad pero con agilidad. "Hay una especie de séquito". Sus dedos jugaron con el pañuelo que me colgaba del cuello. Lo giró, lo apretó ligeramente. Hizo lo que supuse que era un nudo. Inclinó la cabeza hacia atrás y me miró con ojos oscuros. "Servirá". Me miró fijamente. "Y tú también lo harás. Hagas lo que hagas, no dejes que te destroce".

Sus palabras me pillaron tan desprevenido que busqué a tropicónes algo que decir. "¿Qué...?"

"¿Significa?" Bobbi terminó por mí. "Significa que vosotros dos os acercáis a él mientras él caza furtivamente a tu padre para Dios sabe qué. Le saludáis. Que Blondie le frunza el ceño como si quisiera hacerle daño físico pero *no lo hará*. Igual que le mira ahora, pero con menos dientes, quizá. Mientras tanto, yo me encargo de las cámaras con las que apareció. De algún modo, todas han pasado desapercibidas".

"¿Tenías seguridad para esto? ¿Aquí?"

Puso los ojos en blanco. "¿Sabes quién es tu padre?" Un suspiro. "Contratado localmente, sin embargo. Demasiado amable y confiado. Ahora están despedidos y- Me estás distraendo, Josephine. La seguridad no es mi trabajo. Tú lo eres". Su expresión se endureció. "Así que tú vas allí, y yo me encargo de la prensa. Estoy muy descontento con esto. No llevo los zapatos adecuados para hacer llorar a nadie hoy pero..."

"No te dejaré", dije. Matthew soltó un gruñido de preocupación a mi lado, y su mano se tensó. Bobbi arqueó las cejas. "No. No lo entiendes. No digo que vaya a hacer nada, pero le dará la vuelta. Duncan es- Deja que la prensa se quede. Será peor si los echas. Se las arreglará para parecer la víctima aquí".

Bobbi resopló, pero vi que empezaba a comprender. "No voy a meter a un desventurado cliente en esto".

"No soy desventurado", repliqué. "Yo... lo conozco, ¿de acuerdo? Está aquí por una razón. Y la prensa también. Lo hará girar en nuestra contra si no se sale con la suya. Puedo manejar esto". Tragué saliva. "Tengo a Matthew. Que se quede la prensa".

Bobbi parecía que eso era lo último que quería hacer. "Vale, vamos. Pero yo los contendré. Yo digo cuándo y dónde se dispara un flash".

Matthew tiró de mi brazo, haciéndonos avanzar. Acomodó su cuerpo alrededor del mío, la curva de mi hombro encajando en su costado, su brazo derecho serpenteando alrededor de mi espalda, su mano izquierda agarrando mi muñeca y acercando mi palma a su estómago. Daba miedo lo segura que me sentía. Lo segura que me sentía con cada paso que daba abrazada a él. Lo *bien que* se sentía contra mí.

"Lo he superado", repetí, sólo para él. Parecía importante que lo supiera.

Su respuesta fue inmediata. "Sé que lo eres".

"Me dolió cuando rompió el compromiso. Pero no me rompió el corazón tanto como hirió mi orgullo. Me hizo sentir que yo no valía la pena. Que valía la pena".

Hubo un fallo en el paso de Matthew, como si una parte de él hubiera querido detenerse, pero el resto estaba decidido a seguir adelante. "Dame una palabra de seguridad."

Levanté la vista, encontrando su perfil. "¿Bobbi también te dijo que deberíamos tener uno?". Asintió con la cabeza, curvando los labios en una sonrisa. Pero era rara. Rara. También daba un poco de miedo. No era como Matthew, y quería cambiar eso. Hacerlo más parecido a él. Guapo. Simpático. Feliz. "*Bootylicious*". Y si no te relajas, me pondré a cantar. Empieza a rapear. Popping. Cerrando. Sé cómo hacerlo".

Parte de la tensión que rodeaba su boca se relajó. Su mirada se desvió hacia abajo, encontrándose con la mía con una ceja arqueada. Yo también esboqué una sonrisa, y me sorprendió tanto como me alivió ver lo fácil que era.

Su garganta se estremeció. "Si no estuviéramos dirigiéndonos hacia tu padre y tu ex, y ellos no nos hubieran visto ya, daría la vuelta ahora mismo". Sus ojos volvieron hacia delante. Los míos no. "Debería haberte llevado a ese puto mirador cuando tuve la oportunidad".

Me latía el pulso. "Lo dices como si fuera un hecho que iba a ir contigo", mentí. Habría ido, sin hacer preguntas. Estaba segura de que Matthew lo sabía. "Podría considerarlo, después de esto. Me vendría bien algo de distracción".

Mis palabras eran burlonas, refiriéndome a la nueva regla de Matthew. *Te distraigo, de lo que sea que te esté molestando. Lo que sea que te esté haciendo dudar de quién eres realmente y de lo que estamos haciendo.* Y tuvieron el efecto que esperaba, porque su boca finalmente se relajó. Sonrió. Orgulloso. Con petulancia. Hizo que ese zumbido se duplicara.

Entonces miré hacia delante. Por pura supervivencia, porque realmente quería ver ese brillo en sus ojos. Esta noche había desbloqueado... algo que me di cuenta que había hecho un mal trabajo en contener. Pero estábamos a pocos pasos de ellos. Andrew y Duncan. Ni siquiera se habían dado cuenta de que nos acercábamos. Estaban demasiado enfrascados en una conversación que parecía más importante que lo que estaba sucediendo a su alrededor. Estaba en la severidad de sus perfiles mientras hablaban y asentían. Yo lo llamaba el *murmullo sobrio*. Y siempre se hacía en fiestas como ésta, siempre por grupos de hombres.

Había estado tan dispuesta a casarme directamente con eso, pensé. Fiestas como estas. Ver a hombres de aspecto severo manteniendo conversaciones de aspecto severo mientras yo revoloteaba por el césped con un bonito vestido, presentándome como la señora de alguien. No parecía algo que quisiera ahora. No parecía algo que quisiera, punto.

Matthew bajó la cabeza cuando nos detuvimos y sentí su boca presionando la piel de mi sien antes de rozarme la oreja. "Tiene cinco minutos".

No podía saber si se refería a Andrew o a Duncan. Tampoco podía saber qué pasaría después de esos cinco minutos, pero el tirón en el bajo vientre me decía que tenía que ver con el mirador.

"Josephine", dijeron los dos hombres al mismo tiempo.

Duncan rió ligeramente. Andrew esbozó una sonrisa tensa.

La mano de Matthew subió por mi columna, los dedos se deslizaron por mi pelo. Me rozó la nuca con el pulgar. Alentador. Distrayendo.

Me aclaré la garganta. "Perdón, ah, por no haber venido antes", les dije, componiendo mi rostro en una máscara educada, amable y feliz. Lo había hecho cientos de veces. "Estábamos un poco atrapados en el momento". Miré a mi lado. Matthew sonrió. "Matthew, éste es Duncan Aguirre". Mis ojos volvieron al otro hombre. "Duncan, este es Matthew Flanagan". Tragué saliva. "Mi prometido".

Matthew dejó escapar un zumbido que a cualquier otra persona le parecería un agradable acuerdo. Pero yo sabía que no lo era, no cuando lo acompañó con otro feliz roce de su pulgar. Parecía la promesa de una recompensa. Una que no tenía por qué desear cuando...

Duncan estiró la mano en dirección a Matthew. "Es un placer, Matthew."

Matthew miró fijamente a Duncan durante uno, dos, tres segundos. Dejándole esperar, con el brazo en alto. "Oh", dijo en un tono fácil, sorprendido, haciendo un espectáculo de mirar hacia abajo a la oferta de Duncan. "Lo siento, Duncan", dijo, finalmente tomándolo. "No lo había visto. Encantado de conocerte a ti también. Me encantaría fingir que no he oído nada de ti, pero soy un poco mejor que eso".

Duncan frunció el ceño tan rápido como lo apartó. "Felicidades por el compromiso. A los dos". Recogió la mano y la dejó caer a su lado. "No puedo decir que me sorprenda que se hayan llevado a Josie tan rápido. Es una gran presa, por muy difícil que sea atraparla".

"Soy, si no otra cosa, persistente". Matthew dijo. "Algunos dicen que como un perro con un hueso. Una vez que decido que algo es mío, no hay quien me pare".

¿Había malicia en las palabras de mi ex? Puede ser.

Pero no me importó. No cuando Matthew acababa de decir que *la mía*, y no cuando su pulgar saltó arriba y abajo de la parte posterior de mi cuello de esa manera.

"El vino es excelente", expulsé con un suspiro. "Andrew fue muy generoso. Con todo, en realidad. Pero esta fiesta se lleva la palma hasta ahora". Me encontré con los ojos de mi padre. "La finca es preciosa, y seguro que hace que eches menos de menos Florida".

Hubo un momento de silencio antes de que mi padre hablara. "No hay problema", dijo. Curtamente. Como siempre. "Duncan me estaba hablando de una propiedad similar que tiene uno de sus amigos. No muy lejos de aquí, de hecho".

Parpadeé mirando a mi padre, intentando entender qué significaba aquello. O esperando a que me lo explicara. No lo hizo.

"Los preparativos de la boda van muy bien", dijo Matthew, y supe por su voz que estaba sonriendo a los dos hombres. Yo también sabía qué sonrisa estaba usando. "Sólo lo señalaba por si te lo estabas preguntando, Andrew. No estoy seguro de que recuerde que te registraras personalmente y no puedo estar seguro de lo que Bobbi informa". La expresión de mi padre se tensó. Matthew continuó, su tono fácil, casual, "Estamos un poco estresados con la falta de tiempo, pero oye, no seré yo quien se queje de eso. Me voy a casar con la mujer de mis sueños antes de lo que esperaba, después de todo".

Y fue entonces cuando se me cayó la mandíbula. Sólo momentáneamente. Lo suficiente para que el aire saliera de mis pulmones y mi cabeza se girara para mirar a mi prometido.

Matthew me guiñó un ojo. Como si no hubiera dicho nada.

Tragué saliva. Sí. Sí. *No nos casamos pero seguimos siendo amigos.* "El dinero es una gran ayuda, sin embargo", dije. "El dinero compra buen vino, para empezar. ¿Has probado el merlot? Es de una bodega de las Montañas del Sur y lo envejecen en roble".

"Podríamos contratar a un planificador de bodas adecuado", ofreció Andrew. "Además de Bobbi. No necesitas estresarte por las cosas pequeñas. Y si lo estás, deberías hacérmelo saber. O Bobbi, o mi asistente, que también está por aquí".

"O podrías habernos preguntado a nosotros", replicó Matthew. Simplemente. Bien, incluso. Con naturalidad. "En cualquier momento de hoy, o en cualquier otro momento antes de este instante en que yo mismo he sacado el tema".

Sólo entonces me di cuenta de que Andrew no había hecho eso. Nos preguntó. Me preguntó a mí. Y no esperaba que lo hiciera. Ni sobre la boda, ni sobre cómo estaba después de que saliera el vídeo.

"Dales un respiro, Andrew", dijo Duncan riendo, como si fueran viejos amigos. Como si no se tratara de mi padre, al que acababa de conocer. "Estas cosas son una pesadilla. No hay dicha hasta el día en que todo está dicho y hecho, así que por supuesto el hombre aquí está algo nervioso". Nos dirigió esa sonrisa. O tal vez, no realmente. Duncan siempre había parecido mirar un poco por encima de mi cabeza. "Relájate, Matthew. No creo que esta se te vaya a escapar entre los dedos. Está claramente enamorada".

Todo el cuerpo de Matthew se endureció contra el mío.

Justo al mismo tiempo, pude ver por el rabillo del ojo el séquito que Bobbi había mencionado reunido como una colmena. Era un grupo pequeño, pero la nube de cámaras y aparatos electrónicos empezó a moverse detrás de Andrew y Duncan, los dispositivos zumbaban, acercándose.

Una gabardina de cuero coronada por una melena rubia apareció a la vista, justo delante de ellos. Estiró un brazo, con las puntiagudas uñas negras brillando bajo una de las muchas lámparas del jardín. Empecé a respirar un poco más tranquilo. Bobbi lo tenía todo bajo control. Claro que lo tenía. Ella... La colmena de la prensa la acosó. Oh Dios, ¿estaba bien?

Tiré de la camisa de Matthew. "Matt..."

Un destello me cegó. Parpadeé, intentando que mis ojos funcionaran. Mi visión parpadeaba, pero justo cuando empezaba a comprender qué había detrás del zumbido que nos rodeaba, otra

luz brillante y cegadora se apagó . Y luego otra. Pum. Pop, pop, pop. Algo se movió delante de mí. Alguien. Matthew, porque ya no estaba a mi lado.

"Baja eso", le oí ladrar. Y oh chico, sonaba tan... enojado. Tan absolutamente diferente a sí mismo. Este no era el plan. No lo había sido. Parpadeé y me di cuenta de que había calculado mal la situación. Las palabras de Matthew eran tranquilas. Tranquilas. "Pon. Esa. Cámara. Abajo".

Intenté moverme a su alrededor, pero él extendió un brazo, deteniéndome. Me asomé por encima de él, viendo a Duncan acercarse, sonriendo. Relajado. Como si hubiera nacido para esto. Como si estuviera listo para recoger alguna recompensa, incluso con un Andrew visiblemente molesto a su lado.

"Vamos, caballeros", dijo Duncan. Despacio. Siempre el caballero sureño. Hablando con Andrew y Matthew y haciendo caso omiso de mí. "No hay razón para ponerse tensos y rígidos. Esto es una fiesta. Una gran fiesta. Pensé que a algunos de los locales les vendría bien un poco de picante. No todos los días nos visita Andrew Underwood. Y también tenemos algo de una celebridad en nuestras manos ahora. Seguro que ella también tendrá su momento". Se volvió hacia Andrew. "Vamos a hacernos una foto juntos, Andrew. Si no te importa, claro. Luego podemos retomar nuestra conversación en otro sitio, lejos de ojos y oídos curiosos".

Supe en ese preciso momento lo que Duncan estaba haciendo aquí.

"Andrew", le advertí. Y no supe qué me pasó, ni por qué dije lo que dije, pero las palabras me abandonaron antes de que pudiera detenerlas. "Volvamos al bar. El merlot es realmente excelente. Deberíamos probarlo".

Andrew frunció el ceño un segundo. Duncan se acercó a él, y su brazo ya señalaba el lugar donde debían posar. Mi padre dudó durante un largo momento, y yo realmente no quería hacerlo, pero contuve la respiración mientras le sonreía. *Créeme, quise decirle con esa sonrisa. Duncan sólo quiere aprovecharse de ti, de tu estatus, de tu nombre, de tu dinero, probablemente.* No es cierto. Yo sólo...

"Más tarde", dijo mi padre.

Algo en mi pecho se detuvo. Cayó. O tal vez todo mi ser lo hizo. "Por supuesto", dije con una risita que pretendía ser ligera. Tranquilizadora.

Pero Andrew no necesitaba que le tranquilizara. Ya se había dado la vuelta.

Me sentí tan tonta en ese momento. Tan tonta y pequeña.

Era de risa que pensara que elegiría un vaso de merlot antes que a Duncan. Que me eligiera a *mí* antes que a él. También era risible que una parte de mí hubiera pensado por un instante - aunque fuera breve- que Duncan estaría aquí para mí. Por supuesto que no. Tanto Matthew como Bobbi se habían equivocado al suponerlo. Duncan estaba aquí por mi padre. ¿Un apoyo? ¿Una sesión de fotos? ¿Algo de ese murmullo sombrío que ambos hacían tan bien? Dios lo sabía. Podía imaginarme la forma en que su oficina debía haber contactado con alguien y conseguido una invitación para esto. Solíamos bromear sobre eso. Cómo podía entrar en una fiesta y hacerla suya. Su madre lo había educado mejor, pero los chicos buenos no llegaban lejos sin un as en la manga.

El truco no era yo. Nunca lo había sido y no lo era ahora. Y mi padre parecía estar de acuerdo.

"¿Josie?" Preguntó Matthew.

Incliné mi cuerpo hacia él, pero mantuve la mirada en otra parte. Su hombro. Sonreí, esperando que no se diera cuenta de adónde había ido mi cabeza. Esperaba que no se diera

cuenta de lo insignificante que me sentía y de lo mucho que odiaba que todo aquello me afectara. Pero Matthew siempre se las arreglaba para ver un poco más de lo que me gustaba.

"Mírame", exigió, ¿y quién era yo para negarlo? Su expresión era sombría. Su cuerpo exudaba el tipo de tensión que no me gustaba. Salía de él en oleadas.

"Oye", dije, me escocían los ojos, y Dios, odiaba eso. "¿Deberíamos ir a ver ese mirador? Me lo prometiste".

La cara de Matthew se llenó de algo que me dijo que eso estaba fuera de la mesa ahora. Sus labios se separaron, y esperé que no fuera un no, porque no creía que fuera capaz de soportarlo. "Yo..."

Se disparó un nuevo flash.

Justo en nuestras caras. Me estremecí, y cuando recuperé la visión, Matthew estaba maldiciendo, con los hombros girados. Me asusté. No porque no confiara en él, sino porque no quería que se enfadara por esto. Que hiciera algo de lo que se arrepintiera, como arrebatar esa cámara que había estado demasiado cerca de nosotros. No merecía la pena.

Realmente no lo era. No para esto. No para mí.

Mis manos se cerraron alrededor de sus brazos.

La mirada de Matthew rebotó hacia mí, pero no su atención. No del todo. El flash volvió a sonar y su expresión se volvió furiosa. Realmente iba a por la cámara. Así que hice lo único que se me ocurrió para detenerlo.

Besé a mi prometido.

CAPÍTULO 18

En retrospectiva, me di cuenta de que no debería haber usado mis labios para distraerlo.

Habíamos acordado una palabra de seguridad esa noche.

Así que podría haberlo usado. Podría haberle dado un puñetazo en el brazo. O pellizcarle el costado. Golpearle el culo. Empezar a cantar. Pop, rock, déjalo caer. Fingir que me desmayaba. Incluso grité o chillé a todos los que me rodeaban para que pararan.

Pero no.

Había besado al hombre.

Mi prometido.

Sólo un beso en los labios. Un roce de mi boca contra la suya.

Y efectivamente le sacudió el bejesus fuera de él.

Porque todo lo que Matthew hizo fue quedarse ahí de pie. Con los brazos colgando. Todo guapo, y alto, y ugh, tan sexy en ese traje que no podía quitarme de la cabeza, pero tan aturdido. No estaba exagerando. No es como si mi cabeza hubiera tomado una pequeña señal de sorpresa y corriera con ella. Por un momento, había estado segura de que lo había roto.

Que mi beso tenía.

Miré la pantalla de mi teléfono. Por una vez no era la Página Nueve. Era el *Six Hills Herald*. Habían tardado unos días, pero, como Duncan había mencionado, habían aprovechado para publicar un artículo sobre Andrew y la fiesta que había organizado en la finca que alquilaba. No entendía por qué importaba la presencia de mi padre en Carolina del Norte o la fiesta que había organizado para mí y mi *prometido*, pero al parecer importaba. Lo suficiente para llenar lo que yo estaba segura que equivalía a varias páginas en la edición impresa. Junto con no pocas fotos.

Entre ellos, uno del beso impetuoso.

Porque claro. ¿Cómo no iba a acabar ahí? El drama claramente me amaba demasiado como para perder la oportunidad.

¿Besaba mal? ¿Tenía mal aliento? ¿Había sido yo la única que había sentido ese ansia por sus labios aquella noche?

Bloqueé el teléfono antes de contestar y lo metí en el bolsillo de la sudadera con capucha. Luego, por fin, apagué el motor del camión. No podía quedarme aquí aparcada más tiempo del que ya había estado. ¿Y si Matthew salía por la puerta? ¿O se asomaba por la ventanilla? Parecería raro. Como si yo fuera un acosador, merodeando el patio delantero de Lazy Elk.

Estaba acechando a mi prometido. Pensando en formas de atacarle con mis tontos y asquerosos labios.

Resoplé ante mi propia amargura. Luego apoyé las manos en el volante y dije, en voz alta, sólo para mí: "Supéralo, Josie. ¿Y qué si no le gustó que lo besaras? El tipo te dio un orgasmo. Y eso es... relevante. De alguna manera".

No tenía sentido, y tal vez, sólo tal vez, el beso me había roto a mí, no a él.

Abrí de golpe la puerta del camión, cogí la bolsa que había llenado hasta los topes, me la colgué del hombro y salí del vehículo.

Algo en el lado derecho de la propiedad me llamó la atención.

Algo que se movía rápido y era pequeño. Algo con plumas marrones y blancas. ¿*Sebastian?* No. Habíamos devuelto el gallo de los Vasquez a la granja. Meses atrás. Por séptima u octava vez después de que se había escapado. Pero era él. Yo estaba seguro. Yo mismo le había puesto nombre cuando no era más que un gallo y lo había conseguido para los Vásquez. Como en respuesta, el gallo fugitivo arrinconó la cabaña, picoteando con la cabeza y las diminutas patas de gallina rápidas sobre el suelo, pasando junto a mí.

Absolutamente no, pensé. No. *No*. Esto era suficiente. Si pudiera tomar el control de algo, sería esto. Lo llevaría de vuelta a la granja. Lo llevaría yo mismo. Había tan poco en mi control en este momento, pero esto era algo que podía hacer. Una forma de recuperar cierto sentido de... equilibrio. Poder.

Sin perder más tiempo, dejé caer la bolsa al suelo y eché a correr. Sí, corrí tras Sebastian Stan. Y dang, el gallo era endiabladamente rápido.

Inmediatamente se fijó en mí y redobló el paso con un sonoro cacareo. Pero ahora tenía una misión, e iba a hacer que tuviera éxito. Así que cuando dobló la siguiente esquina de la cabaña, le seguí. Y cuando se detuvo lentamente, como confundido o distraído por algo cerca de un arbusto, cerré mis manos alrededor de sus costados y me enderecé con un "¡HA!".

Victoria, por fin, pensé, dándome la vuelta con una gran sonrisa viciosa. Sebastian se quejó, pero éste era nuestro baile. Esto era lo nuestro. Se escapó y lo recuperé. He-

Algo más estaba allí. Alguien.

Mi prometido.

Sin camiseta. Piel reluciente bajo el sol. Saltando a la comba. Llevando auriculares sobre un sombrero hacia atrás.

Un sombrero al revés.

Matthew agarró la cuerda, haciéndola volar hábilmente sobre su cabeza y bajo sus pies. Cabeza y pies. Cabeza y pies. Brazos tensos. Músculos contraídos. Boca entreabierta con rápidas bocanadas de aire y cara tensa. Mandíbula apretando y aflojando al ritmo de la cuerda. También había marcas. En las caderas.

Una gota resbalaba por su estómago, y yo sólo quería acercarme. Verlo mejor. Pero su cuerpo se detuvo, distrayéndome de eso. Los músculos seguían palpitando, flexionándose, brillando y haciendo lo que hacen los músculos cuando están al límite. Me pregunté cómo se verían si...

"¿Josie?"

Levanté la cabeza. Matthew estaba jadeando, mirándome.

Parpadeé. Luego actué. Como cuando le había besado, sólo que esta vez tenía a Sebastian Stan a mano. Levanté el gallo en el aire, justo delante de mi cara.

Batió las alas, claramente disgustado.

"¿Josie?" Matthew repitió.

Esto fue un nuevo mínimo.

"*Heeey*", dije, arrastrando la palabra sin otra razón que la de entretenerme. Oí movimiento y vi que se acercaba una piel dorada y brillante. *Distraer. Desviar.* "¿Qué haces, cariño?". Me hice una mueca. *Amante.* ¿Amante? Me aclaré la garganta. *Hermano.* ¿Qué haces, hermano?"

"¿Acabas de llamarme *hermano?*", preguntó, y pude ver por encima del bateo de las alas de Sebastian que Matthew se había quitado los auriculares y se los había enrollado alrededor de su

muy deliciosamente sudoroso- "¿Me estabas observando?". Sonaba engreído. Uf. "Estoy confundido con lo del pollo, pero puedo seguir, si quieres".

"¿Si quiero?" Pregunté, a falta de algo mejor que decir.

"Estaba claro que te interesaba", anunció. Ahora divertido además de presumido. "No pasa nada. Pero poner a esa pobre cosa en el suelo podría darte una mejor vista".

"Ja", dije. Pero dejé a Sebastian exactamente donde estaba. "Así que soy un mirón, ¿y qué? Te ves realmente sin camisa y muy brillante y, honestamente, difícil de no mirar cuando estás rebotando y-tu sabes, flexionando o lo que sea. Y yo soy una mujer. Con partes funcionales. Ojos que funcionan. Partes femeninas a las que les gustas, aparentemente".

Hubo un silencio y luego un "Vale".

De acuerdo. ¿Eso es todo?

Estiré el cuello, mirando por encima de Sebastian. Matthew estaba allí ahora. Justo delante de mí. O nosotros. Tan cerca que estaba segura de que Sebastian podría picotearle el pezón si quisiera. Tal vez debería decírselo. O tal vez debería dejar que el gallo le bajara la sonrisa a Matthew.

"Esa sonrisa es nueva", dijo. "Me pregunto qué significa". Sonreí un poco más. Él se rió. "Eres muy mono. ¿Estás tramando algo malvado? ¿Por eso estás aquí? Me apunto, sea como sea".

Me mordí una réplica. Qué descaro, llamarme "mona" y que no le gustaran mis labios sobre los suyos. "Deberías alejarte", le dije. "Antes de que Sebastián picotee ese pecho brillante y reluciente que tanto te gusta enseñarme".

"Pensé que a tus partes femeninas les gustaba", replicó. La sonrisa de megavatio seguía ahí. "Y yo pensé que estabas bajando el pájaro."

"No se puede".

Se acercó un poco más y yo bajé a Sebastian en un intento de salvarle el pecho. Era bonito, después de todo. "¿Y eso por qué?"

"Este es Sebastian Stan, y es el gallo de los Vasquezes. Lo devuelvo a la granja. Parece que le gusta demasiado estar aquí. Solía aterrorizar a Adalyn y Cameron todo el tiempo. Es que... parece que me cuesta la logística contigo ahí parado".

"Así que eso es lo que me ha estado despertando al amanecer", comentó. Mis labios se entreabrieron con una pregunta. Pero sus siguientes palabras lo echaron por tierra de inmediato. "Aparte de la idea que tengo de ti y del ruidito que haces".

Mis mejillas se sonrojaron. Sacudí la cabeza. "Suave", decidí. A diferencia de mi palabra, que había salido un poco tambaleante. ¿Se refería a mis gemidos? Los gemidos que hice por teléfono mientras- "Qué gracioso decir eso, para alguien que parece tan absolutamente horrorizado de que lo bese".

Toda la diversión desapareció de su rostro. "¿Qué?"

Levanté la barbilla. Estupendo. Así que aún no había visto el *Heraldo*. "Nada." Di un paso a un lado. "Nada importante. Ahora me voy. Que tenga un buen día".

Me bloqueó el paso. "Baja el pollo, Josie."

"No", dije, moviendo a Sebastian más alto delante de mí. Estaba siendo cien por cien ridícula. Pero si había algún momento en la vida en el que me iba a permitir ser mezquina, era éste. Después de cuatro compromisos, acababa de descubrir que besaba mal. "No puedo, señor. Adiós."

Matthew reflejó mi paso lateral. "No me hagas perseguirte", me advirtió. Con calma. Con indiferencia. "Porque correré detrás de ese coche".

Resoplé al ver lo serio que parecía. "No seas dramático".

"Dijo la mujer usando un escudo de gallo."

Mis ojos se entrecerraron ante el guapísimo hombre con sombrero retrógrado. "Si lo bajo, vendrá a por nosotros. No le gusta que lo cojan así, por si no te has dado cuenta, Chispitas. Por muy gentil que haya sido. Nos picoteará los talones. Es rápido. Más rápido que nosotros. Lo mejor que podemos hacer en este momento es llamar a Robbie. ¿Puedes hacerlo?"

"Creo que podemos dejarle atrás". Un encogimiento de hombros. "Y si no puedes, prometo no dejarte atrás".

"Estás siendo muy engreído para ser un chico de ciudad que lleva poca o ninguna ropa. ¿Crees que esos abdominales de acero van a protegerte?"

A Matthew le encantaba esto al cien por cien. Simplemente lo estaba. Yo lo sabía.

"Bien", dije cuando no contestó. "Quieres ser engreído. Entonces será mejor que seas engreído mientras corres".

Y antes de que pudiera reaccionar, bajé a Sebastian al suelo y lo solté tan suavemente como pude. Soltó un cacareado grito de guerra, y justo cuando yo empezaba a correr, Matthew me agarró de la muñeca.

Corrimos en dirección a la casa, el chillido abandonándome, gracias a la inyección de adrenalina que me hacía sonar como una tonta. Como estaba previsto, Sebastian nos persiguió. Pobrecito. Realmente necesitaba hablar con Robbie para ver si debíamos dejarle elegir su casa. Miré por encima de mi hombro, mis ojos se distrajeron un poco al ver a Matthew a mi lado, vagando un poco demasiado bajo, un poco demasiado largo. Y pasando totalmente por alto un tronco tirado en algún lugar del patio trasero. Me sentí tropezar, surcando el aire durante un segundo que se alargó, y justo antes de caer, las manos de Matthew estaban allí, levantándose.

"Eso no fue un beso", dijo, subiendo los escalones del porche conmigo en brazos, al estilo princesa. "No me estabas besando, Josie".

Unos ojos marrones se clavaron en los míos justo cuando cruzamos el umbral de la puerta. Me plantó en el suelo. Con el pecho agitado, mis caderas vestidas de vaqueros se apretaron contra las suyas. Él. Tragué saliva. Aquella sudadera no disimulaba nada de él. El contorno duro presionando contra la suavidad de mi bajo vientre. Y no quise reconocer lo bien que se sentía así contra mí, lo sólido, lo cautivador o lo completamente excitada que estaba yo también, sólo porque él me tocaba.

Eso no fue un beso. ¿No lo había sido?

Mis palmas cayeron sobre su pecho, haciendo que se me cortara la respiración con el sonido que salió de él. Un pequeño gruñido. Me hizo moverme dentro de él. Quería arrastrar mis dedos hacia abajo. Hacia arriba. Por todo su cuerpo. Este hombre me hizo desear tantas cosas. Me dejó sin aliento con cosas que pensé que no necesitaba.

Me alejé.

Matthew bajó la mirada y se posó en mis manos, que seguían extendidas sobre su pecho. Extendió la mano hacia la izquierda y me rozó la piel con los dedos. Se detuvo un instante sobre el anillo. Su anillo. Mi anillo. No dejaba de tocarlo. Mirándolo. Haciendo que algo se tensara dentro de mí.

"No me estabas besando", repitió Matthew. "La verdad es que no. Ese no fue nuestro primer beso. Lo sabrías si lo fuera".

Nuestro primer beso.

Mi corazón dio un salto y cayó en picado al suelo. No importaba. Sin embargo, lo había sido. Le había besado, aunque sólo hubiera sido un picotazo.

"No te preocupes". Recogí las manos y las dejé caer a los lados. Sus ojos volvieron a encontrar los míos. "No he venido aquí para repetir. No se trata de eso. Vine por otra cosa".

Matthew recuperó la bolsa de mano del lugar junto a mi camioneta y regresó a la cabaña, dejándomela antes de dirigirse a la ducha con la promesa de ser rápido.

No lo había estado. Matthew estuvo en la ducha mucho tiempo. Pero se lo agradecí de todos modos, porque no creo que hubiera podido hacer esto con él todo sudado y brillante y... distrayéndome, sentado frente a mí. Así que, para cuando regresó, había tenido tiempo suficiente para organizar todo lo que había traído en la isla de la cocina, preparar café y conectar mi teléfono a los altavoces para poner mi lista de reproducción de concentración profunda. Mañana devolvería el gallo a casa de los Vásquez.

Hoy teníamos trabajo que hacer.

Los pasos de Matthew eran pesados y lentos al acercarse de nuevo. No se había cepillado el pelo mojado, los mechones rubios, normalmente sucios, estaban más oscuros y desordenados, algunos le caían sobre la frente. Quería echárselos hacia atrás, ver de cerca cada pliegue de su frente, preguntarle por qué parecía tan serio y darle las gracias por descartar las lentillas en favor de las gafas. Pero no estaba bien. Estaba claro que mi cerebro seguía funcionando mal por aquel beso horrible.

Ese no fue nuestro primer beso.

"He preparado café", le dije con lo que esperaba que fuera una sonrisa fácil.

Las facciones de Matthew se suavizaron brevemente mientras se servía un Americano antes de detenerse a mi izquierda. Una oleada de menta, jabón y *él* me golpeó justo en las tripas y me entraron unas ganas terribles de apoyarme en su pecho. Rozar con mi mejilla la sudadera que llevaba. Lo suficiente para sentirle a través del algodón. Tal vez oír los latidos de su corazón. Sentada en un taburete, estaba a la altura perfecta para hacerlo.

"Esas son tus magdalenas."

Mis mejillas se calentaron *un* poco. Los dos sabíamos que eran mis magdalenas de disculpa. Pero si lo admitía en voz alta, si sacaba a colación aquella noche en la finca de Andrew, volveríamos a hablar de aquel beso. Y no creía que pudiera hacerlo. Las magdalenas no tenían tanto que ver con eso, sino más bien con que me sentía responsable de que Matthew se enfadara tanto por lo de las cámaras. Yo también era responsable de que su foto saliera en el *Herald*. Ambas cosas podrían haberse evitado si hubiera escuchado a Bobbi. Si no hubiera sido tan ingenua. De ahí las magdalenas.

"También he traído las chips de col rizada que tanto te gustan", dije, señalando el recipiente rosa donde las guardaba. Un suspiro le abandonó, golpeándome en la parte superior de la cabeza. Me entraron ganas de girarme y mirarle a la cara, pero yo era más fuerte. "Por favor, siéntate. Tenemos mucho terreno que cubrir".

Matthew no se sentó. "¿Qué es todo esto, Josie?"

"Quiero ayudarte", le dije. "Con tu búsqueda de trabajo. Sé que puede que hayas visto la mayoría de estos. Pero dijiste que me avisarías si encontrabas algo, y no lo has hecho. Así que puedes decirme en qué punto estás con ello, y podemos seguir a partir de ahí". Extendí la mano

hacia una de las carpetas. "He impreso anuncios de trabajo y los he clasificado por estados y campos". La abrí. "Tenemos Illinois, y luego puestos que tienen que ver con reportajes o contenidos o... Oh, había un editor de para anuncios creativos y medios de comunicación que sonaba muy bien". Escaneé las mangas hasta que lo encontré. "Aquí."

Miré a Matthew y parecía... pensativo. Tranquilo.

"No te preocupes", dije, tirando del separador de secciones. "Hay una sección para Massachusetts. La mayoría de los anuncios son para puestos de reportero. *Boston Guardian*, *Boston Globe*, un grupo mediático nacional cuyo nombre no recuerdo... pero ése es a tiempo parcial". Le lancé una nueva mirada. Nada cambió. "Tienes una cara bonita y puedes ser muy encantador. Creo que estarías muy bien ante la cámara, si estás abierto al periodismo televisivo...".

Matthew dejó la taza en la isla de la cocina. Se rascó la nuca. "¿Hay una sección para Carolina del Norte?".

"Sí", dije, con una sacudida en el pecho. "Pensé que querrías estar cerca de Adalyn y Cameron". Mantuve la mirada fija en la carpeta. "Y también hay una para Florida. Sé que conociste a Adalyn en Miami, así que pensé que querrías volver".

Hubo una larga pausa, sólo los lentos compases de la música que sonaba de fondo llenaron el silencio. Entonces Matthew se movió. Cogió un taburete y lo colocó junto al mío antes de sentarse. Yo parecía contener la respiración por una razón que no entendía. Como si estuviera esperando algo.

"¿Cuándo hiciste todo esto?", preguntó. "Esto debe haber tomado horas".

Tragué saliva, arrastrando las palmas de las manos por la manga de plástico que tenía delante. "Hace un par de noches".

La respiración de Matthew fue profunda y enérgica y sonó como una queja.

"No he podido dormir", expliqué, manteniendo la voz alta, feliz. Normal. "Lo cual no es raro en mí. Mi cabeza a veces no se calla. Así que horneé. Investigué. Imprimí. Clasificado. Archivé. Fue muy relajante, y me alegré de tener algo en lo que mantenerme ocupada".

Otra de esas exhalaciones lo abandonó. "Mírame, Baby Blue."

Ignoré la presión que sentía en la garganta, el pecho, el vientre, *en todas partes*, y obedecí.

"Gracias", dijo, y Dios, Matthew nunca había sonado o parecido tan... serio. *Conmovido*. Como si las dos palabras salieran de otro lugar que no fuera su boca. De algún lugar profundo dentro de él. Su nuez de Adán se balanceó y giró mi taburete, inclinando mi cuerpo hacia él, como si quisiera toda mi atención. "Ojalá pudiera encontrar las palabras adecuadas para decirte lo jodidamente agradecido y asombrado que estoy ahora mismo. Ojalá..." Sacudió la cabeza. "Ojalá pudiera demostrártelo".

Todo en mí se calmó, sorprendido por lo mucho que quería decir y lo poco que yo había hecho. "Son sólo impresiones", susurré. "Es lo menos que puedo hacer. Tú... estás buscando trabajo. Y yo no estaba haciendo nada por ti. No como tú por mí. Eso no estaba bien. No era justo."

Un músculo de su mandíbula dio un respingo, y cuando dijo: "Eso no podría estar más lejos de la verdad", no pregunté a qué se refería. Extendió la mano y me pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja. No estaba bien cómo podía sentir algo tan simple, tan sencillo, tan tópico si se quiere, tan dentro. "No eres nada de lo que esperaba, Josie", dijo suavemente. Tan suave que casi dolía. "Te lo dije aquella noche. Pero ahora sé que tampoco eres nada que yo merezca".

Fruncí el ceño. "Te lo mereces", le dije. Me había esforzado mucho por no hablar de algo que le incomodaba. Algo que él nunca había mencionado pero que yo sabía. "Es sólo ayuda. Fue injusto que te despidieran porque te negaste a darles una primicia sobre Adalyn y Cameron. Es injusto que se salgan con la suya diciendo que estaban despidiendo gente de todos modos. De hecho, estoy seguro de que hay una forma de demandarlos. Podemos investigarlo. Te ayudaré a conseguir un abogado. Tengo contactos, te prometo que puedo ayudarte".

Matthew sonrió, pero no le llegó a los ojos. "¿Sabes dónde trabajé, Josie?"

"Algún conglomerado de medios de comunicación y entretenimiento", le dije. "Son dueños de periódicos y medios online en todo el país, o algo así. No recuerdo los detalles. Sólo sé que no tienen principios y que fueron muy tontos al dejarte marchar".

"No los tienen, no", aceptó Matthew. "Uno de los medios que poseen es Página Nueve".

Oh. "Yo... no lo sabía. Probablemente debería haber preguntado".

"Debería habértelo dicho". Se le cayeron las comisuras de los labios. "Página Nueve es donde trabajé el año pasado. Mi jefa, Marissa, me llevó con ella tras un cambio de dirección. No es raro que cambien a la gente de sitio. Fue una adaptación, pero pronto me di cuenta de cómo funcionaba la prensa sensacionalista. Las noticias son noticias, sea cual sea el tema. Se trata más de a quién conoces que de cualquier otra cosa. Y con las redes sociales, hay mucho más trabajo en la industria de la prensa sensacionalista de lo que la mayoría de la gente cree".

"¿Así que escribiste cosas como las que se dicen de mí? ¿Y Andrew? ¿Nosotros?"

"No estoy orgulloso de mí mismo", dijo. Y yo le creí. "Siempre pensé que era algo justo, que todo lo que escribía no cruzaba alguna línea imaginaria que me había trazado. Comprobaba las fuentes, me aseguraba de que todo se ajustaba a la realidad. Pero sólo podía controlar hasta cierto punto". Se le escapó un suspiro. "*Filthy Reali-Tea* está guionizado, por ponerte un ejemplo. Pero eso no significa que puedas predecir lo que dirán Sam y Nick. Todo está editado, pero de vez en cuando se ponen viciosos, y eso a la gente le encanta. Es gran parte de su éxito".

Procesé eso. Todo, en realidad. Estaba sorprendido, obviamente me había pillado desprevenido, pero... no me sentí traicionado. Sólo confundido. *Debería habértelo dicho*. "¿Por qué no me lo dijiste? ¿Cuando te pedí que me ayudaras esa mañana, aquí, en esta cocina?"

El músculo de su mandíbula dio un respingo. "Dijiste que me necesitabas. A mí".

El peso de su respuesta hizo que mi siguiente respiración fuera un poco más difícil. "¿Por qué no dijiste nada en ningún momento después de eso?"

"Pensé que romperías las cosas. Que no confiarías en mí".

Rompe las cosas.

¿Romper qué? Debería haber preguntado. Lo que había entre nosotros estaba destinado a romperse de cualquier manera. Pero yo no era idiota. No estaba ciega. Podía ver, por mucho que intentara negarlo, que había algo más entre Matthew y yo. Algo que siempre me había hecho gravitar hacia él y que ahora se había convertido en algo vivo y palpitante que crecía en el espacio que habíamos creado cuidadosamente con aquellas reglas.

"¿Por eso no hablan de ti? ¿Porque te conocen?"

La calidad de su mirada cambió. "Estás asumiendo que la razón es en parte lo que me hizo ocultarte esto. Ojalá..." Se detuvo. "Ojalá hubiera podido ahorrarte toda esta fealdad, Josie".

"No soy tan ingenua como me pintas, Matthew. No necesito que me abriguen..."

"No lo eres". Dejó escapar un fuerte suspiro. "Y no necesitas que te protejan, no. Porque eres inteligente. Mucho más inteligente que yo. Feroz. Valiente. Amable. Asumes lo mejor de la

gente porque eso es lo que eres. Tienes un corazón tan jodidamente grande, que hay espacio para todos allí. Y me encanta eso de ti. Todas esas cosas. Eso es lo que me gustaría poder proteger".

Me encanta eso de ti.

Eso es lo que me gustaría poder proteger.

Mi corazón tropezó consigo mismo.

Yo... estaba luchando para no... ¿De qué? ¿De pedirle que se llevara todo eso? ¿De pedirle que se expandiera, que me dijera que quería algo de ese espacio en mi corazón? De saltar en su regazo y simplemente...

"Entonces te buscaremos otra cosa", le dije. "Algo lo más lejos posible de los cotilleos, los tabloides y los podcasts. Eres increíblemente inteligente, Matthew. Y decidido. Y el hecho de que tengas una brújula moral es algo bueno". Algo brilló en sus ojos. ¿Era dolor? Desvié la mirada un momento. "Intentaste sacar lo mejor de una situación que estaba fuera de tu control. Dijiste que no. Protegiste a Adalyn y a Cameron. Y luego me protegiste a mí también. Porque te necesitaba. Como dijiste".

Su mirada se clavó en el espacio que nos separaba. Y me di cuenta de que había estado inquieta. No, temblando. Me temblaban las manos. Él las apretó, suave pero fuertemente, con esa emoción que había estado viendo en sus ojos. La que me hacía imposible apartar la mirada. Sentí su pulgar rozando el anillo. Y me había acostumbrado tanto a su peso, a su presencia, que al tocarlo sentí como si tocara una parte de mí.

"Era el anillo de compromiso de mi abuela", dijo, y juré que dejé de respirar. "Mi abuelo le hizo un par de modificaciones antes de proponerle matrimonio. La piedra del centro era del color de sus ojos. No es tan raro tenerla ahí, pero suele ser un corazón macizo".

Algo retumbó en mi pecho. Me había imaginado que era una reliquia familiar. Claro que sí. ¿Pero esto? Esto no me lo esperaba. "Es hermoso", exhalé. "No estaba mintiendo cuando dije eso."

"Te queda precioso".

El corazón me dio un vuelco. Pero tenía que contenerlo. Tenía que tratar de no arruinar esto. Lo nuestro. Fuera lo que fuera. No quería que lo que había en sus ojos desapareciera. "Lo primero que pensé cuando me lo diste fue lo difícil que será separarme de él".

Los ojos de Matthew sostenían los míos, intensos, urgentes, palabras no dichas que me hacían lamentar las mías devolviéndome la mirada. "Lo llevas al revés", dijo. Me levantó la mano. Imposiblemente también con suavidad. "Según mi abuela, el corazón debe estar mirando hacia ti. Para indicar que estás comprometida. Decía que algunas personas esperan a casarse para darle la vuelta, pero que Flanagans nunca lo hizo". Se me oprimió el pecho, una marea de emoción subió, inundándolo todo a su paso. "No decir nada me ha estado volviendo loco".

Ninguno de los dos habló.

Había venido aquí para ayudar a Matthew a encontrar trabajo, con la promesa de hacer que esta tarde girara en torno a él, y de alguna manera había acabado sentada bajo el peso de su mirada, más preocupada por la forma en que *me* estaba haciendo sentir. La forma en que mis oídos parecían zumbiar con algo que exigía ser escuchado. La forma en que mi pecho subía y bajaba.

Estábamos comprometidos, pero yo no era suya. Él no era mío. Teníamos reglas y no nos íbamos a casar.

Éramos nosotros los que estábamos de espaldas. Mirando hacia el otro lado. No el anillo.

¿Lo giraría, entonces? ¿Haría que el corazón apuntara en la dirección correcta? ¿Le daría la vuelta a todo esto? ¿Podría hacerlo?

El agarre de Matthew cambió. Su pulgar y su índice se cerraron alrededor de mi dedo, con suavidad, con decisión. El aire de mis pulmones se agarrotó. "Josie", susurró, con voz baja. Baja. "Dios", maldijo, soltando una carcajada. "El anillo está mal orientado", repitió. "¿Entiendes lo que te digo?"

El corazón me dio un vuelco, haciendo piruetas alrededor del pecho. Quería asentir con la cabeza, claro que lo entendía, pero estaba abrumada. Todo esto era tan al revés que ni siquiera podía respirar. Ni siquiera sabía cómo hablar. Separé los labios.

Sonó un teléfono.

No fue fuerte, pero me sobresaltó.

La mirada de Matthew permaneció fija en mí. Preparada. Esperando.

"Deberías cogerlo", logré decir finalmente.

"Es mi hermana", respondió, con el cuerpo inmóvil, estudiándome. "Tay. Ella puede esperar. Ha estado llamando todo el día".

Todas las preguntas que me había hecho sobre su familia resurgieron. Me tranquilizaron. "Parece importante", le dije. Me costó mucho, una parte intrincada de mí, pero aparté la mano. "Iré".

Matthew frunció el ceño. "No quiero que te vayas".

Una vez más, me obligué a pronunciar palabras que no quería decir. "No saben lo mío, ¿verdad? ¿Sobre que esto es una mentira? Creen que soy la mujer de la prensa, porque te pedí que les mintieras. Te pedí que mintieras a todo el mundo tanto como tú me hiciste creer que era una llamada que hacíamos los dos". Me obligué a sonreír, aunque me sentía horrible y fea e indigna de la forma en que me miraba. El anillo en mi dedo. "No pasa nada. De verdad que sí. Creo que debería irme y tú deberías hablar con tu hermana. Dejaré todo esto aquí, ¿de acuerdo?"

Sus labios se afinaron. Y me miró fijamente, sumido en sus pensamientos, con aquella emoción aún clara y brillante en el marrón de sus ojos. Mi sonrisa vaciló, torciéndose un poco de una forma que no podía ser bonita. Salté del taburete y le di un beso en la mejilla.

"Nueva regla", dijo, las palabras me detuvieron. "Te beso".

Mi voz salió débil, cansada. No quería una nueva regla. No quería reglas en absoluto. "Esa ya es una".

"No." Sacudió la cabeza. "A partir de ahora no nos besamos sólo si es necesario. *Yo te beso*. Te beso como he querido hacerlo desde hace semanas. No porque tengamos que hacerlo, sino porque lo necesito, joder". Un suspiro salió de su pecho. "Porque lo necesitas. Y porque sabes lo que significará, pase lo que pase".

"*Matthew*", empecé.

Pero se bajó del taburete y se acercó a mí. Me rodeó la nuca con la palma de la mano y me acercó a su pecho. En el momento en que mi mejilla lo tocó, en el momento en que me fundí con él, me di cuenta de lo mucho que lo había necesitado. Esto. A él.

"¿Sí o no?", preguntó. "No dejaré que te vayas hasta que me respondas". Su pecho se movió arriba y abajo. "¿Sí o no? No tengo problema en quedarme así todo el día".

Se me escapó una extraña carcajada e hice todo lo que pude en ese momento.

Asentí con la cabeza.

"Sí."

CAPÍTULO 19

INTERIOR-FILTHY *REALI-TEA* STUDIO-DAY

SAM: Entonces, ¿qué dijeron nuestras encuestas?

Vaya, ¿muy impaciente?

SAM: Me encantan las buenas encuestas. Hay un tipo muy especial de satisfacción en elegir algo y descubrir si se valida en los resultados. O en tu caso... ¿invalidado? Siempre vas con la opción impar.

NICK: No estoy seguro de que esa sea la palabra que estás buscando, Sammy. Y estás hablando de mí como si me gustara elegir el lado equivocado de un triángulo amoroso. Realmente no lo hago. I-

SAM: Las encuestas.

Muy bien, muy bien. Así que ... para aquellos de ustedes ponerse al día con todos los acontecimientos en *el Underwood Asunto*. Han pasado muchas cosas. Todo lo que puedes encontrar en nuestros destacados, haz una pausa aquí y búscalos, y antes de que preguntes en los comentarios, sí, el vídeo tuvo que ser retirado.

SAM: Me sentí un poco mal por ella, si te soy sincero... Éramos meros comunicadores pero...

Pero estás tan involucrado que la apoyas. Dios mío, realmente lo estás. Guau. Bueno, estoy recogiendo todo ese crédito. Trabajé muy duro en esta serie.

SAM: (Suspira) Así que las encuestas?

Sí. Muy bien. Así que les preguntamos a ustedes, nuestros hermosos realistas, la siguiente pregunta. (pausas)

(Redoble de tambores)

Me encanta, gracias. (se aclara la garganta) ¿Caminará la Pequeña Heredera hacia el altar el primero de diciembre?

SAM: (chilla de emoción)

NICK: Y el cincuenta y uno por ciento de ustedes dijo que no lo hará.

SAM: (se burla, indignado) Yo voté que lo haría. Creo en ella. Creo en el poder de la curación.

No lo sé, sinceramente. Estoy tan dividido como nuestro público. Creo que es por esa foto de la que hablamos en el ep del martes. Ese beso fue un poco...

Anticlimático. SAM: Sí. Tal vez. Siempre pensé que-

NICK: (ríe fuerte y bruscamente) ¿Que parece un hombre para agarrar a una mujer y darle un beso? Sí. Tipos rubios con gafas, te lo digo. Pero en nuestra segunda encuesta ahora. Will Rich Daddy-oops, lo siento, ya no podemos dirigirnos a él como tal. ¿Quieres que *Andrew Underwood* lleve a nuestra princesa de pueblo al altar el primero de diciembre? (La encuesta dice 75% sí.

SAM: (aún más indignado) ¿Qué? ¿Qué?

¿El poder de Hollywood? ¿Felices para siempre? ¿Los problemas con papá que todos tienen? Voté que sí aquí. Lo admito.

SAM: Ew. Estás cambiando tu tono terriblemente rápido. ¿Todavía estás buscando esa invitación?

NICK: (fingiendo un jadeo consternado). Soy mejor que la pesca. Pero sí, sí que lo soy. ¿De verdad crees que no hay forma de que consiga uno? Sé exactamente lo que me pondría.

SAM: (Risas) Por supuesto que lo sabrías. Pero el gran día es en dos semanas. Dudo que lo sepas si aún no ha sucedido, bestie.

Ouch. Te habría tomado como un más, pero ... por desgracia. Oh. Y para aquellos de ustedes que llenan nuestros comentarios con las peticiones más al azar: aquí hay un poco de algo ... estamos trabajando en conseguir un invitado muy especial en el pod. Pronto. Esperemos. ¿Alguna idea de quién podría ser? Háganoslo saber. Hasta entonces, permaneced atentos. ¡Y suscríbete si no lo has hecho! También tenemos bocas que alimentar.

SAM: Usted tiene tres gatos.

Exactamente.

"¿Cinco minutos más?"

Giré la cabeza para mirar al hombre que ocupaba el asiento del conductor de mi camioneta. "Cinco minutos más".

Matthew sonrió. "Sí, estaba pensando lo mismo. O quizá necesite diez esta vez. Me lo pensaré. Seguro que no te importa quedarte aquí un poco más, ¿verdad?".

No se me ocurrió nada. Y no necesitaba pensar en nada. Era yo quien necesitaba esos cinco, tal vez diez, minutos. No él. Pero era un hombre increíblemente dulce, así que fingiría lo contrario si se lo permitía.

Llevábamos un rato aparcados aquí. Lo suficiente para preguntarme si alguna vez tendría el valor de abrir la puerta, salir del vehículo, cruzar el camino de entrada y llamar a la puerta de Adalyn y Cameron.

"¿En qué estás pensando?" le pregunté a Matthew, arrastrando la mirada por la ventana.

"Karaoke".

¿"Karaoke"?

"Sí", dijo asintiendo. "Estaba pensando si tienes una canción. Las chicas guapas siempre, siempre, tienen una canción de karaoke. Me preguntaba por la tuya".

Ugh. No podría con este hombre.

No podía soportar cómo me llenaba el pecho con las cosas más tontas y simples. "¿Qué canciones estabas considerando?"

"Todavía estaba reduciendo a géneros y décadas".

Fruncí los labios para no sonreír como una idiota. "Parece un proceso de pensamiento muy eficiente. ¿Quieres compartir qué géneros y décadas crees que se adaptan a mis elecciones de karaoke?"

Matthew se giró en su asiento. La sudadera de cuello redondo que llevaba se estiró sobre su pecho con el movimiento, arrastrando momentáneamente mis ojos hacia abajo. Le sentaba genial el verde. Hacía juego con las motas de sus ojos. "Country. Años ochenta".

Arrugué la nariz. "Acertaste una".

Puso cara de pensar. "Tienen que ser los ochenta, entonces".

"Me encanta un buen tema country pero... sí. El karaoke y los ochenta van de la mano para mí". Sonreí. "¿Cómo lo sabías?"

"Porque sí".

"Esa no es una razón".

Le funcionaba la garganta. Y me miró de una manera que me dijo que su respuesta no sería tan trivial como nuestra conversación. "Porque también es mi elección".

Inmediatamente me iluminé por dentro. Como si hubiera encendido una bombilla con un simple clic. No necesité preguntarle qué quería decir. Simplemente tenía sentido. Así eran las cosas entre nosotros. Siempre había sido así. "Eres del tipo 'Careless Whisper'", le dije. "Tienes que serlo. Apuesto a que también eres un buen cantante. Apuesto a que hasta das espectáculo".

La sonrisa que se dibujó en su boca era increíblemente grande. "Respetuosamente, pero dame un micrófono y haré de ese escenario mi perra".

Esa sensación brillante y abrumadora se expandió, tirando de mis propios labios. Sus palabras hacían imposible no olvidarse de todo por unos instantes e imaginar a Matthew en un escenario. Iluminado por un único foco, micrófono en mano, entonando esas notas altas con una naturalidad que probablemente no tenía por qué tener. Realmente no estaba bien ser así de guapo, divertido, tener esos brazos y saber cantar. O tal vez, sólo tal vez, no estaba bien lo mucho que me gustaban todas esas cosas de él.

Mi cara empezó a caer. Y con la misma rapidez con la que todo se había ido, momentáneamente fuera de mi alcance por su sonrisa y la imagen de él, volvió de golpe.

"Tengo un poco de miedo", susurré. "De salir del coche."

Matthew asintió con la cabeza aunque era obvio que ya lo sabía. "¿Quieres decirme por qué?"

Solté una carcajada amarga. "Las mentiras", dije.

Consideró mi respuesta, y fui consciente de que después de lo que había pasado en Lazy Elk la otra mañana, después de lo que me había confesado y pedido, después de lo que había

quedado sin decir, era injusto decirlo. *Las mentiras*. Hizo que todo sonara falso. Como si él no hiciera palpar mi corazón con sólo un toque o una mirada. Como si distraerme con una conversación tonta sobre el karaoke no valiera nada. Como si él en este coche, inventando excusas para que yo pudiera armarme de valor, no significara nada. Significaba. Todo significaba. Más de lo que podía decir. Pero no cambiaba el hecho de que me sentía como un fraude yendo a la casa de Adalyn y Cameron.

"Yo voté sí", dijo Matthew. "En la encuesta de Página Nueve".

Le miré con el ceño fruncido. Había visto las encuestas en las redes sociales de Página Nueve, por mucho que intentara no mirar. Cada vez era más difícil ignorarlo, cuanto más nos acercábamos al primero de diciembre. También era difícil no ceder y dejar que lo que se decía me dominara.

"No estoy tratando de darle la vuelta a esto para que hablemos de nosotros", dijo Matthew. "No es el momento, no ahora, aquí en este camión. No cuando tu cabeza está en otra parte. Pero sólo voté en uno de ellos, y lo hice con un sí. Caminarás por ese pasillo, Josie. No porque tengas que hacerlo, o porque quieras, sino porque puedes. Por eso también puedes cruzar esa entrada, abrazar a Adalyn y no estropear nada". Se le desencajó la mandíbula. "Puedes hacer cualquier cosa. ¿Entiendes?"

Una ola abrumadora y consumidora de... emoción se abalanzó sobre mí.

Quería besar a Matthew. Ahora. Con tantas ganas. Quería subirme a su regazo y mostrarle lo que me habían hecho sus palabras, su fe en mí. Nunca había deseado besarle tanto como en ese momento.

Había un brillo en sus ojos que me decía que podía ver eso en mí, lo que yo sentía. Había una dureza en su rostro que también me decía que estaba intentando evitar hacer lo mismo. O de permitírmelo. Decidí que se lo merecía. Se merecía tener el control sobre aquel beso. Como me había pedido con esa nueva regla.

Te beso.

Podría concederle eso.

Podría darle cosas.

"Nadie me ha acompañado nunca al altar", me oí decir. Porque era lo menos que podía hacer. No lo besaría, pero podía darle esto. Algo que nadie más había hecho. "La otra encuesta era sobre eso."

Asintió con la cabeza, animándome.

"Se suponía que iba a ser mamá", dije. "*Tú y yo contra el mundo*". Algo obstruyó mi tráquea, dificultándome continuar hablando por un instante. "Era una tontería, supongo. Y siempre me pregunté si el abuelo Moe pensó alguna vez que yo no quería que me acompañara. Pero nunca me atreví a preguntárselo".

Matthew se quedó quieto, muy quieto, y luego extendió la mano por la consola. Me rodeó la cara con la palma de la mano. Su pulgar me acarició la mejilla, y había desesperación en su tacto, una desesperación que *comprendí*, que sentí muy dentro de mí. Nunca se lo había dicho a nadie, por mucho que la mayoría lo hubiera supuesto.

"No sé..." Tropecé, continué, más verdades saliendo. "No sé si por eso no pude hacerlo. No sé si es por eso que lo intenté tantas veces. Parece que nada me sale bien. ¿Eso me convierte en un tonto?"

Matthew se inclinó hacia delante, su aroma me envolvió con el aire mientras se movía dentro del coche. Cerré los ojos. Su frente se apretó contra la mía. "No, Blue. Te conviertes en la mujer más fuerte que he conocido".

Azul. Eso fue hermoso. No fue un beso, pero me gustó cómo quedó en el espacio entre nuestras bocas. Tocó mis labios.

"¿Crees que podrías casarte, Matthew?" Las palabras me dejaron en un susurro. "¿Crees que lo nuestro se puede arreglar?"

Todo su cuerpo se estremeció un instante, justo antes de levantar la cabeza. Unos ojos marrones se encontraron con los míos cuando mis párpados se abrieron. Se me cayó la barriga. "Realmente estamos jodidamente atrasados, ¿eh?" Realmente lo estábamos. Pero antes de que pudiera decirlo, volvió a tocar mi frente con la suya. Sólo brevemente esta vez, nada más que una caricia. Volvió a su asiento. "¿Qué tal si primero te conseguimos una dama de honor? Luego iremos día a día".

Un día cada vez. Quedaban catorce.

"¿Crees que me odiará?" Le pregunté. *Por mentir.* "¿Por preguntar tan tarde?"

No hubo ninguna vacilación en sus palabras. "Ni de coña". Señaló con la cabeza a la bola peluda que dormía en el asiento trasero. "Recuerda, tenemos a Pedro. Nadie podría enfadarse con alguien que tiene un cerdo tan pequeño. Ni siquiera Cam".

Solté una risita, aunque un poco forzada. Sabía lo que estaba haciendo. Otra vez. Distraerme. No me merecía un hombre como él. "Está bien. Pero sujeta a Pedro. Creo que podría lanzarme sobre ella cuando la vea, y no quiero que salga herido".

"Entendido", dijo asintiendo con la cabeza.

Y en cuestión de segundos, habíamos salido de mi camión y estábamos cruzando el camino de entrada hasta el porche de Adalyn y Cam, con Pedro Pigsal en brazos de Matthew.

Solté una gran bocanada de aire, cuadré los hombros y llamé al timbre. Matthew me guiñó un ojo cuando le dirigí una rápida mirada. Me tranquilizó, pero aun así me pasé las palmas sudorosas de las manos por la falda vaquera.

La puerta se abrió.

Contuve la respiración.

El gran cuerpo de Cameron ocupaba todo el espacio. Había un pequeño mohín enmarcado por todo ese vello facial recortado. "Ya era hora, joder", murmuró. Me miró a los ojos. Una sonrisa se abrió paso. Pequeña, pero estaba ahí. "Te vi aparcar hace siglos. Esperaba que no estuvieras besándote en mi entrada, de verdad".

"Realmente no lo éramos", dije, con voz suave. Demasiado suave.

Cam dejó escapar un largo suspiro. "Lo sé, cariño", admitió. "Lo sé". Los ojos verdes rebotaron a mi lado. Miró a Matthew de arriba abajo. "¿Qué demonios es eso?"

"Eh", se quejó Matthew. Y cuando miré, estaba tapando las orejas del cerdo con una mano. "No hables así de Pedro".

"Estamos cuidando a María..."

Algo se movió delante de mí. Y en un segundo, Cameron fue empujado fuera del camino y yo estaba siendo abrazado.

"Ada...", empecé, pero un sonido ahogado me detuvo. No era mío. Yo... Dios mío. ¿Adalyn estaba llorando? ¿Después de lanzarse sobre mí? "¿Estás bien?" Pregunté, oyendo mi propia voz quebrarse. "¿Por qué estás llorando?"

"Porque es lo más alejado de estar bien", respondió Cameron.

Mi hermana soltó un pequeño sollozo, lo que me hizo rodearla inmediatamente con los brazos. "Pero tú nunca lloras. Tú... Dios mío, ¿estás llorando por mi culpa? ¿Te he hecho llorar?". Se me humedecieron los ojos. La emoción me inundó. La apreté con más fuerza. Más fuerte. Mi hermana nunca lloraba. Ella no abordaba a la gente con abrazos. "Lo siento mucho. Vine a preguntarte si querías ser mi..."

"Sí", graznó. "Sí, por favor. Seré tu dama de honor. Y no estoy llorando por eso. Es que he estado muy estresada. Pensé que odiabas mí porque yo no estaba allí para ti, y yo soy *muy emocional y no puedo contenerlo ...* " A eso le siguió un extraño rastro de palabras que no pude descifrar.

Pero no me importaba demasiado.

Adalyn no me odiaba. No había arruinado esto para nosotros. Al menos no por ahora.

Se me cerraron los ojos.

"Está bien". Oí a Cameron decir. "Movamos esto adentro. Y deja de mirarme así. El cerdo puede entrar también".

Matthew soltó una burla. "Como si fuera a dejar a Pedro fuera".

CAPÍTULO 20

Algo llamó mi atención desde fuera de la ventana de Stu's.

Bobbi chasqueó los dedos, exigiendo que volviera a mirarla.

"¿Realmente necesitas hacer eso?" Le pregunté tan dulcemente como pude. "Porque pensé que habíamos doblado una esquina, y fuiste amable y alentadora y..."

"Soy una estratega de relaciones públicas polifacética", dijo. "Y su atención debe estar en este steak tartare. No fuera de la charcutería. Stuart cerró la tienda para nosotros".

Arqueeé una ceja. ¿Stuart? No parecía que Bobbi se preocupara de que un hombre cerrara su tienda por nosotras. "Un planificador de bodas", dije, cargando el tenedor y llevándomelo a la boca. "Planificador de bodas polifacético, en todo caso". Matthew resopló una carcajada a mi lado, haciéndome hinchar el pecho de orgullo. Los ojos de Bobbi se entrecerraron. "Y nadie sirve steak tartare en una boda. Los huevos crudos, la carne cruda y el queso sin pasteurizar son opciones muy arriesgadas. Todo el mundo lo sabe".

Bobbi tamborileaba con las uñas en la mesita donde habíamos estado sentados. Estábamos en un rincón más privado de la charcutería, aunque al fondo sólo estábamos Stu y nosotros. Stu's Beef Barn estaba en un pueblo vecino. A pesar de su nombre, no era un gran establecimiento, pero se abastecía de todo localmente y tenía algunos espacios para la gente inclinada a tomar un bocado rápido delante. O para gente como nosotros, que estábamos probando sus ofertas para un evento. Bobbi había parlotado acerca de nosotros ir a un catering real, como ella lo había llamado. Pero había comprobado esto en su lista maestra, tanto como lo había hecho al azar. Había sido una opción existente, y me encantó que el destino nos había traído aquí.

"Lo añadiremos a los entrantes, pero para la cena de ensayo", anunció finalmente. "Iré a ver con Stuart si es posible".

Abrí la boca para decirle que daba igual, ya que la boda y la cena de ensayo tenían exactamente el mismo número de invitados, pero Bobbi se levantó corriendo de la silla antes de que yo pudiera hacerlo.

"Quién lo hubiera pensado", dijo Matthew.

Sabía exactamente a qué se refería. "Yo no. Pero no puedo decir que la culpe".

La rodilla de Matthew rozó la mía. Yo también sabía lo que eso significaba, así que le devolví la mirada. Su sonrisa era pequeña, cuidadosa. "Si te van los hombres calvos y barbudos con delantal rodeados de cortes de carne, deberías haber dicho algo. No me opongo a probar nuevos looks".

No lo era. Stu era agradable, objetivamente hablando. Atractivo, si te gustaban esas cosas que Matthew acababa de mencionar. "No se. ¿Realmente podrías llevar una cabeza calva?"

"Claro que podría", dijo, llevándose una mano a la barbilla. "Y también podría dejarme barba". Le pregunté arqueando una ceja. "Podría aprender a asar cosas. Cortar falda. Mis bíceps se flexionarían muy bien mientras lo hago, como a ti te gusta".

Algo demasiado parecido a una risita estuvo a punto de salirme entonces, pero la intercepté a tiempo. "Eres guapa, pero no calva", mentí. También me gustaba demasiado su pelo.

Matthew sonrió. "Así que piensas que soy guapa".

Me encogí de hombros. "Sabes que sí". Me volví hacia el tartar y acerqué el plato a nosotros. "Espero que Stu impida que Bobbi añada esto a la cena de ensayo. No me gustaría que medio pueblo se intoxicara. Eso pasó en la última barbacoa que hicimos junto al lago. Y acabé cargando a la gente en la cama de mi camioneta y haciendo carreras colectivas a Urgencias". Mis ojos volvieron a él mientras me cargaba la boca con más tartar. Le señalé con el tenedor. "Si alguna vez alguien te ofrece helado casero en Green Oak, di que no".

Matthew me miraba, como esperando algo.

No sabía qué podía ser. Concretamente. Había demasiadas cosas rondando nuestras cabezas en ese momento. Y habíamos estado tan metidos en el *fin de semana* de ensayos, no sólo en la cena, como había decidido ejecutivamente Bobbi, que era difícil distinguirlos. Para mí, fue ese beso. Era lo único que parecía importarme estos días. Y era lo único que se me escapaba continuamente. Si no estábamos con Bobbi, discutiendo algo, Andrew estaba de alguna manera allí.

Las palabras de Matthew en la fiesta habían parecido surtir efecto, y la última vez que nos habíamos sentado con mi padre, había sido para discutir su parte de la lista de invitados. Se había disculpado mucho por ello, y por todo en realidad, y llegó a preguntarme si quería que hiciera algo con Duncan. Fuera lo que fuese. Me había negado, pero me había dado cuenta de que Matthew se había alegrado de que Andrew se lo pidiera.

El recuerdo de aquella reunión me hizo pensar en la familia de Matthew. Había dicho que estarían allí. Pero yo no podía saber si eso era verdad, o algo que se esperaba que dijera. No me atreví a preguntar.

Un día a la vez, había dicho en mi camión.

Sin embargo, aquí estábamos, probando opciones de catering para un-
"¿Quieres sentarte en mi regazo?"

Una mitad tos, mitad risa salió de mí. Sentí que se movía, y lo detuve, mirando a mi alrededor aunque no podía oír a Stu ni a Bobbi. "¿Qué? *No*".

Matthew parecía tan dolido que era casi cómico. "¿Por qué no?"

"Porque sí".

"Eso no es una razón", señaló. "Ven a sentarte en mi regazo".

No podía creer que estuviéramos teniendo esta conversación. Miré por encima del hombro. Ni rastro de ellos en la charcutería. "¿Dónde crees que han ido? ¿Tal vez a la cocina?" Me volví y me encontré con el mohín de Matthew frente a mi cara. "¿Lo dices en serio?"

"Nunca bromeo sobre mi vuelta".

Se me escapó una carcajada. "Ni siquiera sé qué decirte".

"Dime que te sentarás sobre mí, entonces."

"Dame una buena razón", dije, luchando contra él. Porque, ¿y si no lo hacía? ¿Entonces qué? Estaría *realmente* sentada en su regazo, con su cara justo ahí, de cerca, y entonces, Dios sabía lo que haría. Este hombre tenía el poder de desarmarme con una sonrisa, sin importar mi experiencia con hombres o sonrisas. "Una sola razón".

"Tu cabeza", respondió. "Iba a lugares. Lugares a los que no puedo llegar. Lugares que no me gustan, sólo basándome en cómo se curvan tus cejas justo aquí". Su dedo tocó un punto de su frente. "Prefiero tenerte sonriendo. Y sé que te gusta mi regazo así que..."

Así que se las había arreglado para desarmarme, entonces. Como sabía que podía hacerlo. Mi mano, que tenía mente propia, se estiró, cayendo sobre su antebrazo. Lo apreté. "Eres tan..."

Matthew se movió antes de que pudiera terminar. De algún modo me agarró de la muñeca y tiró de ella, con suavidad pero con la firmeza suficiente para que me tropezara con su pecho. Me rodeó la cintura con el otro brazo y me colocó en su regazo.

"¿No soy mucho mejor opción que una silla?", preguntó con voz engreída.

Eché aire por los labios en respuesta, pero sí. Sí, lo era. Así que ni siquiera trató de quejarse, a pesar de que ese tipo especial de calor había subido por mi cara en la cercanía de su pecho y ... bueno. Todo lo demás. Incliné la barbilla hacia arriba, decidida a sacar lo mejor de todo esto, y luego moví el culo. Me sentí como en casa, acurrucada en su regazo, como él quería, como si no estuviera sentada de lado encima de un hombre que se había declarado mejor que una silla.

"Estoy seguro de que esto es algo esperado de todos modos", murmuré. ¿Quería distraerme? ¿Impedir que mi mente divagara? Vale. "Las parejas de novios son manitas. Se dejan llevar por la luna de miel y todo eso. ¿Verdad?"

Había comprensión en el zumbido de Matthew. También había algo más. ¿Gratitud? ¿Frustración? No podía distinguirlos con el culo tan cerca de su entrepierna. "No queremos que nadie en la charcutería piense que no somos una de esas parejas".

Sólo Stu y Bobbi en la charcutería, pensé. Pero dije: "Realmente, en serio, absolutamente no queríamos eso".

Stu apareció frente a nosotros con un gran plato de cortes de carne. "Aquí tenéis, chicos". Lo puso sobre la mesa, sin pestañear ante el hecho de que estaba usando a mi prometido como silla. "Este es nuestro asado de ternera, y algunos de nuestros London broil. Espero que lo disfruten".

"Eso se ve increíble", dijo Matthew. "Gracias, Stu. Creo que es el último."

"Correcto". El hombre de la barba asintió satisfecho. "Estaré detrás concretando todos los detalles con la señorita Shark si nos necesita", añadió. "Estoy bastante seguro de que estoy a punto de regatear como nunca lo he hecho antes, así que por favor deséenme suerte".

Le vimos marcharse, y sólo cuando oí que la puerta giratoria se cerraba en su sitio dije: "¿Crees que sólo son detalles lo que van a clavar? ¿Vamos a ver?"

"Absolutamente no", dijo Matthew. "A menos que un grito venga de la parte de atrás-y seamos sinceros, será de Stu-no nos acercaremos a esa puerta".

"Tienes razón", dije, volviendo al plato que Stu acababa de ponernos delante, cogiendo el tenedor y dándole un bocado. "*Oh wow*," dije a través de mi bocado. "Esto es increíble. Sí. Quiero esto. Cien veces más".

Matthew soltó una risita suave antes de acomodarme en su regazo para poder ver mejor por encima de mi hombro. Olfateó, recordándome a un animal hambriento.

Me reí entre dientes, y cuando cargué el tenedor con un nuevo bocado y me volví para ofrecérselo, fue puramente por reflejo. La sorpresa se reflejó en la cara de Matthew, como si pensara que tendría que rogarme que hiciera algo así. Como si yo no hubiera estado reviviendo la velada con el vino una y otra vez en mi cabeza. Los hombres pueden ser tan ciegos a veces. Cerró la boca alrededor del tenedor.

"¿Bien?" pregunté, sin romper el contacto visual. La respuesta que dio fue un gemido. Un gemido. Y fue tan escandalosamente erótico que me hizo retorcerme. Me aclaré la garganta. "¿Más?"

"Por favor".

Esta vez el tenedor se me enganchó en el asado y, cuando me volví para mirarle, estaba recostado en la silla. Se me cortó un poco la respiración al verlo, tan descarado y presuntuoso. Con tanto control. Tan engreído sin pretensiones.

El hecho de que estuviéramos solos en la charcutería lo hacía aún peor. Mejor. Peligroso probablemente.

Le acaricié la mandíbula con la mano libre. El tacto de su barba me punzó la palma y el calor de su piel me produjo un hormigueo en la muñeca. Matthew cerró los párpados. Le pasé la yema del pulgar por la mejilla, como diciéndole que a mí también me encantaba sentirle. Que había echado de menos esta versión de nosotros. La versión de algo que nunca habíamos sido del todo. La comprensión de esto último, tan poderosa que hizo que mi palma se moviera, alentada, hambrienta, arrastrando mis dedos con ella, hasta que mi pulgar alcanzó la comisura de sus labios. Qué labios tan bonitos, pensé. Ni siquiera los recordaba en los míos.

Matthew volvió a abrir los ojos y separó los labios, reclamando más atención. Le obedecí, rozando con el dedo su labio inferior. Sólo un beso con la yema del dedo. Lo suficiente para hacer que el marrón de sus ojos se moviera con la misma sensación que yo estaba segura de que lo hacían los míos. Con la sangre a mil, me pregunté qué podría hacer sin romper ninguna de mis reglas. O romperlas todas, excepto las suyas. Me acerqué un poco más, con el tenedor en el aire de nuevo. Mis dedos rodearon mi muñeca.

Sacudió la cabeza. "Usa los dedos".

Mis ojos se abrieron de sorpresa y... emoción. Sí. Y ahora se derramaba por mi cuerpo, haciendo que mi piel hormigueara con la posibilidad, mis palabras apenas susurradas: "¿Mis dedos?".

"Tu prometido es un manoseador", dijo, y ba-boom fue mi pecho. "¿Qué va a decir nadie? Soy tuya para que hagas con ella lo que quieras".

Una abrumadora sensación de... necesidad me invadió. De la cabeza a los pies. De los pies a la cabeza. *¿Qué va a decir nadie?* Agarré el grasiento trozo de carne entre el índice y el pulgar. Los muslos de Matthew rebotaron, impacientes, decididos, aún sentado como un rey esperando a ser alimentado, y llevando todo mi cuerpo hacia su pecho. Mi cadera se selló contra su tripa. Sólo que no sólo sentí eso. También lo sentí a él. Y vaya que sí. Matthew estaba duro, tanto que podía sentirlo latir contra mí, sólo la tela de mi vestido y sus vaqueros separándolo de mí.

Soltó un gruñido seco. "¿Qué vas a hacer al respecto, Josie? ¿Darme lo que quiero? ¿O hacerme rogar un poco más?"

Ruega. Me pregunté si la aguda punzada de victoria al sentirle tendría que ver con eso. Acerqué mi mano a sus labios, y cuando Matthew los cerró alrededor de mis dedos, esta vez lo hizo en silencio. Sin dejar de mirarme. Me incliné más cerca, sin querer perderme ni un segundo de él. Matthew me agarró de la muñeca.

Se me escapó un pequeño jadeo. Y antes de que pudiera controlar mi respiración, se llevó mi mano a los labios y deslizó la yema de mi pulgar en el calor de su boca.

Todo el aire me abandonó de golpe. Todo mi cuerpo se estremeció al sentir su lengua contra mi piel. La necesidad se arremolinó e imaginé cómo se sentiría en otro lugar. ¿En mis labios? ¿Mi lengua? ¿En mi piel? En cualquier sitio. Matthew sacó mi dedo de su boca con un chasquido. Pulsé. Toda yo. Por todas partes. La necesidad se acumuló entre mis piernas.

"Traté de advertirte, Baby Blue", dijo, y juré que podía oír el toque de esa cadencia de Boston allí. Dios, ya estaba a punto de quemarme. El peso de la palma de su mano en mi cintura cambió. Bajó. "Sabía que esto pasaría. Que probaría un centímetro de ti y querría más. Todo". Se me

cerraron los párpados. Su tacto recorrió mi cadera y aterrizó en mi muslo. Sus dedos se cerraron alrededor de la tela de mi falda, arrastrándola por mi muslo. "Ahora lo quiero todo. La falda seguía subiéndose, los escalofríos me recorrían las piernas y se me acumulaban entre los muslos. "¿Puedo meter la mano por debajo?"

Se me escapó un suspiro, entrecortado, necesitado. *Ahora lo quiero todo. Todo.* Le hice un gesto con la cabeza.

Piel contra piel. La mía cálida, hormigueante, lista para arder bajo la suya. La de Matthew codiciosa, ardiente. Arrastró la palma hacia arriba. Matthew tarareó. "¿Me sientes contra tu cadera, Josie?"

"Sí", susurré. Estaba indefensa bajo su contacto. Efectivamente desarmada. Y él era tan duro. Era imposible ignorarlo.

Sus labios rozaron la concha de mi oreja, los avances de su mano se detuvieron. "¿Confías en mí para mantenerte a salvo?"

"Sí."

Matthew nos movió, arrastrando la silla con un empujón de su cuerpo y sus piernas, arrojándonos más en la esquina, fuera de la vista directa de cualquiera que entrara desde la cocina en la parte trasera de la charcutería, si tuviera que adivinar.

El corazón me dio un vuelco al darme cuenta. La posibilidad de lo que él, nosotros, íbamos a hacer. "Todos están atrás", dijo. El parpadeo de sus dedos sobre mi piel se reanudó, tranquilizador, alentador. "Sólo estamos nosotros".

"Eso es bueno", susurré. Y al mismo tiempo, una parte de mí quería reconocer que también era malo. Que nunca había hecho algo así y... me excitaba.

Matthew tarareó en señal de comprensión, como si yo siempre hubiera sido suya. Su pulgar me hizo cosquillas en la parte interior del muslo. Sólo un poco. Sólo un poco. Sólo un centímetro. Me estremecí. "Cualquiera podría volver en cualquier momento. Verme con mi prometida en el regazo, la comida olvidada. La mano bajo su falda".

Se me escapó todo el aire de los pulmones. No podía creer que estuviéramos haciendo esto. No podía creer que nunca lo hubiéramos hecho. "Tu mano no está lo suficientemente alta."

La risita de Matthew fue de sorpresa. Encantada. Oscura. Su palma se extendió alrededor de la parte interior de mi muslo con un solo movimiento de su mano. "¿Qué más?"

"Eres..." Tragué saliva. Abrumada. "No me estás tocando".

Sus dedos empujaron hacia arriba, alcanzando el elástico de mis bragas. Todo mi cuerpo se contrajo. "¿Tocando qué?"

Me encontré con su mirada. "A mí".

Su sonrisa era tan hermosa como pecaminosa. Unos dedos tiraron de la tela, un tirón áspero y decidido, dejando que volviera a engancharse contra mi piel. Bajó la voz, dura como el cemento. "Desde aquella noche al teléfono, me preguntaba cómo te sentirías de húmeda contra mis dedos. Se me cerraron los párpados. *Dios mío.* Estaba... "No. Mírame".

No sin esfuerzo, volví a abrir los ojos.

"Quiero ver tu cara cuando te toque. Quiero que veas lo que me hace".

Había una pregunta en sus ojos. Última oportunidad para decirle que no.

Esto fue una locura. Estábamos en una tienda de delicatessen vacía, pero era un lugar público. Nunca había hecho algo así en un lugar donde me pudieran pillar. Las palabras me salieron apresuradas. "Por favor, Matthew."

Matthew apretó la mandíbula en respuesta. Había una especie de urgencia en su cara, en sus ojos, que nunca había visto antes. Quería tocarlo en , pero justo cuando extendí la mano, sus dedos se movieron. Me apartó las bragas. Lo que tenía que ser su pulgar me rozó. Mi boca se abrió con un grito ahogado. Y como respuesta, me dio una caricia decidida.

Se le escapó un gemido bajo.

Su pecho retumbó con un gruñido.

"Más", susurré.

Matthew maldijo, moviendo la mano de nuevo. Contra mí. Una segunda caricia. "Te vas a correr", raspó contra mi oído. "Aquí, en mi regazo. Vas a mirarme. Y cuando ese grito suba, vas a apretar tu cara contra mi cuello y te vas a correr por mí. Di que lo entiendes".

Mis labios se separaron sobre la palabra *sí*.

Acarició un círculo áspero sobre mí, más alto esta vez, sobre mi clítoris, mostrándome exactamente lo que quería decir. "¿Quieres oír por qué?"

Mi cabeza cayó hacia atrás, sólo un poco, sólo lo suficiente. Pero no podía funcionar con él deslizándose sobre mí de esa manera.

"Porque esos gemidos son míos", casi gruñó. Un gemido me subió por la garganta y giré la cara sobre su pecho. Esto era una locura. Era tan inapropiado. Era una locura. Sus dedos se deslizaron hacia abajo, ligeramente hacia dentro. Dios mío. "¿Vas a darme lo que quiero?"

No lo dudaba, pero estaba demasiado abrumado.

Su boca descendió de nuevo, encontrando mi oreja. "Di *que sí, Matthew*". Otro movimiento enérgico de su mano sobre mis pliegues me exigió que lo hiciera. Pero no podía hablar cuando sus dedos índice y corazón me acariciaban arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo, haciéndome resbalar, inquieta, necesitada de liberación. Su pulgar volvió a rodear mi clítoris. Le pasé el brazo por el cuello y deslicé la mano por su pelo, aferrándome a él antes de salir volando. "No te he oído, Blue.

"Sí, Matthew", expulsé con un suspiro.

La risa que le abandonó era de las que se llevan a una fantasía. Mis muslos se apretaron, engullendo su muñeca mientras se movía. Sentí cómo su cuerpo se tensaba con el mío, endureciéndose aún más, palpitando contra mí. "¿Sientes lo duro que me la pones? Te daría la vuelta a esta mesa y te follaría en un santiamén si estuviéramos realmente solos".

Mi cabeza empezó a dar vueltas. Todo sentido me abandonaba. Todo lo que existía eran los dedos de Matthew, que ahora volvían a trazar círculos sobre mi clítoris. Su cuerpo bajo el mío, ahora temblando. Su olor, por todas partes. Su voz. Sólo él. Le tiré del pelo, me retorcí en su regazo, quería más de todo. Quería que se rompiera la tensión.

"Esto es todo lo que he estado imaginando", me dijo, moviendo la muñeca. Mi cuerpo sufrió un espasmo. "Desde que viniste por teléfono, diciendo mi nombre". El recuerdo le llevó directamente al lugar que había tocado aquella noche, imaginando que era su mano. Lo rodeó, lo frotó de un lado a otro. Dios, no podía creer que fuera a correrme así. Yo... "Dame lo que quiero. Déjame tenerte para mí sola".

Llevé mi mano libre hacia abajo, sobre la tela amontonada en la parte superior de mis muslos. Cubriéndonos. Puse la palma sobre la suya. Matthew soltó un suspiro, como si le pillara desprevenido. Le susurré: "Quiero saber que eres tú".

"Joder", maldijo con un gruñido. "Ven. Ahora". Empujó hacia delante, moviéndonos contra el borde de la mesa. Como si estuviera a punto de correrse. Empecé a palpar. Pulsando. Saliendo de mi cuerpo. Le agarré la mano. "*Josie*. Ahora."

Me fui. Ni un grito, ni un gemido, ni un nombre en mis labios. Me estremecí contra Matthew mientras alcanzaba el punto más alto, sintiéndome caliente y fría, llena y vacía a la vez. Siguió moviéndose, sacándolo, presionando su boca contra la parte superior de mi cabeza. Fue como un beso sin sonido, y lo hizo varias veces, como si una o dos veces no fuera suficiente. La sonrisa que se dibujó en mi cara era de saciedad, felicidad y amplitud. Y cuando me di cuenta de que su mano seguía metida entre mis muslos, se volvió codiciosa. Lo quería allí. No importaba dónde estuviéramos. Lo que fuéramos.

Un zumbido me abandonó.

Eso hizo reír a Matthew. "Ese fue un sonido hermoso. Y creo que te encanta esta silla".

"Creo que sí", admití. Dejé escapar otro suspiro de satisfacción. "No puedo creer que me hayas hecho correrme dos veces. No me parece bien".

"¿Por qué diablos no?" Matthew preguntó. La reticente retirada de su mano me dejó... un poco menos contenta. "Me encanta mi recuento", continuó, la vista del desastre que había hecho de sus dedos me distrajo. Los llevé a mi regazo y los limpié con la tela de mi vestido. Matthew soltó una carcajada. "Joder, Josie. *Joder*. Vas a hacer que me resulte imposible ponerme de pie".

Lo que me recordó... "¿Te estabas tocando? ¿Cuando hablábamos por teléfono?"

Su sonrisa era ladeada. "Absolutamente. Hasta que la línea se cortó. Mató mi erección en el acto".

Me enderecé, encontrándome con su mirada. "¿Por qué no lo dijiste?"

"No parecía importante. No cuando no me hablabas".

Mis mejillas se sonrojaron.

Me dio un codazo con la nariz antes de apartarse para mirarme. "No te pongas tímida conmigo cuando acabas de usar tu vestido para limpiarme los dedos. No justo después de tenerlos dentro de ti..."

Los ojos de Matthew ya no estaban en mi cara. Estaban en algún lugar detrás de mí.

"¿Matthew?"

Su ceño fruncido. Toda esa ligereza desapareció.

"Eh", insistí, intentando girarme, pero encontrándome con el cuerpo atrapado entre su pecho y la mesa. "Me estás asustando. ¿Qué te pasa?"

El cuerpo de Matthew retrocedió, haciendo que la silla rozara el suelo. Me dejó en el suelo con cuidado, sin mirarme. Luego se puso de pie. Me bloqueó con su cuerpo.

"¿Dónde está Bobbi?", ladró. Luego más fuerte, "*¡Tiburón!*"

Eché un vistazo por encima de su hombro y observé el tramo de calle que cruzaba. Algo sobresalía. Un hombre. Apoyado en un coche. Una mochila a sus pies. "¿Por qué necesitas a Bobbi?"

Matthew se giró por fin, sus ojos se encontraron con los míos y fue como si su cuerpo gravitara hacia el mío. Su brazo me rodeó los hombros y me estrechó contra su pecho. "¿Puedes rodearme con tus brazos?"

Inmediatamente lo hice. "¿Qué está pasando?"

"Hay un maldito papanatas afuera", dijo. "Y si Bobbi no se ocupa de él, lo juro por Dios, voy a salir por esa puerta y..."

Se oyó ruido detrás de nosotros, entonces Bobbi pasó corriendo. "¡No se muevan!" Ella ladró de nuevo, dejándonos atrás. "No vas a ponerle las manos encima a nadie más hoy, ¿entendido? ¡Yo me encargo de eso!"

¿Alguien más?

Oh, vaya.

No sabía qué era peor. La posibilidad de que ese papanatas me hubiera pillado follando en seco el regazo de Matthew, o el hecho de que Bobbi supiera lo que habíamos estado haciendo delante.

CAPÍTULO 21

Era fin de semana de ensayos -R.W., como Bobbi lo había estado llamando constantemente en correos electrónicos, mensajes de texto, llamadas y conversaciones- y la granja Vasquez estaba a rebosar de gente.

La última vez que había visto a tantos trabajadores zumbando había sido el año pasado, en nuestra primera helada. La magia -y la fatalidad- de todo aquello era que la celebración culminaría con una gran fiesta al día siguiente de la helada. Pero nunca llegó. Los días se convirtieron en semanas y, al igual que este año, las temperaturas nunca parecían bajar lo suficiente como para que llegara ese día. El festival se prolongó durante más de un mes, y cuando entramos en la quinta semana sin una capa de hielo agradable y crujiente, todo se había ido al garete. Antes de que pudiera hacer nada al respecto, Green Oak se había convertido en una casa de apuestas, y la gente discutía y apostaba cantidades aterradoras de dinero por todo este asunto de la primera helada.

Me dije a mí mismo que nunca más. Uno vive y aprende, y no deja que estalle una guerra en su ciudad.

Sólo que quizá no aprendí.

Porque aquí estábamos. En Página Nueve corrían nuevas encuestas sobre si me vestiría de blanco, o si sería el novio quien se presentaría esta vez, y yo estaba infligiendo otro espectáculo más a Green Oak.

Si Bobbi me oyera decir que esto es un espectáculo, probablemente le estallaría un vaso sanguíneo. Ella era extrañamente feliz con la forma en que todo estaba resultando, a pesar de mi elegir la mayoría de las cosas al azar.

Tal vez Matthew había tenido razón todo el tiempo. Las cosas bellas no deberían estar en cajas.

Sonreí al pensarlo, al pensar en él, y aparté la mirada del portapapeles que tenía apoyado en la cadera. Llevaba toda la mañana dando el visto bueno a las cosas, sin apenas poder moverme de mi sitio en lo que Bobbi había llamado *zona segura*. Al parecer, no podíamos *permitir que la novia se rompiera una pierna, un brazo o el cuello en R.W. No una semana antes del día W*, como ella también dijo. Así que me habían degradado a logística, lo que significaba que firmaba un papel mientras se cargaban las cosas de un camión.

Estaba aburrido, francamente. Inquieto también.

Quería hablar con Matthew. Estar con él. Estudiar su cara. El marrón de sus ojos. Buscar cualquier signo de pánico porque... faltaba una semana. Del día W. Y ninguno de los dos hacía hablar al otro de lo que eso podía significar.

Miré detrás de mí, asegurándome de que Bobbi no estaba cerca. Luego saludé con la cabeza al repartidor que tenía delante. "Ahora vuelvo", le dije con una sonrisa. Enarcó una ceja. Era comprensible. Bobbi había estado aterrorizando a todo el mundo, incluso a él. "Te lo prometo. Diez minutos máximo. ¿Por favor?"

El tipo sacudió rápidamente la cabeza. "Sí, vale. Pero si ella..."

"¡Yo asumo la culpa!" exclamé, dándome la vuelta inmediatamente.

No había visto a Matthew desde que nos separamos después de conducir hasta aquí. Me había recogido en casa, como cada vez que teníamos que hacer recados. Se me encendieron las mejillas al recordar cómo me había mirado esta mañana cuando entré por la puerta. Matthew nunca esperaba dentro del coche. Siempre, siempre se apoyaba en la puerta del pasajero y me miraba mientras me dirigía hacia él, abriéndome la puerta sin romper el contacto visual. Un Prius destartado nunca me había hecho sonrojar tanto como el suyo.

Como hizo Matthew.

Recuerdos de aquel día en Fairhill, en la charcutería de Stu, se agolparon en mi mente, haciendo que mi respiración fuera demasiado agitada para alguien que pasea por una granja. Doblé el paso, como excusa para justificarlo, o como resultado de la urgencia y la excitación que bullían en mi vientre. Yo... quería a Matthew. Sería una idiotez negarlo a estas alturas. Quería sus manos sobre mí. Otra vez. *Lo* quería sobre mí, de verdad. Quería ese beso que no me estaba dando. I-

Divisé su nuca, justo al lado de la zona de hierba donde se instalarían las largas mesas para la cena de ensayo. Se había instalado una carpa para cubrir los suministros y las cajas de las inclemencias del tiempo, y él estaba sentado allí, junto a ella, con otra persona. Una cabeza más pequeña de cabello castaño desordenado apenas contenido por una trenza francesa. *María*. Sonreí para mis adentros justo cuando ella se movió, permitiéndome vislumbrar a Pedro Pigscal.

Aquellos dos estaban totalmente escondidos aquí, escabulléndose de Bobbi, estaba segura, y descuidando las largas listas de tareas que sabía que ella también les había encomendado. Me reí para mis adentros y me acerqué despacio, queriendo pillarles por sorpresa.

"Confíe en mí, Sr. Matthew", oí decir a María a lo lejos. "He comprobado las cartas astrales de ambos. Ella tiene sol y *luna de géminis*. Y ascendente virgo. Soy muy minuciosa con mi trabajo".

Siguió la risa de Matthew, el sonido hizo que mi estómago se revoliera. "¿Cuántos años tienes?"

"La edad suficiente para que seas listo y me hagas caso", contestó María.

Otra risita recorrió el viento. "Me gustas, chico."

"Tú también me gustas un poco, supongo", respondió María. "Y no es porque tengas compatibilidad de alma gemela con la señorita Josie".

Las palabras de María hicieron que mi cuerpo se detuviera. No tenía intención de escuchar a escondidas, pero cuando María continuó no pude moverme. "Sólo hago esto porque creo que puedes hacerla feliz. Y ella se merece ser feliz. Así que escúchame, ¿vale?"

La respuesta de Matthew fue solemne: "Vale, pégame. Te escucho".

"A la Srta. Josie le encantan todo tipo de cosas", dice María. "Pero a diferencia de la mayoría de los adultos, ella cree que la magia es real. Como yo. Y no, no estoy hablando de Papá Noel. Hablo de magia de verdad. Cosas de brujas, pero también manifestaciones y todo eso. Vemos videos y hablamos de eso todo el tiempo. La Srta. Adalyn no cree en esas cosas, pero está bien. Por eso nos tiene a nosotros". Una pausa. "De todos modos, lo que quiero decir es que esto será importante para ella. Deberías decirle que sois almas gemelas".

Tragué saliva, con el corazón laténdome extrañamente mientras esperaba la respuesta de Matthew.

"¿Por qué crees que debería saberlo?" preguntó Matthew, con voz seria. "Además de que ella cree en la magia".

"Porque me gustaría saberlo", dijo María, como si fuera obvio. "Sabes, yo era muy pequeña cuando la señorita Josie se comprometió con toda esa gente de la que todo el mundo habla, pero eso no significa que no sepa lo que pasa. Los adultos creen que no presto atención cuando cotillean, pero tengo dos orejas, igual que ellos. Y me parece que esos hombres podrían haber hecho algo al respecto, ¿sabes?".

"¿Algo como qué?"

"Como no quedarme ahí parada como una tonta mientras ella corría, no sé". Ella soplo aire a través de sus labios, el sonido frustrado. "Quizá la Srta. Josie se hizo la fuerte después de dejar a esos tipos, pero estoy segura de que llora cuando está sola. No siempre. Pero a veces. Igual que mi padre cuando echa de menos a mi madre. La Srta. Josie también perdió a su mamá, como yo. Así que tal vez huye porque tiene miedo. Supongo que yo lo haría si me hubieran roto el corazón. Pero no sé, tengo once años y nunca me he enamorado".

Mi mirada se posó en el suelo, mis pies querían salir corriendo si no fuera porque estaba clavada en el lugar, con el corazón retumbando en mis oídos.

La voz de Matthew era baja, casi silenciosa. "Eres muy perspicaz para tener once años, chiquilla".

"Lo sé", dijo María. "Toma. Coge a Pedro, te sentará bien. Está calentito. Y ustedes hicieron un buen trabajo cuidándolo el otro día".

Oí a Mateo aclararse la garganta. "¿Oye María? ¿Crees que puedo arreglarlo? ¿Su corazón?"

Canturreó pensativa. "¿Supongo? Pero sólo soy una niña, señor Matthew. Tal vez deberías preguntarle. O decirle que quieres. Así, si se asusta, no te dejará a ti también".

Así, si se asusta, no te dejará a ti también.

Antes de que pudiera diseccionar cómo o por qué aquello me puso tan increíblemente triste, o qué siguió a aquellas palabras, me puse en marcha.

Mi descanso probablemente no había sido la mejor idea de todos modos.

Coloco la última silla plegable en su sitio con la respiración agitada.

Las palabras de María me habían dejado... un poco desconcertado, por no decir otra cosa.

Tampoco iba a volver a plegar o desplegar sillas nunca más. De hecho, iba a deshacerme de ellas cuando todo esto terminara. Le pediría a Robbie que me ayudara a organizar una bonita hoguera y las echaríamos todas al fuego para verlas arder.

Eso es lo que te hicieron trescientas sillas plegables.

Me di unas palmaditas en los vaqueros y miré a mi alrededor, observando mi trabajo. La vista hizo que volviera la sensación de bajón de antes, pero para eso había decidido entregarme a una sesión de terapia de choque autoinducida. No era exactamente necesario que la novia revisara y ordenara personalmente fila tras fila de sillas. No cuando había un pequeño ejército de gente alrededor para hacerlo y yo me había enfadado por dejar mi sitio en la parte delantera. Pero no me importaba.

Sólo eran sillas.

Y necesitaba algo que hacer.

Mi teléfono zumbó en mi bolsillo trasero. Apareció un mensaje en el chat de grupo.

ADALYN: ¿Necesitas que vengamos a ayudar? Podemos ir a Green Oak temprano y quedarnos en Lazy Elk esta noche. Con Matthew quedarse con usted.

Con Matthew quedándose contigo. No les habíamos dicho exactamente a Adalyn y Cameron que Matthew se quedaba en mi casa, pero lo habían asumido. Por supuesto que lo habían hecho. Estábamos comprometidos. Nos casaríamos en una semana. Así que eso era lo que la situación de la vivienda debería haber estado buscando. A mi barriga le encantaba la idea de que Matthew se quedara conmigo. Mi cabeza estaba dispuesta a recordarme que estábamos mintiendo a Adalyn y Cameron. Aunque... ¿lo estábamos haciendo? Ya no podía decirlo.

JOSIE: Todo está bajo control. No se necesita ayuda (ni se quiere, porque Bobbi es insoportable). Usted puede conducir hasta mañana para la gran cosa.

¿Estás seguro?

JOSIE: Positivo, hermanita. Quedamos por la mañana si quieres y nos ponemos al día antes de que empiece todo. 😊

Podrías quedarte mañana por la noche. Después de la cena.

Tragué saliva. Eso significaba... que Matthew no dormiría en Lazy Elk, entonces. Se quedaría en mi casa.

Esa es una buena idea. Así no tendremos que volver tan tarde por la noche.

CAMERON: Terriblemente agradable para ser invitado a quedarse en mi propia propiedad, por el hombre que yo pensaba que era mi inquilino, también. Salud, amigo.

De nada.

Estás muy irritable últimamente, también.

Y terriblemente difícil de amar en este momento. Pero no me desanimo. ¿Quieres quedar para desayunar mientras Josie y Adalyn se ponen al día?

CAMERON: Sí.

Ignóralo. Por favor. Sólo está estresado. Te dijimos que te sintieras como en casa y lo dijimos en serio.

CAMERON: Lo siento, amor.

Te perdono, cariño.

MATTHEW: Y todo lo que se necesita es que me balancee mi schlong una vez alrededor de un lugar para que sea mío. 😊
Tienes que amarme como soy.

La bocanada de aire que aparentemente había estado conteniendo durante todo el intercambio de Cameron y Matthew se me escapó. Fue un bufido.

"Ahí está", dijo una voz profunda que conocía bien. "Tuve que *mover mi polla para que dejaras* de fruncir el ceño".

Levanté la mirada de la pantalla e inmediatamente me fijé en la de Matthew, que estaba de pie a unas cuantas filas de sillas de mí. Me sonreía de una forma que hizo que ese lugar especial de mi vientre se estremeciera. El hombre estaba tan guapo cuando sonreía así. Alto, ancho y feliz. Y

demasiado sano para su propio bien, con sus gafas y ese jersey de punto color crema que llevaba hoy. El color resaltaba las mechas rubias de su pelo, y ahora que podía verle las mangas remangadas, deseaba haberlo visto trabajando.

Empezó a moverse, cruzando la distancia hasta donde yo estaba. "Estás mirando fijamente", dijo a través de su sonrisa.

"Llevas las gafas puestas".

Se detuvo frente a mí. "Tengo una pequeña apuesta", admitió encogiéndose de hombros. "¿Quieres oírlo?"

Le hice un gesto con la cabeza y se acercó un poco más.

"Siempre me señalas cuando las llevo", dijo, apartándose un poco el pelo de la frente. Se me puso la piel de gallina. "Así que cada vez que salgo de casa, adivino si dirás algo ese día".

Eso fue tan tonto. Y me encantó tanto. "¿Adivinaste hoy?"

El dorso de sus dedos rozó mi mandíbula, su mirada hacia abajo, fija en mi boca. "Sí".

"¿Y qué has ganado?"

Levantó la otra mano y me cogió la cara. "Esto", dijo, con las yemas de sus pulgares rozando mis mejillas. "Este rubor". Sentí un hormigueo. En todo el cuerpo. Mis pies se acercaron y las puntas de mis zapatillas tocaron los dedos de sus botas. "Hace que un niño al que solían llamar cuatro ojos hinche el pecho de orgullo".

Sentí que se me caía un poco la cara y Matthew soltó una risita.

"Eh, nada de eso". Las manos se movieron alrededor de los lados de mi cara antes de caer a sus lados. "¿Me has visto ahora? Estoy buenísima".

La risita que me soltó nos pilló a los dos desprevenidos. Los ojos de Matthew brillaron mientras recorrían mi cara, no sabría decir si complacido consigo mismo o con lo que veía. Conociéndole, probablemente ambas cosas. Me encantaba eso de él. Era tan descaradamente presumido cuando se trataba de mí. Ese pensamiento me hizo reflexionar. Rápidamente me di cuenta de que probablemente amaba demasiadas cosas de este hombre. Y tal vez... tal vez debería quedarme con ese pensamiento.

¿Crees que puedo arreglarlo? ¿Su corazón?

Tal vez deberías preguntarle. O decirle que quieres hacerlo.

"Matthew", empecé. "Antes..."

Antes de que pudiera terminar esa afirmación, sacó algo de su bolsillo trasero y cualquier confesión que pudiera haber tenido murió al ver lo que llevaba en la mano.

Un dedal azul.

"La última de la temporada", dijo Matthew, con la mirada clavada en esa impresionante violeta que siempre me había gustado tanto. "Deberían dejar de florecer alrededor de agosto, pero ésta tenía un desafío extra". Le miré. Su expresión era suave. Increíblemente. "Es lo que la hace tan hermosa. Tan única. Es valiente y resistente y puede superarlo todo".

Se me secó la garganta, y cuando me lo puso en el pelo, como había hecho con aquella margarita hacía dos, tres semanas, o lo que me pareció una eternidad, algo se solidificó en mis entrañas. Muy dentro de mí. Algo aterrador, algo hermoso, algo que era imposible apartar.

"Me recuerdan a mamá". La expresión de Matthew se tornó sobria, como si supiera que estaba a punto de contarle algo que no admitía fácilmente. "Por eso son mis favoritos. Tenía un pañuelo bordado con dedales azules. Lo había hecho ella misma y siempre me decía que sería mi...". Me quedé sin aliento. Me cogió la mano. "Mi algo prestado y algo azul". Ese vacío con el que había aprendido a vivir en se expandió por un momento, abriéndose un hueco. "¿Recuerdas lo que te

dije hace unos días? ¿En mi camión? Me lo ataba a la muñeca y caminábamos por el pasillo". Una sonrisa floreció, no era triste ni feliz, sólo algo intermedio. "Pero nunca lo he sacado del cajón. Nunca me sentí... bien. Como si fuera demasiado violeta para algo que se suponía que era azul, y que ya no me prestan ahora que ella se ha ido."

Matthew se acercó a mí, su cuerpo me proporcionó el calor que me había abandonado en algún momento de mi discurso. Y cuando sus manos me acariciaron la cara, no sentí lo mismo que cuando lo había hecho hacía un momento. Sentí que era mucho más. Sentí que si le decía que algunas noches lloraba hasta quedarme dormida porque echaba mucho de menos a mamá, él encontraría la forma de mejorar la situación. Sentía que si le decía que había estado volando con el piloto automático desde que él llegó a la ciudad y que no era lo bastante valiente para admitir que estaba perdida y realmente aterrorizada y que no tenía ni idea de adónde iba, él sería capaz de encontrarme. Llevarme a un lugar seguro. Sentía que si alguna vez sentía el impulso de huir, él vendría tras de mí.

"¿Puedo ser directo?" Matthew susurró, menta cosquillas en la punta de mi nariz.

Le hice un gesto con la cabeza.

"No hay nada que desee más que besarte", dijo, con voz dura. Con la misma fiereza que sentí en el apretón de sus manos. El corazón me dio un vuelco y los párpados se me cerraron. "Borra esa tristeza de tu cara con mi boca".

"¿Qué te detiene?"

"Me dije a mí misma que lo hiciera valer". Sus dedos se deslizaron por mi pelo. "¿Recuerdas mi regla? Te beso porque sabes lo que significará, no importa lo que pase".

Mis ojos parpadearon. Me acordé de eso. Era en lo único que había estado pensando últimamente. "¿Y qué significaría? Si me besaras ahora".

La sorpresa se reflejó en su mirada. Las comisuras de sus labios se crisparon. "Eso es exactamente lo que quiero decir, Baby Blue. No deberías pedírmelo". Su frente se apoyó en la mía, como aquel día en mi camión. "No deberías pedírmelo".

Algo se desvaneció en mi interior. No era rechazo. Era... determinación. Curiosidad. *Desafío*. "Recuerdo que había una parte en la que me besabas porque lo necesitabas, joder. Y otra sobre que yo lo necesito. ¿Y si lo hago?"

Una carcajada escapó de sus labios, cayendo justo sobre los míos. Y no fue un beso, pero también fue bastante dulce.

Entonces cambió el apretón de su mano alrededor de mi cara. Me echó la cabeza hacia atrás y, cuando me encontré con su mirada, tragué saliva. Con fuerza. Se lamió los labios y los míos se separaron en respuesta. Sus ojos se clavaron en mi boca, sólo una vez, haciendo que mi corazón palpitara.

Apretó la mandíbula y empezó a tararear una canción. En voz baja, pero lo bastante alta como para que yo captara la melodía. Era una canción country que yo conocía bien, y hablaba de una chica que había enredado a un hombre de una milla de campo y lo había enredado. Como un gran ovillo de la abuela.

El hilo de la abuela.

Ésa había sido mi respuesta a su pregunta sobre si le tenía en mis brazos. Aquella noche que parecía eterna. En mi cocina.

Sonreí. Y Matthew también lo hizo, incluso a través de la oración en sus ojos.

Hoy no iba a conseguir mi beso. Y aunque estaba un poco decepcionada, también estaba asombrada de aquel hombre. Tenía una fuerza de voluntad de la que yo carecía, y estábamos tan

atrasados que ya ni siquiera tenía gracia. "Si vas a sacarme a bailar, lo menos que puedes hacer es cantar un poco más alto".

Sus ojos se iluminaron y su voz se hizo más fuerte mientras girábamos entre las filas de sillas. Pronto, la anterior pesadez de mi mente empezó a desaparecer y nos quedamos solos. La voz de Matthew y yo, la tontería de Matthew en y la promesa de ese beso. Para cuando estábamos tocando el verso, yo ya me estaba riendo y él se estaba dando la vuelta.

Puso su culo en el aire. Y él...

"¿Estás haciendo twerking?" Le pregunté. "¿Con una canción country a capela?"

Matthew me miró por encima del hombro, todavía en movimiento. "Por supuesto que sí". Me guiñó un ojo. "Y puedes darme una buena palmadita. Ya sabes, probar el caballo antes de comprarlo. Vamos, chica de campo. Es un buen trasero".

Mi sonrisa se hizo tan grande que temí que me doliera. Realmente tenía un buen culo. Y tal vez...

Un carraspeo.

Me quedé helada. Matthew también lo hizo, asomando su alegre trasero.

Nos giramos y encontramos a Andrew de pie, incómodo, al final de las filas de sillas que yo había desplegado.

"Perdón por... ¿interrumpir?", dijo. "Bobbi está preguntando por ti. Los dos. Si usted puede disponer de un minuto".

Hubo un momento de silencio. Matthew probablemente me estaba dejando decidir si nos íbamos inmediatamente o nos quedábamos a charlar. O cómo responder a la petición de Andrew. Me quedé. Nunca había visto a Andrew tan avergonzado. Tan tímido.

"Podría inventar una excusa", ofreció Andrew, haciendo que mis cejas se arquearan con más sorpresa. "Si quieres. ¿Mientras tú... terminas aquí?"

Se me calentó el pecho. Y tal vez fue una estupidez por mi parte, pero me sentí tan bien que no pude evitar sonreírle.

"Creo que hemos terminado", le dije. Sonaba feliz. Demasiado feliz. "Pero es muy amable de tu parte. Gracias".

Por un momento, me pregunté cómo sería añadir un *papá al* final de esas palabras. Que me sonriera como yo le sonreía a él. Pero eso sería una tontería. Eso me haría ingenua. Igual que en la fiesta de aquella noche, cuando Andrew había elegido una foto con Duncan antes que conmigo. Pero eso estaba bien. No pasaba nada. Yo no necesitaba cosas que estuvieran realmente fuera de mi alcance. Quería cosas sencillas. Cosas que a veces resultaban fáciles, y cosas en las que a menudo había que poner un poco de trabajo. Y quería creer que era él quien lo intentaba.

Matthew me dio un beso en la sien. Como si percibiera la extraña nube que se cernía sobre mi cabeza. "Vamos, Baby Blue", dijo. "A ver qué quiere Bobbi. Luego nos llevaré a casa".

"Eso suena bien", se escapó de mis labios. *A nosotros*. No creí que lo hubiera dicho para beneficiar a mi padre, y aceptaría una victoria donde la viera. "Deberíamos estar descansados para mañana".

Andrew asintió con la cabeza, sus ojos rebotaban entre los dos, como si estuviera notando algo que no había notado antes. No podía imaginar de qué. Matthew siempre había sido así. Al menos conmigo. La idea parecía importante, pero justo cuando la estaba comprendiendo, Andrew habló.

"¿Josephine?"

El pensamiento huyó. "¿Sí?"

"Me preguntaba", empezó, con una pequeña pausa. "Si te gustaría que estuviera allí. Para ti. El próximo sábado".

El sábado siguiente era primero de diciembre.

Matthew se detuvo a mi lado. Su mano se estrechó alrededor de la mía.

"¿Qué quieres decir?" pregunté, aunque sabía a qué se refería Andrew. También era muy consciente de lo que acababa de compartir con Matthew. De lo que le había contado aquel día en mi camioneta. Sobre mamá.

"Soy tu padre", afirmó Andrew. Su garganta tropezó con algo. ¿Aire? ¿Las palabras? Luego dijo: "Podría acompañarte al altar. Si quieres".

Era mi turno de entretenerme. Aunque había sabido que se refería a esto. Lo había sabido y se lo había preguntado. Le había presionado, le había hecho decir las palabras. "¿Es algo que te gustaría?" Me oí preguntar.

Su cara hizo una cosa rara. O tal vez no era raro. Tal vez era sólo algo que la expresión de Andrew hacía. Realmente no podía saberlo. "Sí."

Intenté detener el estallido de emoción en medio de mi pecho. Lo intenté de verdad.

Me hizo sentir tan pequeña de nuevo, como una niña. Me hizo sentir feliz y triste a la vez. No podía creer que una palabra suya pudiera provocar esa reacción en mí. Estaba claro que tenía esos problemas de los que el mundo me acusaba.

Claramente, no debería sonreír.

Claramente, no debería estar de acuerdo. Di que sí. *Por supuesto. A mí también me encantaría.*

Debería preguntarle por qué. *¿Es porque quieres una relación conmigo? ¿Es porque me ve intentándolo? ¿Me está cumpliendo a medias?* Este hombre no podía ser tan malo. No cuando su relación con Adalyn se había salvado un poco después de que él admitiera sus errores. No cuando una mujer tan maravillosa como la madre de Adalyn lo había amado. No cuando mamá había visto algo en él. Mamá no se acostaría con alguien que conoció en un bar. O con alguien que sólo conocía del pueblo. Sólo porque sí. Mamá y yo siempre habíamos sido románticos empedernidos. Creíamos en cosas como promesas, votos, amor.

Debería preguntarle a Andrew si sólo lo hacía porque había una encuesta en Internet. Si eran los miles de personas que votaban, los que habían decidido quién me llevaba al altar, y no él. A mí. Nosotros.

Pero las palabras que me salieron fueron: "Sí. Por supuesto. A mí también me encantaría".

Porque cuando estaba bajo presión, no sólo tomaba decisiones precipitadas.

A veces yo también cedía.

CAPÍTULO 22

Llamaron a la puerta de mi dormitorio justo cuando me ajustaba la correa del zapato derecho al tobillo.

Con la barriga revuelta, me dirigí hacia la puerta, corriendo por mi dormitorio.

Un par de ojos marrones se iluminaron.

"*Que me jodan*", exhaló Matthew. Luego soltó una carcajada. "En serio". Tragó saliva. "Fóllame. Por favor".

Fruncí los labios. "Qué dulce".

Aunque la forma en que sus ojos vagaban hambrientos, provocando calor en mi piel allá por donde pasaban -collares, caderas, pechos, tobillos, dedos de los pies, pechos, cara- era algo un poco más que dulce.

"Me pregunto a cuántas chicas has conquistado con esa misma frase".

Me cogió la mano izquierda, se la llevó a la boca y me besó el dedo anular. Un escalofrío me recorrió la espalda. "Ninguna", dijo con naturalidad. "Ninguna que importara".

"Eso sí que es un poco injusto", susurré.

Matthew se apretó contra mí, haciéndome retroceder hasta mi habitación. "Es la verdad", dijo, con el aliento a menta fresco en mis labios. Me pregunté si me besaría. Esta noche. Pronto. Ahora mismo. La boda era en menos de una semana. "Pregúntale a Adalyn. Pregúntale a cualquiera. Pregúntale a mi mamá cuando llegue para el sábado".

Recordarlo hizo que la mayor parte de la sensación de agitación huyera.

No habíamos hablado de esto. No desde aquel día en su cocina. Lazy Elk's. Era imperdonable que no hubiera pedido o presionado para conseguir más, pero no sólo no sabía cómo, sino que además habíamos estado increíblemente ocupados. Y tan... abrumados. De la mejor y más aterradora manera posible. Tan absolutamente atrasados estábamos. No podía creer cómo algo de esto estaba sucediendo.

Matthew me miró a la cara un momento, luego se inclinó y me besó la mandíbula. Endiabladamente rápido e imposiblemente suave. No lo suficiente. "Mis hermanas creen que eres demasiado guapa para mí. Siempre lo han pensado. No se equivocan".

"¿Siempre lo han hecho?"

Su sonrisa era ladeada cuando me soltó la mano. Tiró de la solapa de la chaqueta y se la abrió. La tela de su camisa de vestir se ceñía a su torso, mostrando todos los planos y valles que yo no había tocado. Besado. Memorizado. Señor, éste era mi prometido. Y...

Un teléfono apareció delante de mí. El de Matthew.

Fruncí el ceño mirando la pantalla. Había mensajes. En un chat de grupo. *Los Flannies*. Y también había una foto. De nosotros, Matthew y yo. Del día en la granja, después del yoga. Tragué saliva. Me encantaba esa foto. Me encantaban todos los selfies que nos habíamos hecho ese día. Los únicos selfies que teníamos.

"No necesitas demostrar nada", le dije. No estaba leyendo los textos. Realmente no tenía nada que demostrar. "No voy a herir mis sentimientos".

"No voy a hacer eso", dijo. Tan suave y gentil. Tan comprensivo que me hizo sentir un poco peor. Porque realmente estaba hiriendo mis sentimientos. Pero no tenía nada que ver con él. Y todo conmigo. "Comprueba la fecha. Comprueba el día que envié eso".

Con un suspiro, le arrebaté el teléfono de las manos y escaneé la pantalla.

El mensaje tenía fecha de ese día. Lo recordaba porque conocía de memoria el folleto de actividades de Green Oak, sabía qué día había hecho cada cosa. Había enviado esa foto más tarde esa noche.

"¿Por qué?" Pregunté, con voz rara. La pregunta estaba fuera de lugar.

¿Por qué... qué exactamente? debería haber contestado.

"Comprueba lo que he escrito", dijo en su lugar.

Lo miré. Pecho hinchado. Hizo una mueca, como si no fuera a retroceder hasta que yo mirara. Como si tuviéramos toda la noche. Volví los ojos al teléfono.

"Me caso con esta chica", leí en voz alta.

Algo dentro de mí se tambaleó ante mis palabras.

Algo cristalizó en sus ojos como respuesta. Algo que no quería reconocer. No debería tener que interpretarlo. Ya *nos habíamos comprometido*. Este fue su texto de lanzamiento suave. *Hey, aquí está la chica. Y por cierto... Me caso con ella.*

Su familia iba a venir a Green Oak, y se iba a casar conmigo, si el montaje en la Granja de los Vasquez era una indicación. Si las últimas semanas también lo eran. Si todo esto que ninguno de nosotros estaba parando lo era.

Matthew se aclaró la garganta. "Mis hermanas han estado, respetuosamente, preocupadas porque secuestré a la hermosa chica de la foto y la engañé -o le pagué- para que sonriera a la cámara. Pidieron una prueba de vídeo, del tipo *parpadea una vez para decir sí y dos veces para decir también sí*. Ya lo ven. Está todo ahí".

No iba a comprobarlo. No necesitaba recibos. No me debía nada. Pero le agradecí inmensamente que intentara convencerme de que tenía algún derecho. Así que acerqué el aparato. Y en lugar de leer los mensajes en , volví a estudiar la foto. Parecíamos tan... auténticos. Siempre lo habíamos sido. "Creo que es porque me miras las tetas como si no hubieras comido en una semana".

"Son unas tetas geniales".

"Es el top de yoga".

"Definitivamente son las tetas. Soy un hombre de tetas y culos. Y las tuyas son hermosas. Lo son. Yo..."

"Estoy divagando". Una pequeña sonrisa separó mis dos mejillas cada vez más acaloradas. "¿Por qué no dijiste nada aquel día en el albergue?"

Matthew dejó escapar un suspiro extraño. "¿Sentarte conmigo? Sé que ya estamos apurando el tiempo, pero quiero que disfrutes de esta noche. No quiero que estés pensando en mierdas que te agobian porque tomé una decisión egoísta. Si no, nunca conseguiré ese primer beso que sigue eludiéndome".

"Ya nos hemos besado", repliqué.

"Creí que había sido clara cuando dije que ese no era nuestro primer beso", dijo, y cuando tiró de mi mano, le acompañé sin rechistar.

Pronto, fui yo quien lo guió, llevándolo a mi cama. Y en ese momento me di cuenta de que era la primera vez que estaba aquí. La primera vez que veía donde yo dormía, la cómoda en la esquina, el papel pintado en una pared y un gran sol amarillo en la de enfrente. Era la primera vez que me veía, sentada en mi edredón azul claro con un vestido que había elegido pensando en él.

Incliné mi cuerpo hacia él.

Me gusta que esté en mi espacio. Me encanta cómo me mira desde su sitio en mi cama.

"Estás muy guapo esta noche", le dije. Y por su sonrisa me di cuenta de que no se lo esperaba. "No dije nada antes, y debería haberlo hecho. Me dejé llevar por tu tontería, porque me gusta demasiado. *Me gustas demasiado*".

Aunque "*gustar*" no parecía la palabra adecuada.

Matthew hizo una mueca. Una que me decía que estaba cambiando de opinión. No hablar. Más tocar. Agarré sus manos.

"Estoy sentado", le dije. "Como me pediste. Y no me importa llegar tarde. Pero deberías empezar a hablar porque me gustas mucho aquí, en mi habitación. Y si no me distraes de ese pensamiento, podríamos llegar *súper* tarde. En vez de a la moda".

Ahora fruncía el ceño. Debatendo. Tiré de su manga con los dedos. "Mi familia no sabe lo de mi trabajo", soltó con una exhalación. "Mis padres no saben que me despidieron. Ni que me he mudado a Green Oak. Creen que sigo en Chicago y que todo sigue igual".

Asentí, procesando sus palabras.

"Mis hermanas creen que estoy agotando los días de vacaciones y que por fin 'retozo' como antes. Por cierto, la mayoría de las veces no sé lo que significa Eve. Nunca he retozado. No desde la universidad, al menos".

No lo dudé ni un segundo. Matthew era considerado y dedicado. Podía ser mucho más serio de lo que la mayoría de la gente le daba crédito, yo incluida. Me hacía preguntarme si tal vez intentaba ocultar esa faceta a sus hermanas. Tal vez incluso de sus padres. De sus amigos. Del mundo. "¿Por qué no se lo dijiste?" Le pregunté. "Parece que tienes una buena relación con ellos".

"¿Me creerías si te dijera que no lo sé? Yo...", se interrumpió, dejando de mirarme y mirando hacia su izquierda. "Una parte de mí no quería que se preocuparan o armaran un escándalo. Siempre he tenido un trabajo, incluso en el instituto. En la universidad. Acepté la primera buena oferta que me hicieron el día de mi graduación".

Eso sonaba a él. Se preocupaba por mucho que intentara no parecerlo. "Quizá fuera por eso", le dije. "Siempre fuiste independiente. Y tal vez no te gustaba perder eso también".

"Tal vez", admitió. "O tal vez sentí que les estaba fallando a todos. Que los estaba decepcionando". Suspiró. "Joder, a lo mejor es todo lo mismo".

"Pero hiciste algo bueno, Matthew", insistí, no gustándome la forma en que su boca se había vuelto hacia abajo. "Defendiste a tus amigos. ¿Cómo no iban a estar orgullosos de ti por eso?".

Su palma cayó sobre mi muslo. Nada más que un reflejo. Sólo que esta vez, sentí como si fuera él quien se colgaba de mí.

Sus cejas se hundieron en un pensamiento. "Supongo que no lo sabrían".

"¿Qué quieres decir?"

"Mis padres... Nunca se preocuparon demasiado por mi trabajo. No es que trabajara en un periódico con un gran nombre. Y eso está bien. Nunca me importó. Está bien que no les importen los chismes. Entretenimiento. Internet. Los smartphones". Resopló. "Están orgullosos de mí".

Pero son gente sencilla y trabajadora, y lo digo con todo mi respeto y cariño. Haría cualquier cosa por ellos. Me educaron para trabajar duro, y una vez que estuve en mis dos pies... les dio la paz suficiente. Entonces, ¿por qué perturbaría eso? Ya están luchando con la decisión de Tay de irse y seguir un sueño que temen que sea demasiado grande para ella. Por eso nunca les dije la verdad sobre lo que estábamos haciendo, Josie. Porque ya les estaba ocultando cosas".

La verdad sobre lo que estábamos haciendo. Que esto era falso. Un dispositivo de relaciones públicas. "Así que no han visto nada de nosotros, ni de mí ni de Andrew. Online o de otra manera."

Matthew dio una cortante sacudida. "No en detalle, no. Saben que se dicen algunas cosas. Pero ya conocían a Adalyn y quién es su padre. Adoran a Adalyn, así que no les sorprendió oír que me había enamorado de su hermana y que no quería esperar. ¿Un compromiso supersónico? Sólo Matthew, haciendo cosas de Matthew".

Me enamoré de su hermana.

Mi pecho tamborileaba en mi pecho. "¿Acaso arrodillarse y casarse en poco menos de dos meses es cosa de Matthew?".

"Puede ser". Su agarre se tensó y pude sentir la suave huella de las flores en mi piel en . "Puede ser. Por eso no armaron tanto alboroto. Por eso vienen hacia aquí para la boda, sin hacer preguntas. Y por qué mis hermanas me han estado dando tanta mierda. Tay está devastada por no poder venir. Eve quería venir antes pero no pudo con tan poco tiempo. Mi madre... No para de preguntarme si estás seguro". Matthew negó con la cabeza. "Podrían pensar de verdad que te he secuestrado, Baby Blue".

Le sonreí. No podía no sonreír. Conocer a su familia... me hizo feliz. El hecho de que no pensarán que era una mentirosa o una embustera era un alivio. Pero me sentí extraña, como si aún estuviéramos fingiendo.

"¿Así que por eso viniste a Green Oak?" pregunté, tratando de no pensar en eso.

"¿Recuerdas lo que dije sobre la jubilación y una autocaravana?" Le hice un gesto con la cabeza. "Se merecían poder disfrutar de eso, libres de cargas. Financieras o de otro tipo. Yo soy el mayor de los tres, debería tener las cosas claras. No debería estar desempleada, o rompiendo el contrato de arrendamiento de un apartamento que ya no puedo pagar. También estoy ayudando con los gastos de Tay en Inglaterra. Si lo hubieran sabido, me lo habrían quitado de encima y me habrían hecho volver a casa".

No habrían realizado su sueño.

No necesitaba decirlo. Lo leí en su cara. En la forma en que esa misma nube que se había cernido ayer sobre mi cabeza se movía ahora alrededor de la suya. Era tan desinteresado. Tan increíblemente amable. No merecía verse tan desolado.

"¿Puedo sentarme en tu regazo?"

Levantó las cejas y, como no contestó, me abalancé sobre él y le rodeé el cuello con los brazos. Exhaló un suspiro que sonó como un globo que se desinfla. Pero un globo feliz.

"Eres un hijo increíble", le dije, sintiendo que su brazo se deslizaba a mi alrededor. Me atrajo hacia él con una mano. "Y un hombre increíble".

Me respiró, con la nariz en el recoveco de mi cuello. Le salió un zumbido.

Hizo que se me enroscaran los dedos de los pies. "No te hagas ilusiones", dije, más para mí que para él. "Esta es una utilización muy PG de su regazo. Sólo con fines de distracción. Ya se nos está haciendo tarde. Si no llegamos, todos van a pensar que realmente estábamos *retozando* como dijeron tus hermanas".

Los dos nos reímos de eso, y cuando empujé hacia atrás, me dejó ir. Aunque con un poco de resistencia. Podía ser fuerte para él, sólo por esta vez.

Me levanté, le cogí de las manos y le puse en pie. Verle de pie en medio de mi habitación, sonriendo, fue como un puñetazo en el corazón. Parecía tan bueno. Tan mío.

"Tienes un sol en la pared", dijo.

"Lo pinté hace años". Mis labios se inclinaron hacia arriba. "Siempre me hace sonreír".

Sus ojos se oscurecieron de un modo que me dijo que su mente se había desviado. A un lugar que me hizo sentir la barriga apretada y el pecho sin aliento. Un lugar que me hacía desear ese beso que no me daba.

Cuando Matthew habló fue en voz baja, sólo para nosotros. "Esas son las mejores cosas".

Esas son las mejores cosas.

Una vez más, reconocí sus palabras como mías. Se lo había dicho, cuando todo esto había empezado. Sólo que no había sido por sonrisas, sino por algo mucho más grande que eso.

Algo tan grande como el sol pintado en la pared detrás de mí.

Las cenas de ensayo solían ser de dos tipos.

O pasaban en un santiamén, o se alargaban tanto que te daba tiempo a pensar en cosas como que el tiempo y el espacio son una construcción de la sociedad o si tu culo tenía ahora forma de silla. En este caso, una silla plegable. Gracias a que Andrew había abierto generosamente la invitación a todo Green Oak, habíamos recurrido a utilizarlas para todos los asientos. Y yo las arrojaría a una pira el lunes a primera hora, en cuanto terminara *el R.W.*, si no fuera porque las necesitaríamos para el próximo sábado.

La boda.

Normalmente, una cosa seguía a la otra. Pero esto nunca había sido un asunto habitual.

Mi mirada se desvió de mi plato vacío, hacia mi hermana.

Inmediatamente me llamó la atención y me dedicó una sonrisa.

Dios, la abracé tanto y tan fuerte cuando la había visto que Cam me palmeó el hombro alarmada. Los había echado tanto de menos, aunque seguía aliviado después de nuestra visita a su casa.

Ser testigo del reencuentro de Andrew y Adalyn había hecho que parte de ese alivio se desvaneciera. Nunca tuvieron la relación más fácil, pero había visto algo en la forma en que se abrazaban, aunque fuera torpemente. Vi intención. Esfuerzo. Y me odié por pensarlo, pero ni siquiera había recibido eso. Un abrazo de mi padre.

Antes de que esta boda tomara las riendas de mi vida, Adalyn y yo habíamos hablado del deseo de Andrew de enmendarse. Me había contado las maneras en que él había intentado tenderle ese puente, y que por muy escéptica que fuera, seguía abierta a verlo intentarlo.

Yo también había sido abierta. Pero las cosas entre Andrew y yo eran simplemente... diferentes. Por demasiadas razones. Y era extraño estar aquí, compartiendo mesa, y tener que ver que, aunque su relación no era estupenda, seguía estando mundos por delante de la mía.

Y el sábado, me acompañaba por el pasillo hasta el hombre sentado a mi lado.

Andrew comentó algo sobre el vino, o el postre, o el tiempo. No podía saberlo, la verdad. Pero Cam se enderezó en su silla y cogió la mano de Adalyn de donde descansaba sobre la mesa y se la llevó a los labios antes de soltarla y llenar su vaso con agua. Luego le pasó la jarra a Andrew con un gesto seco de la cabeza.

Me preguntaba cuándo se casarían Cam y Adalyn. *Sabía que ambos querían hacerlo, pero no tenían prisa. Estaban ocupados con el trabajo. El club. ¿Me pediría que fuera su dama de honor?* Había tardado tanto en hacerlo. Oh Dios, realmente estaba haciendo esto. Lo estábamos haciendo.

Mi rodilla empezó a rebotar al pensarlo. Matthew apretó, muy suavemente, como lo había hecho una docena de veces esta noche. No fue un *para eso. Era* más un *estoy aquí, te tengo*.

Me moví en la escandalosa silla plegable.

Bajé la voz. "Si te pidiera que nos viéramos en algún sitio a medianoche y trajeras un gran paquete de cerillas, ¿qué harías?".

La respuesta de Matthew fue rápida y seria. "Yo diría que mejor nos vistamos de negro. Las manchas de ceniza son una mierda de quitar".

Este hombre.

Era tan perfecto que no podía ni respirar. Me volví para mirarle y me di cuenta de que se me estaban humedeciendo los ojos.

La preocupación llenó su expresión. "¿Respuesta equivocada?"

Ni mucho menos. No creí que su respuesta pudiera haber sido más perfecta. Creo que nunca me había gustado una respuesta como esa. Creo que nunca he amado...

"Alcohol para fricciones", grazné. "Si nada funciona, eso servirá". Me encogí de hombros, tratando de ser casual. "Demasiadas fogatas que salieron mal".

El ceño fruncido de Matthew no desapareció; en todo caso, parecía querer presionar sobre lo que yo acababa de apartar. Por suerte, el tiempo, que cambiaba rápidamente, decidió echarme una mano.

Un trueno resonó en la distancia.

"¿Ves?" dijo Otto Higgings con una palmada, haciendo que el abuelo Moe se estremeciera a su lado. "Te dije que esa tormenta venía hacia aquí. Llevo tres días seguidos despertándome con dolor de rodillas".

"Eso es porque eres viejo", murmuró el abuelo Moe. "¿Y por qué estás aquí? ¿No deberías estar allí, al otro lado de la granja? O no sé, ¿en tu casa?".

Puse los ojos en blanco, aunque el abuelo tenía razón. De algún modo, Otto se había colado allí, en aquella mesa de las muchas que habíamos puesto. Me pregunté a quién le había robado el asiento o por qué Bobbi no había montado un escándalo porque mi vecino había roto la disposición de los asientos que ella había preparado con tanto esmero.

"Soy dos años más joven que tú", replicó Otto, volviendo a centrar su atención en Andrew, donde había estado la mayor parte del tiempo. "Andrew, nos estabas hablando del club de fútbol. La franquicia. ¿Cómo surgió? Recuerdo que jugabas al balón cuando eras pequeño, pero era fútbol, ¿no?".

Cameron murmuró algo al oído de Adalyn mientras recuperaba la jarra de agua y volvía a llenar el vaso de Adalyn. Ella sonrió.

"¿Qué crees que acaba de decir?" Matthew murmuró en la mía.

Un escalofrío recorrió mis brazos al tener sus labios tan cerca. "Fútbol *no es una palabra real*", dije, con la voz baja. "*Fútbol es el nombre del maldito deporte*".

La risita de Matthew me calentó la piel. "Extraño", dijo. "Es como si estuviera sentada a su lado". Su mano se desvió un poco hacia arriba, hasta la mitad de mi muslo. Se me cortó la respiración. "Menos mal que no lo estoy. No creo que apreciara mis modales en la mesa".

Algo se arremolinaba en mi vientre. Lujuria. O necesidad. Probablemente las dos cosas, teniendo en cuenta las imágenes que mi cerebro mostraba y parpadeaban detrás de mis ojos. Yo, en el regazo de Matthew. Nosotros, en casa de Stu. Su mano, bajo mi falda.

Cerré los ojos, poniendo fin a aquello.

"Tenemos una palabra de seguridad", dijo ahora, en voz baja. "Úsala".

Úsalo. Volví la cara hacia él. Los ojos marrones ardían de necesidad. Y algo más. *Danos una excusa.* "¿Me recompensarás, entonces?"

Matthew apretó la mandíbula. La emoción en sus ojos se encendió. "Tú serás la recompensa".

Apreté los labios para no sonreír como una tonta o, peor aún, rogarle que me llevara. Ahora mismo. Ahora mismo. ¿Por qué no lo había hecho hace cinco, diez, quince, una hora?

Las palabras de mi hermana me distrajeron del pensamiento. "Eso es..." Adalyn se interrumpió, luchando con sus palabras. Cameron le pasó un brazo por los hombros. "Gracias por decirlo, papá. Te lo agradezco".

"No es más que la verdad", concedió Andrew asintiendo con la cabeza. "Sabes que he estado trabajando duro para reparar tu confianza después de cómo transcurrieron las cosas con el traslado de las Llamas".

Metí las manos bajo la mesa y las flexioné contra mi regazo. Matthew las envolvió con una mano.

"Debes estar muy orgulloso de los dos, ¿eh?" Dijo Otto, que *ambos* me hicieron mirar a su manera. *¿Adalyn y yo?* "El club juvenil de fútbol que fundaron es todo de lo que todo el mundo ha estado hablando desde que cortaron la cinta y celebraron aquella gran fiesta. Ya era hora de que alguien hiciera algo así de especial por la comunidad".

Adalyn y Cameron.

"Por supuesto", afirma Andrew. "Les he estado insistiendo para que me dejen hacer donaciones o financiarlo de alguna manera, pero se niegan. Aunque no puedo decir que yo no haría lo mismo. Quizá se lo inculqué a Adalyn. O quizá sea Cameron el que aún no se ha dado cuenta. En cualquier caso", dijo, levantando su copa de vino delante de él. "Brindo por eso".

De forma puramente automática, recuperé una de mis manos y cogí mi vaso, levantándolo como todos los demás. Adalyn parecía tan insegura que me hizo chocar mi vaso contra el suyo y decirle. "Estoy muy orgullosa de ti". Ella sonrió entonces, y eso me reconfortó tanto que cuando me volví hacia Matthew, fue con una sonrisa. "Salud...", empecé.

Pero ya estaba bebiendo su vaso.

Fruncí un poco el ceño, luego bebí un sorbo y dejé el vino.

"¿Cómo os conocisteis?" Otto preguntó, dirigiendo su atención a mí y a Matthew. "No creo que hayamos hablado de eso".

Matthew soltó una risita tensa. "No, no hemos hablado de eso". Su tono tranquilo activó una extraña alarma en mi cabeza. "Estábamos un poco ocupados cubriendo todo lo demás".

"La cena ha sido maravillosa, Josie", se apresuró Adalyn. "Como todo lo que te propones. Realmente excepcional. Ojalá hubiéramos estado por aquí para ayudar. Es sólo que estoy tan... ocupada. Con todo".

"Lo sé", le dije tranquilizándola. "Los dos estáis muy estresados, y eso es totalmente comprensible. Tampoco debería atribuirme el mérito. Bobbi ha estado a cargo de la mayoría de las cosas. Y Matthew ha hecho tanto como yo". El pulgar de Matthew acarició el dorso de mi mano. Miré a mi padre. "Andrew también ha hecho posible todo esto".

Andrew se aclaró la garganta. "Por supuesto. I-"

"Así que Otto", intervino Matthew. "Antes de que acabemos desviándonos mágicamente del tema, preguntabas cómo nos conocimos Josie y yo".

"Cierto", dijo mi vecino. "Pero si..."

El abuelo le dio una bofetada en el brazo. "Deja hablar al chico, Cristo. Llevas parlotando tonterías desde que te sentaste en esa silla".

"Gracias, Maurice", dijo Matthew con una inclinación de cabeza que el abuelo correspondió. Me apretó la mano. "La primera vez que oí hablar de Josie fue a través de un mensaje de texto". Giré la cabeza para mirarle y me encontré con su mirada fija en mí. "Era de Adalyn, y decía: *Creo que acabo de conocer a tu alma gemela*".

Algo en medio de mi pecho se agitó.

Alma gemela.

Adalyn se rió desde su asiento. "Me había olvidado de eso".

"No lo he hecho", dijo Matthew, sus ojos todavía en mí. "¿Recuerdas lo que te respondí, Anuncios?"

Hubo una extraña pausa, y luego Adalyn dijo con voz suave y desconcertada: "Me pediste una foto. De tu futura esposa".

Todo el aire de mis pulmones me abandonó, y sólo pude quedarme allí sentada, en aquella silla, mirando fijamente a Matthew mientras su sonrisa se ensanchaba y ensanchaba, haciendo que un punto de mi pecho se hinchara, ocupando todo el espacio.

"Así es", confirmó. "Y todo lo que obtuve fue un emoji de risa. Sentí verdadera curiosidad y quise pedir más información. ¿Qué aspecto tenía? ¿Se reiría de mis chistes de mierda? ¿De qué color tenía los ojos? ¿Cómo olía? ¿Tenía alguna posibilidad?"

Separé los labios y tragué saliva, tratando de contener la emoción que me atascaba la garganta, el pecho y la cabeza.

Los dedos de Matthew, aún alrededor de mi mano, aún sobre mi regazo, se entrelazaron con los míos. "Pero, sobre todo, quería preguntarle a mi muy pragmática mejor amiga qué la había llevado a hacer semejante declaración". Sus facciones se tornaron sobrias. "*Almas gemelas no es un término que se diga a la ligera*".

"¿Y qué hiciste?" preguntó Otto.

La mirada de Matthew bajó hasta mi boca, antes de volver a mis ojos. "Esperé mi momento". Tragó saliva. "Recé a Dios". La mano que sujetaba la mía se levantó y salió de debajo de la mesa. Los labios rozaron mi piel. "Creía en la magia".

Abrí la boca, el órgano que latía en mi caja torácica exigía salir. Quería preguntarle si lo decía en serio más de lo que había querido preguntar nada en mi vida. Quería que su respuesta cambiara las cosas, que le obligara a besarme, que me quitara todas las preocupaciones de la cabeza y simplemente... me llenara.

Su sueño debería haber sido casarse contigo.

Juraría que podía oír esas palabras, de sus labios, en mi cabeza. Podía verlas en sus ojos ahora mismo. Esperándome.

El tintineo agresivo de un vaso rompió el momento. Mis oídos captaron el sonido de unos mocos femeninos. ¿Estaba llorando Adalyn? También se oía una voz de barítono apagada. Calmante. Silenciosa. Sentí que la gente se movía, reacomodando sus asientos. Murmullos sorprendidos. Pero yo seguía mirando a Matthew. Igual que él me miraba a mí.

Bobbi estaba hablando. Anunciando un discurso que hizo que el rostro de Matthew cambiara, que esa emoción que hacía que el marrón de su mirada fuera cálido, intenso, más bello que

nunca, se desvaneciera. Una voz más grave tomó el relevo en el fondo. La de Andrew. Las cejas de Matthew se fruncieron. Oí mi nombre.

Entonces me di la vuelta. Aparté los ojos del hombre que estaba a mi lado y los dejé caer sobre mi padre.

Andrew se paró al final de nuestra mesa. Se hizo el silencio. Todo el mundo escuchaba. Observaron. Su voz era profunda, su postura imponente, su presencia pretendía llenar la sala. Esta tierra de labranza. Para ir más allá de las oscuras laderas a nuestras espaldas.

"... Y no podría estar más feliz de estar aquí para celebrar su unión". Ojos de un azul tan claro como los míos me encontraron, cejas apretadas. "Aquí en Green Oak. De hecho, fue el sentido discurso de Josephine en la reunión de bienvenida de hace unas semanas lo que me hizo ver algo que, de alguna manera, había pasado por alto." De repente, el cuerpo de Matthew estaba allí, su pecho contra mi espalda. Rígido, sólido, como preparándose. Preparándose. ¿Preparándose para qué? "He echado de menos esto. Green Oak. A mis hijas. Todo."

El aire de mis pulmones se agarrotó. Todavía estaba aturdida por las palabras de Matthew. De lo que significaban. Tan crudas. Tan... expuestas. Que ni siquiera creía poder procesar lo que transmitían las de mi padre.

"Y por eso", continuó Andrew, "he decidido volver aquí".

Me zumbaron los oídos.

Hubo más después de eso. Algo sobre no querer sorprender a nadie. Algo sobre el trato del libro y Willa Wang. Fui algo consciente de que Adalyn también se levantó y dijo algo, algo sobre Andrew no aprendiendo de sus errores, haciendo esto sobre sí mismo, pero yo... no lo sabía.

Dios. No creí que me importara.

¿Mi padre acababa de anunciar una noticia tan grande y personal en una cena de ensayo? Mías. Noticias que había decidido sin consultar con Adalyn o conmigo. Esto era Green Oak. Era mi casa. ¿No debería saberlo? ¿No debería...

Me llegó una carcajada. Mía. Me estaba riendo.

Todas las cabezas se volvieron hacia mí. "Bueno, eso es tan malditamente *bootylicious*. ¿Verdad?"

Todos parpadearon.

Matthew me levantó inmediatamente de esa horrible, horrible silla. "Me encantaría quedarme y presenciar cómo Adalyn le da por el culo a Andrew, pero prefiero pasar mi cena de ensayo de una forma más placentera". Tiró la servilleta que había estado en su regazo sobre la mesa. "Y sí, es una forma agradable de decir: Voy a hacer gritar a mi mujer hasta que se olvide de que su padre se tiene en tan alta estima que ha decidido hacer que esta noche gire en torno a él."

Hubo un momento de silencio. Entonces Adalyn resopló, Cameron se rió y, para mi total sorpresa, el abuelo Moe dijo: "Buen chico".

Y con esa luz verde tan brillante que el abuelo acababa de darle a Matthew para hacerme gritar, mi prometido se dio la vuelta y me alejó de la mesa con una sonrisa.

CAPÍTULO 23

Matthew ya no sonreía cuando llegamos a la entrada de mi casa.

Apagó el motor de mi camioneta, el tipo de silencio que precede a una tormenta que se abalanza sobre el vehículo, haciendo que el aire se espese con el olor de la lluvia, la anticipación de lo que se avecinaba, haciendo que mi corazón palpitara con fuerza.

"¿Matthew?" Llamé en voz baja. Asegurándome de que no se perdiera mi pregunta. "¿Vas a besarme?"

"Sí."

Un aleteo se rompió en mi pecho. "¿Cuándo?"

"El segundo estoy seguro de que no voy a terminar follando contigo dentro de este camión."

Se me cayó la barriga, con esa deliciosa anticipación acumulándose. "¿Por qué?"

Los párpados de Matthew se cerraron.

"Mi camión es lo suficientemente grande", continué, inclinándome hacia él. Sólo un poco, lo suficiente. Hizo un sonido en su garganta. "Y no creo que lo haya hecho nunca en un asiento trasero". Sus manos se movieron hacia el volante, los dedos se aferraron a él, el cuero crujió. "¿Y si quiero? Contigo. ¿Y si quiero que me beses y luego me folles aquí?"

Volvió a abrir los ojos y apretó la mandíbula. "¿Y si quiero darte algo mejor que eso?". Me miró, el marrón de sus ojos parecía oscurecerse, los pliegues de tensión alrededor de su boca me suplicaban. "¿Y si siento que ya me he dejado llevar? ¿Y si no me gusta que la primera vez que te hice correr no te estuviera tocando? ¿Y si odio que la primera vez que te toqué no fui capaz de oír o ver tu boca moverse alrededor de mi nombre? ¿Y si no pensaba hacerlo esta noche y ahora me pregunto si es el momento adecuado?"

Hubo un momento. Una pausa.

No respiraba.

Entonces habló: "¿Y si no puedo darte ninguna puta primera vez, así que quiero asegurarme de tener la oportunidad de ser la última?"

Mi pecho se expandió. La emoción que había retenido durante todo el día se hinchó, haciéndola difícil de contener. Alargué la mano para acariciar su mandíbula. Matthew se inclinó hacia mí. Mi sonrisa hizo que sus ojos se iluminaran. "¿Vienes dentro? Le dije. "Por favor.

Frunció el ceño, pero no perdí el tiempo. Me revolví en mi asiento, decidida a hacer que le pareciera bien, a hacer posible que me diera todas esas cosas, incluso cuando lo único que yo quería era a él.

Cuando abrí la puerta del pasajero y mis pies tocaron el suelo, Matthew estaba allí de alguna manera. La expresión aturdida de su cara me hizo sonreír aún más. Aún más decidida. Me ofreció su mano, y cuando la estreché entre las mías fui yo quien tiró. Le conduje al interior de la casa. Luego subí las escaleras. Luego por el pasillo. Luego dentro de mi habitación. Ignoré todos los cosquilleos que se extendían por todo mi cuerpo a causa de aquella mano cogida con tanta

fuerza, y le conduje hasta donde él había estado antes, justo antes de irnos a aquella desastrosa cena.

"Aquí", dije por fin, viendo cómo sus ojos se volvían locos al rebotar entre mí y lo que había a mis espaldas. Su expresión se volvió feroz, devastada, casi como si quisiera gritar o caer de rodillas. "Una vez me dijiste que la perfección es subjetiva. ¿Te acuerdas?" No asintió ni movió la cabeza, pero continué de todos modos. "Este momento, aquí y ahora, es perfecto para mí". Se me cayeron los labios, toda aquella maraña de emociones y cosquilleos y anticipación se detuvo suavemente. "Y eso es porque estás en él. Eso es porque eres tú. Sólo tú. No me importan las primeras veces cuando te tengo a ti".

El tiempo pareció detenerse un instante, fue menos que un latido, nada más que una fracción de segundo.

Entonces la boca de Matthew estaba en la mía. Hambriento. Desesperada. Las manos me sujetaban a ambos lados de la cara, como si fuera a huir o a desaparecer. Gemí en el beso, derritiéndome, sintiendo que iba a escurrirme, justo entre sus dedos.

Aquel pensamiento me hizo rodearle el cuello con los brazos y meter las manos en su pelo, apretando aquellos mechones que tanto me recordaban al sol pintado en mi pared. La alegría y la necesidad surgieron, mezclándose en mi vientre, haciéndome inclinar los labios, cambiando el beso, volviéndolo codicioso. Nuestras lenguas se tocaron y tiré de su pelo. Matthew gimió en respuesta, en lo más profundo de su garganta. Fue el único aviso antes de que sus brazos se movieran y nos pusiéramos en marcha.

Mi espalda chocó contra la pared.

Una de sus manos permaneció a lo largo de mi cara, la otra empujando hacia abajo, sobre la tela de mi vestido. Clavícula, pecho, costillas, cintura, cadera, fue, la aspereza de su peso tirando del satén. Quería salir de él, del vestido, quería ese tacto en mi piel, en mí. Sus dedos se movieron, viajando por mi trasero, sobre mi culo. Acamparon justo debajo de mi muslo.

Me levantó la pierna con un movimiento enérgico y luego apoyó su peso en mis caderas.

Gemí en su boca, haciéndole salir a tomar aire sólo para que pudiera decir: "Joder".

"Sí", acepté, jadeando. Respirando por todas partes.

El zumbido de Matthew era apreciativo, satisfecho, ansioso. Y cuando sus dientes se cerraron sobre mi labio inferior, mis párpados se cerraron con un estremecimiento.

Su boca volvió, esta vez más suave, más lenta, pero haciendo el beso más intencionado. Asegurándose de que se quedaba con él. En mí. Tatuándose en mis labios.

"¿Crees que hago que este momento sea perfecto?", preguntó, apartando la boca, las palabras cayendo sobre mi mandíbula. Empecé a asentir, pero su agarre en mi pierna cambió, separando los dedos. Me abrió más, empujando sus caderas más adentro. Se me escapó un fuerte gemido. "¿Crees que puedes ser tan dulce y suave y *llamarme* perfecta?".

Volví a abrir los ojos, sólo para poder verle cuando dije: "Sí".

Matthew sonrió, y la sonrisa era grande, arrogante y oscura, con los labios hinchados y el carnín manchado sobre la piel. En ese momento lo supe. Simplemente lo supe. Nunca había deseado una sonrisa, un hombre, tanto como a él. Nunca había amado como lo hice con él.

La idea me dejó tan sin aliento que jadeé por el aire que se me escapaba.

La expresión de Matthew se ensombreció, leyéndome. Me besó de nuevo. Con fuerza. Más fuerte que antes. Más fuerte de lo que nunca me habían besado.

Al instante, sus manos me soltaron la pierna y la cara, y me dieron la vuelta.

Mis palmas cayeron planas sobre la pared.

La risita de Matthew me rozó la piel de la sien. Me estremecí, la sangre se arremolinó hacia abajo, acumulándose. "Me encanta cómo te queda este vestido, ¿lo he dicho ya?". Volví a cerrar los ojos, con los sentidos en cortocircuito, abrumada. Asentí y sus manos se deslizaron entre mi pelo y mi nuca. Sentí que me lo apartaba, suavemente, el gesto casi reverente. Sus dedos volvieron a la parte superior de mi columna y bajaron por los botones de la costura. "Me encanta cómo te queda, Josie", continuó. "Pero espero que no le tengas demasiado apego, porque no tengo paciencia para esto".

El chasquido de los botones resonó en la habitación.

Mis labios se separaron con una súplica silenciosa. *Quítatelo. Te necesito ahora.*

"¿Fue demasiado duro, Baby Blue? me preguntó Matthew, con voz grave y seria, las manos apoyadas a ambos lados de mi cabeza mientras mi mejilla descansaba en la pared. "¿Estoy siendo demasiado?"

Jadeaba con demasiada fuerza para hablar, la necesidad que se acumulaba entre mis piernas, demasiado abrumadora mientras latía al compás de los latidos de mi corazón. ¿Dónde estaban sus manos? Quería volver a tenerlas sobre mí. Quería a Matthew sobre mí. Dentro de mí. I-

"¿Josie?" Mi nombre, de los labios de Matthew, cayó sobre mi pelo, seguido de una presión de su boca. Me distraía tanto. Me distraía tanto. Todo de él anulaba todo de mí. Estaba a su merced y ni siquiera me importaba. Sus manos agarraron mis muñecas, suavemente, arrastrando lentamente mis palmas por la pared y bajando mis brazos. Tiró de la tela de mi vestido, lo suficiente como para que sintiera las mangas enredarse alrededor de mis codos, la abertura en la espalda dejando que el aire de la habitación besara mi espalda. La tela de mis bragas se enfriaba contra mi piel. "¿Soy demasiado brusca? ¿Soy demasiado brusca? ¿Esto es demasiado?"

"No", logré decir por fin. El vestido se me bajó aún más y la abertura también dejó al descubierto la parte trasera de mis muslos. "La rudeza es buena. Se siente bien. Eres perfecta".

"Incorrecto". Me dio un manotazo en el culo. "Soy perfecto *para ti.*"

Un gemido salió de mis labios. Seguido de un entrecortado, "Oh Dios mío". Realmente había hecho eso. Y yo... Eso había sido tan bueno, tan...

"Dilo de mi parte, Josie", susurró, rodeándome la cintura con los brazos suavemente, acercándose a su pecho. Me dio un beso en el cuello. "Déjame oír las palabras".

"Eres perfecta para mí", susurré.

Sentí su aprobación en mi espalda, su gruñido complacido, saciado y tan jodidamente feliz que hizo que se me derritieran las entrañas.

Sus palmas descendieron. "Esto es lo que quería hacer desde el momento en que te vi frente a esta pared". Bajé la barbilla, observando sus manos mientras arrastraban hacia abajo el vestido que colgaba de mis codos. "Mi jodida niña dulce", dijo contra mi mejilla mientras dejaba caer los brazos. La tela se acumuló a nuestros pies. "Tan jodidamente hermosa".

Antes de que pudiera entender cómo me hacían sentir sus palabras, o cómo debía tocarme ahora que estaba allí en sujetador y bragas, el cuerpo de Matthew estaba descendiendo.

"Veamos si puedo hacerte sonreír un poco más", dijo, posando las manos en mis caderas. Su aliento cayó sobre mi espalda. El calor de sus palmas sobre mi piel, por fin, me hizo jadear. Sus dedos tiraron de la cintura, sólo un poco, lo suficiente. Sentí el parpadeo de una caricia, arrastrándose por la curva de mi culo. Qué provocador era este hombre. Qué...

Las palmas de las manos de Matthew se cerraron alrededor del interior de mis muslos, abriendo más mi postura desde su lugar en el suelo detrás de mí.

"Las manos de nuevo en la pared", gruñó.

Mis palmas se apretaron contra la pared. Presionó sus labios sobre la seda. Un beso suave justo en el lugar que apenas me escocía ya de su mano. Mi cuerpo se arqueó. Empecé a temblar. Por todas partes. "¿Matthew?" Jadeé. "Estoy tan mojada ahora mismo. Estoy tan..."

Me dio la vuelta. Ni siquiera sabía cómo. Y no me importaba.

Miré hacia abajo.

Matthew estaba de rodillas, con las manos apoyadas en mis muslos, mirándome a través de esas malditas gafas que tanto me gustaban. Y yo... Me miraba tan reverentemente, tan hambriento, como si hubiera estado en la oscuridad durante siglos y no pudiera sentir suficiente calor y luz solar en su piel. Me hizo querer arder a cambio. Arder mientras estaba aquí, bajo su mirada.

"No puedo decidir", dijo Matthew. "No puedo decidir cómo quiero tenerte". Su voz tensa. "Comerte. Follarte contra esta pared. Que me cabalgues la cara. Tomarte en la cama. ¿Llenar esa bañera y rogarte que me dejes correrme en tu espalda?".

Mi garganta trabajaba alrededor de la súplica que me desgarraba. Dios, sí. Sí, por favor. "Tómame de todas las maneras", le dije. Y cuando apretó la mandíbula y sus ojos se oscurecieron, me envalentoné. Le planté la suela del tacón que aún llevaba en la rodilla, abriéndome. Invitándole. Ofreciéndole un punto de partida. "Tenemos todo el tiempo".

La vacilación de Matthew desapareció de inmediato. Su expresión se volvió salvaje. Entonces se lanzó con un gruñido, flexionando mi pierna y abriéndome aún más. Sentí su respiración a través de la tela, haciendo que se acumulara más necesidad, aumentando el latido entre mis muslos, acelerando mi corazón. Apartó la tela con una exhalación entrecortada, como si no quisiera perder tiempo en quitárselos. El aire me golpeó, haciendo que toda esa urgencia sonara más fuerte. Justo en un tono alto. Entonces me dio un beso. Gemí, derritiéndome contra él.

Su boca fue lenta al principio, decidida pero tentativa, arrancándome pequeños gemidos. "Estás empapada", dijo. Raspó. Gruñó. No estaba segura.

Porque la cautela de Matthew había desaparecido y ahora me devoraba. Mi rodilla se tambaleó y él utilizó una palma para estabilizarme. Para sujetarme contra la pared mientras gruñía contra mis pliegues, hundiendo la lengua, cerrando los labios alrededor...

"Oh Dios, Matthew", gemí. Ya tenía espasmos. Al borde del abismo. "Estoy tan cerca. No puedo creer..."

Su mano se unió, el pulgar se cerró sobre mi clítoris.

Mis manos se apoyaron en su cabeza, buscando apoyo y... y liberación. Mis dedos se cerraron alrededor de su pelo y tiré de él más cerca. Sensación giratoria. Balanceándose. "¿Matthew?"

Su lengua se sumergió en mi interior, su boca seguía moviéndose y su mano recorría el sensible nódulo que me producía una oleada tras otra de deliciosa presión. Hizo algo con los labios y gemí con fuerza, bajando la barbilla para poder verlo. Me miró a los ojos marrones cuando salió a tomar aire, con la boca reluciente por el desastre que le estaba haciendo. "¿Te vas a correr?"

Asentí con la cabeza, apenas capaz de respirar con su mano aún moviéndose y él mirándome como si le estuviera haciendo la vida imposible por dejarle arrodillarse delante de mí.

"Entonces ven, dulce Josie", dijo, cambiando los movimientos de su muñeca. "Móntame la cara un poco más fuerte". Su otra mano se unió, grandes dedos hurgando en mi entrada. "Dame un pequeño grito para que pueda follarte".

Su boca descendió, reemplazando esos dedos con su lengua y yo...

Gritó. Tal y como me pidió. Aunque no fue poco, y fueron tres palabras: "Oh mierda, Matthew". Estaba segura de que se habían oído en toda la ciudad. Pero me importaba un bledo cuando mis rodillas se doblaban, mi espalda se arqueaba y toda yo dejaba de existir. *El mundo* dejó de existir, arrastrado por una oleada tras otra de placer y... felicidad.

Alegría. Amor. Liberación.

Fue la risa de Matthew en mi sien lo que me hizo darme cuenta de que estaba en sus brazos y de que nos movíamos. Me colocó sobre la cama y levanté la vista, encontrándolo dando un paso atrás, sin apartar los ojos de mí.

"Ese es mi nuevo favorito", dijo, suavidad y lujuria tirando de su voz. "Eres *Oh, mierda, Matthew* sonrío". Mis labios se subieron aún más. Su mirada seguía haciendo pases arriba y abajo por mi cuerpo. "Nunca había visto algo tan hermoso".

Me apoyé en los codos y fruncí los labios en un mohín que esperaba que le pareciera bonito. "¿Estás hablando de mis tetas otra vez? Sé que te gustan, pero tengo cara".

Sus ojos se arrugaron con diversión, pero cuando habló, su voz era seria. "La petulancia te sienta muy bien". La forma en que me miró hizo que mi vientre volviera a agitarse. El aleteo se duplicó cuando empezó a abrocharse los botones de la camisa. Ni siquiera sabía cuándo se había deshecho de la americana. "Veamos lo engreído que eres cuando te tengo de espaldas". Pop. Pop. Pop. La camisa se abrió, revelando todos los planos duros de piel dorada. El estómago duro. Esas abolladuras en sus caderas. Mi corazón se aceleró. "O cuando te tumbo boca abajo y sientes mi peso sobre ti".

Se me secó la garganta al verle, las palabras, la necesidad resurgiendo en mi torrente sanguíneo. Me puse de rodillas y me senté. Matthew ladeó la cabeza y sonrió. Me encantaba esa sonrisa. Me encantaban las palabras que salían de él. Siempre me habían gustado las palabrotas, pero Matthew era un guarro. Y me encantaba lo que me hacía. Me encantaba que supiera exactamente qué decir y cómo decirlo. Me encantaba que fuera capaz de asegurarse de que deseaba sus caricias y sus palabras sin que yo tuviera que decir ni una palabra. Me encantaba que fuera dulce, divertido e inteligente y que nunca pensara que yo tuviera algo malo. Me encantaba que hubiera esperado tanto para besarme. Me encantaba que quisiera darme cosas que él no podía. Y Dios, me encantaban sus sonrisas casi tanto como que estuviera obsesionado con las mías.

Yo... yo lo amaba a él.

Me había enamorado de Matthew.

Y no creía que fuera algo nuevo, nacido de este momento. Sabía que ya lo había hecho antes de llevarle arriba.

"¿Matthew?" Llamé, como si no lo tuviera delante. Mi voz era extraña, rocosa, llena de emoción y comprensión y de la enormidad de lo que acababa de permitirme admitir por fin. *Por fin*. Porque no era nuevo. Había tenido pistas. Pistas. Sabía que estaba cayendo. Esto es lo que siempre hacía. Caía rápido. ¿*Había sido demasiado rápido?* El cuerpo de Matthew se congeló, la camisa cayó al suelo.

Su mirada se agudizó.

"Ven aquí", dijo. "Ahora, Josie."

Me acerqué al borde de la cama, donde estaba él con el torso desnudo y pantalones de vestir. Sus manos me cogieron la cara en cuanto llegué. Me levantó para que nuestros rostros quedaran alineados. "Lo sé", murmuró en mi boca. Me rozó la mandíbula con los labios. Mentón. La

mejilla. "Lo sé. Sus dientes rozaron mi labio inferior, luego me besó. "Te tengo, ¿vale? No me voy a ninguna parte".

No voy a ninguna parte.

No sabía por qué, pero las palabras resonaban en mi interior y me daban ganas de aferrarme a él. Sólo para asegurarme de que se quedaba. Entonces fui yo quien lo besó, tirando de sus hombros y arrastrándolo hacia abajo conmigo. Los dos caímos sobre la cama, su peso celestial sobre mí, haciéndome sentir tan viva, tan segura, tan a salvo. Mis manos recorrieron sus brazos, vagando, luchando por encontrar un lugar donde acampar. Hombros, brazos, pecho, estómago. Quería tocarlo todo. Tiré de su cinturón con avidez y él gimió en mi boca. Sus manos se apoyaron a ambos lados de mi cabeza mientras se levantaba. Jadeó en mi boca.

Egoístamente, tiré de la hebilla de su cinturón, estudiando su rostro mientras lo aflojaba, deleitándome en cómo sus ojos se entornaban cuando dejaba que mis meñiques rozaran la dureza que presionaba contra la tela oscura de sus pantalones. Una vez desabrochado, lo desabroché. Dios, ya podía sentir su calor en mis manos, me daba cuenta de que ya era muy grande sólo por el bulto.

Le bajé la cremallera con un solo movimiento y su mandíbula se tensó. Mis manos tiraron de sus pantalones, casi con fuerza, casi sin control, revelando unos calzoncillos oscuros. Mordiéndome el labio, introduje los dedos en el elástico, despacio, arrastrando las uñas por la piel del bajo vientre. Sólo un poco. Lo justo para provocar.

Matthew soltó un suspiro.

Dejé que mis uñas rozaran su longitud, envalentonada. Saliéndome de la piel de lo bien que me sentía al tener tanto poder sobre él.

"Te vas a llevar un buen azote en ese culo si no dejas de ser mala", me dijo, con una promesa en la voz.

Mi sangre bajó con excitación, el sonido de sus palabras me hizo querer ser aún más mala. Pero ya estaba demasiado nerviosa. Estaba demasiado impaciente y le necesitaba demasiado. Lo antes posible no era suficiente. Así que le dediqué mi sonrisa más dulce y finalmente le quité los calzoncillos. Se me cortó la respiración al verlo libre.

"Dame una caricia, nena", me susurró. Me suplicó. "Sólo uno, antes de que me pierda".

Mis manos rodearon de inmediato su longitud, dura, abrasadoramente caliente, más grande de lo que jamás había tenido, y le estaba dando lo que pedía. Gemimos al mismo tiempo, las bocas chocando con el mismo impulso egoísta. Le di una segunda, y cuando gruñó, le acaricié una tercera vez. Sus brazos se flexionaron, sus caderas empujaron mi puño.

"Te necesito", le dije, con voz exigente. "Adentro. Ahora mismo".

El cuerpo de Matthew se apartó de mí y, de repente, se puso en cuclillas. "Condón", dijo. "¿Dónde?"

"Anticonceptivos", respondí, dándome cuenta de que no perdíamos el tiempo con palabras. Me di cuenta de que aún llevaba puesta la ropa interior. Tiré del cierre de mi sujetador. "Te deseo". Mi intento no funcionó. "Te quiero dentro. I-"

Estaba boca abajo.

El cuerpo de Matthew se me echó encima, su boca en mi oreja, su longitud anidada en mi culo. "Querrás lo que te dé".

El gemido que me salió fue escandalosamente fuerte.

Sus brazos se cerraron alrededor de mi cintura, tirando de mi culo hacia arriba. "No he estado con nadie en mucho tiempo. ¿Estás segura de no usar condón?"

"Bien", susurré, con una pizca de celos en mi voz. "Eres mi prometido".

El sonido que salió de él estaba a medio camino entre un gruñido y una carcajada. Sentí cómo se acariciaba, cómo su puño rozaba mi piel mientras dejaba escapar un pequeño gruñido. "Y tú eres mía para hacer lo que me plazca".

"Sí."

Me quitó las bragas, plantándome besos en la columna, y luego se colocó a mi espalda. Su mano agarró una de las mías, llevándola entre mis muslos. "Mantén la mano ahí. Quiero que me sientas".

Antes de que pudiera saber a qué se refería, Matthew me penetró de un rápido y fuerte empujón que me aplastó contra el colchón. Un fuerte gemido rebotó. Mío, suyo. Probablemente ambos.

"¿Qué se siente, nena?", me preguntó, retirándose lentamente antes de volver a penetrarme.

Cerré la mano libre alrededor del edredón. "Tan lleno. Tan..."

"Perfecto", terminó para mí, sus caderas pistoneando una vez más. "Para ti. Dilo".

"Para mí", exhalé. Apreté su mano, la que seguía entre mis muslos. Mis uñas se clavaron en su piel, el placer que se arremolinaba en mi interior se volvía demasiado, más poderoso, más abrumador, vertiginoso, más perfecto aún. "Sólo para mí".

Sentí que salía de mí, girando esta vez mi cuerpo lentamente. Con una cadencia que me oprimía el pecho. Cuando bajó sobre mi cuerpo, deslizándose de nuevo dentro de mí con una lenta y tortuosa embestida, me miraba a los ojos. Me tragué un gemido. "Mírate", susurró en mi boca, con su siguiente embestida más fuerte que la anterior. "Me tomas tan bien. No puedo esperar a ver esto todos los putos días de mi vida".

Las palabras desencadenaron una explosión en mi interior. Mis ojos se cerraron y comencé a girar en espiral. Me bajó el sujetador y sus labios se cerraron en torno a un pezón. Grazné algo, una palabra, algo así como sí, o por favor, o... Volvió a pellizcar el pico y lo siguió con un áspero empujón de sus caderas.

"Suéltame, Josie", exigió. Otro empujón. "Suéltame para que pueda hacerte un lío".

Mis labios se abrieron, pero antes de que nada saliera de ellos, Matthew estaba tirando de mis caderas hacia arriba con una mano mientras la otra volaba hacia mi clítoris. Abrí los ojos y fue la visión de él, con todo lo demás, lo que lo hizo por mí. El placer se elevó, alcanzando su punto álgido, impulsándome hacia el sol. "Matthew", gemí, ardiendo, una emoción que me llenaba el pecho mientras cabalgaba por la cresta.

Matthew saliendo era lo único que me anclaba hacia atrás. "Me estoy saliendo, nena." Se apretó el puño. "Estoy haciendo ese lío." Sus palabras no eran más que un gruñido, y su mano apenas tuvo oportunidad de moverse antes de correrse sobre mí.

"Mía, Josie. Tú eres mía. Di que me tendrás".

No sabía cómo mi cerebro estaba computando nada en absoluto, pero sabía que nunca había oído ni visto nada más erótico que Matthew de rodillas, jadeando, con su dureza húmeda por estar dentro de mí, la mano en mi cadera y sus pasadas cubriendo mi piel.

Extendí los brazos y volví a ponerlo encima de mí, disfrutando de la sensación de su peso contra mí. Matthew me rodeó con los brazos y, cuando nos puso de lado, apreté la boca contra su piel, justo encima de su corazón.

"Creo que nunca podré tener a nadie más que a ti", le dije.

Y lo dije en serio. Con cada gramo de mi alma.

Lo que me preocupaba era si sería capaz de enseñárselo.

CAPÍTULO 24

Me despertó una estela de suaves besos con la boca abierta colocados entre mis omóplatos.

Los dedos de mis pies se curvaron con la piel de gallina viajando por mi espalda, y me sentí sonreír. "¿Matthew?"

Exhaló un suspiro contra mi piel. "¿Esperabas despertarte y encontrar a alguien más en tu cama?"

Mordí una carcajada y dije lo más serio que pude. "Hm... No sé. ¿Cuál era tu apellido?"

Matthew me rodeó con los brazos y me estrechó contra su pecho de un tirón, haciéndonos rodar de espaldas. Solté la carcajada que había estado conteniendo y su aliento me hizo cosquillas en la oreja. Era profunda y alborotada y me hizo sentir el tipo de felicidad que hacía tiempo que no sentía.

Me hizo cosquillas en los costados y grité: "*Okayokayokayokay*". Pero Matthew no se detuvo, así que chillé un poco más, contoneando mi cuerpo encima del suyo para liberarme y-lo sentí. Duro y largo y muy desnudo a mi espalda.

Mi risa se apagó, sustituida inmediatamente por una poderosa oleada de conciencia. Necesidad. Seductora y cálida.

Sentí su sonrisa cuando me besó el hombro por detrás. "¿Puedo preguntarte algo?", me preguntó y yo asentí con la cabeza, retorciéndome, moviendo el culo contra él. Los dos soltamos un suspiro entrecortado. "¿Por qué llevas tantas capas de ropa? No me malinterpretes, quiero que estés calentita, cómoda y feliz. Pero ni siquiera sé cuándo te fuiste de mi lado para vestirte así".

Exhalé una carcajada, aunque sonó forzada, aún muy consciente del calor a mi espalda. Dios, lo deseaba otra vez. Varias veces. ¿Todo el día? Todo el tiempo. Sí. I-

"Azul", insistió Matthew. Y para dejar claro su punto de vista, me cambió de posición, acurrucándose contra mis nalgas.

Un escalofrío me sacudió. Estúpido pijama. "No puedo dormir desnuda", confesé. "Me siento... demasiado expuesta". Tragué saliva al ver cómo cambiaba su postura, sabía que iba a hacer algo. Ojalá. "¿Y si viene un monstruo y me coge? ¿Y si hay un incendio y tengo que salir por la ventana sin ropa?".

Hubo una pausa.

Luego me hicieron rodar hacia un lado y, como había previsto, Matthew me giró para que quedara frente a él. Me besó la punta de la nariz. Fruncí el ceño por la dulzura de aquello, y él se rió a su vez. "Yo te protegería", me dijo. "De los monstruos".

"¿No crees que mi explicación es tonta? Estoy más cerca de los treinta que de los trece".

"No", dijo rápidamente. Fácilmente. Su brazo me rodeó la cintura y tiró de mí. Me aseguró contra él. "Eres más listo que yo. Nunca se me ocurrió que podría terminar mostrando mi basura a un bombero".

La comisura de mis labios se levantó. "¿Te importaría si lo supieras?"

"En realidad, no". Se encogió de hombros. "Tengo una gran basura".

Intenté evitar que saliera, pero chico, no podía no reírme. Sus ojos se iluminaron, su mirada se volvió un poco loca, como si no pudiera decidir dónde mirar. "Un poco sí, supongo. Tal vez".

Me acercó aún más. "No le duele tu reticencia". Su barbilla se hundió antes de añadir: "Estuvo allí anoche. Para los gemidos, los gritos, la venida, el *Oh mierda, Matt-*"

Le di un puñetazo en el estómago. Suavemente. Se le escapó una risita, sin inmutarse. "*Sabía* que serías el tipo de hombre que hablaría de su pene en tercera persona".

Agarró mi puño con una mano, llevándolo hacia arriba entre nosotros. Era mi izquierda. "Y sabía que te encantaría eso de mí". La mirada de Matthew bajó, y por mucho que ese brillo feliz no desapareciera, algo más entró en su expresión también. "¿Te gusta?" Tragó saliva. "¿Te gusta eso de mí?"

Bajé la mirada hacia lo que había captado su atención. Mi dedo anular. El anillo Claddagh de su abuela. El mío, desde hacía unas semanas. "Sí, quiero", dije, con las palabras saliendo de mí. Sus ojos subieron hasta los míos. "Me encanta eso de ti".

Me encanta cada cosa de ti.

"¿De verdad vamos a hacer esto, Matthew?"

Se acercó un poco más, sin soltarme la mano cuando ésta se hundió entre su pecho y la franela de mi top. "Haremos lo que queramos. Lo que decidamos".

Nosotros.

Mi pecho se expandió con... esperanza. Era difusa y abrumadora. Del tipo que te llena, haciendo burbujas en tu cabeza. "Creo que realmente podría casarme contigo."

Su risa era suave, íntima, y cayó sobre mis labios. "Adulación, te presento a Josie".

"Ya sabes lo que quiero decir", le dije. Me refería a caminar por el pasillo hacia él. Como si lo hubiera planeado. Nunca pensé que realmente sucedería. "¿Crees que va a hacer alguna diferencia? Fuera de nosotros".

"Creo que me importa una mierda lo que haga por Andrew si eso es lo que me estás preguntando. Sólo me importas tú".

Le lancé una mirada, aunque no podía culparle. No después de lo de anoche. "Yo también tengo una reputación. Que está justificada por hechos reales, ¿sabes?"

"Tienes una vida", me dijo. Su boca se apretó contra la mía. "No tienes una *reputación*. Tienes un corazón que eligió creer en el amor. Una mente hermosa que señaló cada cosa mala o fea que se te vino encima y mantuvo la esperanza. Tienes la bondad de dar segundas y terceras y cuartas oportunidades. Prefieres perder horas de sueño horneando para que alguien se sienta un poco mejor al día siguiente que cuidar de ti mismo. Te presentas en la puerta de un tipo con una carpeta llena de anuncios de trabajo impresos que has codificado por colores. Tienes un puto sol pintado en la pared porque te hace sonreír. Si alguien no ve todo eso, o quién eres realmente, entonces bien". Un sonido gutural le abandonó. "Más de ti que es sólo para mí".

Mi sonrisa era lenta, pero sabía que estaba ahí, separando mi cara. Reflejando las mariposas que llenaban cada hueco de mi pecho. Incluso el hueco que mamá había dejado, aunque sólo fuera por un rato. "Esos deberían ser tus votos", le dije, antes de hacer lo mismo y plantarle un beso fuerte en la boca. "Luego puedes darte golpecitos en el pecho con el puño y gruñir fuerte: *Josie, mujer. Mío. Sólo para mí*".

El oscurecimiento de su mirada fue el único aviso antes de que me pusiera boca arriba. Me enjauló la cabeza con los brazos. "Búrlate de mí, Baby Blue", raspó. "La verdad a veces da miedo, pero no por eso es menos real". Tragué saliva y Matthew se relamió. "Eso no significa que no vayas a tener ese culo s...".

Sonó el timbre.

Mi pecho se agitó con las palabras que acababa de dejar sin decir.

A Matthew se le encendió la nariz. "Ignóralo".

Ha vuelto a sonar.

Matthew apretó la mandíbula, los ojos llenos de una irritación que yo compartía.

"Estás tan mono cuando estás malhumorado", le dije antes de deslizarme por debajo de sus brazos. Me enganché la bata y le miré mientras se dejaba caer de espaldas con una maldición. "Gruñón y cachondo. Qué rico, ahora incluso mejor". Ladeé la cabeza, observando lo bien que estaba Matthew en mi cama. El hambre volvió a encenderse en mi vientre. "¿De verdad? No te muevas. Quédate ahí. Veré quién es, lo espantaré y volveré enseguida".

Y con esa promesa salí corriendo por la puerta de mi dormitorio y bajé las escaleras. Al darme cuenta de que el abuelo Moe se me había adelantado, me detuve lentamente antes de llegar al final de la escalera. Adalyn y Cameron estaban allí de pie, arrancándome una sonrisa.

"Hola, chicos", dije con un gesto de la mano. "¿A qué debo el honor?"

Mi hermana me devolvió la sonrisa. Luego su mirada parpadeó detrás de mí. "Buenos días. Y oye, al menos no estás completamente desnuda. Gracias".

Miré por encima de mi hombro para encontrar a Matthew en calzoncillos. Sin camisa, sin pantalones, sin nada. Sólo los calzoncillos, el pelo alborotado, sus gafas y una sonrisa. Me apoyé en la barandilla y, de alguna manera, él estaba inmediatamente detrás de mí. Un brazo me rodeó los hombros y me acercó a su pecho. "No me gusta esta capa extra de ropa", me murmuró al oído.

Se me escapó una risita. Bien, una risita. Era una risita.

"¿Podemos acelerar las cosas?", dijo una voz aburrida. Bobbi apareció por detrás de Cameron y le dirigió una mirada poco impresionada cuando éste la fulminó con la mirada. "Las conversaciones triviales me incomodan, y tenemos cosas que decir".

Abrí los labios, pero Adalyn se me adelantó. "Queremos asegurarnos de que estás bien", dijo mi hermana, ignorando a la otra mujer. "Anoche fue mucho, y Andrew... no estuvo bien. Ensombreció lo que debería haber sido la cena. Que erais vosotros dos, no él. Créeme, hablé con él. Quería venir hoy, pero le pedimos que no viniera".

Mis manos se habían enredado alrededor del antebrazo de Matthew en algún momento. "¿Sentarse qué?"

"Estamos mimando a la futura novia", dijo Adalyn, con los ojos brillantes de emoción.

Cameron la acercó a su lado con un brazo. "Por lo visto, también me estoy mimando". Sus ojos verdes miraron a Matthew. "Necesitarás estar vestido para eso, por cierto".

"Lástima", murmuró Matthew. Bajó la voz, sólo para mí: "¿Está Adalyn a punto de echarse a llorar otra vez? Creo que podría".

Estaba bastante seguro de que podría, de hecho. Lo que era... extraño, por decir lo menos. Nunca supe que las bodas hicieran a Adalyn tan emocional. Pero no estaba a punto de ensuciar a mi hermana y señalar eso. "¡Sí!" Exclamé. "Totalmente innecesario, pero me encantaría que me mimaran y pasar el rato. ¿Cuál es el plan?"

"Es una sorpresa", Adalyn logró decir. Apenas.

Parpadeé. "Adalyn, ¿estás segura de que estás...?"

"Ella está bien", Bobbi intervino. "¿Podemos irnos ya? El tiempo apremia y tenemos sitios donde estar. Y como le dije a Burly Brit aquí, no se permiten hombres. *Especialmente* no Blondie. Ah, y no. Esto no es una despedida de soltera, así que no hace falta que saques tus

solteros o te pongas tu ropa interior buena, ¿sí? Ahora, muévete". Dio una palmada, mirándonos directamente. "Vamos. Vamos. Oh, ¿Maurice? ¿Te importaría mostrarme la máquina de café mientras esperamos?"

En el momento en que salté del coche de Adalyn, supe que las cosas estaban a punto de dar un giro.

Debería haber predicho que hacia allí nos dirigíamos cuando entramos en la interestatal.

El cartel blanco y rosa bebé que coronaba la puerta me devolvía la mirada, como si me señalara con el dedo, burlándose de mí. *Siempre Novia*, decía. La ironía fue como un cubo de agua fría en la cara.

"Vamos", dijo Bobbi, haciéndome avanzar con una mano. "Charleene nos está esperando."

Charleene.

La recordaba. Cara amable, un poco estirada, bien intencionada. Ella había confeccionado la bata con la que me había presentado. Uno de ellos. De Greg.

"I-"

"Tonterías", intervino Bobbi. "Sé que dijiste que te encargarías de ello, pero no vas a caminar hacia el altar con algo sencillo así que... estamos derrochando. Si fuera una boda normal, sería meses tarde para todo esto, pero es Bobbi Shark quien la organiza, y Charleene y yo hemos llegado a un acuerdo." La mano de Bobbi se levantó y se frotó el dedo y el pulgar en un gesto. "¿Una señora con permanente me ayudó a tomar tus medidas de algún disfraz para un desfile de Acción de Gracias? Sólo tendríamos que hacer unos pequeños ajustes. Como ves, no hay nada que Bobbi Shark no pueda hacer. Ahora, ¿vamos?"

Bobbi no esperó mi respuesta, así que la vi entrar en la tienda sin moverme del sitio.

Adalyn apareció a mi lado. Enganchó nuestros brazos y me dedicó una sonrisa. "Si quieres que la baje, sólo tienes que decirlo, ¿vale? Deberías estar disfrutando de esto". Sus ojos brillaron de nuevo, la emoción brotando. "Sé que lo haré. Nunca pensé que podría hacer esto con alguien. Estar ahí para mi hermana".

Estar ahí para mi hermana.

Me tragué el repentino nudo en la garganta y le apreté el brazo. "Intentemos que lo de *llevarnos a Bobbi sea* lo menos posible". Hice que mi boca devolviera el gesto. Respaldé mis palabras. "Esto va a ser muy divertido. Estoy tan emocionada".

En cuanto entré en la tienda de novias Always a Bride de Charleene, me di cuenta de que era mentira. La mujer pelirroja de mediana edad nos dio una copa de champán a cada una y, antes de que pudiera dar un sorbo, me vi envuelta en un torbellino de tul, encaje, seda y organza. Como si estuviera viendo la escena desde arriba, me encontré en ropa interior, dentro de un amplio camerino, con Charleene abrochándose una bata alrededor del torso.

"Aguanta la respiración por mí, cariño", pensé que dijo.

Mis pulmones no reaccionaban. Mi cerebro ni siquiera podía procesar si estaba respirando. ¿Había aire en mis pulmones?

Tiró de la tela, haciéndome apoyar una mano en el respaldo de un sofá Chesterfield. Dios, ¿quién tenía un sofá dentro de un vestidor? *Charleene*, respondió mi mente. *Lo cual sabías porque ya habías estado aquí. Siempre eres la novia.* Un segundo tirón. *Nunca la esposa.*

"Muy bien", murmuró Charleene con un tercer y último tirón. "Creo que esto servirá."

Agaché la cabeza, apreciando el vestido. Blanco. Una falda a capas cubierta de pequeñas flores. Tragué saliva. "No tengo zapatos", me oí decir.

"No te preocupes", respondió Charleene, cogiéndome del brazo y llevándome fuera de la puerta del probador. "Tengo un par aquí fuera. Un seis y medio, ¿verdad?"

Avancé a trompicones por un estrecho pasillo, caminando junto a la mujer durante lo que me pareció una eternidad. ¿Tan lejos estaba el vestuario? Olía a peonías y bergamota. Toda la tienda olía así. Lo había hecho todos aquellos años, así que algunas cosas nunca cambian. "Mis pies", murmuré. A cada paso sentía como si cargara peso sobre un tobillo torcido. La sangre bombeaba en articulaciones y lugares extraños de mi cuerpo. "Siento los tobillos un poco raros. No creo que los zapatos me queden bien".

Lo único que hizo Charleene fue reírse. No supe por qué. Era forzada y extraña, y el sonido fue lo último que oí antes de que, de algún modo, me empujaran a una plataforma.

Bobbi y Adalyn se materializaron frente a mí.

Los ojos marrones de mi hermana se humedecieron y una lágrima resbaló por su mejilla. Murmuró algo antes de susurrar: "Dios mío, Josie".

"Bueno, eso fue rápido", dijo Bobbi desde su lado. La miré a tiempo de verla bajar su copa de champán. "No creo que tenga sentido intentar nada más, Josephine. Estás perfecta".

Perfecto.

Los miré parpadeando, con el cerebro luchando por filtrar las palabras y el cuerpo como una gran campana. Me golpeaba un martillo con cada latido del corazón. Unas manos cayeron sobre mis hombros, dándome la vuelta.

Mi reflejo se cristalizó ante mis ojos, unos ojos azules que me miraban muy abiertos y... vacíos.

"Voy a por los zapatos", dijo Charleene, con voz distante. Lejos. "Vuelvo enseguida."

Por quinta vez en mi vida, me puse delante de un espejo, vestida completamente de blanco. Irónicamente, esta vez, el vestido era algo que yo realmente elegiría. Algo que no le interesaba a nadie más cuando colgaba de un perchero. Escote redondo, tirantes finos, cintura tipo faja. Era sencillo, si no fuera por la intrincada capa superior de la falda, cubierta de diminutas y hermosas flores bordadas. Era perfecto. Aunque quizás... quizás estaba equivocada.

Quizá no era perfecto. Tal vez no tenía mis intereses en el corazón. Tal vez estaba equivocado. Tal vez lo estaba. La mujer de dentro. Debajo. Dentro de la bata. Flexioné las manos, sintiéndome rara.

Las imágenes de lo que se suponía que iba a ser el sábado, con ese vestido, empezaron a tomar forma. Matthew de pie al final de un pasillo lleno de filas de sillas. Sonriéndome como lo había hecho esta mañana antes de irnos. Como anoche. Como todas las veces anteriores. Todos mis seres queridos estaban allí. El abuelo Moe, Adalyn, Cameron. Todos los del pueblo. Los padres de Matthew, que creían... creían que nos habíamos enamorado. Hace semanas. Meses. Andrew, que había pedido acompañarme por ese tramo de alfombra que se extendería a nuestros pies. Andrew a quien yo... A quien yo le había dicho que sí. Me encantaría que mi padre me llevara al altar. Claro que me encantaría. ¿Pero lo haría? ¿Amaría eso cuando ni siquiera sabía por qué lo estaba haciendo? ¿Si me quería o no?

¿Si lo conseguiría y volvería a desaparecer?

¿Haría Matthew lo mismo si eso ocurriera? ¿Se iría si descubriera toda la fealdad bajo el vestido? ¿Cada una de las emociones que había ignorado todas estas semanas? Cada acusación, cada cosa que se había roto. Por mí o por alguien más.

Estábamos atrasados después de todo. Mi anillo... Dios mío. Mi anillo ni siquiera estaba dado vuelta. ¿Cómo pudo Matthew aceptar eso? ¿Cómo pudo aceptarme a mí? ¿Cómo pude dejar que Andrew me acompañara hasta el hombre que amaba cuando ni siquiera debía hacerlo? Nunca debería haber sido Andrew. No así.

Miré hacia abajo. Levanté la mano. Tiré de mi dedo, intentando corregir este error. Al menos uno. Sólo uno. Era lo menos que podía hacer.

"¿Josie?" La voz de Adalyn se coló. Empujando a través del zumbido que no había notado en mis oídos. "Josie, respira".

Giré la cabeza. ¿No respiraba?

Adalyn palideció. "Creo que está teniendo un ataque de pánico".

¿Lo era? Las manos se movieron, viajando hasta mi pecho. Noté que se agitaba, que el sonido del aire al entrar y salir apenas llegaba a mis oídos. Pero eso no era importante ahora. Lo era mi anillo. El anillo de Matthew. Tan hermoso, tan único. Y no podía quitármelo. Hacerlo bien para él.

"No puedo", me oí murmurar. Mis manos chocaron, los dedos tanteando unos contra otros, luchando por el control. Algo estaba atascado. Algo siempre lo estaba. "Necesito... no puedo... no..." El aire que salía de mí detuvo mis palabras.

Por el rabillo del ojo, vi acercarse a un bob rubio, antes de ser interceptado por alguien. Mi hermana. Unas manos suaves estaban sobre mí. "Josie". La cara de Adalyn. Sus ojos. Agudos y llenos de preocupación. Me aparté, sintiéndome demasiado abrumada. Sentía que iba a implosionar. "Josie, me estás asustando. Estás llorando y necesitas respirar, por favor. *Por favor.* Hazlo por mí. Sé que parece demasiado grande ahora mismo, demasiado duro, pero puedes hacerlo. Puedes hacerlo".

No puedo.

No pude.

No podría hacerlo.

Siempre fui una novia.

"Matthew", salió de mí con un sollozo. Tiré de mi mano, como si mi cuerpo se hubiera puesto en automático. No salía nada, pero algo tenía que salir. Algo tenía que salir. "Quiero a Matthew. Necesito a Matthew".

Adalyn se levantó y, sin su apoyo, sentí que me hacía un ovillo.

"Que alguien traiga a Matthew", gritó. "Ahora."

CAPÍTULO 25

"¿Dónde está?"

La voz de Matthew llegó desde fuera del vestuario.

No sabía cuánto tiempo había pasado. ¿Segundos, minutos? No me pareció tiempo suficiente para recomponerme lo suficiente como para salir y enfrentarme a todo el mundo. *A cualquiera que no fuera él*. No parecía suficiente para que mi voz no me traicionara si volvía a llamarle.

"Si me dejas...", empezó Charleene.

"¿Dónde está Josie?" Preguntó Matthew en ese tono profundo y aparentemente tranquilo que hacía que su cara pareciera antinaturalmente dura. "No me importa una puta tradición de mierda". Se le quebró la voz. "Ella preguntó por mí".

"Pero señor, sólo está un poco abrumada. Pasa todo el tiempo. La ayudaré a quitarse la bata..."

"¿Dónde está mi prometida?"

La voz de Matthew me hizo levantarme del sofá donde me había acurrucado. Apoyé una mano en el respaldo para levantarme, pero una nueva voz me detuvo.

"Estoy segura de que todo está bien, Matthew." ¿Andrew estaba aquí? ¿Cómo? Yo me quedé muy quieto. "No seamos dramáticos y causemos más de una escena. Ya hay bastante gente fuera y pueden verlo todo a través de la ventana. Si Josie..."

"Perdona, Andrew, pero no sabes una mierda", respondió Matthew. "No has hecho el esfuerzo de saber. No te has ganado el derecho a tranquilizar a nadie. Así que *apártate*".

Se hizo un silencio.

"Papá", advirtió una voz. *Adalyn*. "Sólo déjalo pasar. ¿Qué estás haciendo? Déjale pasar y vamos a esperar a otro sitio".

Unos pasos siguieron a la pregunta de mi hermana, y entonces la puerta frente a mí se abrió de golpe.

Sentí que mi corazón se detenía un segundo antes de reanudar aquel ritmo arrollador.

"Josie", murmuró Matthew en voz baja, congelado, excepto por sus ojos, que me rebotaron. Parecía tan desconsolado, tan devastado, por un instante. Luego desapareció. "Josie, cariño".

Un sollozo estalló en mí. Como arrancado por esas dos palabras. Él, estando conmigo.

Se oyó el clic de una puerta y de repente Matthew estaba conmigo. Me levantó y me puso contra su pecho. La clase de calor que sólo él podía dar me envolvió, empapando mi piel, mi cuerpo, haciendo que cayeran más lágrimas. Más sollozos. Más heridas se rompen y estallan.

"Estoy aquí, cariño", me murmuró Matthew al oído. "Estoy aquí ahora. Estoy aquí contigo. No voy a ir a ninguna parte". Sus palabras sólo me hicieron llorar más fuerte, luchar por más aire. El cuerpo de Matthew fue sacudido por un escalofrío. Un temblor. O tal vez sólo era yo. "Tienes que decirme qué hacer", susurró. Ese murmullo tranquilizador se convirtió en una súplica desesperada. "Dime qué hacer para que esto mejore".

Mi mano derecha estaba agarrada alrededor de los dedos de la izquierda, tirando y tirando sin darme cuenta, y si la visión no me había destrozado el corazón de la forma en que lo hizo, mis

palabras lo harían. "No puedo...", tartamudeé. "No puedo hacer esto, Matthew". Una nueva oleada de dolor y lágrimas me dejó sin aliento durante un segundo. Levanté las manos, mostrándole la izquierda. La piel estaba roja, hinchada. Hizo un sonido extraño. "Está todo al revés. No puedo quitármelo. Me duele".

Una expresión de dolor cruzó el rostro de Matthew. En un momento estaba allí y luego desapareció.

Pero Dios, me odiaba igual.

Entonces, algo más lo substituyó. No sabía qué, pero lentamente, con suavidad, rodeó mi muñeca con sus dedos. Subió mi mano hasta que las puntas de mis dedos rozaron sus labios. Mi llanto se apaciguó, mi respiración se calmó al contacto. Me dio un beso en la palma y cerró los ojos un instante. Luego otro en mis nudillos. Luego un tercero, justo encima del hermoso anillo que me hacía tanto daño y que a él le hacía tanto daño. Bajó la cabeza, se tocó el pecho con la barbilla y su mirada volvió a encontrarse con la mía. Había una tormenta detrás de ese hermoso tono marrón cuando dejó que sus labios se cerraran alrededor de mi dedo. Solté un gemido y todo el cuerpo de Matthew se estremeció en respuesta. Sentí su lengua en mi piel, y luego, suavemente, con firmeza, sus dientes se cerraron alrededor de la banda.

Tiró.

Una marea extraña y poderosa se apoderó de mí cuando sentí que me arrastraba el anillo por el dedo con los dientes. E incluso cuando sus ojos se encendieron con una emoción que no quise mirar demasiado de cerca. Sentí... alivio.

Matthew escupió el anillo en la palma de su mano, sin apartar los ojos de mí.

Algo se rompió al verlo. Lo que había sido armado hace un latido, se desmoronó de nuevo.

Sentí que me temblaba el labio. Todo mi cuerpo lo hizo. "No quiero hacerte daño", le dije.

"No pasa nada, Baby Blue", murmuró antes de besarme la sien. Su voz sonaba quebrada, sus brazos sólidos y apretados a mi alrededor. "¿Y qué si duele un poco? Me dolerá si te hace sentir mejor".

Pero eso no estaba bien.

Realmente no lo era.

Me moví en su regazo, esa fealdad que había en mí supurando. Mis manos apretaron la tela de su camisa. "No deberías decir eso", le dije. "Deberías enfadarte".

Un músculo de su mandíbula dio un respingo. "No, no debería."

Mi agarre a su ropa se tensó. Mi voz salió áspera. Malo. "Acabo de decirte que no puedo hacerlo. No puedo caminar por ese pasillo. No puedo hacer los votos. No puedo decir sí quiero. No puedo llevar tu anillo. Esto es lo que siempre hago, ¿no lo ves?". Dejo escapar un suspiro, la emoción se apodera de mi voz. "Anoche cambió todo. Sé que sientes lo mismo. ¿Cómo puedes no estar enfadada? ¿Cómo no me dejas?"

Matthew me rodeó la cintura con las manos y me colocó a horcajadas sobre él. Mi bata se movió a mi alrededor, sobre él, y me sentí tan... extraña. Tan extraña. Tan fuera de lugar. Este era el vestido que nunca me pondría, el hombre con el que no me casaría, esta posición encajaba con una noche de bodas que nunca tendríamos.

"Porque sólo te he querido a ti, Josie", dijo, mirándome a los ojos. "No la boda, no la gran fiesta. A ti".

Sacudí la cabeza con fuerza. "No lo entiendo. ¿Por qué me querías después de esto?"

"¿Por qué no iba a hacerlo?"

El zumbido se duplicó. "Porque te obligué a acompañarme. Porque te alejé. Porque quiero darle la vuelta a tu anillo pero no puedo. Porque sabía que te haría daño, y aún así te pedí que me lo quitaras del dedo".

"Sin embargo, estoy aquí. Con mis brazos a tu alrededor, sin ir a ninguna parte. ¿Qué más?"

¿Qué más? "Porque soy un desastre. Me derrumbé ante mi reflejo en un vestido de novia. Tengo una reputación, equipaje, problemas. Complico cosas innecesariamente. Puede que sea incapaz de casarme nunca. I-" Sacudí la cabeza. "¿No te has enterado? Podría romperte el corazón, Matthew. Las encuestas dicen que hay más de un cincuenta por ciento de posibilidades".

"Puedes intentarlo. Aunque no funcionará".

Surgió la indignación. "¿Por qué no?"

"Porque contigo, soy irrompible".

Un extraño sollozo subió por mi garganta.

"Porque no puedes apartarme". Sus brazos acercaron aún más mi cuerpo a él, y cuando su palma se cerró alrededor de mi cara, su mirada se afiló con algo que bailaba entre la ira y la necesidad. "No tan fácilmente. Su garganta trabajó antes de besarme. La presión de sus labios fue dura y rápida. "Desde luego, no sin luchar".

Le devolví el beso, ahora con mis labios ásperos contra los suyos. Separé su boca y rocé su lengua con la mía. "Demuéstrame", susurré, tirando de su camisa y acercándome a su pecho. "Demuéstrame que lo dices en serio. Demuéstrame que te quedarás".

La calidad de los ojos de Matthew cambió, oscureciéndose. Bajó la voz. "No pidas cosas que realmente no quieres".

Me puse de rodillas y tiré de las capas de la falda hasta apartarlas todas. Luego me aseguré de mirarle fijamente a los ojos cuando dejé que mis caderas rodaran contra las suyas antes de dejar caer mi peso contra la longitud palpitante que podía sentir a través de sus pantalones.

Matthew soltó un suspiro. "Estás molesto".

Hice rodar las caderas por segunda vez, el violento estremecimiento sacudió mi cuerpo, haciéndome luchar por las palabras. "Lo estoy. Sobre la idea de perderte".

Hubo un momento de vacilación, luego sus manos se colaron bajo la bata, sus dedos se clavaron en mi piel con apenas contención. Me inmovilizó. "¿Quieres que te folle con este vestido, Josie? ¿Es así como quieres que te lo enseñe?"

Asentí con la cabeza.

Pude verlo en sus ojos entonces. Pude ver que iba a hacer esto por mí, a pesar de lo que no había dicho.

"Te quiero, Matthew", susurré. O tal vez las palabras salieron de mí. "Estoy tan enamorada de ti. Y este no es el momento, pero Dios, estoy tan malditamente aterrorizada de..."

Su boca chocó contra la mía, tomando mis labios entre los suyos, y por un momento, Dios, por sólo un instante juré que podría haberme disuelto por el impacto de aquel beso. Pero no lo hice. No pude, cuando todo mi cuerpo se iluminó, la electricidad parpadeó bajo mi piel, una sensación deslumbrante que me recorrió de pies a cabeza. Mis ojos se cerraron, cegándome al mundo, a todo lo que me rodeaba excepto a él, y me levanté, separando mi boca contra la suya una vez más. Matthew gimió y mis manos se cerraron alrededor de su cara, apretándolo contra mí.

Había un rasgón de tela. Mis bragas. Entonces me quedé desnuda, empujada bruscamente contra la dura longitud de sus pantalones. Las manos de Matthew me guiaron, arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo hasta que me quedé sin aliento, jadeando, los dos jadeando.

Unos ojos marrones, oscuros como nunca los había visto, se encontraron con los míos. "Si quieres que te demuestre lo mucho que te quiero, sólo tienes que pedírmelo". El sonido de un cinturón seguido de una cremallera me hizo zumbar los oídos, el estómago cayendo de placer. "Lo único roto aquí es mi atadura". Tiró de mí hacia abajo, acurrucándose entre mis pliegues y haciéndonos respirar entrecortadamente. "Estás empapada, Josie. ¿Tanto me necesitas?"

Asentí con la cabeza.

Matthew me dio un beso en la comisura de los labios como recompensa, pero en lugar de moverse, arrastró su boca por mi mejilla hasta llegar a mi oreja. "Suplícame", ronroneó. "Di *por favor, Matthew*".

"Por favor, Matthew."

Sus palmas se movieron y se clavaron en mi piel mientras me apretaba el culo. "Buena puta", me susurró al oído. "Toda mía. Ahora siéntate sobre mí".

Mis manos se aferraron a sus hombros mientras bajaba. Lo sentí en mi entrada, mis párpados se cerraron al ver cuánto lo necesitaba. Lo bien que me hacía sentir. Cuánta paz me daba que me llenara. Mis rodillas cedieron, haciendo que mi cuerpo cayera.

Un gemido surgió dentro de mí y Matthew lo capturó con su boca.

Sus labios se movieron contra los míos, sus manos me guiaron hacia arriba antes de dejarme caer de nuevo. Los ojos se me llenaron de estrellas. La electricidad me recorrió todo el cuerpo, más fuerte y dominante. La posición, la urgencia, la necesidad de que aquel hombre tan hermoso, al que no quería perder, me tranquilizara como fuera, me acercaban, me aceleraban, me enloquecían.

"Te quiero, Josephine Moore", dijo Matthew contra mi boca. Mi corazón se detuvo, luego dobló, triplicó su ritmo. "No me importa cómo te tenga mientras seas mía".

Un nuevo sonido salió de mí, pero esta vez Matthew dejó que se derrumbara, cayendo entre nosotros. El ritmo de mis caderas aumentó, alentado por sus palabras, la forma en que me miraba, la forma en que sus manos me abrazaban, la forma en que me hacía sentir tan llena, tan bien, tan entera.

"Mi corazón no está roto", dijo, en voz baja, la voz rocosa de una manera que me dijo que estaba tan cerca. Tan cerca como yo. "Y no te voy a dejar. ¿Me oyes?" Empujó hacia arriba, empalándome antes de dejarme caer. Una oleada de felicidad me sacudió. "Eres mía para que te quede. Ahora dilo".

Mis dedos se cerraron alrededor de su pelo para aferrarme a algo. "Soy tuya", susurré. "Soy tuya. Soy tuya. Soy tuya."

Las palabras alentaron los movimientos de sus caderas, su polla deslizándose dentro y fuera de mí a una velocidad de castigo. "Grita mi nombre, Josie. Su boca se apoderó de la mía, sus dientes se cerraron sobre mi labio inferior antes de soltarme. "Que me oigan. Me da igual. Nunca me ha importado. Deja que te sacuda mientras me corro dentro de ti".

Mis ojos se cerraron justo cuando las caderas de Matthew se movieron, su empuje de alguna manera más profundo, de alguna manera más cerca, más agudo, inclinándome sobre el borde con un jadeo, "*Matthew*". Antes de sentir su pulso dentro de mí con un gruñido.

Me apretó contra su pecho. "No vas a huir, Josie", dijo, plantándome besos por todo el lateral de la cara, con las caderas balanceándose, frenando. "No soy ellos. No soy nadie. No te voy a dejar, joder".

Cerré los ojos, tan fuerte como pude, dejando que esas palabras me tranquilizaran. Dejé que la sensación del cuerpo de Matthew bajo el mío también me tranquilizara. Se sentía tan sólido, tan seguro y protegido. Diferente a todo lo que había tenido. A diferencia de cualquiera.

Realmente lo sentía como mío.

Y lo amé, amé a Matthew de una manera que me hizo preguntarme si alguna vez había sabido cómo se sentía el amor antes de él. Me daba tanto miedo, me hacía sentir tan vulnerable, tan frágil, y quizás... quizás así era como debía sentirme. Tal vez eso estaba bien. Tal vez, los *te quiero* estaban destinados a sentirse así de grandes. Para hacerte sentir así de desnudo. Así de expuesto. Tan grande que te aterrorizara lastimarte. Tan seguro que nadie podía tocarte.

Quizás amar era dejar huella.

Y quizás ya no quería huir de eso.

Tardamos mucho en salir de ese vestuario.

Cuando Matthew salió de mí, seguía empalmado. La risita que soltó cuando lo miré con una chispa en los ojos fue tensa y suplicante. Suficiente para que lo dejara pasar y le hiciera prometer que volveríamos a hablar del tema en casa. *En casa*. Al pensarlo, se me erizó un punto en medio del pecho. Pero eran preguntas que tenían que pasar a un segundo plano cuando había una tienda de novias llena de gente a la que debía una explicación.

Una vez vestida, Matthew me ayudó a ponérmela, dándome un beso en la piel como recompensa por cada prenda que me ponía, y tomé su mano entre las mías.

"¿Listo?"

Le hice un gesto con la cabeza.

Caminamos por el pasillo que conducía a la fachada de la tienda y, nada más llegar, todas las cabezas y miradas se volvieron.

Todas las palabras, planes, explicaciones huyeron de mi mente. "I..."

"Voy a cancelar la boda", dijo Matthew.

Todas las personas de la tienda de novias se quedaron heladas.

Entonces Cameron, que supuse que había llegado hasta aquí con Matthew, se levantó del banco en el que estaba sentado. Tenía la mandíbula apretada.

"Cálmate", dijo Matthew, con los dedos apretando los míos. "Me está cogiendo la mano".

"Estamos..." Me quedé a medias. Otra vez. "Estamos juntos. Es sólo que..."

Un sollozo se escapó de Adalyn. Todos se volvieron hacia ella.

"Todo está bien", me apresuré a decir. "Estamos bien. No estamos rompiendo". Mantuve mis ojos en mi hermana, evitando los de Andrew que estaba de pie a un lado. Evitando también los de Bobbi, que podía sentir en mi perfil. "Es todo tan complicado. Pero simplemente no vamos a casarnos. No puedo. Creo que nunca quise". Busqué la mirada de Charleene, encontrándola pálida. "No te preocupes, pagaré el vestido. Te lo prometo".

"Será mejor que creas que ese vestido está pagado", intervino Bobbi. Se acercó a donde estábamos. "No tienes ni idea de lo difícil que fue evitar que todo el mundo fuera a ver cómo estabas mientras estabas en ese camerino".

Mis mejillas se sonrojaron ligeramente, pero no de vergüenza. Era por el recuerdo de las palabras de Matthew. *Que oigan*. Me apretaron la mano y yo se la devolví. "Gracias. Teníamos mucho de qué hablar".

Bobbi puso los ojos en blanco. "Tienes suerte de que el alboroto fuera suficiente distracción". Envió una mirada a Matthew. "Puede que te haya subestimado, rubita".

"¿Qué alboroto?" Pregunté, antes de que Matthew pudiera decir lo que sea que lo tenía sonriendo así. "¿Hubo una conmoción afuera?"

Bobbi miró a mi padre, que permanecía en el mismo sitio, en silencio. "Andrew decidió aparecer", explicó. "Al contrario de lo que habíamos acordado. Alguien debió de enterarse y había unas cuantas personas con iPhones fuera. Hoy en día todo se hace con poco esfuerzo. En cualquier caso, los fotógrafos atrajeron a la gente. Una multitud. Y estaban lo suficientemente interesados en ti como para quedarse. Especialmente después de que tu novio entrara en la tienda como si te tuviéramos de rehén".

Matthew exhaló con tanta fuerza que lo miré. Me miró y un músculo de su mandíbula dio un respingo. "Cam me dijo adónde te llevaban y le pedí que diera la vuelta y viniera aquí. Ya estábamos de camino cuando Bobbi llamó". Así que por eso había llegado tan rápido. Lentamente, cada pieza empezó a encajar. Su atención volvió a Bobbi. "Ahora que ya has podido hablar, nos vamos". Dio un paso adelante. "Me llevo a Josie a casa. Cam, Ada, vamos..."

La mano de la mujer cayó sobre el hombro de Matthew. "Nuh-uh. No tan rápido. Tenemos que hablar. La boda..."

"No está pasando", intervino Matthew.

Bobbi entrecerró los ojos y se volvió hacia mí. "El vestido", dijo, en voz baja pero lo suficientemente obstinada como para que me pusiera rígida. "¿Todavía se puede usar?"

Mi voz era compungida pero firme. "No me lo voy a poner. No puedo. Lo siento, Bobbi".

"Elige otro".

"No me hagas repetirlo, Shark", intervino Matthew.

Bobbi soltó una carcajada. "Bueno, me temo que tendrás que hacerlo. Porque esto es ridículo. No se puede cancelar una boda sólo sobre la base de unas lágrimas y un rapidito en un camerino. Esto..."

"Todo fue un engaño", me apresuré a decir. "Nunca estuvimos comprometidos".

Se hizo el silencio. Espeso y repentino.

Inhalé. Profundo. Luego exhalé. Matthew me agarraba la mano, inamovible. "Convencimos a Matthew de hacer esto conmigo. Por mí. Para fingir que estábamos comprometidos para casarnos hasta que todo esto desapareciera. No se suponía que fuera tan rápido o tan lejos. No quería convertirme en un problema. No quería ser un problema mayor de lo que ya era. Un paso en falso que vino a morderte en el culo. Fue estúpido, e imprudente, y exagerado para algo que empezó como una forma inofensiva de hacer que Bobbi se fuera de mi porche. I..." Una gran bocanada de aire me dejó. "Lo siento mucho."

Hubo un largo momento en el que sólo oía el tamborileo de mi corazón en las sienas. Desorientada, miré a mi alrededor. Bobbi negaba con la cabeza. Adalyn y Cameron parpadeaban, con los ojos más abiertos de lo que jamás había visto. Charleene se había ido, probablemente a gritar en una de las almohadas de terciopelo que había profanado en su sofá. Y Andrew... palideció.

"No lo siento", dijo Matthew. "Sobre una maldita cosa."

"Matthew", advertí. Pero salió a medias. Dios, lo amaba tanto por decir eso sólo para romper el extraño silencio. "Lo sentimos. Ha sido una estupidez. Fue idea mía".

"No lo siento, Josie", repitió, y se volvió para mirarme, como si no estuviéramos en medio de una sala llena de gente, dándoles noticias que alterarían grandes planes ya en marcha. Como si nuestra confesión no tuviera consecuencias. Llevó nuestras manos a su pecho, y las mías se sintieron tan, tan vacías sin su anillo. "Discúlpame si es necesario, pero no fingiré que lo hago. No siento haber tropezado con tu entrada aquella noche. No siento que pensaras que era tu forma de arreglar un desastre que no era tuyo. No siento haber jugado al prometido cuando *sabía que acabaría enamorándome* ridículamente de ti. Y no siento que cancelemos una boda que no quieres".

Me quedé mirándole, sin palabras. Yo... "Te quiero". De verdad.

Su sonrisa era tan grande como nunca lo había sido.

"Vale, pero escucha", dijo Bobbi desde nuestro lado. "Sé que esto parece lo correcto. Sé que eres honorable y quieres confesar o lo que sea. Pero no son grandes mentirosos. Para tu información. Y a nadie pareció importarle. Ah, espera. A alguien le importa. A todo el maldito internet. Así que, ¿qué tal si...?"

"La boda se cancela, Shark."

Esta vez, las palabras no habían abandonado a Matthew.

Andrew lo había dicho.

Me volví para mirar a mi padre y descubrí que ya me estaba mirando. Por un momento, pensé que me diría algo. Cualquiera cosa.

Miró a la estratega de relaciones públicas. "Haz lo que sea necesario para hacer tu trabajo sin utilizar a mi hija como atrezzo. A cualquiera de mis hijas. ¿No he dicho eso?" Su rostro cambió de una forma que no comprendí. "Tenías una tarea, y no era esta. ¿Y aún así me mentiste? ¿Sabiendo que estaba haciendo esto?"

"Pero..." Bobbi dijo.

"Hablaremos de esto más tarde". Se giró, pero antes de ponerse en marcha sacudió la cabeza. "Lo siento mucho, Josie. Ahora si me disculpas, tengo que ir a ocuparme de las cosas. Como debería haber hecho desde el principio".

Bobbi maldijo en voz baja cuando Andrew se marchó y durante un segundo permaneció pegada a la alfombra rosa que cubría el suelo de la tienda antes de salir disparada tras él.

El brazo de Matthew se deslizó alrededor de mis hombros, atrayéndome hacia él. "¿Estás bien?", murmuró contra mi pelo. Asentí con la cabeza. "Eso fue mucho, y fuiste muy valiente".

Mis labios se abrieron con una respuesta, pero fue silenciada por un grito.

Los dos nos giramos a tiempo para ver a Cameron tirando de mi hermana y poniéndole en el pecho, como había hecho Matthew conmigo. Lloró con más fuerza aún, la ocurrencia era tan impropia de ella, tan inesperada, que nos dejó helados a Matthew y a mí.

"Oh, joder", murmuró Cameron, arrancándole otro sollozo. "Me estás matando, amor. Díselo de una vez. No decir una palabra te está haciendo daño. Y me está matando verte así".

"¿Contarnos?" Preguntó Matthew. "¿Decirnos qué?"

Fue la cara de Adalyn la que hizo que se me cayera el estómago al darme cuenta de que había estado demasiado ciego para verlo.

"Lo siento mucho", dijo Adalyn contra el pecho de Cameron antes de zafarse del cuerpo del hombre para poder hablar. "Quería decírtelo, pero no sabía cómo hacerlo sin que todo girara en torno a mí. Y no quería entrometerme ni robarle protagonismo a nadie, así que me mantuve al

margen". Sus ojos se clavaron en los míos. "Pero ya no me hablabas como antes, y yo no sabía qué hacer porque también te mentía y te ocultaba cosas".

"Amor", murmuró Cameron, depositando un beso en su sien. "No dices las palabras".

Adalyn soltó una extraña carcajada y los ojos se le llenaron de lágrimas. "Estoy embarazada. Y estoy tan abrumada por la felicidad y las hormonas que parece que no paro de llorar".

CAPÍTULO 26

Adalyn y Cameron pasaron la noche en Green Oak.

Todos dormimos en mi casa. Incluido el abuelo Moe, pero él se quedó en su habitación, y esto no se parecía en nada a las fiestas de pijamas de chicas que habíamos hecho en el pasado. Adalyn y yo compartimos mi cama. Y Cameron y Matthew pasaron la noche acampados en mi salón.

Contarle toda la historia a Adalyn no fue fácil, sobre todo cuando la pobre mujer estaba tan cargada de hormonas que parecía pasar de la alegría a la tristeza y viceversa en un abrir y cerrar de ojos. También me había contado todo lo que me había perdido sobre su embarazo, desde el momento en que se había retrasado y sospechaba, hasta la visita al médico en la que les habían dicho que el embarazo no presentaba ningún riesgo.

Sin embargo, los dos lloramos. Aquella extraña coincidencia -nuestros sentidos equivocados de protegernos mutuamente mintiendo- nos había pasado factura a los dos.

Quizá no se nos diera especialmente bien tener un hermano. Lo bueno era que no había nada en el mundo que no pudiéramos aprender a hacer. Al menos no cuando la gente era tan testaruda como nosotros.

"¿Estás despierto?", preguntó.

"Sí", respondí, rodando sobre mi costado para poder mirarla. Sonrió justo cuando un rayo de sol entraba en la habitación por entre las persianas. "Pfft, estás tan guapa ahora mismo que es casi insultante. No creo que sea sólo el embarazo, sino... la felicidad. Te queda muy bien".

"Tanto tú como Cam estáis llenos de mentiras", dijo, pero sus ojos la traicionaron. "Mi piel ya no brilla como antes".

Me reí entre dientes. "Por favor. Soy el peor mentiroso del condado. Posiblemente de toda Carolina del Norte. Y Cam no es mejor. ¿No recuerdas cuando os apuntó a los dos a todo nuestro folleto de actividades de otoño y fingió que era una estrategia para vengarse? Mentira obvia. El hombre lo tenía *tan mal*".

La risa de Adalyn era alegre y el doble de feliz. "Todavía no puedo creer que hiciera eso". Un pequeño ceño se frunció. "Y yo no puedo creer que me presenté al yoga de la cabra en tacones".

Se le escapó una risita. "En tu defensa, eran unos tacones de aguja muy bonitos".

La sonrisa de Adalyn permaneció unos segundos más. Tragó saliva.

"Ya no hacemos eso", le recordé. "Guardarnos cosas por miedo a herir los sentimientos del otro. Así que habla".

"Matthew está enamorado de ti", dijo, y sus palabras me hicieron reflexionar tanto como lo habíamos hablado largo y tendido. "Realmente lo está. Y sé que tuve semanas para procesar esto, pero se siente como si lo escuchara por primera vez. Como si finalmente pudiera hacerte preguntas que no podía porque ambos estábamos siendo tontos".

Me acerqué un poco más a ella. "Sé que lo es", susurré. "Y yo también le quiero. Tanto que me aterra. Quiero darle cosas que no puedo. Cosas que no sé si podré darle". Adalyn frunció el

ceño en forma de pregunta, y yo aclaré. "Me dio su anillo. El de su abuela". Bajé la voz. "Se habría casado conmigo el sábado. Sé que lo habría hecho".

Mi hermana procesó mis palabras durante un instante. Luego sonrió. "Es que..." Se rió. "No estaba bromeando, ¿sabes? La historia del mensaje no era inventada. Me preguntó un par de veces cómo estaba su futura esposa antes de que creara ese chat de grupo con nosotros cuatro."

Un aleteo tomó vuelo en mi pecho, pero duró poco. "Futura esposa. Cuando me vi con ese vestido quise salirme de la piel, lo cual es terriblemente irónico para alguien que ha estado comprometida tantas veces. Pero quería huir, Adalyn".

"No sin él", dijo, con su mano agarrando la mía. "No tienes miedo de una vida o un compromiso con él. Es algo más lo que falta. Pero no sé... Quizá no falte nada. O tal vez no necesitamos estar completos para funcionar, ¿sabes? Quizá sólo necesitamos aprender a amar lo que somos y dejar que la gente que nos rodea nos ame también por eso."

Puede que no falte nada.

No sentía que algo estuviera con él. "No puedo creer que esté a punto de decir esto, pero creo que Bobbi tenía razón. Es muy probable que tenga problemas de abandono y *con* mi padre. Probablemente otras cosas también".

"Creo que has hecho lo que has podido, Josie", me dijo Adalyn, endureciéndose la voz.

Fruncí el ceño. "Creo que podría haber hecho algo mejor que meter a todo el pueblo en esto".

"Está bien que te hagan daño", continuó con expresión feroz. "Está bien tener problemas. Está bien que la vida te magulle y te deje una marca. Eso sólo significa que estás viviendo, ¿sabes? Significa que lo estás intentando. No importa lo que el mundo o cualquiera diga al respecto. No importa que experimentes el amor de una forma diferente a la que esperabas. Ambos fuimos criados por nuestras madres y de una forma u otra Andrew no estaba ahí para nosotros. Para mí, era el hombre al que imitaba pero al que nunca impresionaba, para el que nunca era lo bastante buena. Y para ti no era mucho más que un nombre. Antes de que entrara en tu vida, no creías que hubiera nada malo en tu forma de enfocar el amor, o la vida, así que ¿por qué empezar ahora?".

Sonreí. "Matthew dijo algo parecido".

"Bueno, es un gran hombre", respondió ella. "Es mi mejor amigo. Y le encanta hacerse el tonto, pero no lo es. De vez en cuando dice cosas que me dejan alucinada".

Estuve de acuerdo. Amaba a Adalyn. Siempre me había gustado. Desde el momento en que la vi de pie en la entrada de lo que hoy era el Parque Warriors, con un aspecto muy a la moda y completamente fuera de lugar. La rodeé con mis brazos y la abracé contra mi pecho. "Vas a ser una madre increíble, y voy a mimar a mi sobrina o sobrino tan absolutamente podrido que ni siquiera es correcto. Voy a ser su persona favorita en el mundo".

Adalyn soltó una risita, y esta vez ni siquiera estaba llorando cuando me soltó. "Eso es exactamente lo que Matthew..."

La puerta se abrió de golpe y dos figuras la atravesaron.

"Jesucristo", refunfuñó alguien desde los pies de la cama, justo antes de que me abordara desde un lado una gran bola de calor. "Eres como un niño. Me rindo".

La risita de Matthew cayó contra mi oído. "Deja de gruñir y ven aquí". Tarareó. "Es tan acogedor y agradable como esperaba".

Adalyn resopló y yo no pude evitar reírme. "¿Ves?", dijo desde su sitio en la cama, incorporándose. "Ya te lo dije. Nunca fue bueno con el espacio personal. Le he estado diciendo que se metería en problemas".

Matthew se acurrucó aún más contra mí. "Mi lenguaje del amor más predominante es el contacto físico. Por cierto, díselo a tu papi. Me dio un puñetazo cuando intenté subirme al sofá con él. Tiene suerte de que siga enamorado de él y me niego a renunciar a nuestro romance".

Cameron gruñó algo antes de decir: "Me disculpé".

"Y yo te perdono", bromeó Matthew, extendiendo las manos por mis costados. "Si coges a tu mujer y te vas. He respetado el tiempo de la hermana, ahora es el tiempo de Matthew".

Resoplé su nombre, fingiendo que la insinuación de pasar tiempo a solas con él no me había hecho dar vueltas la barriga. "Estaba pensando que estaría bien desayunar. Nosotros cuatro y el abuelo Moe".

"La hora de Matthew acaba de ser oficialmente reprogramada", ladró el hombre inapropiada pero deliciosamente pegado a mi espalda. "Me muero de hambre por algo más que mimos."

Se me escapó una carcajada al ver cómo primero ayudaban a bajar de la cama a una sonriente Adalyn y luego Cameron la conducía fuera de la habitación. "Estaremos abajo."

Los labios de Matthew rozaron un beso en mi mandíbula en cuanto nos quedamos solos. Toda la tontería desapareció. "¿Te sientes mejor esta mañana? ¿Después de hablar con Adalyn?"

Me giré en sus brazos para poder mirarle. "Sí. Me siento mucho mejor."

Me besó la punta de la nariz. "Bien."

"¿Lo pasaste bien con Cam?"

Su sonrisa era ladeada. "Me echa mierda pero sé que me quiere". Bajó la voz. "No se lo digas, pero aún no puedo creer que haya compartido sofá con uno de mis ídolos. Fue muy difícil mantener la compostura y actuar con calma. Me merezco una recompensa. Aunque sea pequeña. Preferiblemente de tu parte. ¿Ideas?"

Mi risa era imparable. "Sabes *que serás* el padrino de su hijo, ¿verdad?"

Sus ojos se abrieron de par en par.

Entonces le besé. Hubo un pequeño jadeo de sorpresa y luego él tomó el relevo, profundizando el beso con un zumbido bajo.

"A eso me refería exactamente", murmuró, recuperando el aliento. Arqueé las cejas. "Eres mi recompensa, Baby Blue".

Matthew se equivocó esta vez.

Era mi recompensa.

Pasamos juntos la mayor parte del día antes de que Adalyn y Cameron se despidieran de nosotros con un abrazo y regresaran a su casa con la promesa de pasarse al día siguiente.

Poco después, el abuelo Moe se retiró a su habitación para ver una repetición de una de sus temporadas favoritas de *The Bachelorette*, dejándonos solos para *hacer el tonto o lo que fuera*, según sus palabras. A juzgar por la cara de Matthew, dudaba que el comentario del abuelo Moe le hubiera dejado precisamente de humor para hacer el tonto, así que nos quedamos -inocentemente- acurrucados en el sofá, mientras ignorábamos las consecuencias de todo lo que había ocurrido el día anterior.

Había intentado no pensar demasiado en ello o, al menos, no hablar de ello para no hacerlo más real de lo que era. Pero si algo había aprendido en las últimas semanas, era que evitar que las cosas salieran a la luz solía significar que acabarían estallando.

"La ciudad va a estar insoportable mañana", susurré.

Matthew se sentó en el sofá, como si estuviera inmediatamente dispuesto a hablar de por qué o de cuánto, o de cualquier cosa que necesitara, en realidad. Observó el espacio que había entre nosotros con el ceño fruncido y luego me cogió las piernas y las colocó sobre su regazo. "Me ofrecería a llevarnos rápido y lejos de aquí, pero no creo que eso sea algo que quieras hacer. ¿Qué te parece si mañana voy contigo a casa de Josie? Abriremos juntos, y luego puedes sentarme en un taburete en el mostrador y responderé a todas tus preguntas mientras trabajas."

Consideré el plan con una sonrisa. La perfección podía ser subjetiva, como le gustaba decir a Matthew, pero para mí no había nada en este hombre que no me pareciera perfecto. No después de decir eso. No después de todo.

"Irme en coche es tentador", admití. Pero tenerlo conmigo en casa de Josie, tal como lo había pintado, no sólo mañana sino todos los días, lo era aún más. Me hizo sonreír más, aunque también abrió interrogantes. Como el trabajo de Matthew o dónde viviría. ¿Era ahora el momento de hablar de eso? Sacudí la cabeza. "Pero tienes razón. I-" Me apretó el tobillo. "Deberíamos enfrentarnos a todos y quitarnos eso de encima. No será tan malo. Probablemente esperaban que lo arruinara de todos modos".

La cara de Matthew se endureció. "No has soplado una mierda, Josie. Y si mañana alguien insinúa eso, por muy buenas intenciones que tenga, le responderé amable pero firmemente sacándole de tu establecimiento".

Se me escapó una risita. "Siempre me he preguntado qué se sentiría teniendo un guardaespaldas. ¿Me recogerás, al estilo princesa, y sortearás a la multitud de clientes hambrientos de cotilleos mientras me alejas?".

Levantó la comisura de los labios y me guiñó un ojo. "Absolutamente."

No podía saber si era la tontería del guiño, o la forma en que lo había dicho como si nada, o tal vez la domesticidad del momento, pero... "Te quiero".

Mis palabras parecieron pillar desprevenido a Matthew por un segundo, así que le golpeé el estómago con el pie.

"Acostúmbrase, señor", le dije. Y la sorpresa se disolvió, dando paso a su sonrisa. La sonrisa de Matthew. Y luego algo más. "Deja de mirarme así. Estoy intentando tener una conversación con mi..."

"¿Con tu qué?"

"Con mi hombre. Mi Matthew. El hombre que amo". Su rostro se suavizó imposiblemente. "El hombre cuyos padres llegan a la ciudad para una boda que tampoco se celebra". Tragué saliva. "¿Crees que se enfadarán?".

"Se sorprenderán", respondió, con la voz a juego con su rostro. "Querrán una explicación. Pero no, no creo que se enfaden. No hay nada por lo que enfadarse. No en lo que a ti... a nosotros se refiere. En cuanto a mí, lo más probable es que me den una paliza por mentir sobre mi trabajo. Pero esa es otra conversación que necesito tener con ellos".

"Podría estar allí", me ofrecí. "Cuando les cuentes eso. Puedo cogerte de la mano. Si me necesitas".

La mirada de Matthew se volvió imposiblemente tierna. Dulce. También hambrienta.

Un calor delicioso me subió por el cuello. Tragué saliva. "Pareces ridículamente cachondo, Matthew Flanagan".

"Y estás haciendo tu sonrisa".

No necesitó decir cuál.

Matthew soltó una risita y abrió la boca con lo que yo sabía que era una promesa, pero un pitido procedente de la mesita nos distrajo. Toda diversión se apagó y, por la forma en que me miró, supe que quería que lo ignoráramos, pero que no me pediría que lo hiciera. Los dos sabíamos de qué iba probablemente aquel mensaje, y los dos habíamos estado ignorando el mundo -e Internet- el tiempo suficiente.

Estiró el brazo y me arrebató el teléfono, entregándomelo sin mirar la pantalla. Me incorporé, acercándome a su lado para que ambos pudiéramos ver lo que fuera que había desgarrado la delgada burbuja que yo había soplado cuidadosamente a nuestro alrededor. Me rozó la sien con un beso mientras desbloqueaba la pantalla.

BOBBI: Sé que estoy despedida y se supone que debo cortar todo contacto contigo, pero estoy en el aeropuerto y estoy aburrida. Así que estás recibiendo esto de mí. Considéralo mi texto de ruptura.

Miré a Matthew, con los ojos muy abiertos. "¿Andrew despidió a Bobbi?"

Apretó la mandíbula. "Me sorprende estar de acuerdo con una decisión que tomó ese hombre, pero debería ser despedida. Jugó con Andrew en el momento en que decidió no decirle la verdad. E incluso después de que te derrumbaras de esa manera, trató de presionarte para que...". Su exhalación fue enérgica. "Tú siempre eres lo primero, Josie. Y odié-odié-verte llorar y sufrir así".

Besé su mejilla. Luego la mandíbula. Luego los labios. La tensión de Matthew desapareció. "Ahora estoy bien. Estoy mejor que bien. Estoy contigo".

Otro nuevo texto apareció, haciendo que ambos miráramos hacia abajo.

BOBBI: La forma que tiene Andrew de manejar las cosas es pagando a Page Nine. Lo digo porque no lo admitirá. No funcionará. Por eso me contrató. No aceptarán el dinero. Página Nueve hace sus propias reglas. Son el retorcido Robin Hood de los cotilleos.

"No aceptarán el dinero", dijo Matthew. "Ella tiene razón. Probablemente tomarán represalias si Andrew intenta silenciarlos de esa manera".

Quieren a Matthew en el podcast. Querían a Josephine al principio, pero ahora que canceló la boda, quieren al novio número cinco. Es la gran revelación en la que estaban trabajando. En vivo, en streaming, etc. Estaban seguros de que se quedaría con el corazón roto, por lo que han estado esperando su momento.

Parpadeé ante la pantalla.

"Cabrones", murmuró Matthew. "Debería haberlo sabido."

Otro mensaje llegó antes de que pudiera hablar.

Le ofrecerán mucho dinero. Su trabajo de vuelta (sí, yo también lo sabía, Blondie). Un aumento. Cualquier cosa, en realidad. Mi consejo es que lo acepte. Ir a la cosa, mentir, y apagar el fuego de una vez por todas. De todas formas no te vas a casar. Y no es sólo por el bien de Andrew, sino por el de ustedes dos. Blondie consigue el dinero. Josephine se convierte en noticia vieja.

Sí. Te usé para servir a un propósito. Pero siempre traté de protegerte. Esos dos pretenden ser justos, geniales, despiertos. Pero se olvidan de todo por el bien de una buena historia. Cuando se trata de la vida de otra persona en la pantalla de un dispositivo, nos olvidamos de que podríamos ser nosotros o alguien que nos importa.

BOBBI: No puedes cambiar eso, solo aprende a vivir con ello. Saca lo mejor de ello. Aguanta los golpes y toma el dinero. Dales la conclusión de la historia. Sigue adelante.

Y fue Duncan quien filtró el vídeo. No me preguntes cómo lo consiguió, pero te sugiero que dejes de salir con políticos.

BOBBI: No fue un placer trabajar contigo, pero no fue tan angustioso como pensé que sería. Así que llámame si alguna vez me necesitas. Será por cuenta de la casa por todos los problemas que pude haber causado. Aunque probablemente deberías darme las gracias por darte una excusa para follar. Adios.

Eso era... Mucho. Y todo se arremolinaba en mi cabeza, encajando lenta pero claramente.

"¿Matthew?" Le pregunté.

"No voy a hacer eso", dijo Matthew antes de que pudiera continuar. "No quiero su dinero. Trabajo, un aumento. Nada de eso".

"Lo entiendo". Tragué saliva. "Son gente horrible. Pero no quiero que lo rechaces por mi culpa. Yo... no puedo pedirte que desarraigues toda tu vida para estar conmigo. He intentado hacer eso en el pasado. Con cada hombre con el que he estado. Me he moldeado y he intentado encajar, y claro, me he enamorado de ciertas cosas que he hecho más pero... Nunca ha funcionado. Así que no puedo pedirte eso".

"No me lo estás pidiendo". Unos dedos sujetaron mi barbilla suavemente, llevando mi mirada hacia arriba. "Tampoco estás desarraigando mi vida. Ellos hicieron eso. Yo lo hice. Y no quiero nada de eso de vuelta. Sólo te quiero a ti".

Sólo te quiero a ti. "Bueno... ahí va mi plan."

"¿Qué plan?"

"Despidiéndote. Que consideres aceptar el trabajo y volver a Chicago. Darte espacio para que pudieras elegir". Le sonreí, aunque un poco débilmente. Matthew me besó y sentí las palabras en mis labios. *Tú eres mi elección.* Él también era mío. "¿Y si coges el dinero? Como aconsejó Bobbi. Les damos una conclusión y tú cobras un cheque".

Resopló. "No voy a ir a esa cosa para mentir sobre la mujer que amo".

"Entonces no lo hagas. No mientas. Estoy tan cansada de eso. Tan agotado por las mentiras y la vergüenza y... preocuparme por lo que la gente piense y diga sobre cualquier cosa".

Sus cejas se juntaron, pero pude ver cómo lo reconstruía todo. Por dónde iba mi cabeza. Lo que quería decir. "Esa es tu historia, Josie. No la mía. Nunca me atrevería".

"Pero no creo que lo sea", murmuré. Y cuando oí esas palabras, algo se solidificó en mi cabeza. Giré mi cuerpo para poder mirarle de frente. Para que pudiera verme la cara. Que no le estaba echando, ni huyendo, sino todo lo contrario. "Creo que dejó de ser mío en el momento en que todo esto empezó. Y te quieren a ti, no a mí".

Los brazos de Matthew me rodearon la cintura y tiró de mí para acercarme, animándome, proporcionándome la seguridad que siempre sentía que se me escapaba de las manos cada vez que salía a relucir todo este lío de las relaciones públicas. "¿Qué estás diciendo, Blue?"

"Estoy diciendo que estoy un poco cansado de que extraños traten mi vida como si fuera suya para discutirla. Digo que confío en ti, que te quiero y que no se me ocurre nadie mejor para contarle la verdad a todo el mundo. Estoy diciendo que ya no es mi historia, que ya no estoy sola cuando estoy contigo porque ahora somos *nosotros*. Estoy diciendo que Bobbi tiene parte de razón quizás, y que esta es la única manera de que todo se acabe. Y también estoy diciendo que ya te he pedido demasiado, y sigo pidiendo más, así que si no quieres hacer esto, lo entiendo."

Matthew volvió a besarme, esta vez con una contundente presión de su boca contra la mía. "Así que no me estás alejando".

"No creo que sea capaz de eso".

Sus brazos me rodearon la espalda. "¿Qué sugieres que hagamos, entonces?"

Nosotros.

"Nosotros no empezamos esto", dije. "Pero podemos decidir cómo termina".

CAPÍTULO 27

Matthew dejó Carolina del Norte al amanecer.

Cameron había dejado a Adalyn con el abuelo y conmigo, y luego había reservado para sí mismo el mismo vuelo que Matthew.

La idea de que me acompañara me tranquilizaba. Me hizo sentir un poco menos ansiosa mientras contaba las horas que faltaban para el mediodía, cuando *Filthy Reali-Tea* estaría en directo con el hombre al que amaba y al que había pedido que contara al mundo todos los secretos que hemos compartido.

El tiempo había pasado lentamente, y aunque Adalyn había estado cerca, el hecho de que Josie tuviera la articulación cerrada no había ayudado. No es que la alternativa fuera una opción. No podía enfrentarme a todos sin Matthew. No me sentía bien. Y él me había hecho prometer que no lo haría. Así que colgué un cartel y dejé que todos creyeran que estábamos resolviendo nuestros sentimientos.

Lo éramos, en cierto modo.

Porque Matthew iba a ese podcast a contar mi historia. La nuestra. Y eso me llenó tanto de alivio como de ansiedad. También tenía esa sensación visceral, mi sensación visceral, de que algo estaba a punto de suceder en . Que los planes que habíamos hecho esa noche no funcionarían. Pero podrían ser sólo mis inseguridades o mi miedo hablando. Podría ser sólo yo.

Porque creía que a veces el amor era suficiente.

Y otras veces conquistó el mundo.

Dependía de cuánta magia hubiera en el aire ese día.

"¿Tienes alguno de esos chips de col rizada por ahí?" Adalyn preguntó desde el umbral de la cocina. "Tengo antojo de algo verde".

"Huh. Matthew los terminó." Adalyn se quedó boquiabierta. "Pero tengo aceitunas. Guisantes. ¿Coles de Bruselas?"

Ella suspiró. "Creo que tomaré las aceitunas". Su expresión se volvió vacilante. "¿Estás bien?"

"Sí. Absolutamente. Sólo un poco ansioso. Ojalá hubiera ido con él. Cuando se lo sugerí, se puso todo gruñón y con el ceño fruncido, y cedí porque creo que una parte de mí tenía miedo de ir. Pero eso fue probablemente egoísta".

Acortó la distancia que nos separaba y me dio un apretón. "Eres la mejor persona que conozco", susurró antes de soltarme. "No eres egoísta. Y es imposible que Matthew te hubiera dejado subir a ese vuelo. Tampoco Cam, de hecho. Ha sido increíblemente difícil evitar que se metiera en Page Nine y tomara cartas en el asunto todo este tiempo. De hecho, me preocupa un poco que lo hayan planeado en secreto". Suspiró. "Así que esperemos no tener que pagarles la fianza por algo estúpido mañana. Ahora dime dónde están las aceitunas, me estoy poniendo de mal humor".

Solté una risita, aunque salió un poco forzada. "Armario superior, izquierda".

Sonó el timbre y nos separamos, ella desapareciendo en la cocina y yo corriendo hacia la puerta.

Unos ojos azules tras una expresión severa me dieron la bienvenida. "Oh", murmuré, sorprendido. "Hola, A-"

"Lo siento", dijo. O más bien las palabras le abandonaron.

Mi cuerpo retrocedió un poco, el peso de esas dos simples palabras me golpeó más fuerte de lo que esperaba. "Eso es..." Tragué saliva. "Gracias.

"No deberías darme las gracias". Andrew negó con la cabeza. "Escucha, yo...", vaciló un instante. "No sé cómo hacer esto. Nada de esto. Creo que ha quedado claro por mi forma de actuar. La verdad es que no sé cómo estar contigo. No sé si me odias o estás asustada porque no confías en mí. Pero sí sé que he hecho lo suficiente para merecer ambas cosas. Por eso estoy aquí".

Fruncí el ceño, sin entender muy bien a qué se refería. Había tanto que desentrañar. Tanto que preguntar, decir y discutir. "No te odio", le dije. "Pero tienes razón, tampoco confío en ti. La confianza es algo que te ganas. No a través de videollamadas o convirtiendo a una persona en un tema de agenda, o decidiendo unilateralmente que te acercas a ella. Y yo... no fui lo suficientemente valiente para decir eso antes. Pero ahora lo soy".

Su expresión se abrió, como si por fin fuera receptivo a lo que le decía. Receptivo a quién era yo.

"Quería una relación contigo", continué. Abrazando esa oleada de coraje que había encontrado en mis palabras. "No te culpo por el lío que armé, y también te debo una disculpa por mentir. Me encantaría decir que está bien porque fue bien intencionado. Pero no lo fue. No está bien, y aunque tengo mucho trabajo que hacer conmigo misma, creo que tú también deberías hacerlo". La emoción subió, intentando obstruir mi garganta. Lo superé. "Te quería a ti, Andrew. Como mi padre. Pero me estoy dando cuenta de que no me lo debes. Me pregunto si querer esa relación fue un error. Me estoy dando cuenta de que ya no quiero tenderte un puente. Así que hasta que decidas hacerlo, no estoy seguro de querer seguir en contacto contigo. Es... demasiado. Y lo siento. Pero..."

"Pero nada", intervino Andrew, con la voz más suave que nunca. "No necesitas excusas ni justificarte. Los errores que nos han traído hasta aquí son míos. Eloise quería protegerte, y no puedo decir que la culpe ". Su cabeza tembló, y mi pecho se apretó ante la mención de mamá. "Tú no eres un error".

Mis labios se entreabrieron, mi emoción salió en un solo suspiro.

"No te arrepientes de nada, Josefina. Me encantaría decir que de lo que más me arrepiento es de haber permitido que las circunstancias definieran cómo nos conocimos, pero yo soy el único culpable de eso. Ahora lo veo".

Apreté los labios para que no saliera nada. Sólo para mantenerme fuerte y no romper la promesa que me hice de darnos espacio para crecer. Ya fuera en la misma dirección o en otra.

Sacó algo de su chaqueta.

"Estas son mis respuestas", dijo, con la mirada fija en el montón de cartas que sostenía entre nosotros. "A las cartas que tu madre me envió mientras crecías. Ojalá pudiera contarte una gran historia de amantes separados, pero éramos mucho más pragmáticos que eso. Nunca engañé a la madre de Adalyn. No fue una aventura. Sólo fueron dos personas que se sintieron solas una noche". Suspiró. "Todo... se desenredó rápidamente, y fui lo suficientemente egoísta como para convencerme de que podía opinar sobre algo más que mi vida. Todo está en las cartas. Creo que

por eso nunca las envié". Dio un paso atrás. "Léelas. Quémalas. Dáselas a la prensa si crees que me lo merezco. Son tuyas para que hagas con ellas lo que quieras".

Parpadeé mientras cogía la pila. Me quedé sin palabras.

Andrew continuó: "Volaré de vuelta a Miami hoy. Esto no es algo que deba importarte, pero el libro no se va a publicar. Es lo que empezó todo esto, en cierto modo. Me preocupaba que los tabloides lo desprestigiaran. Mi nombre. Mi legado. Supongo que el sueño siempre había sido un subproducto de mi ego, como Bobbi dijo unas cuantas veces". Soltó una carcajada. "Realmente no veo cuánta sabiduría podría impartir ya de cualquier manera, ¿no crees?"

Mis labios se abrieron, pero no salió nada. Mi cerebro luchaba por procesar todo aquello. Para lidiar con el hecho de que esto era lo más Andrew me había dicho. Lo máximo que habíamos hablado. Lo más que había compartido.

"Gracias", murmuré finalmente. "I..."

No quemaré las cartas. Ni las publicaré. Nunca podría.

Eso es lo que debería haber dicho.

Pero no lo hice. "Matthew está diciendo a todos la verdad. Hoy mismo. Está aterrizando en Chicago mientras hablamos".

La boca de Andrew se crispó y se inclinó hacia arriba, adornando su rostro con una sonrisa. Era una sonrisa extraña. Pequeña y torcida, como oxidada por el mal uso. También fue una sorpresa. "Bien", dijo. "No te molestaré durante un tiempo. Pero me encantaría teneros a los cuatro en Navidad. No tiene por qué ser un día festivo. Cualquier día libre será bueno".

Arqueé las cejas.

"Siéntete libre de decir que no". Dio un paso atrás. Luego otro. "Seguiré intentándolo hasta que me pidas que pare". Su cabeza se inclinó, dándome una severa inclinación de cabeza. "Adiós, Josephine. Adiós, Adalyn".

Le estaba viendo bajar los escalones del porche en dirección a un sedán negro, sin apenas entender sus últimas palabras, cuando una mano cayó sobre mi hombro.

"¿Estás bien?" Adalyn dijo, apretando. "Apenas parpadeas, y mi cerebro dice que eso no es necesariamente malo, pero mis hormonas están en alerta máxima".

Sacudí la cabeza, soltando una extraña carcajada. "Yo... creo que estoy bien. Sí, creo que empiezo a ver cómo nuestras madres no estaban completamente ciegas".

Adalyn resopló, pero la diversión le duró poco. "Tiene sus momentos". Una pausa. "Está a punto de empezar".

Mi corazón se desbordó y abracé las cartas contra mi pecho. Aún no sabía si quería leerlas, pero él me había dado la oportunidad de hacerlo. La elección.

"Vámonos."

INTERIOR-FILTHY REALI-TEA STUDIO-DAY

SAM: Hola, hola. Se trata de Sam.

Y este es Nick.

SAM & NICK: Y estás escuchando *Filthy Reali-Tea*.

SAM: (Risas) Wow, míranos. Clavar que por primera vez en la historia *Filthy*.

Lo sé, ¿quiénes somos? (risas) Debe ser la presión de tener un invitado tan especial con nosotros hoy. Y dejadme decir, si no estáis viendo la grabación en vídeo y estáis escuchando, sí, él también es guapísimo. Y apareció con un hombre que me tenía jadeando por-

SAM: Basta, Nick. Dijiste que dejarías de coquetear con nuestros invitados. Y los invitados de nuestros invitados.

Dije que lo intentaría.

Bueno, esfuézzate un poco más antes de descarrilar este tren. Muy bien, ignoremos a Nick siendo Nick y demos una calurosa bienvenida a nuestro invitado, Matthew Flanagan, a quien conocen como Prometido Número Cinco, si han estado siguiendo *The Underwood Affair*. Hola Matthew.

(Golpe de silencio)

Hola.

Quiero decir, me encanta un hombre que nos hace trabajar por una risa. Así que Matthew, hola de nuevo, y gracias por estar aquí. Realmente te encanta hacerte el duro, y no sólo por esa sonrisa que escondes. Cuando The Boss, con quien también tuviste el placer de trabajar, nos dijo que habías confirmado en el último minuto, me llevó un momento procesarlo.

SAM: Deberíamos decir a nuestros Reali-tiers que Matthew solía ser un colega hasta no hace mucho. Él era el hombre que no se puede ver detrás de la ventana de cristal, asegurándose de que todo funcionaba sin problemas y cosas como este podcast había-.

Un guión.

NICK: (risa incómoda) No hay necesidad de tirarnos debajo del autobús aquí. Nos gusta llamar a ese guión más de una ... directriz. Traemos la autenticidad, ¿verdad? No hay podcast sin un buen podcaster, y eso es un hecho.

SAM: Punto. Pero por razones legales, todas las bromas pertenecen a la vaina, no a nosotros.

NICK: Así que de todos modos. Estamos muy contentos de tenerte aquí, así que finalmente podemos obtener la verdadera primicia, directamente de la fuente. Pero primero dinos, ¿cómo estás?

Noticias desgarradoras. Todos estábamos alentando para usted. Bueno, yo estaba alentando por ella, para ser honesto.

No la estabas apoyando. Nunca lo hiciste.

Yo también estaría susceptible. Y no te preocupes, estamos más que encantados de ser tu mantita de apoyo emocional, solo tienes que agarrarte a nosotros y decirnos cómo te sientes. ¿Cómo

empezó esto? ¿Cómo se estrelló y ardió? La boda está claramente cancelada ahora, pero ¿cómo te está afectando la noticia? ¿Lo viste venir?

(Largo silencio)

Realmente no quiero estar aquí.

Vaya. (No vayas por ahí siendo tan malo, Matthew, o podría enamorarme de ti.

Teníamos un plan. Ella me pidió que hiciera esto. Que viniera y contara su historia. Nuestra historia. Que todo comenzó como un problema de relaciones públicas que no era de ella para tratar.

SAM: (jadea en voz alta)

Lo siento, ¿qué? Espera... ¿vamos a tomar un té con Rich Daddy? Perdón... ¿Andrew Underwood? ¿Contrató a uno de esos equipos de relaciones públicas y os ha entrenado o algo? Puedes contarnos. Tú...

Pero nunca fue un problema. Ella nunca fue un problema. Y la suya no es mi historia para contar. (Estoy harto de oír su nombre en tu boca. En la boca de cualquiera. Así que vas a escuchar mi versión.

SAM: (murmuró) ¿Qué está pasando ahora?

NICK: No lo sé. (murmuró, luego más claro) Pero vamos a escucharlo, entonces. Esto es todo lo que siempre hemos querido, trayéndote a ti. La historia debajo de la historia. La boda se cancela ahora, claramente estás herido por eso. Así que hánanos de eso. Cuéntanos tu historia, Matthew. Cómo se desenredó todo.

(Silencio espeso)

Josie es el amor de mi vida. Simple y llanamente.

SAM: (vacilante) Whoa. Te siento, quiero decir-

No me sientes, no. *No ahorres detalles*, me pidió antes de irme. *Vamos a dictar cómo termina esto*. Se refería a ella y a su historia, su reputación, como le gusta llamarla. Como tú le has hecho creer. Bueno, a la mierda con eso. Voy a hablarte de la mía. En su mayor parte soy lo que llamarías poco serio. Nunca me he tomado en serio nada aparte de este trabajo. Bromeo sobre todo porque siento que eso es lo que se espera de mí. Sin embargo, hay una cosa en la que siempre hablo en serio. El amor. Cuando era pequeña, mi abuela me dijo que un hombre Flanagan simplemente *sabe*. Me dio un anillo y lo conservo desde entonces. Décadas después recibí un mensaje de mi mejor amiga diciéndome que había conocido a mi alma gemela. (ríe con incredulidad) Es la segunda vez en pocos días que hablo de ese maldito mensaje, pero la verdad es que llevo mucho tiempo pensando en él. (Hace una pausa) Pretendía ser una broma, un comentario que hiciste de pasada. Pero enseguida me acordé de Gran. Tuve la sospecha, el

presentimiento, de que mi mejor amigo podía tener razón. Meses después, me despidieron. De Página Nueve, sí. Sólo porque me negué a ser una completa hipócrita. Josie cree que es porque quería proteger a mis amigos. Pero también quería protegerla a ella. Sabía que sería arrastrada a esto. Sería cuestión de tiempo.

NICK: (en voz baja) Ah. ¿Se puede cortar? No creo que...

MATTHEW: La vida desarraigada. Mi instinto me gritó de inmediato. Una parte de mí sabía a dónde quería ir. A ella. Antes de saber lo que estaba haciendo, estaba llamando a mi mejor amiga. Pidiéndole un favor. (breve pausa) Las diez horas de conducción las pasé convenciéndome a mí mismo de que estaba siendo un idiota. Una tonta. ¿Qué estaba haciendo? Entonces por fin la vi. En carne y hueso. Y por mucho que intenté no creérmela, por mucho que me dije que no fuera tonto, que no existen las almas gemelas, ni el destino, ni el amor a primera vista, allí estaba. Con una puta mascarilla, una toalla envolviéndole el pelo y una bata cubierta de mermelada de fresa, en medio de la situación más extraña con la que me había topado jamás. Y yo seguía mirándola a los ojos, con las tripas diciéndome algo que no podía entender, algo que no terminaba de encajar. Estaba tan jodidamente cansado esa noche. Muerto de cansancio. Y no la había reconocido. No de inmediato. No supe inmediatamente que era ella. Estaba tan furioso conmigo mismo. No tiene ni idea. En un instante había pasado de tener una oportunidad, un borrón y cuenta nueva para ver si las palabras de mi abuela eran una fantasía o nada más que palabras que una anciana trajo consigo de una vida pasada, a no tener nada de eso. Me estaba pidiendo que hiciera de su prometido. Que actuara como si estuviéramos enamorados para hacer desaparecer una mierda de relaciones públicas. Pero en el momento en que acepté, supe que ella pensaría que todo lo que hice fue fingir.

Sabía que me alejaría. Con el tiempo. He visto suficientes películas y leído suficientes libros para saber que todo se complicaría demasiado. Demasiado difícil discernir lo que era verdad de lo que era mentira. Diablos, yo trabajaba en un mundo que se beneficiaba de eso. Por algún milagro, logré que viera más allá de eso y se enamorara de mí. Le demostré que la persigo, que no dejo que huya de mí ni que me aleje. Y sin embargo, cuando ella escuchó que me tentaría con dinero u ofertas de trabajo o un aumento, lo vi allí mismo. En sus ojos. La duda.

Por eso estoy realmente aquí. No porque me haya pedido que diga la verdad y ponga todo esto a descansar. Sino para decirle que muestre la decencia de la que tanto le gusta presumir. Para decirle a ella, al mundo, para mostrarle que no hay nada que elegir. No hay que conformarse, sacrificarse o amoldarse a nada. Dios mío, esto es lo que esos hombres, lo que Andrew Underwood, lo que vosotros dos con esa mierda que llamáis entretenimiento, le habéis hecho creer. Que o la dejan o la dejan. Malditos tontos, todos ellos. Yo personalmente les daría las gracias si no quisiera romperles los dientes por no ver lo que tenían delante.

Por suerte para mí, yo no soy ellos. No voy a cambiar mi vida por ella. No me estoy conformando. No voy a sentarme aquí y contarte la historia de nadie por encima de la mía. No voy a elegirla a ella por encima de otra cosa. No puedo porque nunca hubo elección. Me importa una mierda lo cursi o cliché que esto suene, pero lo supe cuando la vi, y lo sé ahora más que nunca. No necesito que ella camine por un pasillo, lleve mi anillo o firme su nombre en una línea

de puntos. Ella es mi felicidad. Lo demás sólo es importante cuando lo necesitas y todo el mundo debería saberlo, joder.

Sólo la necesito a ella. Los trabajos son reemplazables. Las carreras son volubles. Las raíces crecen dondequiera que haya tierra. El compromiso y el amor se demuestran con acciones. Y pienso hacerlo todos los putos días de mi vida mientras la tenga a ella.

Así de fácil.

(Largo momento de silencio)

Yo...

Mierda. I-Eso no estaba planeado.

No esperaba eso, no. Yo... Espera. Matthew. ¿Matthew? ¿Adónde vas? No hemos terminado. Nosotros...

MATTHEW: (amortiguado, luego más claro) Josie no estará contenta conmigo después de que saque esto último, pero como he dicho muchas veces, ella tiene una clase de la que yo carezco. ¿Duncan Aguirre? Si en el futuro se te ocurre utilizar a mi mujer o a cualquiera de nuestro círculo en tu propio beneficio, le diré al mundo dónde estabas el 15 de septiembre. Y con quién estabas. Y sí, también estoy hablando de su madre. Puede que tenga principios a veces, pero sigo siendo un hombre mezquino. Se acabó. Tengo que coger un vuelo de vuelta a casa.

CAPÍTULO 28

Matthew

La ironía tenía a veces un sentido del humor enfermizo.

O tal vez siempre fue así.

En cualquier caso, algo tenía que explicar por qué la única estructura que seguía en pie en la granja era el cenador arqueado. El que estaba al final de lo que debería haber sido el pasillo por el que Josie habría caminado.

No había pena en la vista ni en el pensamiento de algo que ella no haría. Me habría encantado verla bajar hacia mí, vestida de gala, con un velo que colgara delicadamente de su cabeza. Pero nunca necesité ese sueño.

Y Josie siempre había sido Technicolor en mi cabeza. No blanca.

La única razón por la que estaba aquí era porque Josie no estaba en casa cuando llegamos. Ella había estado aquí, seguramente tratando de ayudar a finalizar la limpieza de la granja. Así que le pedí a Cam que me trajera en vez de esperarla.

Mis propias palabras seguían dando vueltas en mi cabeza. Siempre había sospechado que era una romántica empedernida. Sobre todo porque eso explicaría por qué se me daba tan bien analizar los asuntos amorosos de los demás bajo una lente clínica. Había que saber mucho de un tema para poder desmenuzarlo. Era eso, o el hecho de que era incapaz de tomarme una mierda en serio. La gente seria no creía en las cosas que yo hacía ni iba a un podcast de alcance nacional y decía palabrotas un total de siete veces, luego amenazaba a un senador y se iba.

Ma no estaba impresionada conmigo en ese sentido. Me había salvado el hecho de que les había pedido que sintonizaran y ella de alguna manera creía que mis palabras habían sido la primera cosa real que había dicho en mucho tiempo. *Años*. Llegarían a Green Oak mañana en lugar de hoy, tras la sugerencia de mi padre de darles a todos un poco de espacio para respirar. No me arrepentía de haberles mentado, pero sí de no haberles dado más gracia. Un poco más de crédito. Les debía todo, y ahora eso incluía una disculpa. Pero ni siquiera me importaba recibir un poco de calor. Habían quedado con Josie. Y me moría de ganas de que la conocieran.

También había algo que había ocultado a otra persona. Siempre había estado buscando trabajo en la zona de Charlotte. Desde el momento en que me despidieron. No había sido sólo por Josie, aunque sería un tonto y un mentiroso si lo negara, después de salir al aire y decir todo eso. En parte lo fue. Pero siempre había algo más. Desde que Adalyn había encontrado un hogar aquí, me había hecho ver las cosas de otra manera. Preguntarme qué coño estaba haciendo con mi vida. Josie no se había equivocado al preguntarme por qué no estaba haciendo algo que amaba. Algo en los deportes. Ese era un sueño que ahogué hace mucho tiempo en favor de ser pragmático. Cómodo. Contenido.

La única razón por la que no se lo había dicho era el miedo. Miedo de perseguir un sueño que no estaba seguro de que fuera para mí, y miedo de asustarla. Siempre había sido difícil no parecer demasiado fuerte con Josie. Y nunca había decidido que me tendría en su vida, me quisiera o no. Me habría conformado con ser su amigo. Simplemente esperaba la posibilidad de convertirme en algo más que eso para ella.

Se oyeron pasos detrás de mí y enseguida supe quién era, al otro lado de lo que ya casi no podía llamarse pasillo.

Unos ojos azules se encontraron con los míos cuando me giré, y hombre. Era tan hermosa allí de pie, mirándome así. Verla sonreír siempre me había sobrecogido.

"Sabías que estaría aquí", dijo. Sus labios estaban rosados hoy, y la idea de besar ese lápiz labial de ellos hizo que mi pecho se encendiera. "También te volviste rebelde".

"Lo hice."

"Teníamos un plan", añadió.

"Esperaba que no te importara que lo cambiara".

Su ceño era pequeño, pero era uno. "Me importaba."

Di un paso adelante. Era pequeño, también, y la hizo levantar una mano para detenerme.

"Yo también hice planes por mi cuenta", dijo, con la voz entrecortada de esa manera que me decía que ella también estaba abrumada al verme, caminando hacia ella. "Eran grandes planes románticos. Para recompensarte".

"Tú eres mi recompensa".

Ella asintió con la cabeza, su mirada se volvió un poco loca por un segundo. Observando cada centímetro de mi expresión. Luego todo de mí. De la cabeza a los pies. De los pies a la cabeza, deteniéndose en mi pecho, hombros y ojos. Me encantaba cómo se le nublaban la cara cuando hacía eso. "Encontré tu anillo. El de tu abuela. En mi caja. No debe estar ahí".

Mis palabras apenas salieron. "Es tuyo. Siempre lo fue".

"Me gustaría que lo pusieras de nuevo en mi dedo, mirando hacia el lado correcto. Sabiendo que está ahí para nosotros. No para nadie más". Dio un pequeño paso adelante antes de mirar lo que había detrás de mí. El arco adornado con flores de colores. Su atención volvió a mí. "Pero quería que lo hicieras antes de salir al aire y decir todas esas cosas hermosas".

"¿Qué tal si vienes aquí?", le dije. Mi lengua asomó, mojando mis labios. Me moría por besarla. "Cuéntame más cosas. Todo sobre estos planes".

"Estás de pie en el altar."

Mi sonrisa era imparable, mis palabras una súplica. "Lo sé".

Vi cómo mis palabras la afectaban en la forma en que sus labios se entreabrieron, ese ligero rubor rosado con el que me había familiarizado y que cubría sus mejillas. "¿No has aprendido nada?", dijo, recuperándose. Dio un segundo paso adelante. Esta vez más pequeño. "Yo no hago esta parte".

"Lo haces cuando soy yo el que está al otro lado".

El labio inferior de Josie tembló un instante. No se movió, pero se le escapó una sonrisa. "¿Lo decías en serio? ¿Lo que has dicho?"

"Cada puta palabra".

Se le escapó un suspiro. "Así que crees en la magia. En el destino. Sentimientos viscerales. Almas gemelas".

"Eso es parte de ello", respondí, ampliando mi postura. Me resultaba físicamente difícil contenerme para no ir hacia ella. Pero ella quería hacerlo. Podía verla en sus ojos. En la hermosa

forma en que se estaba demorando. Y yo quería que lo hiciera. Yo también esperarí el tiempo que ella necesitara. "También creo en la compatibilidad. En el enamoramiento. En dos personas que se encuentran porque tal vez estaban destinadas a ello, pero que también hacen que funcione cuando lo hacen".

"Deberías habérmelo dicho", dijo al cabo de un rato, con una hermosa emoción en la voz. Movi los pies. "Aquella noche. Deberías haberme dicho todas esas cosas. Preferiblemente, al oído. Nos habríamos ahorrado muchos problemas".

Algo me llamó la atención cuando dio un nuevo paso. Esta vez más grande. Estaba en su muñeca. El pañuelo de su madre. Mi moderación se rompió entonces. Dios, iba a acariciar a esta mujer tanto como me lo permitiera. Tan fuerte como pudiera. Volví mi mirada a sus ojos. Ella sabía que la había visto. Y había lágrimas brotando. No eran tristes, pero me rompieron, me golpearon las entrañas igualmente. Quería borrarlas con un beso.

"Ven aquí, Josie", le supliqué. Estaba acabado. Siempre lo había estado. "Ven aquí antes de que pierda la cabeza. Recorre esta distancia con ese pañuelo atado a la muñeca y déjame demostrarte lo mucho que siento cada una de las promesas que te hice". Todo su cuerpo pareció temblar. Temblar. "Vamos, Baby Blue. Es a mí a quien corres".

Cuando la cogí en brazos y la levanté, capturé su risa con la boca. La besé, deleitándome en la sensación de sus labios al moverse alrededor de los míos. Sentí que tenerla entre mis brazos era una de las mejores cosas que jamás podría tener. No sólo lo suficiente, sino todo. Todo. Si algo me había traído aquí, a este lugar en esta tierra de labranza, a esta mujer que tenía mi corazón, o si no había cosas como la suerte, el destino o la magia.

"Te quiero, Matthew Flanagan", dijo contra mi boca. "Incluso cuando eres muy malo siguiendo planes. E incluso cuando me has ocultado todas esas cosas que me habrían hecho amarte al instante".

"Dilo otra vez."

Su rostro se suavizó. "Te quiero", dijo. "Ya lo sabías. I"

La besé de nuevo, asegurándome de que supiera lo agradecido que estaba por haber acertado. Lo profundamente que me había enamorado de ella. Y cuando tomé aire, me aseguré de que lo viera en mis ojos. En toda mi cara. "Esa es mi favorita", le dije. "De todas tus sonrisas."

Se quedó un poco sin aliento cuando preguntó: "¿Cuál es?".

"Es tu sonrisa de *acabo de caminar por un maldito pasillo*", le dije, antes de ponerla de pie. "Y esa es tu sonrisa de *no me dejes ir nunca*". Levanté su mano, la del pañuelo. Me pasé la tela por la mejilla. "Esa es la sonrisa que *le habría encantado a tu madre*". El impresionante azul de sus ojos se volvió lloroso. Le besé el rabillo. Luego la punta de la nariz. Luego los labios. "Y esta es tu *cogida, te quiero tanto, por favor llévame a algún sitio donde pueda enseñarte a sonreír*".

Josie se rió. Y el sonido sonó como una campana, señalando el comienzo de algo.

Fue el comienzo de una vida, con ella.

Y tenía toda la intención de hacer justicia a todas esas sonrisas. Cada mañana, cada tarde y cada noche. Cada amanecer, cada atardecer, cada vez que fruncía el ceño o reía. Cada vez que me veía ante ella.

Por el resto de mi puta vida.

Fin



AGRADECIMIENTOS

Hola, OMG wow. Aquí estamos de nuevo y aquí estoy una vez más en completo asombro de usted (el lector) para pegarse conmigo una vez más. Ojalá pudiera decir que cada libro es más fácil, pero poco a poco estoy aprendiendo que escribir se parece mucho al amor. Hay ciertas cosas que se aprenden de la experiencia, de las diferentes relaciones, del desamor y de los momentos de alegría pura y sin filtros; pero la verdadera magia está en lo impredecible que es siempre el viaje. A veces maravillosamente, y a veces no tanto. Sin embargo, me complace decir que, a diferencia de los asuntos del corazón, todos los libros me han llevado a un "felicidad siempre". Con cada historia que he tenido el honor de contarles, he caminado hacia el atardecer de la mano de una serie de personajes de los que me he enamorado perdidamente, y de ustedes también. Eso espero. Si no lo has odiado por completo. ¿Y sabéis qué? También si lo hicisteis. Soy tan pegajosa como implacable, y me comprometo a intentar enamorarte siempre. Por eso siempre serás la primera en mis agradecimientos. Porque sin ti, todo esto no son más que palabras sobre un papel.

Como siempre, Jess, mi agente superhéroe: debería comprarte una capa para . No para que salgas volando por mi ventana cuando me derrito (aunque estaría bien, la verdad), sino porque deberías tener una. Son monísimas y te quedarían genial. Gracias por evitar siempre que estalle. Si no, sería un revoltijo de piezas de Elena esparcidas por el suelo.

AC, Jenn, Nick y todos en Sandra Dijkstra, gracias por ser el mejor equipo de agentes que un autor podría pedir.

Kaitlin, Molly, gracias por todo. Cada reunión, llamada, palabra de aliento, elogio y cada vez que me habéis protegido, incluso de mí misma. Pero sobre todo, gracias por creer en mí y animarme. No lo digo lo suficiente.

Megan, Morgan, Zakiya, Ife y todos en Atria, gracias por todo lo que hacéis por mí y por mis libros. Estoy muy agradecida por el increíble trabajo que hacéis continuamente. (Todavía estoy un poco dolorida por esa sesión de yoga de cabra a la que nunca fuimos, pero soy lo suficientemente delulu como para creer que al final lo manifestaré).

Harriett, Sarah y el resto de mi fantástico equipo del Reino Unido, muchísimas gracias por el continuo apoyo y el maravilloso trabajo. Me hizo muy feliz conocerlos a todos en persona el pasado otoño.

Sr. B. Ya no te daré más mierda por las flores. Me has mantenido unida y te has asegurado de que *sobreviviera*, lo que no ha sido poca cosa estos últimos meses. ¿Quién quiere flores cuando te tengo a ti? (Bien, yo. También un cachorro. ¿Y un gato también? Pero sólo un poco).

Hannah y Beccs, gracias por aguantarme. Sé que decís que no lo hacéis, pero realmente lo hacéis. Así que gracias.

Lana, estoy tan feliz de que seamos amigas. Nunca se me dio bien hacerlas, y tú me lo has puesto muy fácil. Me encanta lo desquiciadas que son nuestras conversaciones, y empiezo a creer que de verdad no te importa que te envíe notas de voz escandalosamente largas.

María, gracias. Sabes lo afortunada que me considero de haberte encontrado :)

Y como siempre, a los que han llegado hasta este último párrafo: gracias de nuevo. Espero que os haya gustado la historia de Matthew y Josie tanto como a mí me ha gustado tener sus preciosas y caóticas voces en mi cabeza. El suyo es un amor que me ha llenado el pecho de una manera especial. Desde que empecé a pensar en ellos. Así que espero haber conseguido hacerle justicia y que hayáis sentido esa respiración entrecortada que hace que el corazón os dé un vuelco. Si lo has hecho, ya sabes que mis DMs están abiertos para gritar, así que ven a gritarme. Porque como dice Chandler: estoy desesperada y torpe y desesperada por amor.

More from the Author



[The Long Game](#)



[The American Roommate Experiment](#)



[The Spanish Love Deception](#)

Elena Armas presents

KNOW YOUR NEWLYWED
Exclusively on Audio



Know Your Newlywed

Performed by Mary Mouser & Tyler Posey with a full cast
By Heather Taylor and Hillary Nussbaum

ABOUT THE AUTHOR



ELENA ARMAS

ELENA ARMAS is a Spanish writer, self-confessed hopeless romantic, and proud book hoarder. Now she's also the author of the *New York Times* bestsellers *The Spanish Love Deception*, *The American Roommate Experiment*, and *The Long Game*. Her books are being translated into more than thirty languages—which is bananas, if you ask her.

SimonandSchuster.co.uk

www.SimonandSchuster.co.uk/Authors/Elena-Armas

   @SimonSchusterUK

ALSO BY ELENA ARMAS

The Spanish Love Deception
The American Roommate Experiment
The Long Game

We hope you enjoyed reading this Simon & Schuster ebook.

Join our mailing list to get updates on new releases, deals, recommended reads, and more from Simon & Schuster.

[CLICK HERE TO SIGN UP](#)

Already a subscriber? Provide your email again so we can register this ebook and send you more of what you like to read.
You will continue to receive exclusive offers in your inbox.

First published in the United States by Atria, an imprint of Simon & Schuster, LLC, 2024

First published in Great Britain by Simon & Schuster UK Ltd, 2024

Copyright © Elena Armas, 2024

The right of Elena Armas to be identified as author of this work has been asserted in accordance with the Copyright, Designs and Patents Act, 1988.

Simon & Schuster UK Ltd
1st Floor
222 Gray's Inn Road
London WC1X 8HB

Simon & Schuster: Celebrating 100 Years of Publishing in 2024

Simon & Schuster Australia, Sydney
Simon & Schuster India, New Delhi

www.simonandschuster.co.uk

www.simonandschuster.com.au

www.simonandschuster.co.in

A CIP catalogue record for this book is available from the British Library

Paperback ISBN: 978-1-39852-224-4

eBook ISBN: 978-1-39852-225-1

Audio ISBN: 978-1-39852-226-8

This book is a work of fiction. Names, characters, places and incidents are either a product of the author's imagination or are used fictitiously. Any resemblance to actual people living or dead, events or locales is entirely coincidental.

